Volumen 3



Mi vida y mis amores

Frank Harris

La sonrisa vertical



En el momento en que Frank Harris inicia este tercer volumen de sus memorias, siguen sus tribulaciones con los tribunales neoyorquinos y londinenses, que condenan los dos primeros tomos en términos harto conocidos de todos los que también hemos vivido tiempos de inquisición cultural: «No sólo esta obra es obvia e indiscutiblemente obscena, impúdica, lasciva e indecente, sino que es cochambrosa, repelente y totalmente indignante», sentencia uno de los jueces… Los que, hoy, lean estos volúmenes, ante semejante agresión, no pueden por menos que sonreír…

Este tercer volumen de Mi vida y mis amores cubre la década entre 1890 y 1900. Harris nos habla en él, por una parte, de las «sutiles intimidades» de su espíritu y, por otra, de sus «instintos y confusos deseos» —que, con la edad, se acentúan—, con el fin de que el lector conozca «mejor que a ningún otro que haya dado cuenta de si mismo en literatura». Curiosamente, es en este periodo precisamente, entre sus 35 y 45 años, cuando el «espíritu de Jesús» empieza a concebir el amor carnal, y sus desvaríos, como parte de ese amor, más metafísico y universal, que es el amor al prójimo.

De hecho, Harris no hace aquí sino confirmar la célebre frase de Anatole France: «Todo gran artista y escritor es sensual, y lo es en la misma proporción de su genialidad».



Frank Harris

Mi vida y mis amores III

La sonrisa vertical - 27/3

ePub r1.1

Titivillus 10.11.15

Título original: *My life and loves*
Frank Harris, 1922
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



For thilke cause, if that ye rede
I wolde go the middle wey
And write a boke between the twey
Somewhat of lust, somewhat of lore.

«Moral» Gower
(1325-1408)

Prólogo

Dadme ese hombre que en el mar agitado de la vida
Gusta de ver henchidas sus velas por un viento lujurioso,
Hasta que el velamen tiemble, los mástiles crujan
Y el barco arrebatado caiga de lado, tanto
Que beba agua mientras su quilla surca el aire.

No hay peligro para un hombre que sabe
Qué es la vida y la muerte; no hay ninguna ley
Que exceda su conocimiento y tampoco es correcto
Que deba inclinarse ante cualquier otra ley.

Chapman[1]

Por fin ha hablado el oráculo. El señor juez Levy de la Suprema Corte de Nueva York ha mirado el segundo volumen de *Mi vida* y «me ha parecido innecesario leer más de unos cuantos pasajes para llegar a le inevitable conclusión de que no es literatura ni arte».

Ahora bien, ¿quién fea hecho de Levy, con sus «inevitables conclusiones», un juez de literatura y arte? Puede ser juez de lo que es legal o ilegal, pero ¿qué sabe de literatura o arte?

Levy procede a declarar que mi libro «no sólo es obvia e incuestionablemente obsceno, lúbrico, lascivo e indecente, sino también inmundo, desagradable y totalmente repugnante», y agrega, sin ver que se contradice: «Me abstengo deliberadamente de nombrarlo, porque me niego a aumentar su venta». Pero, si es «desagradable y totalmente repugnante», entonces no es necesario temer que se venda. Levy, ¿por qué jugar a Dogberry[2] y mostrarte como un asno?

¡Pero este juez de Nueva York ha revestido a la policía con el poder de invadir imprentas particulares sin una orden de registro y de arrestar a los impresores de un libro del cual nada se sabe! «La policía», declara, «no merece las críticas que se le han hecho» por

excederse en sus poderes constitucionales. «Por el contrario, hay que alabarlos», porque el libro resultó Ser obsceno. La ley del juez Levy es tan ridícula como sus opiniones literarias. ¡Sólo espero que la policía pueda invadir su casa y arrestarlo por tener en su posesión una Biblia, cuyos pasajes obscenos son familiares para cualquier escolar!

¿Hay alguna manera de llegar a un juicio imparcial y definitivo sobre qué debe permitirse y qué debe prohibirse con referencia a la explicación de cuestiones sexuales? Difícilmente podrá negarse que en Inglaterra y Estados Unidos hay menos libertad de expresión que en ningún otro país de la cristiandad, y esta pacatería anglosajona apenas tiene más de un siglo. Llegó con el aumento de lectoras femeninas, que coincidió con el desarrollo económico y demográfico de los angloparlantes a partir de la revolución francesa. Está basada, evidentemente, en el puritanismo y es apoyada por las clases medias. Carece de una sanción racional más profunda. En Francia, y de hecho en cualquier otro país de Europa, el hombre de letras de hoy puede tratar las cuestiones sexuales con tanta libertad como el pintor o el escultor tratan el desnudo. Es sólo en Inglaterra y en los Estados Unidos donde se le aconseja hablar de su «pequeña María» en lugar de su estómago.

Y desde que esta pacatería ha llegado al poder, la literatura inglesa ha perdido el orgullo de su posición. Los libros franceses y rusos han alcanzado el puesto que alguna vez ocuparon los libros ingleses. Si valiera la pena el trabajo, sería sencillo seguir la huella del efecto emasculante de esta pacatería a través de la literatura inglesa y norteamericana; pero los hechos fundamentales son evidentes e indiscutibles.

Veamos qué tienen que decir los mejores franceses de su mayor libertad. ¿La elogian o la condenan?

Anatole France, quien ha muerto recientemente, disfrutó durante doce años del lugar más privilegiado de la literatura francesa. Era, por consenso casi universal, el hombre de letras más destacado del mundo. Jean-Jacques Brousson, que fue su secretario durante años, ha publicado hace poco un libro sobre él. Lo ha llamado *Anatole France en pantuflas*. Una y otra vez, Anatole France se expresa en cuestiones de sexo con total libertad.

«Reina un triste pudor en la literatura; un pudor más estúpido,

más cruel, más criminal que la Santa Inquisición». (*La triste pudeur règne sur la littérature, la pudeur plus sotte, plus cruelle, que la Sainte Inquisition*).

Y continúa:

«Quiero a Venus entera, de la cabeza a los pies. Su rostro es lo bastante bueno para las relaciones, los amigos, los niños y el marido, pero su cuerpo debe estar preparado para las caricias. Porque espero que no será usted uno de esos tontos que limitaría a la amante a un beso en el rostro, como si ella fuera una reliquia santa. Los amantes pueden aspirar a los lugares inéditos y las primeras ediciones, si puedo decirlo así…». (¡Escucha eso, Levy!).

«La gente elogia mi conocimiento. Ahora sólo quiero ser erudito en las cosas del amor. El amor es hoy mi único y particular estudio. Es al amor a quien dedico los restos de mi potencia continuamente en disminución. ¿Por qué no puedo escribir todo aquello que me inspira el pequeño dios?

»Ahora para mí la mujer es un libro. No existe tal cosa como un mal libro, como ya le he dicho. Al transitar sus páginas, uno está seguro de encontrar algún lugar que lo recompensará por sus trabajos. Me gusta recorrerlo despacio, amigos míos, página por página». Y Brousson agrega que, al decir esto, «se moja los dedos y hace el gesto de acariciar páginas imaginadas, con los ojos brillantes de juventud».

Una y otra vez retorna al mismo tema. He aquí un consejo que dio a su joven secretario:

«Haga el amor ahora, de noche y de día, en invierno y en verano… Está en el mundo para eso y el resto de la vida no es más que vanidad, ilusión, desgaste. Sólo hay una ciencia: el amor; una sola riqueza: el amor; una sola política: el amor. Hacer el amor es la ley y los profetas».

Es preciso recordar que, cuando Anatole France se queja del pudor y la reticencia en la literatura, está hablando de la literatura francesa, la más franca del mundo. Una y otra vez, Anatole France ha escrito y hablado con tanta franqueza como la que yo he empleado en cualquier página de *Mi vida*, y no obstante se queja de la pacatería francesa llamándola «estúpida, cruel, criminal» y ningún juez Levy se atreve a atacarlo.

Hay otro ejemplo que es preciso citar. En su último libro,

publicado después de su muerte, Paul Verlaine, tal vez el más grande poeta francés, y con seguridad uno de los inmortales, canta los deleites de la pasión antinatural, y sin embargo los Upton Sinclair de este mundo nos harán sermones dominicales sobre lo que debemos decir y lo que debemos omitir al describir el deseo humano normal.

Y, si la autoridad de Anatole France y Verlaine no fueran suficientes, me consolaré con lo que dijo Miguel Ángel: «Las grandes masas, que no discriminan, honran siempre lo que deberían despreciar y aman lo que deberían aborrecer»; o con lo que dijo quien fue tal vez el más sabio de los franceses: «El valor de una obra de arte puede medirse por la indignación que provoca en la gente ordinaria».

Cuando Rubens fue criticado por el archiduque Fernando, gobernador de los Países Bajos, por su audaz pintura de *Las tres gracias*, el gran artista contestó francamente: «Era en la representación del desnudo donde podía verse el mérito del artista»
(*au nu qui se voyait le mérite de la peinture*
C'était
). Y esto fue dicho casi al final de su vida.

Dejo a Sinclair con su *Mammonart*[3] y sus panfletos comunistas, porque el tiempo nuevo ha llegado ya, y el nuevo paganismo hace sentir su reclamo. El viejo paganismo era lo bastante enfático: Aristófanes escribió escenas que hubieran hecho estremecerse a Sinclair y Platón, «el divino», como lo llamó Barrett Browning, declaró en el quinto libro de su *República* que el hombre que condenaba a las mujeres que se ejercitan desnudas era como una «fruta verde» en el árbol de la vida.

Y el nuevo paganismo, con su credo de autodesarrollo, es tan enfático como el antiguo: vemos sus primeros frutos en Anatole France y en Verlaine, en *La Garçonne* de Marguerite, en el *Ulises* de James Joyce y en esta *Vida* mía.

Hay otras señales de ese gran despertar del cual no tienen idea los Sinclair y los Levy. En el verano de 1921, en Berlín, fui invitado por una sociedad a acudir a una de sus reuniones en las cuales los hombres, las mujeres y los niños se bañaban desnudos y después se sentaban a charlar y hasta a almorzar al aire libre, vestidos sólo con sus pellejos. Fui y vi doscientas cincuenta personas de todas las

edades divirtiéndose de manera natural. Estaba el profesor que me invitó, su mujer y dos hijas, una de quince años y otra de dieciocho. Nos bañamos y almorzamos juntos y alrededor de nosotros había otras doscientas personas, jóvenes y viejos de ambos sexos, desnudos y sin sentir vergüenza. Me aseguraron que sólo en Berlín hay más de cien de estas sociedades, que reúnen entre todas más de cien mil adeptos.

Mientras estaba allí sentado, fui curiosamente consciente del hecho de que la primera reforma religiosa vino de los alemanes, y de que Lutero, en el siglo dieciséis, estaba apenas tan a la cabeza de su tiempo como lo estuvo Goethe a comienzos del siglo diecinueve. Tal vez estos alemanes, me dije, están otra vez conduciendo al mundo hacia un nuevo paganismo. Una cosa es segura. Los médicos, no sólo de Alemania sino de Europa entera, están elogiando los baños de sol y el inmenso beneficio que se deriva de sentarse desnudo al sol algunas horas diarias.

Por supuesto, Inglaterra y América se aferrarán al puritanismo y la pacatería mucho después de haber abandonado toda creencia en Cristo y su enseñanza.

Mi profesor y sus bonitas hijas no parecían tener ninguna duda sobre el futuro. Todos declararon que el baño de sol no sólo eliminaba los resfriados y la tos, sino también todo tipo de dolores y trastornos reumáticos. El profesor afirmó: «Nunca he estado tan bien en mi vida como desde que he comenzado a tostarme todos los días al sol».

Pero los norteamericanos y los ingleses harían con toda naturalidad otra pregunta. Ya que todos los médicos hablan de los beneficios del baño de sol, ¿por qué no tomarlo en privado? No parece afectarlo. La hija mayor de mi profesor estaba prometida a un joven químico y hacia el final del almuerzo él se reunió con nosotros y se sentó junto a su novia como Adán hubiera podido sentarse junto a Eva.

Ni siquiera los alemanes, instruidos como son, parecen apreciar lo bastante el hecho de que en todo esto están regresando a la vieja tradición de su raza. La castidad de las mujeres alemanas sorprendió a los romanos. Tácito habla de los niños alemanes, que corrían por la casa tan desnudos como en el momento de su nacimiento (*nudo et sordido*), y también de las muchachas (*eadem*

juventa); y un siglo y medio antes de Tácito, César, en su Sexto Libro, describe la costumbre primitiva de manera todavía más sorprendente: «No hacen un secreto de la diferencia de los sexos», escribe. «Ambos sexos se bañan juntos en los ríos y bajo sus envolturas y pequeños taparrabos de piel están completamente desnudos».

Este simple hecho debería tranquilizar a la pudorosa mayoría, que parece pensar que desnudez y desvergüenza son cosas íntimamente relacionadas. Por supuesto, no convenceré a los Levy; están más allá de las razones y por debajo de la humanidad; pero es posible que dé qué pensar a alguien que desee ver las cosas como son. Porque es evidente que estamos en un momento de transición. La guerra mundial nos ha enseñado muchas cosas…, nos ha enseñado, como dijo el gran orador americano, a adoptar nuevas orientaciones mentales para precisar cuándo y de qué manera nos hemos distorsionado.

Temo repetirme, pero debo confesar francamente que mi utilización de la libertad completa no me ha ayudado a pintar a las mujeres. En ellas, la reticencia en cuestiones sexuales es como una segunda naturaleza. Hasta que alguna mujer rompa con la convención, no hay mucho que hacer. Pero sin duda ninguna persona sin prejuicios negará que al retratar a los hombres es absolutamente esencial la libertad de expresión. Que alguien trate de retratar a Maupassant en términos convencionales y pronto descubrirá que todo lo que puede sacar de ello es una figura rígida y sin alma. Y como dice Anatole France: «Todos los grandes artistas y escritores son sensualistas, y sensuales en proporción a su genio».

¿Es posible decir algo nuevo sobre este asunto, algo que conmueva a la gente que desea pensar con justicia?

El otro día, durante mis lecturas, tropecé con este verso de Heine:

Doch die Kastraten klagten
Als ich meine
Stimm’erhob
;
Sie klagten, ind sie sagten:
Ichsänge viel zu gorb[4]

(Hasta los eunucos gimotearon
Cuando canté con fuerza,
Gimotearon y sonrieron con afectación:
Mi canto era demasiado grosero).

Y su ingenio me indujo a tratar de explicar una vez más desde un nuevo ángulo por qué es preciso conceder libertad de expresión al artista literario, de la misma manera que se le concede al pintor o al escultor, cuyas revelaciones son sin duda más excitantes que lo que puedan ser las palabras.

Hay dos deseos esenciales en el hombre: uno es el del alimento, el otro el de la reproducción. Si bien ambos son imperiosos, uno es absolutamente necesario y el otro adventicio, en alguna medida. Pero si bien el deseo de comer es necesario y dominante, tiene poco que ver con la naturaleza más alta, con la inteligencia o el alma, mientras que el impulso sexual se conecta con todo lo que hay de dulce y noble en la personalidad. Es en sí mismo el origen de todo arte; es tan íntimamente uno con el amor por la belleza, que no puede separarse de él. Es el origen de todos nuestros afectos. Redime el matrimonio, ennoblece la paternidad y la maternidad, y es en verdad la propia raíz del alma y sus aspiraciones.

Ahora bien, si la religión se hubiera dedicado a restringir la comida y la bebida y a hacer inmorales las descripciones de banquetes o de todo otro posible placer del paladar, me parece que hubiese estado en su derecho. Los médicos nos dicen que por lo general los hombres cavan sus tumbas con los dientes. Por todas partes vemos los tristes resultados del exceso en la comida y la bebida: mujeres y hombres de cuarenta o cuarenta y cinco años, van por el mundo arrastrando veinticinco o hasta cincuenta y setenta libras de desagradable grasa, que destruye su salud y acorta su vida. Además, nadie saca del comer y el beber más que la simple gratificación sensual. Son actividades que no están ligadas con ninguno de los más altos instintos de nuestra naturaleza. Me parece que en este caso la religión hubiera podido condenar la complacencia de la manera más rigurosa y hubiera estado más o menos justificada.

Pero, en lugar de ello, el cristianismo, principalmente a causa de Pablo y del hecho de que era impotente, ha atacado el deseo sexual

y ha tratado de condenar su raíz y su vástago. No predica aquí la moderación, como debería hacer, sino la abstinencia total, y condena toda provocación sexual y todo deseo sensual como si fueran contrarios a la naturaleza humana en lugar de ser la flor del alma.

Si Pablo hubiera sido dispéptico o incluso persona de digestión difícil en lugar de ser impotente, no cabe duda de que hubiera condenado cualquier exceso en la comida y la bebida en lugar de la complacencia sexual. Qué diferencia hubiera hecho esto en nuestras vidas y cuánto más racional hubiera sido la enseñanza cristiana ordinaria.

La autocomplacencia en la comida y la bebida es sencillamente detestable y desagradable para todas las naturalezas superiores, y sin embargo la mayor parte de la humanidad persiste en ella sin estorbo ni impedimento. ¿Cuál es el predicador que se atreve a ridiculizar a los miembros gordos de su congregación o que sueña con decirles que no sólo son desagradables sino también estúpidamente inmorales y propensos al suicidio? La complacencia en el placer sexual es mucho menos peligrosa para el individuo. De hecho es sólo cuando la complacencia es llevada al exceso cuando el placer sexual puede resultar dañino.

Y lo que yo quiero saber es por qué no podría uno hablar tan abierta y libremente de los placeres y dolores de la indulgencia sexual como de los placeres y dolores de la comida y la bebida. Me parece que la religión o nuestro deber para con el prójimo tienen poco que ver con cualquiera de estos deseos dominantes de la humanidad. Con respecto a cualquiera de ellos, la religión debería predicar la moderación y el debido respeto por el bienestar de nuestro prójimo y nada más. Porque la tentación del exceso en cualquier deseo sexual es sólo un signo de vigor natural y está, por lo tanto, estrechamente ligada a la virtud. Como dice la Biblia: «De la fuerza nace la dulzura».

Nuestras convenciones de lenguaje son simplemente estúpidas. Se me permite hablar, en cualquier compañía, del placer de comer una perdiz joven, un faisán criado o un urogallo, pero se me prohíbe hablar de la misma manera de los placeres del intercambio sexual. No es posible comparar los estremecimientos del novicio con los deleites del hombre experimentado, sin incurrir en la condena

de todos. Puedo estudiar la indigestión y hablar de sus causas y consecuencias; puedo llevar mis investigaciones hasta la apoplejía y la muerte, pero no debo hablar de las enfermedades producidas por la promiscuidad sexual ni advertir a nadie sobre ellas. Hace ya cincuenta años que la totalidad de las prohibiciones sociales y religiosas a este respecto me han parecido perfectamente idiotas. Culpo a todo padre y a toda madre por permitir que los muchachos y las chicas entren en la vida ignorantes e inadvertidos.

Y, cuando en la historia de *Mi vida* comencé a tratar con libertad y honestidad las cuestiones sexuales, fui abrumado por la absurda condena de los pueblos de habla inglesa. Sin embargo, más allá de la tormenta de calumnias cobardes y difamaciones estúpidas por parte de los pretendidos críticos, he sido estimulado por el testimonio de cientos de hombres y mujeres que han escrito agradeciendo mi franqueza. Todos me han dicho lo que ya sabía: que la explicitación sincera hacía la historia de mi vida mucho más interesante y valiosa, porque, sin conocimiento de la vida sexual de un hombre o una mujer, poco o nada puede saberse de su carácter. Y así comienzo este tercer volumen de mi autobiografía, que comprende los diez años que van entre 1890 y 1900, con estas palabras de Heinrich Heine, primero entre los modernos:

> Hasta los eunucos gimotearon
> Cuando canté con fuerza,
> Gimotearon y sonrieron con afectación:
> Mi canto era demasiado grosero.

Esta década de mi vida fue memorable para mí a causa del descubrimiento de un aspecto de la vida que hasta entonces casi había ignorado. Había descubierto temprano, a los quince o dieciséis años, que, si se trabaja tan duro como se puede, se obtiene rápidamente el éxito en todas partes. Hay tan poca gente que hace lo mejor que puede, que aquel que lo hace se destaca casi de inmediato; y así el éxito lleva enseguida a una gran influencia. Si uno elige ahorrar, puede ser rico en pocos años. Pero hasta esta etapa tardía yo no tenía idea de la porción especulativa de la vida de la *city*, donde una ocurrencia hace fortunas en un día. Este conocimiento en su forma completa me llegó a través de la asociación con Terah Hooley, el gran especulador de ese período en

Londres. Así como Maupassant y Randolph Churchill fueron los héroes de mi segundo volumen, así Terah Hooley, Cecil Rhodes, Oscar Wilde y una multitud de escritores y artistas son las personalidades dominantes de este período.

El notario que actuó en la bancarrota de Hooley, afirmó que éste había hecho en Londres más de seis millones de Libras en dos años; he ahí por qué digo que fue el más exitoso especulador de ese tiempo. La fortuna de Rhodes era aún mayor y más estable, y condujo a todo tipo de influencia política que deseo precisar con tanta justicia como me sea posible, porque me gustaban ambos hombres y tenía buenas razones para ello.

En el primer volumen de mi obra, los viajes y el estudio tuvieron el lugar de preferencia y, en el segundo, lo detentaron el amor y la política. Pero, en este tercer volumen, me propongo tratar de la literatura y el arte y describir mis comienzos como escritor y artista. Y, al pasar así de las cosas de la voluntad a las del intelecto, siento que me elevo hacia un aire más sereno y más puro y espero, en consecuencia, que este tercer volumen resulte más interesante que los anteriores.

Siempre he tratado de construir Poesía en el corazón de la Realidad, haciendo de los incidentes de mi vida un Peregrinaje Terrestre. De mi juventud, una gran aventura; de mi virilidad, un poema de amor; de mi madurez, la fructífera búsqueda de Eldorado; y finalmente, de mi vejez, una visión profética.

Y aquí, en este libro, deseo admitir al lector más estrechamente que nunca a las intimidades sutiles de mi espíritu. Deseo que comprenda mis vagas y temblorosas esperanzas de vida inmortal; las evidencias de mi mortalidad y el efecto de la penosa duda; las caprichosas alegrías de la vida y el amor y el creciente espíritu de las cosas llamadas inanimadas. Deseo que conozca mil instintos y confusos deseos y que llegue gradualmente a conocerme mejor que a nadie que haya hablado de sí mismo en cualquier literatura.

A medida que se va llegando al término de la vida, uno es más capaz de abundar más y más en el valor supremo de la bondad y la consideración afectuosa. Me sucede a menudo, como si las únicas cosas importantes de mi vida fueran las cosas amables que he hecho y la defensa consistente del perdón en mis obras fuera la profiláctica contra la descomposición…, como si la bondad fuera,

en un sentido muy real, el único objetivo de la vida humana.

Por lo tanto, no es por casualidad que este tercer volumen esté dedicado a algunas de las mejores y más dulces almas que he conocido en esta extraña cruzada de la vida: Thomson, Meredith y Burton. También debo hablar de lo que le debo a Heine, a quien amo más que a cualquiera de los otros, aunque jamás lo vi, porque Heine abandonó este mundo el mismo mes en que yo entré en él. A lo largo de los años que fueron de mis treinta y cinco a mis cuarenta y cinco, el espíritu de Jesús fue ejerciendo cada vez mayor influencia, no sólo sobre mi inteligencia sino también sobre mis actos.

Autodisciplina mental

> ¿A qué podemos llamar nuestro en este mundo, como no sea a nuestra energía, nuestra fortaleza y nuestra fuerza de voluntad? Si pudiera hacer el recuento de lo que debo a mis grandes predecesores y contemporáneos, no quedaría mucho más.
>
> Goethe a Eckerman, 1825[5].

Estrictamente hablando, uno no debería decir de su vida más que lo que es simbólico y, por lo tanto, de interés universal; pero resulta extremadamente difícil trazar la línea con alguna precisión y, aquí y allá, los accidentes aparentemente triviales de la vida tienen cierto significado propio más profundo. Por ejemplo, al aventurero le suceden aventuras; al avaricioso le llegan las riquezas. Estoy tratando las alternativas de mi existencia con tanta libertad como la que ejerció Rousseau en el tratamiento de las suyas; haciendo memoria, en lo esencial, como artista…, pero las primeras páginas de sus *Confesiones* me sobresaltan por la extraordinaria diferencia de caracteres que hay entre nosotros.

Él está lleno de cariño y sentimiento incluso en su infancia. Yo, cuando era un muchacho, no amaba a nadie. Me gustaba mi hermano mayor porque cuando yo tenía alrededor de trece años, comenzó a tratarme como a un igual y fue cariñoso conmigo. Pero la primera persona que realmente me importó fue el profesor Smith de Lawrence, Kansas.

Ignoro absolutamente cómo se las arregló para descubrir en mí, la primera vez que me vio, algo más que lo ordinario. Es posible que haya sido cierta fluidez de lenguaje o una elección de términos poco habitual.

Recuerdo que, una vez, viajando desde Texas, aliviado porque la malaria me había dejado tranquilo, me sentía hambriento y me alegré de poder bajar de la diligencia. En una pequeña posada del camino habían preparado cena para seis personas… ¡pero como yo

era el único pasajero, prácticamente me comí las seis porciones!

La maternal señora que llevaba el lugar, entró y levantó los brazos al cielo, sorprendida.

—Por supuesto, le pagaré las seis cenas —dije.

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. Tiene derecho a comer todo lo que pueda. ¿No querría otro pastel?

No pude resistirme y comí otro pastel de manzanas. Cuando estaba sacando seis dólares para pagar, exclamó:

—No, no, es a un dólar por cabeza… ¡me hubiera dado cuenta en seguida de que es usted un extranjero!

—¿Por qué piensa eso? —pregunté.

—¡Habla un inglés tan extraño! —replicó.

Yo quedé atónito, porque me enorgullecía de mi lengua inglesa. El profesor Smith fue el primero en elogiarme por ello.

Toda mi infancia fue moldeada por una pasión devoradora por ganar en la vida y divertirme tanto como me fuera posible. Al vivir tres años junto al profesor Smith, fui invadido por un deseo apasionado de desarrollo, por una visión de la posibilidad, no de la perfección sino de una inteligencia entrenada y elevada. Desde ese momento, leí y pensé y viví con un objetivo: desarrollar al máximo todas mis facultades.

Una mujer dotada me escribe diciendo que mi primer amor debe haber modificado profundamente mi carácter. No me sucedió nada por el estilo. No sentí lo que se llama amor —es decir, deseo sexual y admiración más cariño— hasta cerca de los treinta años, aunque el deseo me poseyó sin pausas a partir de los catorce.

En algunos aspectos, Rousseau era muy parecido a mí y, sin embargo, muy distinto. Por ejemplo, nos dice que el verdadero significado de una escena no se le aparecía en el momento en que estaba sucediendo, sino que, horas después, recordaba cada entonación, cada mirada, cada gesto y comprendía exactamente lo que había pensado y sentido cada persona. Esto me ha sucedido a mí durante toda mi vida y atribuyo su magia a mi excelente memoria. No puedo imaginar cómo puede alguien con mala memoria reproducir una escena cualquiera. Pero siempre, gracias a mi recuerdo exacto, los amigos, los enemigos y los que me son indiferentes, se me revelan en su verdad cuando recuerdo sus palabras y miradas.

En otra ocasión, Rousseau nos cuenta que las muchachas lo atraían según sus bellos trajes y modales. Las doncellas, dice, y las vendedoras de tienda, jamás le han resultado atractivas. Deseaba damas…, manos cuidadas, cabello exquisitamente peinado, zapatos hermosos, lazos y encajes. Todo esto era para él más importante que la belleza. Sabía que esta preferencia era ridícula, pero no podía evitarla. En mi caso, la verdad es la exactamente opuesta. Era la belleza y la juventud las que me atraían y el traje no tenía nada que ver con ello. Ni siquiera la belleza del rostro me afectaba tanto como un hermoso cuerpo y todavía era muy joven cuando ya era tan consciente como un francés del encanto de las muñecas y tobillos pequeños y su profundo significado. Debo confesar aquí y ahora que la belleza de la línea y la perfección de la forma fueron la esencia de mi deseo desde mi juventud hasta mi madurez.

Hasta los cuarenta años, mi vida fue un largo esfuerzo de desarrollo personal. Gracias a la competitividad de las escuelas inglesas, yo deseaba, en la infancia y la juventud, ser un atleta extraordinario más que cualquier otra cosa y trabajé para desarrollar mis músculos de todas las maneras posibles. Leí todo lo que pude encontrar sobre atletismo e interrogué a mis mayores siempre que me fue posible, mientras me entrenaba sistemáticamente. Practiqué con asiduidad en el gimnasio de Belfast, en compañía de mi hermano mayor. A los quince años, podía izarme cincuenta veces seguidas hasta tocar la barra con la barbilla; y nunca olvidaré mi júbilo cuando descubrí que podía izarme con una mano. Después de una prolongada práctica con palos y pesas, podía sostener cincuenta libras con el brazo extendido y levantar cien libras por encima de mi cabeza. También era capaz de pasar bajo la barra y luego saltarla sin apenas tomar carrera.

Pero, una y otra vez, encontré a alguien más fuerte que yo o más ágil, y a los dieciocho años me puse los guantes junto a un profesional de segunda línea y recibí una paliza. Me enseñó el axioma más importante del boxeo: que es posible caer con mucha más fuerza que con la que se pega, y que la altura y la longitud de alcance dan una ventaja enorme. A partir de ese día, comprendí que era demasiado pequeño como para ser un gran atleta. Además, era astigmático y miope. Físicamente, parecía condenado a la

mediocridad. ¡La naturaleza me había negado sus laureles!

Gracias a este permanente ejercicio, aún ahora, pese a que sólo mido cinco pies y seis pulgadas de altura, soy ancho y fuerte. Casi cuarenta pulgadas de pecho con bíceps de catorce pulgadas y antebrazos de doce. Desnudo, me parezco en todo a un luchador.

Tan pronto como comprendí, siendo un niño de doce años, en qué consistía verdaderamente la belleza, vi que no tenía ninguna pretensión real a su posesión: mis rasgos eran irregulares, mis ojos tenían un tamaño vulgar y eran gris-azulados, y hasta los marineros de mi padre me llamaban «vela al tercio», a causa de mis orejas excesivas. Lo más notable de mi jeta, como decía Rodin, era que poseía cierta vida y energía.

Tal vez lo único que pudiera elogiarse de mi apariencia fuera mi traje. Mi padre, como oficial de marina, siempre me aconsejó vestirme lo mejor posible, costara lo que costase.

—En la vida es de suprema importancia —decía— ir siempre bien vestido. A nadie le importa dónde vives o qué comes, pero todos ven lo que llevas encima.

Me tomé en serio este consejo, y la escuela pública me enseñó el resto. Los ingleses de clase alta son los hombres mejor vestidos del mundo. Tienen un sentido absoluto del valor de la apariencia.

Por extraño que parezca, Pierre Loti me contó que, cuando era niño, había tenido la misma ambición atlética. Lo conocí en el Palace de Mónaco. Era gran amigo de la princesa Alicia[6], que hablaba a menudo de él. Un día me lo presentaron. Era muy pequeño y liviano y sin duda usaba corsé, aunque no se ponía coloretes; de modo que su confesión de que había deseado por encima de todo ser un gran atleta, me sorprendió. Salimos juntos al jardín. Era un hombre diminuto y ya tenía cuarenta años; no obstante, para mi estupefacción, insistió en dar un salto mortal hacia atrás y lo hizo a la perfección, como un payaso, y después me mostró que los músculos de sus brazos y piernas eran como hojas de acero. Tenía un sorprendente vigor físico.

—Siempre deseé ser muy fuerte —dijo— hasta que, a los diecisiete años, descubrí que era demasiado pequeño. Fue mi admiración por el tamaño y la fuerza lo que me indujo a ir siempre en compañía de un enorme marinero, incluso en París, en los primeros tiempos, y esto dio pie a muchas burlas.

Desilusionado en mi ambición de brillar físicamente, me volví con redoblada energía a las cosas de la mente. Siempre supe que mi memoria era realmente muy buena. Podía leer lentamente una página de un libro y después repetirla casi a la letra. Había aprendido ya en la escuela *El paraíso perdido*, de Milton, en las horas de recreo de una semana escolar; más tarde, alrededor de los veinticuatro años, aprendí de memoria varias obras de Shakespeare, sin ningún problema; y en Atenas, y para exhibirme, aprendí el discurso de Demóstenes «Sobre la corona», en su griego original, desde el principio al fin.

Por entonces no tenía idea de que habría que seleccionar con el mayor cuidado todo lo que se aprende de memoria en la juventud. Porque cualquier cosa que se aprenda entonces, se queda en la memoria e impide que se recuerden después con facilidad palabras o pasajes aprendidos posteriormente. La memoria tiene sus limitaciones. Ahora me resulta detestable pensar que fui lo bastante tonto como para perder tiempo llenando algunos de los cajoncillos de mi memoria con la retórica de Demóstenes en lugar de con vocablos rusos.

Mi padre no me ayudó nada en eso. Acostumbraba a darme capítulos de la Biblia, para que los aprendiera de memoria, y le encantaba hacérmelos recitar delante de las visitas. Ahora me sucede con frecuencia que al tratar de pensar en cosas más valiosas, recuerdo algunas páginas de los Salmos y hasta de las Crónicas, que me resultan de lo más fastidiosas. En este mundo se cometen errores por falta de conocimiento, y con frecuencia se trata de errores irreparables.

Pronto descubrí también que una buena memoria es una desventaja para el pensador. Conocer los pensamientos de los otros impide pensar…, pensar es un logro especial y debe cultivarse con cuidado.

Pero nadie ha mostrado el camino y ni siquiera indicado cuáles son los primeros pasos que hay que dar para lograrlo. Sin embargo, yo descubrí que negar una tesis determinada y tratar de elaborar argumentos que apoyen la negativa, es una buena manera de ejercitar la inteligencia. De modo que de inmediato comencé a ser, según la frase de Goethe, el espíritu que siempre se niega (*der Geist der stets verneint*).

Esta ejercitación me ayudó mucho y descubrí un truco que me resultó todavía más útil. Antes de leer un capítulo de algún libro que me interesaba, escribía todas mis ideas sobre la materia. Después, leía el capítulo y veía cuánto añadía el autor a mi serie de ideas. Esto me enseñó muchas cosas y, sobre todo, me hizo inteligibles las personalidades de los grandes pensadores. Descubrí, por ejemplo, que Kant y Schopenhauer tenían bellísimas inteligencias, tan buenas como la de mi antiguo favorito: Bacon.

Permítaseme dar un ejemplo de este modo de lectura. Tomemos *El arte de la literatura*, de Schopenhauer. Si lo lee un hombre inteligente e instruido, lo más probable es que no encuentre nada con lo cual no esté de acuerdo, y ése es el fin del asunto. Pero hay una manera mejor de leer. Cojo una hoja de papel y me pregunto qué podría escribir yo sobre «La profesión de escritor». Como sé que Schopenhauer es un hombre de primera línea, pongo cuidado en registrar todo lo que la vida y el pensamiento me han enseñado sobre el trabajo de autor. Reviso una y otra vez lo que he escrito, dejando mientras tanto vagar mis pensamientos alrededor de esta cuestión, como si Schopenhauer y yo fuéramos dos rivales, ése fuera el tema indicado por los examinadores y de él dependiera el puesto que vamos a lograr en el examen final. Cuando se ha hecho esto y luego se lee el ensayo de Schopenhauer, se apreciará la distinción que hace entre aquellos que escriben por dinero y aquellos que escriben porque han pensado en profundidad en algún tema y tienen algo original que decir. Probablemente, terminará uno donde él empieza: en el convencimiento de que escribir por dinero es la enfermedad mortal de la literatura. Es posible que se comparta incluso su opinión pesimista de que «la chusma es la regla en todas partes», lo que constituye un comentario gracioso a nuestra creencia americana en la democracia.

Esta manera de probarse, comparando las ideas propias con las de un maestro, no sólo lo hará pensar, sino que fijará cualquier pensamiento nuevo del autor de una manera extraordinaria. Una hora semanal de este tipo de trabajo, establecerá una increíble diferencia en su capacidad especulativa y en sus conocimientos.

Durante años, hice lo mejor que supe por mejorar mi inteligencia. Pero mientras que la ejercitación correcta del cuerpo y sus músculos es algo bien sabido y clasificado, no hay manuales que

traten del intelecto. Por lo tanto, subrayo aquellas prácticas que me resultaron útiles, y entre ellas, ésta de escribir lo que se sabe sobre un tema y luego comparar lo escrito con lo que ha dicho el maestro, es la más educativa.

En una época temprana de mi desarrollo, descubrí que los viajes y el aprendizaje de una nueva lengua hacían por mí incluso más que los Libros. Comprendí que cada nueva lengua era como una ventana que se abría sobre otros paisajes del mundo, ampliando la concepción personal de la vida.

Pero para un escritor es excesivamente peligroso aprender otra lengua realmente bien. Carlyle me dijo que siempre había lamentado no saber alemán tan bien como inglés y me aconsejó que procurara dominarlo. De modo que cuando fui a Alemania lo estudié asiduamente, y no sólo aprendí a hablarlo tan bien como el inglés, sino que estudié su desarrollo, aprendí gótico y alto alemán antiguo y alto alemán medio, además de moderno. Asimismo, a través de esta lengua aprendí realmente latín y griego. La consecuencia de todo ello fue que cuando regresé a Inglaterra, mi amigo Verschoyle me señaló que mi estilo inglés estaba inficionado de alemán. Después he dicho a menudo que me llevó tres años aprender alemán y otros seis liberarme de él. Porque me fueron necesarios casi seis años en Inglaterra, trabajando como periodista y escribiendo mucho todos los días, para recuperar el sentimiento infantil de qué era verdad en la lengua inglesa o la mejor manera de expresar en inglés una idea nueva. Y durante todos esos años, tenía miedo de leer en alemán y tampoco lo hablaba si podía evitarlo. Porque la característica del alemán es la del pensamiento abstracto, mientras que nuestra lengua inglesa es fundamentalmente poética.

Pero un conocimiento moderado de las lenguas es algo que hace bien. Es como viajar: excita la mente y provoca el pensamiento, mostrándonos nuevas opiniones y nuevas limitaciones de los hombres. Más que los viajes, descubrí que encontrar y conocer a hombres de inteligencia e instrucción era estimulante e inspirador en el sentido más verdadero de la palabra. Pronto comprendí, sin embargo, que los hombres realmente grandes son algo raro y que hasta los nombres famosos encubren a menudo naturalezas ordinarias.

Recibí de los libros los principales deleites de la vida. Recuerdo

que, una vez, leí sobre la muerte de una princesa de la familia Visconti en el Renacimiento temprano, hacia 1420 poco más o menos. Dejó grandes posesiones en tierras, viñedos y joyas. No se molestó siquiera en enumerarlas, sino que las legó en bloque. Sin embargo, cuando llegó a sus libros, los entregó uno por uno a su persona más querida, agregando una palabra de descripción o afecto para cada volumen, porque habían sido «sus posesiones más amadas». Tenía en total cuatro libros y los había leído cientos de veces.

Es así como habría que mirar los libros, pero ahora son tan baratos que hemos perdido la conciencia de su valor inestimable.

En todas las cosas hay una compensación sutil y el abaratamiento de los libros, la vulgarización del conocimiento, son culpables de muchas cosas. Hemos olvidado cómo utilizar los libros y ellos se vengan de nosotros.

En primer lugar, la lectura impide el pensamiento. Digamos que uno quiere saber cómo se transmite la luz desde el sol. En lugar de pensar en el asunto, coge un libro de física y se entera de que es transmitida por el éter a una velocidad de unos catorce millones de millas por segundo. El hombre ordinario queda satisfecho con este fárrago de futilezas. Pero el hombre que se ha enseñado a pensar, se detiene y pregunta: «¿Y qué es este éter?». Comprende entonces que el éter no es más que una palabra inventada para ocultar nuestra ignorancia. No sabemos nada del éter. Damos por supuesto que la luz no puede ser transmitida a través de un vacío. En consecuencia, tenemos que suponer una forma atenuada de atmósfera, dotada con la capacidad de transmitir la luz y el calor. La hipótesis es tan imaginaria como la de un dios personal y ni siquiera resulta tan enaltecedora y tranquilizadora.

Hay que reconsiderar toda la teoría de la luz. Se ha aceptado la teoría de Newton sobre bases insuficientes. Todos sabemos que Goethe la rechazó y dedicó catorce años a desarrollar una teoría propia. Los físicos y los hombres de ciencia rechazaron la explicación de Goethe y la mayor parte de los hombres la consideró la aberración de un hombre de genio. Pero, una generación más tarde, Schopenhauer, que era ciertamente un intelecto de primer orden, examinó el problema y declaró que Goethe tenía razón y Newton estaba equivocado. Pero hasta ahora nuestros libros de

texto apenas han hecho algo más que llenarnos de contento con nuestra ignorancia sobre este importante asunto.

Y así sucede con casi todo lo demás. Leemos una docena de novelas de prisa, sin cuidado, sólo por la anécdota. De la misma manera, podríamos tomar cuartillos de una tisana endulzada para complacer al paladar. No sacamos nada de nuestro viaje a un país extranjero, sino lo que llevábamos ya con nosotros. Verdad es que cuanto más se lleva a una lectura, más se obtiene de ella.

Schopenhauer vio que «no se gana la cualidad del estilo leyendo a quienes la poseen. Debemos tener el don antes de aprender a usarlo. Y sin el don, la lectura no nos enseña nada más que manierismos fríos y secos, haciendo de nosotros imitadores superficiales». Hay otra frase suya que es todavía mejor.

«Tened cuidado», advierte, «de limitar vuestro tiempo de lectura y dedicarlo exclusivamente a las obras de aquellos grandes hombres de todas las épocas y países que exceden al resto de la humanidad. Éstos son los únicos que educan e instruyen».

Añade que debería hacerse «una historia trágica de la literatura que nos contara del martirio de casi todos aquellos que realmente iluminaron a la humanidad, de casi todos los grandes maestros de todo tipo de arte; eso nos demostraría cómo, con pocas excepciones, fueron atormentados hasta la muerte sin obtener reconocimiento, sin seguidores; cómo vivieron en la pobreza y en la miseria mientras la fama, el honor y las riquezas le tocaban en suerte a los que no eran dignos».

No obstante, se obtiene cierta fortaleza y coraje de la intimidad con los más grandes, como es el caso de Browning aquí:

Libre de cuidados y perplejidades
Sobre las armas que elegiré, o la armadura que vestiré,
Cuando libre la próxima batalla[7].

También es posible descubrir ideas que Schopenhauer no ha tenido. Por ejemplo, no nos dice cuál es la principal ventaja de la escritura. Bacon dice que escribir hace «un hombre exacto», pero ni Bacon ni Schopenhauer parecen ver que la escritura debería enseñar a pensar y que ninguna otra actividad es tan favorable al crecimiento mental como la de la escritura bien entendida: enseñar

es la mejor manera de aprender. Hasta a Schopenhauer le falla algunas veces la inspiración. No es suficiente tener cosas nuevas que decir, como él cree; también sería necesario decirlas de la manera mejor y más original, y esto es algo que el alemán que había en Schopenhauer le impidió comprender.

He elogiado con tanta liberalidad a Schopenhauer que me siento obligado a hablar de uno o dos puntos importantes en los cuales difiero con él. Por ejemplo, él se burla de aquellos que estudian las personalidades. Dice: «Es como si el público de un teatro admirara una bella escena y luego se precipitara sobre el escenario para mirar los andamiajes que la subyacen». En esto se equivoca. Deberíamos estudiar la evolución de un gran hombre, aunque no fuera más que por ver qué es lo que coadyuvó a esa evolución. ¿Qué fue, por ejemplo, lo que impulsó a Shakespeare a escribir sus grandes tragedias al mediar su vida, hacia el 1600 o así? Nos cuenta la historia en sus sonetos y en las obras de este período, como ya he demostrado en mi libro sobre él[8].

Y este conocimiento es de fundamental importancia para una comprensión totalizadora de Shakespeare, pero Schopenhauer no comprendía el intelecto creativo. Cuando habla de novelas, no resulta un guía tan seguro como cuando habla de filosofía. «Los buenos novelistas», dice, «toman el esbozo general del carácter de alguna persona real de su conocimiento y después lo idealizan y lo completan para que coincida con sus propósitos». Esto no es verdad. Yo creo que el artista creador trabaja de otra manera.

Por ejemplo, es perfectamente claro que Cervantes se retrató a sí mismo en *Don Quijote*, tal vez algo idealizado, sí, pero más bien por omisión de faltas que por realce de los toques idealistas. Y tampoco imagino que Sancho Panza haya salido de una persona real conocida de Cervantes. Para mí es un retrato generalizado de las características españolas comunes.

Y, si nos referimos a una imaginación todavía mayor, la de Shakespeare, descubriremos que escribió de forma muy parecida. Su Hamlet es un retrato de sí mismo, con la omisión de la peor de sus faltas: su todopoderosa sensualidad. Su Falstaff, como ya he demostrado en otra parte, es sin duda un retrato tomado de la vida, probablemente de Chettie, el gordo, medio poeta y medio ingenio, un amigo de sus primeros días en Londres. Creo que lo he probado

demostrando que cuando la reina le ordenó volver a representar a Falstaff mostrando «al gordo caballero» enamorado, fue incapaz de encontrar una sola característica nueva en su héroe; tuvo que copiar su trabajo anterior casi palabra por palabra. Si hubiera inventado el nuevo personaje, hubiera podido agregar a voluntad algunos rasgos nuevos.

Pero es posible que se me pregunte por la multitud de sus otros personajes y para poder contestar correctamente tendría que tomarlos en grupos. Pero la verdad fundamental puede decirse en pocas palabras. Casi todos los personajes delicados y amables son retratos parciales de sí mismo, y sus villanos, como Yago, son realmente su visión de la vida, tal y como actúa sobre una inteligencia inferior. «Pon dinero en tu bolsa… Ahoga gatos y ciega cachorros»: todos los dichos de Yago hubieran podido ponerse en boca de Sancho Panza. Vienen del corazón del inglés vulgar, que es muy parecido al español vulgar. Las expresiones de Shakespeare son más pregnantes, porque era un mayor maestro del lenguaje que Cervantes. Pero el maligno y odioso propósito de Yago no estaba lo suficientemente (motivado) y por lo tanto no tiene una vida tan eficaz como la de Sancho.

Fue mi amor por Shakespeare y mi estudio de él los que me dieron la mayor parte de lo que sé, porque este estudio me enseñó a leer a otros grandes hombres, me enseñó cómo se desarrollan y cómo a menudo sus peculiaridades los baldan. A partir de este estudio apasionado de Shakespeare, llegué a ver cómo las altas luces del sentimiento noble y el esfuerzo superior eran continuamente difuminadas por pequeños esnobismos y lamentables limitaciones.

De Shakespeare aprendí una lección todavía mejor. Como ya he dicho en mi libro sobre él, la mayor desilusión de su vida se produjo cuando su bienamada Mary Fitton se casó y abandonó Londres en 1608 y cuando, ese mismo año, recibió la noticia de la muerte de su madre. Regresó a Stratford y allí conoció a su hija Judith. Los dramas que escribió después muestran una sorprendente evolución de la belleza del personaje. No sólo perdona a su amor perdido, Mary Fitton, sino que acepta con comprensión perfecta todo lo que ella le ha enseñado y ha significado para él. La modestia de su hija, Judith, agrega también un nuevo tinte de moralidad puritana a sus

juicios sobre la vida.

Fueron la soberana imparcialidad y la nobleza de alma de Shakespeare las que me enseñaron que debía modificar mi natural egoísmo y belicosidad. Estudiándolo, comprendí gradualmente que las naturalezas más grandes y las inteligencias mejores tienen cierto deber para consigo mismas. Debemos perdonar, me enseñó, porque los pequeños no pueden hacerlo; y así llegué a esa modificación de la plegaria de Jesús que ha sido condenada como blasfema. «Nuestro pan de cada día dánosle hoy», dice, «y perdónanos nuestras transgresiones así como nosotros perdonamos a quienes nos transgreden».

«Dar y perdonar», me dije, «es el verdadero evangelio». Y, a partir de ese momento, con muchas caídas, debidas en su mayor parte a un temperamento egoísta, he tratado de dar cima a este intento en mi propia vida.

Ésta fue mi «conversión» a una vida mejor y se produjo alrededor de los cuarenta, en parte como resultado de mi éxito en las luchas materiales, pero más, deseo creer, como incidente natural de la evolución. Comprendí que, si iba a estar entre los grandes en el futuro, yo también debía llevar una vida de generosidad y amor. Era y es mi convicción más profunda que todo progreso en esta vida proviene de los individuos dotados y que si deseamos la mejora de las cosas o pensamos que este peregrinaje terrestre es un lento viaje hacia arriba, hacia la perfección, debemos hacer lo más que podamos para ayudar a los hombres más capaces de nuestro tiempo a llegar a la autorealización y el logro.

En este mundo, los semejantes se atraen y la afinidad natural del noble es un lazo más fuerte de lo que pueda imaginarse. Entonces, por primera vez, comencé a vivir una vida superior, tal como la comprendía. Y muy pronto aprendí de ello nuevas lecciones. Descubrí casi de inmediato que ciertas personas a quienes yo consideraba mejores, comenzaban a distinguirme y a mostrarme afecto. Lord Grimthorpe se hizo muy amigo mío y gente encantadora comenzó a mostrarme amabilidad.

«Acudió a los Suyos y los Suyos no lo recibieron», es una de las pocas frases del Nuevo Testamento que debe interpretarse en un sentido limitado. En este mundo, la gente como uno, en el sentido amplio de aquellos que son como uno o están a nuestra altura,

siempre nos reciben y nos tratan con gentileza cariñosa más allá de nuestras deserciones. Si «el camino del pecador es difícil», el camino del peregrinaje celestial se transforma en el sendero de flores que conduce a la vida divina.

No debe desprenderse de esto que me transformé en un santo o que las luchas ideales eran dominantes en mí. Lejos de ello, ¡ay! De vez en cuando fui odiosamente egoísta y por lo menos una vez, detestable, para con una mujer. Ella vive todavía y no puedo confesar mi mezquindad sin exponerla, pero la forma en que la traté sigue haciéndome ruborizar de vergüenza. Ni siquiera la vanidad herida basta para excusar mi conducta miserable, detestable. Era tan narcisista y tan epicúreo como antes. Siempre heleno, como hubiera dicho Heine, y no judío, y, todavía menos, sajón. Porque a los sajones les encanta aceptar notas promisorias de felicidad extática en la eternidad, mientras que los griegos se empeñan en lograr lo mejor de la vida presente y en disfrutar aquí abajo todo lo posible.

Pienso que mi peor defecto ha sido siempre mi impaciencia. Con frecuencia he dado la impresión de mal humor o cinismo o cosas peores, porque lo hacía respaldado por una lengua excelente que traducía la mayor parte de los sentimientos en palabras algo urticantes. En consecuencia, uno decía de mí que era agresivo; otro, que era insensible y un tercero que era dominante, cuando en realidad yo deseaba ser amable, pero era incapaz de padecer alegremente a los tontos. Esta impaciencia ha ido aumentando con los años y tan pronto como dejé de dirigir periódicos, he limitado mi relación a los amigos, que eran siempre hombres inteligentes, arreglándomelas así para evitar una multitud de ocasiones de ofender innecesariamente.

Esta impaciencia de afilada lengua iba unida a una reverencia genuina por la grandeza de la inteligencia o el carácter; pero este mismo respeto llevaba en sí un desdén infinito por las cosas de segunda línea o simplemente populares. Era más que amable con Huxley o Wallace, con Davidson o Dowson, y consecuentemente despreciativo con las numerosas mediocridades que eran los héroes de la prensa popular. De modo que me hice con una reputación de extraordinaria vanidad y maneras brutales.

Durante la primera parte de este período estaba enamorado y,

por lo tanto, no busqué nuevas experiencias en lo que los franceses llaman *le pays du tendre*. Tenía un hogar excelente y muchos amigos. Había transformado la vida en una ciencia: todas las mañanas cabalgaba en el parque, comía y bebía con moderación, vigilaba mi peso y me mantenía en buenas condiciones físicas mediante un duro ejercicio.

Hacia 1895, comencé a alterar, poco a poco, mis objetivos, tratando, en la medida en que me lo permitía la vanidad, de vivir para lo mejor que había en mí. Y cuando, en ese año, obtuve el control de la «Saturday Review», modifiqué el método crítico imperante: me pareció mejor elogiar que condenar.

Incluso en este mundo, la actitud cariñosa y amable es la llave que abre las grandes puertas. Y aunque me encontraba en Inglaterra cuando aprendí esta buena lección, por extraño que parezca, mientras trabajaba y pensaba, Inglaterra fue empequeñeciéndose y cada vez me resultaba más provinciana, mientras que América parecía expandirse con posibilidades inimaginadas. Pero una y otra vez, algún caso legal o algún anuncio presidencial o público, me avergonzaban profundamente al exhibir algún prejuicio gastado y estúpido.

Poco a poco, fui volviéndome hacia Francia como madre de mi espíritu, aunque también estaban los alemanes, los italianos y los españoles que me estimulaban e inspiraban con un entusiasmo similar al mío: cosmopolita. A partir de ese momento, me autodenominé —tal vez al prejuicio inglés y americano les sentaría mejor que inventara una nueva palabra francesa— *cosmopolisson*.

Heine

En relación con Heine, debo comenzar narrando algo que sucedió antes de 1890. Un día, estaba yo almorzando, hacia 1889, con la princesa de Mónaco en el Claridge, cuando, por una u otra razón, la conversación recayó en Heinrich Heine, ya que la princesa era sobrina nieta del famoso poeta. Había estado leyendo con inmenso deleite y por centésima vez algunas cosas suyas, y curiosamente uno o dos días antes había leído en un matutino de Viena que la hermana del poeta seguía viva y en total posesión de sus facultades, pese a que se acercaba a los noventa años.

—En lugar de editar una revista londinense —exclamé—, daría cualquier cosa por ir a Alemania, conocer a la hermana de Heine y, después, escribir la mejor biografía posible del gran poeta.

—¿Y cómo podría ayudarle ella? —pregunta la princesa.

—Son las primeras manifestaciones de un gran talento —dije— las que descubren el secreto y muestran el corazón. Su hermana conocerá sus primeros éxitos y desilusiones; sus comienzos. Podría recordar cosas infantiles que arrojaran luz sobre su crecimiento…, cosas difíciles de imaginar que indicaran cómo llegó tan pronto a la madurez. Cuando habla de su visita a Inglaterra, aún muy joven, es sorprendente, extraordinaria su condena de la pedantería, el esnobismo y la crueldad ingleses. «En Inglaterra», dijo, «la imagen de la justicia tiene una espada desnuda sobre el regazo, ¡pero es completamente ciega!».

—¿Por qué no escribe su vida —me preguntó la princesa—, si lo admira con tanta intensidad?

—Abandonar mi trabajo aquí e irme por un año al extranjero, me costaría cinco mil libras —dije—, y no tengo ese dinero.

—Yo se lo daré —contestó ella.

—En ese caso, *madame* —dije—, iré y haré el trabajo sin perder un momento, porque es seguro que la hermana de Heine podrá arrojar una luz nueva sobre una multitud de cosas dudosas, e indudablemente podrá resolvernos la inexplicable tragedia de su

vida. ¿Cómo llegó a sufrir durante años en su cama en París y murió a los cincuenta y seis años? ¿Era sífilis? ¿O simple autocomplacencia sexual? Sabemos que nunca fue muy fuerte, pero su hermana debe haber sabido la verdad. Imagínese, estar en posición de poder decir la verdad sobre Heine, el mayor poeta alemán después de Goethe. El primero de los modernos, como lo llamo siempre, porque era un rebelde y estaba liberado de ese respeto por las convenciones que perjudicó incluso a Goethe.

Pasé las semanas siguientes leyendo a Heine, su *Reisebilder*, su poesía última y todos los libros que pude conseguir sobre su vida y su arte. Pero no supe nada de la princesa Alice. Finalmente, pensé en escribirle, pero no pude hacerlo. «Es posible que se haya precipitado», me dije, «y estaría tal vez obligándola a darme cinco mil libras que no puede gastar». Decidí olvidar el asunto.

Un tiempo más tarde, leí en un periódico alemán la noticia de la muerte de la hermana de Heine. Tenía más de noventa años. Al día siguiente, almorcé otra vez con la princesa en el Claridge y le comenté esa muerte.

—Ahora —dije—, nadie podrá decir la verdad verdadera (*sic*) sobre la larga enfermedad y la muerte de Heine.

—Pensé que usted iba a hacerlo —dijo la princesa.

—Le dije, *madmne*, que me hubiera costado cinco mil libras y no podía permitírmelo.

—Pero yo le dije que le daría gustosa el dinero —fue su respuesta—. ¿Por qué no me lo pidió?

—Temí molestarla —dije—. De todos modos, ahora es demasiado tarde.

Me hubiera gustado muchísimo escribir la vida de Heine, infinitamente más que la de Oscar Wilde, porque era un hombre superior y tenía cosas nuevas y verdaderas que decir sobre los problemas vitales de la Europa moderna.

Lo que ha escrito sobre Italia, Francia y Alemania constituye una gran crítica hecha desde la literatura y sus *Fragments* sobre Inglaterra son también muy penetrantes. Tengo una confesión que hacer. Yo sabía que Heine había estado sólo unas pocas semanas en Inglaterra, durante su juventud, y así, medio inglés como era yo, pensé que podía permitirme descuidar lo que había escrito al respecto. Cuando fui a Nueva York en noviembre de 1914, se me

pidió que diera una conferencia en el Club Alemán y elegí a Heine como tema. Pero el comité deseaba que también hablara de Inglaterra, que dijera lo que realmente pensaba, de modo que hablé un rato de eso. Al final de la velada, se me acercó un hombre.

—No ha citado en ningún momento los *Fragmentos ingleses* de Heine, y sin embargo ha repetido casi palabra por palabra cosas que él ha dicho sobre el pueblo inglés —me dijo.

—Qué extraordinario —exclamé—. Para decirle la verdad, nunca he leído los *Fragmentos ingleses*, pero lo haré de inmediato.

Descubrí que había usado casi las mismas palabras que Heine; que mi punto de vista sobre Inglaterra y los defectos ingleses eran los mismos que los suyos. Pero aunque él veía la debilidad de la gente con sorprendente claridad y la ponía en evidencia, se le habían escapado algunas de las virtudes de ese extraño pueblo. Porque el verdadero inglés siente un profundo amor por lo que es justo y grande y amoroso. Se permite maltratar a Irlanda durante siglos, pero, cuando comprenda su pecado, devolverá su libertad a Irlanda con espíritu afectuoso y generoso. Después de la guerra civil norteamericana, ocho o nueve Estados contrajeron deudas con Inglaterra, pero ésta nunca se las ha recordado ni insistido en que se le pagara. Es indudable que, en ese pueblo, hay algo noblemente generoso. Además, su gran poesía y su sorprendente amor por la belleza física debería haberlos recomendado a Heine. Pero la percepción de Heine de las imitaciones y las faltas superficiales de los ingleses es increíblemente aguda. Esto me enseñó que había entre nuestras opiniones y juicios una gran semejanza. Una y otra vez, había quedado sorprendido por alguna verdad a medias agresivamente expresada, sólo para descubrir, al ampliar la lectura, que había visto la otra mitad con igual claridad. Gran parte de lo picante de su escritura proviene de esta peculiaridad suya. Lo leí entero y, cuanto más leía, más lo amaba y lo admiraba.

Los alemanes siempre hablan de Goethe y Schiller como de sus más grandes poetas, de la misma manera que los ingleses hablan tontamente de Shakespeare y Milton sin comprender que en el *Hiperión* Keats ha escrito mucho mejor verso blanco que el que nunca escribiera Milton. De la misma forma, Heine es mucho mejor poeta y prosista que Schiller que, como Milton, era más bien un retórico que un maestro cantor. Ambas naciones aceptan con

reservas lo Inmortal, pero se consuelan con lo que está relacionado a ello como lugar común.

Amo a Heine tal vez más que a Goethe, aunque reconozco que es inferior a éste en nivel filosófico y sabiduría profunda. Era casi tan gran poeta lírico como Goethe, aunque los mejores poemas líricos de Goethe son los más bellos de toda la literatura… y éste era mejor prosista. Además, Goethe estaba enamorado de lo convencional, mientras que Heine era un rebelde nato, el primero, de hecho, en articular la revuelta del hombre moderno contra las prohibiciones gastadas e irracionales de nuestra vida ordinaria.

¡Qué adorable era Heine, qué humanamente encantador! ¿Cómo sería posible olvidar el poema que escribió cuando Karl Heine, heredero de Salomón Heine, su tío banquero, que le pasaba una asignación de cinco o seis mil francos anuales, le escribió para decirle que se había enterado de que estaba escribiendo su autobiografía y deseaba advertirle que si escribía algo inconveniente sobre los Heine, perdería el dinero?

Heine había escrito ya tres volúmenes de lo que hubiera sido la autobiografía más interesante del mundo, pero ¿cómo continuar si esto le costaría a su amada esposa la pequeña pensión de cinco mil francos al año, que aseguraría a su amada una tranquilidad relativa después de su muerte?

En bien de su amor, Heine quemó su autobiografía y escribió este poema:

Wer ein Herz hat und im Herzen
Liebe tragt, ist überwunden
Schon zur Hülfte un so
lieg'ich
Jetzt gelcnebelt und gebunden.

Wenn ich sterbe wird die Zunge
Ausgerissen meiner Leiche
Denn sie fürchten redend
küm'ich
Wieder aus dem Schattenreiche.

Stumm verfaulen wir der Todte
In der Gruft und nie verraten
Werd'ich die auf mir verübten
Lächerlichen Freveltaten[9].

¿Hubo alguna vez mejor poema escrito sobre un acontecimiento real?

Con rara percepción, Heine se llama a sí mismo el mejor de los humoristas. Es eso y algo más, más ingenioso aún que Shakespeare, mientras que Goethe, a juzgar por la escena en la taberna de Auerbach, en *Fausto*, tenía apenas más sentido del humor que un panqueque. Es el humor de Heine el que dora todos sus libros haciéndolos inolvidables… una posesión eterna de la humanidad. ¿Quién puede olvidar los versos del poema titulado *Deutschland*, que él llama «Cuento de invierno», en los cuales adelanta nuestro credo moderno mejor que cualquier otro?

Ein neues Lied, ein besseres Lied,
O Freunde, will ich euch dichten:
Wir wollen hier auf Erden schon
Das Himmelreich errichten.

Wir wollen auf Erden glückish sein,
Und wollen nicht mehr darben;
Vershlemmen soll nicht der faule Bauch,
Was fleissige Hünden erwarben.

Es wächst hiernieden Brot genu
Für alle Menschenkinder,
Auch Rosen und Myrten, Schönheit und Lust,
Und Zuckererbsen nicht minder.

Ja. Zuckererbsen für jedermann,
Sobald die Scholen platzen!
Den Himmel überlassen wir
Gen Englen und den Spatzen.

Aquí, por primera vez, está expuesto el evangelio moderno, completo en lo esencial e inolvidable desde el punto de vista del humor. Es realmente «una canción nueva y mejor» la que nos canta Heine: «La resolución de encontrar en este mundo el Reino de los Cielos». «Queremos ser felices en esta tierra», dice, «y no sufrir más necesidad o permitir que los vientres ociosos consuman lo que han creado manos industriosas». «Hay suficiente pan para todos los hijos de los hombres», exclama, «y rosas y mirtos y además belleza y pasión: sí, y abundantes guisantes… sí, guisantes de olor para todos, y con toda tranquilidad podemos dejarle el Cielo a los ángeles y los

gorriones».

Yo preferiría haber escrito esos versos antes que toda la obra de Schiller.

Y, en su historia de la religión, Heine ha expresado en prosa nuestra fe moderna con más perfección aún que en su poesía:

> Las generaciones más felices y más bellas que se produzcan mediante la libre elección amorosa y que florecerán en una religión de júbilo, sonreirán apenadas al pensar en nosotros, sus pobres antecesores, que nos controlamos estúpidamente en lugar de gozar todos los placeres de esta hermosa vida y que negando y aniquilando nuestras pasiones y deseos, nos transformamos en pálidos fantasmas de hombre y mujeres reales. Sí, lo digo sin vacilar: nuestros descendientes serán más hermosos y más felices que nosotros.

Éste es también el núcleo de mi creencia y de mi esperanza para el futuro de la humanidad, lo he aprendido con mayor audacia que Heine o Whitman y he sido castigado por ello más salvajemente.

¡Qué sabio y vidente era Heine!

Piensen en lo que escribió a un amigo sobre Alsacia-Lorena, treinta años antes de la guerra de 1870 y setenta y cinco años antes de la gran guerra:

> Soy amigo de los franceses como lo soy de todos los hombres buenos y razonables. Quédate tranquilo, jamás cederé el Rin a los franceses y eso por la sencilla razón de que me pertenece. Sí, me pertenece por derecho inalienable de nacimiento. Pertenezco al Rin libre, soy su hijo aún más libre. Mi cuna se meció en sus riberas y no veo por qué el Rin debería pertenecer a otro que no fueran los hijos del suelo.
>
> Pero Alsacia y Lorena son algo que no puedo incorporar a Alemania con tanta ligereza como tú tienes por costumbre, porque, la gente de estos países está profundamente ligada a Francia, a causa de los derechos que ganaron con la Gran Revolución, a causa de esas leyes e instituciones libres semejantes que son tan agradables al espíritu del ciudadano, pero que no obstante dejan mucho que desear a los estómagos de las masas.
>
> Entre tanto, Alsacia y Lorena volverán a incorporarse a Alemania cuando demos cima a lo que los franceses ya han comenzado: *cuando los superemos en acción, como ya lo hemos hecho en pensamiento; cuando desarraiguemos el servilismo de su último refugio: el cielo; cuando liberemos al Dios de su estado de degradación; cuando devolvamos su dignidad al*

pueblo desheredado de su felicidad y avergonzando al genio y la belleza…

¡Sí, no sólo Alsacia y Lorena sino toda Francia, toda Europa, el mundo entero estará con nosotros, el mundo entero será alemán! Sueño a menudo con esa misión y este dominio universal de Alemania cuando vagabundeo entre los robles. ¡Así es mi patriotismo!

Sin embargo, Heine dedicaba un mortal sarcasmo a las peores faltas de los alemanes, al rígido y pedante prusiano con su helada vanidad y su cota de mallas a la espalda.

Heine vio la vida con más profundidad y justicia que cualquiera de sus contemporáneos.

¿Cuál será el resultado de esta agitación iniciada, como siempre, por París? La guerra, una guerra aterradora y destructiva que, ay, llamará al ruedo a las dos naciones más nobles de la civilización… me refiero a Alemania y Francia. Inglaterra, la gran serpiente de mar que siempre puede retroceder a su monstruosa guarida en el océano, y Rusia, que tiene escondites más seguros aún en los monstruosos pinares, en las estepas y en los campos helados, estos dos no deberán sufrir las derrotas más decisivas. Pero en ese caso Alemania está amenazada por un destino mucho peor y hasta Francia podría verse obligada a abandonar su existencia política. Sin embargo, éste sería sólo el primer acto de la gran *extravaganza*… el preludio, digamos. El segundo acto es el europeo, la revolución mundial, el gran duelo del desposeído con la aristocracia del dinero, y allí ya no se hablará de nacionalidad ni de religión. *Entonces, habrá una sola nación, a saber, el mundo; y una sola fe; a saber, la prosperidad en la Tierra…*

Y luego el guiño inevitable:

Recomiendo a nuestros descendientes que vengan al mundo con la piel muy gruesa.

Heine era igualmente sabio y perceptivo con respecto a las personas. El mejor retrato existente de Lassalle, el gran socialista, salió de la pluma de Heine y fue escrito cuando Lassalle tenía apenas diecinueve años:

Mi amigo, el señor Lassalle, es un joven de las más distinguidas dotes intelectuales, de la erudición más exacta, poseedor del más amplio campo de conocimientos, con la rapidez de percepción más decidida que he conocido; combina una fuerza de voluntad y una capacidad de conducta que excitan mi admiración y si la simpatía que

me tiene no me engaña, espero de él la ayuda más eficaz.

No puedo dejar de llamar la atención sobre la extraordinaria profecía de Heine con respecto al futuro de Lassalle. «Hará usted grandes cosas en Alemania», le dijo Heine, «aunque me temo que probablemente alguien le pegue un tiro».

Heine siempre fue generoso en el estímulo y pródigo en el elogio de los escritores contemporáneos… una rara cualidad en los escritores de éxito. Y, en la escuela Romántica, ha elogiado a esos escritores jóvenes «por no haber divorciado la vida de la literatura y por hacer que la política vaya de la mano con la ciencia, el arte y la religión», de modo que eran al mismo tiempo artistas, tribunos y apóstoles.

> Sí, repito la palabra «apóstoles», porque no conozco ninguna más distintiva. Una nueva fe los inspira con una pasión de la cual los escritores del período anterior no sabían nada. Esta fe es la fe en el progreso, una fe que surge del conocimiento. Hemos medido la tierra, sopesado los poderes de la naturaleza, calculado los recursos de la industria y descubierto que esta tierra es lo bastante grande para que todos construyan en ella la choza de su felicidad.

Son su profunda moral y su verdadera visión de la vida las que colocan para siempre a Heine junto a los más grandes, pero es su humor el que corona, por decirlo así, su gracioso rostro sonriente. Piensen en algunas frases de sus días escolares:

> ¡No tienes idea de lo complicado que es el latín! Si los romanos hubieran tenido que aprenderlo, jamás les hubiera quedado tiempo suficiente para conquistar el mundo… Y la geografía… aprendí tan poca, que más tarde me extravié en el mundo [frase de Shakespeare]…
>
> Me iba mejor en historia natural. Algunos de los dibujos de monos, asnos, canguros, etc., quedaron fijados en mi memoria y en consecuencia me sucedió a menudo que una buena cantidad de gente me parecía a primera vista viejos conocidos…

Y episodios posteriores.

Cuando Boerne, el demócrata, observó que, si un rey le hubiera estrechado la mano, hubiera tenido que cortársela, Heine replicó: «Yo, cuando su majestad la multitud me estreche la mano… me la lavaré».

Hablando de Madame Stael, Heine escribió: «Oh, Mujer, debemos perdonarte mucho, porque amaste mucho… y a muchos».

Heine estaba en términos de considerable intimidad con un gran magnate del mundo práctico de París, el barón James de Rothschild. Gracias a una carta de presentación de su tío rico de Frankfurt, fue recibido en el círculo familiar de los Rothschild en cuanto llegó a París. El gusto del barón por la sociedad de Heine debe haberse basado en las cualidades sociales de éste, porque su inteligencia sólo llegaba a las cuestiones financieras y no sabía nada de arte y poesía. Rothschild lo trataba, según dijo, *famillionairement*, y una anécdota ilustra sus relaciones.

—Usted que todo lo sabe, Heine —le dijo un día Rothschild durante la cena—, ¿por qué se llama *Lacryma Christi* este vino?

—Se llama *Lacryma Christi* —dijo Heine—, porque Cristo llora cuando lo bebe un judío rico, mientras tantos hombres pobres mueren de hambre y de sed.

Heine era de pequeña estatura y ni siquiera en su juventud fue muy fuerte, aunque Gautier dice que a los treinta y cinco años, en París, parecía perfectamente saludable y tenía color en las mejillas. De sus primeros días en París, Heine escribió en un continuo estado de éxtasis. «Se puede considerar a París», dijo, «como la capital del mundo: una nueva forma de arte, una nueva religión, una nueva vida… están apuntando días maravillosos y se nos revelan dioses desconocidos, y al mismo tiempo por todas partes se ríe y se baila; por doquier prevalece el más alegre tono de chanza, la broma más ligera…».

Escribió a un amigo: «Si alguien te pregunta cómo me siento aquí, di: “Como un pez en el agua” o, más bien, di que, cuando un pez en el mar le pregunta a otro cómo se encuentra, éste contesta: “Como Heine en París”».

Pero los años de alegría y placer fueron pocos. Desde el año 48 hasta su muerte, en el 56, sufrió el largo martirio de la parálisis progresiva. Cualesquiera que hayan sido sus limitaciones y pecados, Heine pagó por ellos durante aquellos años espantosos de su agonía en París. He aquí una descripción que de él hizo una dama dos años antes de su fin:

> Yacía sobre un montón de colchones, con el cuerpo tan agostado que bajo las sábanas que lo cubrían no parecía más que un niño, con

> los ojos cerrados y una expresión en el rostro como la del más doloroso y devastado *Ecce Homo* jamás pintado por un viejo pintor alemán… Cuando lo besé, su barba me hizo el efecto de la pelusa de un cisne o del cabello de un bebé, tan débil era, y su rostro parecía haber ganado una cierta belleza, a causa del dolor y el sufrimiento… Nunca vi a un hombre soportar ese horrible dolor y miseria de una manera tan poco afectada. Se quejó de sus sufrimientos y le agradó ver lágrimas en mis ojos; entonces se dedicó a hacerme reír de buena gana, lo que pareció complacerlo tanto como lo otro. Ni exhibía su angustia ni procuraba esconderla o adoptar aires estoicos. Estaba menos sarcástico, más cordial, más indulgente y, en general, más agradable que nunca.

Toda la obra de Heine me atrae intensamente. Tal vez no alcanzó nunca el punto más alto del arte ni creó figuras eternas como las de Falstaff y Don Quijote. Utilizó sobre todo sus dones Úricos. Sin embargo, sus extraordinarias dotes de «el mejor de todos los humoristas» lo coloca junto a los más grandes y ha prestado más ligereza y gracia que ninguno a la prosa alemana.

Que nadie piense que mi intención es poner a Heine más alto de lo que le correspondía. Para mí, siempre viene inmediatamente después de Goethe, completándolo. Repito que nuestra creencia moderna proviene de Heine, o por lo menos fue formulada primero por él. En este sentido, es significativo el hecho de que nació con la revolución francesa.

Heine comprendió el cristianismo en su aspecto patético y si se juntaran todos sus pensamientos y poemas sobre la materia, formarían un comentario tan iluminador como *La vida de Jesús*, de Renán. Recuerdo un gran pasaje en el cual habla del socialismo como la religión del mundo moderno y dice que «también tiene sus Judas y sus Calvarios».

Me gusta recordar que Heine reverenciaba a Jesús. «Le debemos eterna fama», dice, «a ese símbolo del Dios sufriente, del Santo con su corona de espinas, el Cristo crucificado cuya sangre es un bálsamo consolador que ha curado las heridas de la humanidad».

Heine era mucho más pagano que cristiano. Le desagradaba tanto todas las estúpidas convenciones, que se apartó tal vez demasiado de ellas. No comprendió que la principal fuerza reformadora de nuestra época es precisamente el nuevo mandamiento que Jesús fue el primero en formular. Pero esto es realmente hipercrítico, porque la síntesis de paganismo perfecto y

cristianismo puro no está todavía ni siquiera bosquejada y hace casi un siglo que Heine accedió al silencio.

Sin embargo, habla de Stratford-on-Avon como «la Belén del norte», lo que demuestra, me parece, una profunda comprensión de Shakespeare… la comprensión de la afinidad y la realeza.

Como él mismo decía, era «un bravo soldado en la guerra de liberación de la humanidad», pero era mucho más que eso. Lo considero el mejor líder que pudimos haber tenido los modernos. Como rebelde, se captó la sanidad perfecta y fue capaz de destruir con su humor feliz todos los espantajos, las supersticiones, las convenciones y pacaterías que baldan y deforman nuestra vida. Si sólo pudiera traducirlo de manera adecuada, haría que mis lectores lo amaran tanto como yo. Piensen en el poema que llama «Enfant perdu» (Niño perdido); las estrofas traen lágrimas a mis ojos:

Verlorner Posten in dem Freiheitskriege,
Hielt ich seit dreissig Jahren treulich aus.
Ich kümpfte ohne Hoffnung, dass ich siege,
Ich wusste, nie komm' ich gesund nach Haus.

In jenen Nächten hat Langweil' ergriffen
Mich oft, auch Furcht— (nur Narren fürchten nichts)—
Zie su verscheuchen hab' ich dann gepfiffen
Die frechen Reime eine Spottgedichts.

* * *

Ein Posten ist vakant —die Wunden klaffen—
Der eine fällt, die andern rücken nach
Dock
fall'ich
unbesiegt, und meine Waffen
Sind nicht gebrochen-Nur mein Herze brach[10]

¡Ése era el coraje del hombre que murió «con el corazón destrozado»! Y éste es su credo, que siempre ha sido el mío. Como Heine, que alardea de que durante toda su vida ha sido Caballero del Espíritu Santo de la Verdad, yo también he amado siempre a la Verdad más que a sus hermanas, la Belleza y la Bondad. Su cuerpo es más ligero y menos voluptuoso; su rostro no se parece tanto al de una flor; pero los ojos son magníficos y está compuesta de pasión.

Su beso: una consagración de sinceridad. Con ella no hay dudas ni miedo y la confianza total que inspira su adoración vale más para su amante que cualquier otro presente que puedan entregar sus hermanas. Su elegido debe ser un luchador que se mofe de las apuestas; su curso es siempre recto, hacia arriba y hacia abajo, y en el arduo camino perderá los amigos y la dulce compañía de la vida: sus bienamados lo abandonarán. Sus días serán todos de lucha, para él no hay respiro ni descanso ni recompensa, salvo en la orgullosa consciencia de que siempre estará en el frente de la gran batalla, y tarde o temprano pagará la pena por su devoción y morirá en el campo desconocido e inapreciado, sangrando por cien heridas.

Admiro a los más grandes: Shakespeare, Goethe y Cervantes, pero amo a Heine. Es bajo su divisa que debemos luchar por muchos años hasta que tal vez la ciencia nos dé un credo nuevo y superior.

Matrimonio y política

Hubiera debido comenzar este volumen con la mención de mi matrimonio, pero me resulta penoso escribir sobre eso y debo omitir muchas cosas, porque mi primera esposa vive todavía, y las circunstancias y motivos de la alianza no contribuyen a hacer mis alabanzas. Había estado enamorado de mi norteamericana durante seis o siete años, como ya he relatado en el volumen 2 de *Mi vida*, y estuve a punto de casarme con ella una docena de veces. Pero, una y otra vez, ella había despertado mis celos; en una de esas ocasiones casi hasta el frenesí; y, ahora, en una crisis de mi vida, se fue al continente con su madre sin decirme nada y un amigo me dijo que la había visto en el vapor del Canal con un hombre joven. La crisis de la que hablo se produjo cuando perdí la dirección del «Evening News», como narraré en otro capítulo.

Algún tiempo antes había conocido a quien fue mi esposa, la señora Clayton, una viuda, en casa de Mackenzie of Seaforth, en Escocia: él era hermano de lady Jeune. Mi esposa tenía una casa en Park Lane, vecina a la de George Wyndham, y con frecuencia me invitaba a almorzar o cenar. Fue ella quien me presentó al duque de Cambridge, quien almorzaba con ella por lo menos una vez a la semana cuando estaba en Londres, y a los Vyner, íntimos amigos suyos. La señora Vyner era también gran amiga del príncipe de Gales.

La señora Clayton había estado casada con un rico hombre de Yorkshire, de buena posición. Recibía de una manera encantadora y conocía a todo el mundo. Yo estaba encantado de aceptar sus invitaciones y llegó a gustarme muy rápidamente. Era una excelente compañera, no muy instruida, pero inteligente y comprensiva, y pronto nos hicimos muy amigos.

Un día, al encontrarme deprimido, me obligó a decirle por qué y le hablé de Laura. Sonrió.

—Nadie que se interesara por usted se iría al continente de esa manera. Haría bien en no pensar más en Laura.

Poco tiempo después, quiso saber por qué no me casaba con alguien y volvía la espalda a las preocupaciones.

—¿Y quién se casaría conmigo? —pregunté—. Soy muy desgraciado.

Finalmente, le pedí que fuera mi esposa. Consintió y me sentí feliz. Quince días después, el arzobispo Plunkett vino a Londres y nos casó. Fuimos a París, al Hotel Meurice, y yo me dormí, satisfecho de haber hecho tan bien las cosas; en todo caso, mis ambiciones políticas se realizarían pronto.

A la mañana siguiente, tuve un rudo despertar.

Veinte o treinta personas me habían escrito a propósito de mi boda y, entre ellas, un par de muchachas. Cuando me desperté por la mañana, vi a mi esposa llorando frente a la mesa.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¡Qué sucede! —exclamó—. Eres un bruto. Estas chicas están enamoradas de ti, y yo pensé que no tenías a nadie.

—¿Cómo te atreves a abrir mis cartas? —dije, saltando de la cama y yendo hacia la mesa.

Pero estaba furiosa más allá de toda medida y yo supe, entonces, que las mujeres pueden ser mucho más celosas que los hombres. No pude creerlo durante mucho tiempo, pero ella me fue convenciendo de ello poco a poco. Si yo miraba a una mujer por la calle, había pelea segura. Una y otra vez me dejó plantado en el teatro, prefiriendo irse antes que verme mirando a una chica guapa, según decía. Todo esto me molestaba tanto más cuanto que era miope y, a media docena de yardas, no veía a nadie con claridad.

Tan pronto como comprendí que sufría realmente, comencé a aleccionarme, y este proceso llegó al punto de que recuerdo que, cuando fuimos a Italia, acostumbraba a elegir un rincón del restaurante y miraba siempre las paredes desnudas. Mi lema era «cualquier cosa por llevar una vida tranquila», y como me había casado por razones egoístas, sentí que debía permitir el juego del egotismo y las peculiaridades de mi esposa.

Había decidido hacer un éxito de mi matrimonio. Me había presentado como candidato al Parlamento por una sección de Hackney y creía que, si vivía como se debe con mi esposa, pronto llegaría al Parlamento y obtendría un cargo. Tuve que desechar inmediatamente estas esperanzas. Dos cosas me convencieron.

Cuando pasábamos por Boloña, en nuestro camino hacia Roma y Sicilia, porque deseaba volver a ver Roma y Nápoles, Palermo y Monreale, levanté la cortinilla por alguna razón y miré por la ventana, y, allí, pasando frente al tren, estaba Laura con su madre. Pensé que iba a ahogarme. En mi garganta y en mis sienes, comenzó a latir el pulso. En un instante, comprendí que había trocado la felicidad por el confort y una vida agradable, que había errado gravemente y tendría que pagar, y pagar mucho, por el error.

El otro incidente tuvo lugar en Roma. Gracias al embajador inglés, conseguí a un joven italiano de gran capacidad para leer al Dante conmigo. Acostumbraba a venir todas las mañanas a las diez y leía hasta que mi esposa deseaba salir para dar el paseo matutino, hacia las once y media. Un día, ella entró mientras me hallaba leyendo con el *signor* M. Acabábamos de discutir sobre el significado de un pasaje del Dante y lo había convencido de que yo tenía razón. Estaba un poco herido y, al verlo, puse una mano sobre su hombro y dije: «Sabe, soy mucho más viejo que usted, mi estimado amigo, de modo que no debe molestarse».

Él me sonrió e inmediatamente mi mujer abandonó la habitación. Yo sabía que algo andaba mal y tan pronto como pude terminé la lección y dejé que mi joven amigo se fuera. Cuando entré en el dormitorio de mi esposa, la encontré casi loca de furia.

—Acaricias a tus amigos delante de mí —exclamó—, bestia —y me golpeó en el pecho con los puños.

Al comienzo no comprendía qué quería decirme, pero, cuando lo comprendí, me puse furioso.

—Estás loca —le dije—. Nadie me ha acusado jamás de ese vicio, y no te daré otra oportunidad. Aquí termina nuestro matrimonio.

Y allí terminó.

Sus celos eran casi increíbles y continuaron con referencia a todos, hombres o mujeres, a los cuales yo podía ver y por los cuales sentía simpatía. Un amigo inglés, hombre en buena posición, con un título y una vida desahogada, se unió a nosotros en Palermo y me preguntó si quería llevarlo a Monreale y mostrarle las maravillas de la iglesia. Asentí, y la pelea posterior con mi esposa duró más de una semana. Sus celos eran una enfermedad y padecía verdaderas agonías, pero casi siempre eran infundados y sus errores

proporcionaban un elemento cómico que a menudo me divertía inmensamente, pese al constante fastidio. Por ejemplo, un día almorzó con nosotros una dama irlandesa, bonita e inteligente. Hablaba bien y evidentemente era una entendida en literatura francesa e inglesa. Naturalmente, esto hizo que me interesara en ella. Después de almorzar, la acompañé hasta su coche y allí, en la berlina, vi una de las muchachas más bellas que había conocido.

—Mi hija Katie —dijo la dama presentándome—; la llamamos Kitten.

La muchacha rió seductoramente. Me dijeron que iban hacia el centro y les pedí que me llevaran. Entré en la casa para coger mi sombrero, me excusé ante mi esposa diciéndole que iba a un recado y salí a reunirme con ellas. Después, durante días, mi esposa abundó en esto, diciendo que me había comportado vergonzosamente, que había mostrado con excesiva claridad mi admiración por la dama; que su conocimiento de los libros franceses no era más que una manera de exhibirse, etcétera. Un mes más tarde, me encontró por casualidad caminando por el parque con la hermosa hija. Por supuesto, mi mujer se quedó y fue con nosotros hasta la casa de la madre, pero en ningún momento pareció sospechar que Kate y yo nos entendíamos muy bien y, cuando, al llegar, me negué a entrar, se sintió culpable.

—Pensé que te interesabas por la señora… —dijo mientras regresábamos a casa—. Me parece inteligente.

No había notado siquiera que Kate había enmudecido, probablemente por nervios. Sospechaba de la mujer inteligente y, sin embargo, en mi opinión, la hija era a la madre lo que una divinidad a un mortal ordinario.

Recorrimos Sicilia y regresamos por Taormina, y mi mujer quedó encantada con la belleza natural del lugar. Le parecía el paisaje más arrebatador del mundo, pero no le importaban nada los restos del teatro griego que a mí me interesaban vivamente.

Después de seis meses de esta especie de luna de miel, regresamos a Londres y vivimos juntos en Park Lane, como amigos. Los seis meses pasados habían hecho por mí lo siguiente: me habían convencido de que hay en el carácter inglés algo que jamás podrá resultarme simpático. El esnobismo, no sólo de los personajes con título, sino de la gente bien nacida y de buena crianza, comenzó a

exasperarme. El almorzar en la casa de Park Lane con el duque de Cambridge y media docena de persona de buena posición me enseñó que siempre sería un extraño, ajeno a ellos en imaginación y en simpatías. Cuando fui a la Cámara de los Comunes y ocupé mi puesto bajo la galería, tuve la confirmación del mismo sentimiento. Ahora, todos eran más amables conmigo. No sólo era el editor de la «Fortnightly Review», sino que tenía una casa en Park Lane y recibía a la realeza; en consecuencia, valía la pena conocerme. ¡Todo esto me produjo gran resentimiento!

Varias veces en la vida el éxito aparente me ha evidenciado un fracaso interno. En la medida en que no había ganado, la lucha me obsesionaba; pero tan pronto como tenía la victoria al alcance y comenzaba a enumerar las ventajas, quedaba descontento, consciente de que no iba por el buen camino. Y así entonces, habiéndome ganado una posición segura en la vida inglesa, descubrí que me hallaba fuera de lugar. Fueron muchos los factores que se combinaron para desilusionarme.

He hablado ya de cómo se engañan a sí mismos los ingleses. Creen que son la gente más franca y honesta del mundo, mientras que, en realidad, son los diplomáticos más astutos, hábiles e inescrupulosos. Como siempre digo, su principal cualidad, que percibí con gran estupefacción, es su amor por la belleza física en los cerdos, el ganado y las aves de corral, así como en hombres y mujeres. Saben, sin necesidad de que se lo diga Montaigne, que la única belleza del hombre radica en la estatura, y yo estaba más bien por debajo de la norma en ese sentido. Es posible que esto te haga sonreír, amable lector, pero es posible que se te escape su sentido profundo. Según mi experiencia, todos los hombres que han tenido éxito en Inglaterra, han contado con su estatura como apoyo. Kitchener y Buller fueron preferidos a Roberts, quien tenía más cerebro que los dos juntos o multiplicados el uno por el otro. Sir Richard Burton, con sus seis pies de estatura, fue aceptado de inmediato como una personalidad, mientras que el pequeño Stanley era tratado con escaso respeto. Parnell, Randolph Churchill, Dilke, Chamberlain y Hicks-Beach pasaban todos de la estatura media. Tennyson, con su noble presencia, fue aceptado en todas partes, mientras que James Thomson, mejor poeta y hombre, fue ignorado a causa de su pequeña estatura. Si Swinburne hubiera sido alto y

fuerte, hubiera sido Poeta Laureado, pero para los ingleses su magnífica frente quedaba arruinada por su baja estatura. Oscar Wilde debía mucho de su renombre a su gran estatura, por lo menos tanto como a su ingenio.

Comprendí que el camino del éxito parlamentario sería duro para mí. A los ingleses no les gustan los buenos oradores y sienten un aborrecimiento absoluto por las ideas nuevas. Cuando Cecil Rhodes (otro hombre alto) fue elogiado por «The Times» por sus altos ideales, mi comentario fue: «Es verdad, tenía ideales, pero sus *ideales* eran todos “tratos” con un “Yo” delante»[11]. Mis inclinaciones socialistas eran anatema en Inglaterra. Vi que habían degradado a los mejores de entre la gente común, pero detestaban que se plantearan dudas sobre su optimismo complaciente. Es verdad que yo gozaba de ciertas ventajas: había tenido una educación inglesa y sabía cómo vestirme. Mis maneras en la mesa eran impecables, pero era pequeño y seguro de mí mismo y, lo peor de todo, estaba obsesionado por ideas nuevas que eran contrarias a los intereses de la clase gobernante inglesa. Más pronto o más tarde, en mi camino hacia el poder, sería denunciado y traicionado o boicoteado. Por extraño que parezca, mi sentimiento de aislamiento aumentó con mi éxito. Cada vez me resulto más claro que no estaba en el camino correcto.

Esta convicción creció a medida que transcurrían los meses. Recuerdo un incidente. Yo estaba haciendo todo lo posible por asegurar mi elección en Hackney. Estaba gastando tres o cuatro mil libras anuales en la circunscripción, asistiendo al club y hablando todas las semanas. La pobreza en el distrito, o más bien la indigencia de los pobres, me espantaba. Estaba resuelto a hacer todo cuanto pudiera para mejorar las horribles condiciones de su existencia.

Cuando se produjo el escándalo de Parnell y Gladstone, se puso de parte de sus acusadores como si nunca hubiera sabido nada de la intriga de Parnell con la señora
O’Shea
, fui a Hackney y dije la verdad tal como la conocía. Dije que Gladstone había sabido durante años de la intriga con la señora
O’Shea
y que le había parecido gracioso y que pretender entonces estar

ultrajado era una concesión vergonzosa al prejuicio no-conformista. Me burlé de todo el asunto y declaré que las enaguas de la señora O'Shea
difícilmente podían emplearse como oriflamas de la libertad inglesa. Fui entusiásticamente aplaudido, todos se retiraron de excelente humor y, al día siguiente, ochenta de los cien miembros de que constaba el comité, redactaron su renuncia. Me enviaron una carta, diciéndome que burlarse del adulterio era algo que los había ofendido. Había también una noticia en varios de los periódicos del día, que hablaba de esa renuncia, y comprendí en seguida que el asunto era serio. Mi escaño estaba en peligro y uno o dos de mis amigos me dijeron que tendría que retirar lo que había dicho.

En consecuencia, ofrecí una cena a mi comité, enviando cartas especiales a los ochenta, donde les pedía que estuvieran presentes, y al final de la cena admití que habla tratado el asunto con excesiva ligereza y lo lamentaba. Mis ochenta críticos retiraron su renuncia, y todo fue tan agradable como antes. Pero había recibido mi lección. Ahora sabía que, si iba a la Cámara de los Comunes, tendría que ser cauteloso. Tomé conciencia del hecho de que estaba emparedado por el prejuicio inglés de clase media y atascado en el puritanismo superficial.

Y el techo de esnobismo que tenía encima apenas me dejaba aire para respirar. Comencé a preguntarme cuál era la mejor manera de salirme de eso. Me sentía como si estuviera en una prisión y debiera escapar. Además, Randolph Churchill, que era mi principal respaldo, había caído ya en desgracia y no podría ayudarme como había prometido. Mi primera mujer era gran amiga de lord Abergavenny, a quien se conocía como el «enchufado» del partido tory. Nos invitó a Eridge Castle, su casa de campo en Kent, y me convenció de que hablara en un mitin conservador sobre la federación imperial.

Yo había sido uno de los fundadores de la Imperial Federation League. Desde hacía mucho tiempo, deseaba conseguir una confederación de colonias inglesas y veía con toda claridad que la posesión por Inglaterra de la India y Egipto se oponían a este ideal. Cuando hablé a las personas influyentes sobre ceder la India y Egipto y fundar un Senado Imperial que ocupara el lugar de la Cámara de los Lores, dándole poder político a las colonias mediante

senadores coloniales, descubrí que noventa y nueve de cada cien personas pensaban que estaba loco. «¿Por qué tendríamos que renunciar a Egipto y a la India», preguntaban, «las estrellas gemelas de la corona inglesa?».

—Maquiavelo decía —contestaba yo en esos casos— que toda posesión de los romanos, no colonizada por ellos, había resultado ser un punto débil en tiempo de guerra. Si se nos pone frente a una prueba bélica severa, es posible que descubramos que tener que defender la India y Egipto, disminuirá las posibilidades de éxito. Vuestra herencia en las colonias, en cuanto a gente de vuestra propia raza, es ya lo bastante grande. ¿Por qué no contentarse con eso? Ya poseéis más de la mitad de la zona templada.

Lord Abergavenny me dijo francamente:

—Abandone toda esa charla sobre Egipto y la India, y yo me ocuparé de que lo inviten a hablar en todos los grandes mítines y le conseguiré un escaño vitalicio en el Parlamento.

Sentí que no tenía objeto entrar en la Cámara de los Comunes. Sería como el que clama en el desierto. Además, me había hecho consciente de una falta de simpatía por los objetivos políticos de Inglaterra. Yo era a medias socialista y estaba absolutamente convencido de que la espantosa desigualdad social en Inglaterra era errónea y ya había provocado un deterioro de la raza. Como ya he explicado en el segundo volumen de mi obra, yo no sólo quería que la tierra de Inglaterra fuera nacionalizada, sino también que las industrias de utilidad general o servicio público, como los ferrocarriles, el gas y el agua, etcétera, pertenecieran al público; y deseaba que los salarios pagados a estos millones de empleados de estado fueron por lo menos el doble que los existentes. Se establecería en Inglaterra una gran clase media baja y nadie que deseara trabajar quedaría sin empleo. Pero estas opiniones, que eran las sustentadas, me parece, por los mejores cerebros, como el de Carlyle y el de Bismarck, no encontraban apoyo en la Cámara de los Comunes ni en ningún estamento de la clase gobernante inglesa. Para ellos, el socialismo, como el ateísmo, era una mala palabra. El individualismo sin freno que apreciaban como libertad les parecía la única doctrina sana. Cuando más vivía con la casta gobernante y mejor la conocía, menos esperanzas me quedaban. Sus objetivos no eran los míos y mis ilusiones no les resultaban atractivas.

Gradualmente, se me fue imponiendo la comprensión de que en la Cámara de los Comunes no había una verdadera carrera para mí y que debía ser escritor o maestro y no artífice de políticas. Pero dudaba de mi talento. ¿Podría realmente ser escritor? Quería decir uno grande. No daba ni un céntimo por hallarme entre el rebaño y me parecía totalmente imposible poder estar alguna vez al lado de mis héroes: Shakespeare, Goethe y Cervantes. «Siéntate e inventa un nuevo personaje como Mefistófeles o Don Quijote o Falstaff», me decía, «y entonces te aconsejaré que te saques la chaqueta y te pongas a escribir, pero, si no puedes hacerlo, ¿qué sentido tiene tratar de escribir?». Durante unos años aplacé la decisión a causa del penoso sentimiento de mis propias deficiencias.

La modestia es algo que difícilmente pueda atribuírseme. Cualquier idiota que me haya conocido habla de mi extraordinaria vanidad. Ahora bien, todos los hombres son egotistas, y también todas las mujeres, y todavía tengo que conocer al hombre o a la mujer que no tenga una excelente opinión de sí mismo. No es que tenga ningún problema con eso. Lo espero y cuento con ello, como cuento con el hecho de que un cuerpo proyecta una sombra. No, más todavía, debo incluso confesar que los egotistas me parecen especialmente interesantes cuando hablan de sí mismos; y esto me lleva a la verdad: que no hay nada más interesante que el egotismo cuando un hombre tiene un ego.

El egotista ordinario es un fastidio, porque nunca habla de sí mismo. No puede. Tiene un yo de qué hablar, pero no lo sabe. Se halla bajo la impresión de que todo lo que le ha pasado en la vida es interesante y especial; mientras que la verdad es que casi todo lo que le ha pasado a él le ha pasado a todos los demás, y hablar de eso aburre porque los demás preferirían escucharse a sí mismos diciendo lo mismo.

Pero el egotista que posee un ego, que es consciente de la llama divina de su naturaleza, dice cosas que son verdaderas de sí mismo y de nadie más, cosas inesperadas, hermosas; y así, resulta enormemente interesante, más interesante que Perry y su Polo Norte, porque su visión descubre paisajes hasta entonces desconocidos y sus opiniones nos descubren alturas y profundidades propias que hasta entonces no habíamos percibido. Su personalidad única y magnética se encuentra en relación íntima y directa con el

centro de gravedad del universo, y de este modo prefigura el futuro, y cuando habla de sí mismo está hablando de experiencias espirituales que sólo serán lugar común dentro de diez mil años.

Tal vez, después de haber completado mi revelación sobre Shakespeare, es posible que me haya tomado demasiado en serio, pero durante años y años fui demasiado modesto. Hay algo que puede probarlo. Cuando Rodin necesitaba desesperadamente dinero, compré gran cantidad de sus esculturas. Cuando fue a Inglaterra y descubrió que era conocido allí como escritor, comenzó a pedirme que lo dejara hacer mi busto.

—No, no —le dije—, no debe perder su tiempo conmigo. Todavía no tengo nada que me permita utilizar su genio.

Y, cuando insistió, contesté:

—No tuve nada que ver con la creación de mi jeta, de modo que no estoy orgulloso de ella.

Más o menos para la misma época, Bernard Shaw le pagó una gran suma para que modelara su cabeza. Shaw comprendía su generación.

La vida de Londres, vista desde Park Lane, era infinitamente agradable. Todos los días veía uno gente inteligente, de buena crianza, más o menos interesante, y si deseaba mayor talento del que podía encontrar entre los amigos de mi esposa, podía invitar a Oscar Wilde o Matthew Arnold o Browning o Davidson o Dowson o Lionel Johnson o Dilke o John Burn, obteniendo así el estímulo intelectual que necesitaba.

Sin embargo, el clima de Inglaterra me resultaba detestable. A partir de noviembre, y durante seis meses, era insoportable, pero se podía ir a Egipto o a Constantinopla, a la India o a la Riviera francesa y encontrar a la misma gente viviendo en las mismas condiciones. ¿Para qué preocuparse? La vida llevaba escarpines de terciopelo y estaba iluminada por el sol.

La causa determinante de mi ruptura con mi esposa, y con Park Lane, fue muy otra. Sin decirme nada de ello, mi esposa vendió mi casa de soltero de Kensington Gore. Dijo que no debía tener un lugar adonde llevar a mujeres y en eso estaba justificada. De modo que aceptó la primera oferta que le hicieron por mi casa y, por lo tanto, perdí toda clase de papeles, libros, fotografías y pequeños objetos personales que eran preciosos para mí. Perdí incluso la

fotografía del profesor Smith, mi héroe de la Universidad de Kansas. Me la había dado con una dedicatoria espléndida y estimulante. Me enfureció perderla tan estúpidamente.

Comprendí que debía romper de manera decisiva. No debía seguir viviendo sólo porque la vida era agradable.

Necesitaba tener un objetivo más alto y dedicarme a su realización. ¿Podía transformarme en un escritor? Me dije que tenía talento de orador, pero no de escritor.

Los últimos tiempos de Laura

Había estado casado un año o más y había regresado a Londres para retomar mi vida ordinaria, cuando recibí un día una carta de Laura donde me preguntaba si podía visitarme en mi casa de soltero de Kensington Gore. Nunca había sentido tanto júbilo en mi vida. Mis seis meses de luna de miel me habían agotado, y la vida en Park Lane era, en cierto modo, agotadora. Le rogué que me visitara pronto, y uno o dos días después Laura fue a la vivienda donde tantas veces nos habíamos encontrado. Estaba adorable como siempre, pero al comienzo se mostró reservada y extremadamente tranquila.

—Quería saber si me habías olvidado, —dijo.

—Antes me hubiera olvidado de mi alma —contesté, y nuestros ojos se encontraron… Los suyos eran inescrutables, pero pronto formularon una pregunta.

—Entonces, ¿por qué te casaste? —exclamó.

—¿Por qué mentiste y te fuiste al extranjero? —repliqué.

—Por la salud de mi madre —dijo.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Esperaba regresar antes de que llegara a molestarte —contestó.

—Siempre está tu madre entre nosotros —dije.

—Entonces, nada ha cambiado —continuó— y te importo tanto como siempre.

—Me temo que más —repliqué, y era verdad.

Para mí estaba tan hermosa como siempre… En realidad, más hermosa, infinitamente atractiva. Hasta sus defectos me eran queridos. Lo peor de todo era que nunca pude creer realmente en su cariño, no sé por qué. Nunca creí, ni al comienzo, ni entonces, ni después. Ése fue el desdichado trasfondo de nuestra intimidad.

Me aseguró que ningún hombre joven las había acompañado al extranjero y que no se interesaba por nadie más que por mí y yo le conté cómo la había visto en compañía de su madre en la estación

de Boloña y lo terrible que había sido para mí, haciéndome comprender el espantoso error cometido. Ante esto, me rodeó con sus brazos y nuestros labios se encontraron. En seguida, su boca se puso caliente.

—¿Vendrás a nuestra habitación, querida? —pregunté.

Ella asintió.

—¡Sí, a nuestra habitación!

Y subimos juntos. Se desvistió en pocos minutos y la llevé a la cama, quitándole la camisa. Su cuerpo soberbio me ofuscó. Estaba más atrevida que en el pasado. No opuso resistencia, como acostumbraba a hacer, y, al comenzar a besarla, no pude por menos que admirar la belleza exquisita de su forma y su sexo. Nunca hubo otra más perfecta. La besé durante mucho rato, antes de que diera señales de emoción. Luego, de pronto, dijo:

—Frank —y, cuando me incorporé para contestar, me abrazó—. ¿Cómo pudiste, cómo pudiste? ¡Muchacho malo! ¿Cómo pudiste abandonarme? Cuando te amo más que a nada en el mundo —y rompió a llorar.

—¿Por qué no lo dijiste? —repliqué—. Si lo hubieras hecho, te habría sido fiel.

—Nunca pareció importante —contestó, secándose las lágrimas—. Incluso temí que amaras a tu esposa hasta que la vi el otro día. Entonces, reí y te escribí. Estaba segura de que no podías amarla como me habías amado a mí. ¡Oh, Frank, qué momentos hemos pasado juntos!

—Los dioses detestan la felicidad humana —dije— y por eso te perdí. Recomencemos ahora. Ven a verme en nuestros tres días santos, martes, jueves y sábados. Dime francamente lo que quieres y trataré de complacerte.

—Han estado insistiendo para que me case con alguien —dijo—. Papá ha vuelto a perder dinero. Pero me he negado. Si pudieras ayudarme, todo resultaría más fácil.

—¡Me alegro de hacerlo, me alegro mucho! Te daré más que antes. La vida va a cambiar y todavía podremos unirnos.

—Te amo a ti —dijo— y sólo a ti. Debería decirlo claramente, pero nosotras, las mujeres, cuando nos entregamos, solemos pensar que el hombre debe saber que somos suyas y le pertenecemos absolutamente, y esto nos da un poco de vergüenza.

—Querida —contesté—, debí haberlo imaginado, pero volvamos a comenzar y llevemos el amor a una más alta perfección.

Nunca había sentido tan apasionada admiración por ninguna otra mujer. La belleza de su cuerpo me atraía intensamente, y el simple contacto de su carne firme me estremecía como nadie lo había hecho. No puedo explicar el magnetismo, la intensidad de la atracción y la pasión que me inspiraba. En mi relación con ella, la vida hubiera podido alcanzar su punto más alto si no hubiera sido por una cosa.

No sé por qué, pero nunca estuve seguro del amor de Laura. Y esto me provocó una curiosa acción refleja: jamás traté de darle la cantidad de placer que hubiera podido darle. Con frecuencia, interrumpía mi abrazo en el momento en que la sentía más apasionada, por una especie de venganza que surgía de mi vanidad herida.

Esta pasión de la vanidad es el amo más cruel de la humanidad, un verdadero Dios. ¿Quién, después de haberlos leído, puede olvidar aquellos versos de Blake?:

> Nadie ama a otro como a sí mismo
> Ni venera a nadie de la misma manera
> Ni puede pensar en nadie
> Más grande que sí mismo[12].

¿Por qué dudaba del amor de Laura? Recuerdo que una vez apareció un artículo en un periódico de Londres en el que se me ponía entre los primeros escritores del momento y donde se declaraba que era mejor conversador incluso que Oscar Wilde. Creo que era de Francis Adams. No le presté atención, pero Laura me lo trajo un día, terriblemente excitada. ¿Lo había visto? ¿Quién lo había escrito? ¿Era verdad lo que decía? ¿Había escrito yo un cuento llamado *Montes, el matador*, que según el crítico era uno de los mejores cuentos que se habían escrito?

Su estupefacción era tan genuina que comprendí que no me conocía. Recordé el hecho de que, al comienzo de nuestras relaciones, cuando le dije que en un año o así haría dinero, ella no me creyó y se interesó por otro porque pensó que siempre tendría tantas dificultades como en el momento de conocernos.

Recuerdo también su sorpresa cuando vio mis primeros artículos

sobre Shakespeare.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro —dijo— de que era como lo describes?

No tenía ni la más remota idea de mi inteligencia o de lo que yo podía hacer en el dominio de la literatura. Y yo me decía que el amor es, sobre todo, adivinación. Se ama porque, en el amado, se siente una enorme capacidad mental, de carácter, de alma. Siempre estuve seguro de que Laura no me amaba, de que nunca me había amado; y la castigué con mi reserva. Y, sin embargo, a veces alcanzaba la grandeza.

Después de esta primera reconciliación, cuando acababa de vestirse y estaba de pie delante del espejo, dijo una gran frase. Habíamos quedado en encontrarnos el jueves siguiente. Yo le había dado la llave de la puerta principal. De pronto, se volvió y me besó.

—Ah, mal muchacho, me lo has enseñado todo, Frank, menos cómo vivir sin ti.

¿Qué otra cosa podía hacer sino besarla con los ojos llenos de lágrimas? Éste fue el comienzo de un renovado amor. Desde ese día, nos encontramos tres veces por semana durante los tres años posteriores, hasta que mi esposa vendió mi casa de soltero sin mi consentimiento y nos obligó a buscar otro lugar de encuentro.

Aun antes de que esto sucediera, Laura me había hablado de un hombre rico que deseaba casarse con ella. Era un inválido, dijo, y sólo deseaba asegurarla en la posesión de su fortuna antes de morir. Después, descubrí que era en parte cierto, pero volvió a producirse entre nosotros cierta frialdad, sobre todo a causa de sus celos. Yo tenía una sirvienta muy bonita. Jamás había intentado acercarme a ella. Dedicado a Laura, apenas miraba a ninguna otra, pero un día llegué tarde y encontré a Laura furiosa.

—Tu doncella ha sido grosera conmigo —declaró—; ¡debes deshacerte de ella o no volveré más!

Asentí y le, aseguré que ya no la molestaría. Cuando se fue, llamé a h* doncella y, por primera vez, noté que tenía buen cuerpo y era guapa.

—¿Por qué has sido grosera? —le pregunté.

—No lo fui al comienzo —contestó—, pero ella empezó y yo le contesté. ¿Le importa mucho? —continuó, acercándose a mí con mirada desafiante.

—No me gusta la grosería —respondí.

¿Qué demonio habita en el hombre haciéndole desear siempre lo desconocido, lo nuevo? Nunca se ha explicado y jamás podrá explicarse racionalmente. Es la urgencia fundamental, el deseo más intenso del macho, y el individuo no es responsable de ello en lo más mínimo. Él fue moldeado en el pasado más lejano: criatura de deseos indómitos, apasionados.

En ese momento, el deseo me inundó como una ola cálida, la tomé en mis brazos y la besé. Diez minutos más tarde, la había desnudado, extasiándome en la belleza de la liviana figura adolescente y su extraordinario coraje. Me bastó un cuarto de hora para comprender que era una amante seductora, dotada de una pasión que rivalizaba con la mía y con modales y giros de lenguaje que me complacían por su originalidad *cockney*. ¡Como dicen los franceses, era *quelque chose*!

—Oh, oh —exclamó la primera vez—. No volveré a pedirte más besos. Tengo el corazón en la boca y eso me late… no, basta… estoy por ponerme histérica. ¡Besémonos y separémonos como amigos! Espero que no haya nada que temer.

—Nada —contesté—. ¡Puedes confiar en mí!

—Entonces —exclamó con descaro mientras comenzaba a vestirse—, Kensington Core es un buen lugar para vivir.

Recuerdo otra escena posterior. Durante días había estado pensativa y con los ojos llorosos. De pronto, una mañana, volvió a recuperar su antiguo buen humor. Entró riendo a mi dormitorio con el té y, cuando le pregunté qué había disipado las nubes, adoptó una pose.

—¿No te lo imaginas?

Sacudí la cabeza.

—¡Siempre digo —continuó, sonriendo sin vergüenza— que está bien lo que mal acaba[13]!

No pude evitar reír.

Durante algún tiempo atendió con gran inteligencia a todos mis caprichos y deseos, dejando a la sirvienta más vieja que tomara su lugar cuando me visitara Laura.

Me entretenía con historias de sus primeros años. Cuando niña había sido mala, dijo, especialmente con un chico, y a los catorce años se había entregado a su primer amor, un notario casado.

Amaba el amor, confesó, y no podía vivir sin él, pero se tomaba las cosas a la ligera y, tan pronto como satisfice mi pasión y conocí su pasado, perdí el interés por ella. No había en ella nada extraordinario, ni su cuerpo ni su inteligencia, de modo que pronto me fue indiferente.

Al comienzo, me descubrí dejando de lado a Laura más de una vez para disfrutar de Sadi —no podía llamarla Sara, aunque era su nombre—. Pero, cuando ella vio que prefería a Laura y sentía devoción por ella, me dejó de pronto con una carta donde explicaba que sabía que yo prefería a mi «norteamericana, aunque ella no te ama y te engaña».

¡Qué extrañas criaturas son las mujeres, a las que el amor presta cierta intuición!

A comienzos de ese año, Laura habló de la Pasión representada por los campesinos de Oberammergau en los Alpes bávaros. Yo la había visto en 1880 y había admirado mucho la manera en que Flunger representaba a Cristo y Lechner a Judas. Pensé que resultaría un viaje maravilloso y le propuse llevarlas a ella y a su madre a la primera función, en el mes de mayo.

A comienzos de mes nos fuimos los tres a Munich, alojándonos en mi antiguo hotel, el Vier Jahreszeiten. Todavía me recordaban y por lo tanto nos recibieron bien. Un par de días después, un día de sol brillante, tomamos el tren para Oberau. Por el camino, les dije algo sobre lo que íbamos a ver.

Desde 1634 había sido representada, con sólo dos interrupciones: una presentación extra en 1815, para celebrar la Gran Paz, y otra en 1871, para completar la serie interrumpida por la guerra franco-alemana. Su historia es casi un epítome de los cambios en el pensamiento religioso que se produjeron durante estos siglos.

En el drama antiguo, Lucifer había sido uno de los personajes principales, y en 1740, un monje llamado Rosner introdujo escenas cómicas dando a Satanás como ayudantes muchos trasgos y demonios que caracoleaban por el escenario haciendo sonreír a los actores, hasta 1800. En 1810, y a consecuencia de estas extravagancias, estuvo a punto de prohibirse la representación, pero entonces la obra fue reformada y se limitó a la simple narración bíblica. En 1840, el pastor Daisenberger revisó el texto de la obra y

le dio mucho de su actual reverencia y encanto.

En 1890, el ferrocarril llegaba hasta la estación de Oberau, a poca distancia de la aldea y el camino hasta el monasterio de Ettal era más nuevo y más hermoso que el que yo recordaba. La aldea de Oberammergau se había transformado en un pueblo floreciente. Al desaparecer el monasterio Ettal, la tierra fue dividida entre los habitantes de los alrededores, haciéndolos prosperar. Todas las casas evidenciaban comodidad y bienestar.

Cuando llegábamos a Oberammergau, conté a Laura una divertida experiencia. En 1880 llegué temprano al estreno de la Pasión y de pronto vi, entre bastidores, a una curiosa figura engalanada, que parecía aprestarse a entrar.

—¿Quién es ese? —le pregunté al magnate del pueblo que me había acompañado.

—¿Ése? —dijo—. ¡Oh, es Adán, que espera ser creado!

Laura rió alegremente.

El paisaje era realmente espléndido. Por encima de nosotros se alzaba el Kopelberg, coronado por una cruz brillante. Yo había reservado las entradas por anticipado y el propietario del Vier Jahreszeiten nos había conseguido buen alojamiento en la posada. Pero ¡ay!, el posadero, al saber de la llegada de una madre, una hija y un hombre, nos preparó una habitación grande con tres camas. Y, cuando la madre de Laura declaró que no estaba dispuesta a tenerme en la habitación, la doncella dijo que era sencillísimo traer un *Scheidewand* y apareció con un biombo pequeño que no tenía tres pies de alto, lo cual sacudió el puritanismo norteamericano de la madre de Laura de tal forma que pensé que le daría un ataque. Salí y rápidamente conseguí dos habitaciones en casa del guardabosque.

Todo el mundo sabe que las representaciones en Oberammergau se ofrecen en un teatro al aire libre. Es decir, el escenario y la parte inferior de las butacas están al aire libre; afortunadamente, hay un techo para los espectadores colocados en las filas superiores, que son principalmente ingleses y americanos que se protegen tanto del sol como de la lluvia. El escenario es muy pintoresco: a la izquierda hay un espacio amplio; a la derecha, una escena pequeña frente a la cual cuelga un telón; más a la derecha, el caballo de Anás, el Sumo Sacerdote; a la izquierda, la casa de Pilatos… y todo ello

enmarcado, por decirlo así, por colinas verdes y un cielo azul.

La resonancia de un cañón nos advierte que la obra está a punto de empezar. Antes del Nuevo Testamento se ven escenas del Antiguo: la muerte de Abel, el sacrificio de Isaac, la aflicción de Job.

Sin embargo, la música era realmente buena y compensaba las trivialidades de las primeras escenas. Por supuesto, la orquesta estaba frente al escenario. Me enteré de que la música había sido compuesta por un tal Dedler a comienzos de siglo, y era excelente. Hay que admitir que, cuando cae el telón entre cada escena, el efecto aumenta en intensidad a causa de la armonía de los colores y el buen agrupamiento de las figuras. Los trajes están tomados de viejos grabados, y ese año los arreglos corrían a cargo del director artístico del Teatro de la Corte de Munich y la Opera; de modo que eran excelentes, desde los niños que llevaban hojas de palma hasta la multitud reunida a la entrada de Cristo en Jerusalén y el canto de los hosannas.

Quedé terriblemente decepcionado con el actor que representaba a Cristo, Joseph Maier, pero es verdad que yo recordaba a Flunger, que era un verdadero genio. Igualmente, el nuevo Judas, un tal Zwinc, no era tan bueno como Lechner. Maier no tenía el rostro de Cristo. Su expresión era la de un luchador en lugar de la de un santo; sin embargo, a pesar de su mala actuación, la agonía en Getsemaní hizo llorar al público y la escena de la crucifixión será recordada siempre por quienes vieron la sangre corriendo de sus manos y sus pies. Luego, un soldado hiere su costado, se pronuncian las últimas palabras y la gran vida parece terminar. Después de alguna discusión, José de Arimatea ora frente al cuerpo y los discípulos, con María Magdalena y María, la madre de Jesús, se lo llevan para enterrarlo. Luego viene la Resurrección y la Ascensión, que no me hicieron mucha impresión.

La única actriz que realmente alcanzó la altura del drama era una recién llegada, un tal Rosa Lang, que representó a María, la madre de Jesús. Interpretó maravillosamente la alegría y el orgullo de la madre, su dolor al separarse, su comprensión ante su aflicción y su agonía a los pies de la cruz.

A nadie pareció ocurrírsele la idea de que aquélla no es la manera en que se retrata en la Biblia a la madre de Jesús. Pero, por

supuesto, en Oberammergau había que representar el papel tradicional de madre, y gracias a una buena actriz resultó maravillosamente efectivo. Mucho antes de que terminara, Laura y su madre, así como los cinco mil espectadores, sollozaban como si fuera a partírseles el corazón.

Sin embargo, y por extraño que parezca, ninguno de nosotros quiso volver a ver la obra al día siguiente. Todos preferíamos mantener viva la memoria del día anterior y nos dedicamos a dar largos paseos por las colinas bávaras. No obstante, tres o cuatro días después, la madre de Laura quiso verla otra vez y con grandes dificultades le conseguí un asiento. Por supuesto, ni por amor ni por dinero, pude conseguir más, de modo que Laura vino a pasar la tarde conmigo en mi habitación… horas que nunca olvidaré.

¿Quién puede hablar de encuentros amorosos con la misma persona e intensificar cada vez el interés mediante algo nuevo? Supongo que era el amor, el verdadero afecto, los que hacían memorables nuestras citas. Allí, en aquella habitación, quedé sorprendido por la intensidad de su pasión. Sus emociones siempre parecieron determinar sus sensaciones.

—Me has dado tanto —dijo—, has hecho tan delicioso el largo viaje, y ahora este recuerdo imborrable de la historia de Jesús, que ha pasado a formar parte de mi ser para siempre… ¡Quiero darte las gracias y recompensarte, si puedo!

—Sí que puedes —exclamé—; déjate ir de una vez con todo tu corazón y quedaré recompensado.

E hizo lo que le pedí. Por primera vez abandonó sus reservas y respondió a cada movimiento mío con la acción oportuna y finalmente me amó a su vez y se manifestó tan inteligente como cualquier francesa en el proceso de llevar la pasión a su máxima intensidad.

Y cuando más tarde comencé a besarla otra vez y a excitarla, exclamó:

—Ya no siento nada allí, querido, pero besa mis pechos, porque arden y palpitan, y mis labios, porque te amo.

Cuando salimos dos horas más tarde, encontramos a la hija del guardabosque con una amiga, quien contempló a Laura con una mirada oblicua y apreciativa.

Cada vez que pienso en Laura y en los grandes días que pasamos

juntos, me vienen a la memoria los soberbios versos[14] de Baudelaire:

La noche se cerraba como un tabique,
y mis ojos en tinieblas descubrían tus pupilas,
yo bebí tu aliento, oh dulzura, oh veneno,
y tus pies en mis manos fraternas se dormían.
La noche se cerraba como un tabique.

Yo sé cómo evocar los momentos felices,
y revivo mi pasado acurrucado en tus rodillas.
Pues ¿dónde podría yo hallar tus lánguidos encantos,
sino en tu amado cuerpo y en tu alma tan dulce?
Yo sé cómo evocar los momentos felices[15]

Bismarck y Burton

El período que comenzó en 1890 fue memorable por muchas razones: sir Richard Burton, uno de los ingleses más ilustres, a quien en alguna parte he comparado con sir Walter Raleigh, murió en Trieste en el mes de octubre, empobreciendo la vida de muchos de nosotros. Stanley, otro explorador, se casó con miss Dorothy Tennant y casi de inmediato comenzaron a circular espantosas historias sobre las crueldades perpetradas contra los nativos africanos durante su última expedición, historias que conmovieron la conciencia de Inglaterra. Cuando dijeron que la señorita Tennant, que era una muchacha encantadora, iba a casarse con el león de la temporada, dije que me parecía que «estaba a punto de casarse con el rey de las bestias», porque Stanley siempre me pareció una fuerza sin conciencia. Browning murió en diciembre de 1889, y Tennyson un par de años más tarde. También Parnell llegó, por esa misma época, a la crisis de su destino, y en Francia la muerte de Renán dejó un triste vacío.

Pero el hecho que marcó un hito, y dio a su época un significado supremo, fue la destitución de Bismarck. Su caída, en 1890, conmovió al mundo. Durante cerca de treinta años, desde 1862, Bismarck había dominado Europa. Pocos recuerdan sus comienzos, aunque él mismo ha contado cómo:

> Cuando entré en funciones, el rey me mostró su abdicación escrita. Antes que nada, tuve que restablecer el poder real, que estaba debilitado. Tuve éxito. No obstante, no soy absolutista. Siempre es peligroso el gobierno de un solo hombre. La opinión parlamentaria y una prensa libre son cosas necesarias a un sistema monárquico satisfactorio…
>
> El sufragio universal era el espíritu del Parlamento de Frankfurt. Lo adopté en la Constitución de la Confederación del norte de Alemania y más tarde del Imperio, porque era necesario para contrarrestar la influencia austríaca y por lo tanto, mi objetivo era satisfacer a todas las clases.

Los juicios de Bismarck sobre sus amos imperiales son muy característicos: mientras estuvo a su servicio, habló bien de ellos. Bismarck ordenó que en su tumba se inscribiera lo siguiente:

Aquí descansa
el príncipe Bismarck

—

Nació el 1.º de abril de 1815
Murió

—

Un fiel servidor alemán del
Emperador Guillermo I

Escribió: «El anciano emperador Guillermo no era un gran estadista, sino un hombre de buen juicio y un perfecto caballero. Era leal con quienes trabajaban con él. Yo estaba profundamente unido a él. También el emperador Federico era un hombre noble: una espada afilada, por así decirlo, de hoja corta». Pero, después de la muerte de Bismarck en 1898, Busch publicó sus *Memoirs* y conocimos el revés de la moneda. Como él mismo decía: «Carezco de veneración por mi prójimo». Y así descubrimos lo que pensaba realmente Bismarck del emperador Guillermo I: «Cuando sucedía algo importante, comenzaba, por lo general, tomando el camino equivocado, pero al final siempre permitía que lo volvieran al bueno… Su conocimiento de los asuntos era limitado y resultaba lento en la comprensión de cualquier cosa nueva».

A Bismarck le resultó difícil ocultar su desprecio por el príncipe heredero Federico. Se manifiesta en pequeños arranques desdeñosos como el siguiente: «El príncipe heredero, como todas las mediocridades, gusta de hacer copias y dedicarse a otras ocupaciones del mismo tipo, como por ejemplo sellar cartas, etc.».

Y, finalmente, la opinión de Bismarck sobre el Kaiser, que lo destruyó, quedó escrita con vitriolo aún antes de la ruptura final:

> No podré soportarlo [a Wilhelm II] por mucho más tiempo. Quiere saber incluso a quienes veo y ha puesto espías para que vigilen a los que entran y salen de mi despacho… Esto proviene de una sobrestimación de sí mismo y de su inexperiencia, que no puede conducir a nada bueno, Es demasiado vanidoso: sencillamente se perece por librarse de mí para poder gobernar solo (con su propio

> genio) y cubrirse de gloria. Ya no quiere al viejo mentor, sino sólo herramientas dóciles. Pero yo no puedo hacer genuflexiones ni agazaparme bajo la mesa como un perro. Quiere romper con Rusia y, sin embargo, no tiene coraje para pedir a los liberales del Reichstag un incremento del ejército.

Es interesante leer que, en una carta dirigida al Canciller, el príncipe heredero Federico de Portofino describió a su hijo mayor como «inexperto, extremadamente fanfarrón y vanidoso».

Las opiniones de Bismarck sobre sus amos me parecen no sólo reveladoras sino ciertas y su desdeñosa condena de Wilhelm II ha quedado justificada por los hechos.

Como la mayor parte de los hombres importantes del siglo diecinueve, como Tennyson y Hugo, Gladstone, Salisbury y Parnell, Bismarck era un creyente convencido, no sólo en Dios y en la divina providencia, sino también en una vida después de la muerte; creía incluso en apariciones, fantasmas y signos sobrenaturales.

En 1866, antes de la guerra entre Prusia y Austria, Bismarck estaba, según Busch, terriblemente abatido; cuando le dispararon cinco veces sin hacerle ni un rasguño, lo interpretó como señal de la aprobación divina y recuperó en seguida el buen humor.

¡Es preciso pensar en lo que hizo Bismarck, aun estorbado por amos estúpidos! En 1866 derrotó a Austria e hizo de Prusia el primer poder militar de Europa. Unió muchos Estados alemanes en uno, en el yunque de la guerra, y, después de 1870, desarrolló las industrias de su pueblo de las formas más inesperadas y exitosas. Ya he relatado cómo aprovechó la enseñanza socialista de Lassalle, cómo, de cincuenta maneras distintas, estimuló la industria de modo que cada persona sintió que un incentivo agregado al trabajo y una comprensión segura del esfuerzo adicional, conducirían a la fortuna. Considerando que nació y se crió en un individualismo ultrajante de tradición aristocrática y no obstante creó un nuevo récord como reformador social, es posible preguntarse por la profunda moralidad que siempre lo guió hacia la justicia. Sabía instintivamente, como lo sabía Lincoln, que «el trabajo es superior al capital y merece con mucho la consideración más alta».

La prensa inglesa trató de forma excelente su caída. «Punch» publicó un famoso dibujo titulado «Descenso del piloto».

Pero, en mi opinión, Bismarck no era tan grande como sir

Richard Burton. Se parecían en fuerza de carácter, en osadía y fortaleza, pero Burton tenía una inteligencia más amplia, un intelecto mayor y más generosidad y bondad naturales.

Me parece que la diferencia entre los destinos de Bismarck y Burton llama a la reflexión. Durante treinta años Bismarck detentó el poder supremo e hizo de Alemania el primer estado europeo… casi iba a decir del mundo; pero Inglaterra le negó casi todo a Burton. Aunque había servido con extraordinaria capacidad al Foreign Office, le negaron incluso la habitual pensión de retiro.

En la última visita que le hice en Trieste, no pude dejar de preguntarle cómo era eso, por qué las autoridades inglesas se cebaban tanto en él, y dijo sonriendo:

—Se reirá si se lo digo. Creo que cometí un error en mi primera charla con lord Salisbury. Él me llamó «Burton»; su familiaridad me dio valor y lo llamé «Salisbury». Lo vi sobresaltarse e inmediatamente volvió al «señor Burton», pero yo, por descaro o perversidad, seguí llamándolo «Salisbury». Era tan ignorante; no sabía dónde estaba Mombassa; y la idea de que yo había devuelto a Gran Bretaña tratados que comprendían toda África Central le producía palpitaciones. No hacía más que repetir: «Espantosa responsabilidad… espantosa». En realidad, creo que era una anciana encantadora.

No pude dejar de reír.

El juicio que sobre lord Salisbury había hecho Burton, tuvo para mí una curiosa confirmación. Una noche, Teresa, lady Shrewsbury, habiéndome encontrado en una cena, se ofreció a llevarme en su berlina. Le di las gracias cálidamente, porque era interesante, conocía a todo el mundo y tenía un verdadero salón en Londres.

Uno de los principales personajes de la cena había sido Arthur Balfour. Le pregunté qué pensaba de él.

—Lo conozco muy poco —contestó—, pero me parece que tiene un aspecto distinguidísimo.

—Me temo —dije— que su aspecto sea lo mejor que tiene.

—Es extraño —replicó—; recuerdo que una vez, en una ocasión similar a ésta, yendo con lady Salisbury, le pregunté qué pensaba del guapo sobrino de su marido. «Oh, querida», me dijo, «para nosotras las mujeres, es lo mismo que nada. Me parece que no tiene más temperamento que mi pobre Bob».

De modo que su esposa juzgaba a lord Salisbury de manera muy semejante a como lo había juzgado sir Richard Burton.

Cuando Burton me mostró su traducción de *The Arabian Nights* y vi que había descrito todo tipo de sensualidad con las palabras más crudas, temí por él. Sin embargo, le dije que lo ayudaría en cuanto pudiera y me puse a su disposición. Me hubiera gustado que modificara algunas descripciones de bestialismo; no obstante, como ya he dicho en otra parte, no me correspondía condenar a un gran hombre, sino ayudarlo, y estoy orgulloso del hecho de que fue en parte por mi intermedio que sacó diez mil libras de la aventura. Nadie podía estar con Burton durante una hora sin percibir su extraordinaria fuerza de carácter y la agudeza imperial de su inteligencia. Si Inglaterra lo hubiera tratado como debía, hubiera debido darle un imperio glorioso, toda la meseta central africana desde El Cabo a El Cairo, sin guerra, y ahora nadie se sorprendería de que lo compare con Bismarck. Pero Inglaterra no supo usar a su más notable hombre de acción.

No he contado nunca cómo nos hicimos íntimos. El capitán Lovett Cameron, su lugarteniente en varios de sus viajes africanos, me lo había presentado. Pero yo me sentía torpe e incómodo e hice una observación estúpida y convencional que hizo que Burton me volviera la espalda desdeñosamente. Después confesé mi falta a Cameron, quien insistió en que era fácil enmendar el *faux pas*.

—No tiene usted idea de lo generoso que es Dick. Tan pronto como llegue a conocerlo, se aficionará a usted —y concertó una cita para el día siguiente en Pall Mall, en uno de los clubes.

Pensé en el encuentro y en lo que diría. De pronto, se me había ocurrido que Burton conocía a lord Lytton y eran amigos. Al día siguiente, en cuanto nos reunimos los tres, disparé el tiro que tenía en reserva.

—La otra mañana —comencé—, caminé Pall Mall abajo detrás de dos hombres curiosamente distintos en sus ropas y personas. Uno era un pequeño *dandy*, con tacones altos, guantes amarillos, sombrero alto, mejillas coloreadas… Era evidente que hasta usaba corsé. El otro, un hombre muy alto, daba zancadas con un sombrero en la cabeza y un pesado bastón en la mano. Yo estaba lo bastante cerca como para escuchar lo que decían. El *dandy* quería persuadir a su compañero: «Ah, Dick», comenzó, «las delicadezas se les

escapan a los hombres de gran apetito; tú te pierdes el encanto inmortal del andrógino. La figura de la niña de trece años, con el sexo todavía impreciso, esbelta como un chico, con senos apenas visibles y caderas estrechas, a diferencia del muchacho, Dick, sin líneas o músculos feos y con las rodillas también pequeñas. Todo redondeado hacia un encanto rítmico… la criatura más seductora de este mundo de Dios». «¡Me cansas, Lytton!», exclamó el hombre grande con voz grave. «¡Eres un marica! Tu melosa descripción sirve para demostrarme que jamás has probado el mono de culo azul».

—Es de primera —exclamó Burton, riendo—. Ha hecho un retrato perfecto de Lytton, lo cual significa, probablemente, que mi retrato también es veraz.

A partir de ese momento, quedó roto el hielo y nos hicimos amigos; pronto vi que Burton, tal como había dicho Cameron, estaba incondicionalmente decidido a olvidar las injurias y era uno de los espíritus más nobles que he encontrado en este peregrinaje terrestre.

Fue Burton quien descubrió el nacimiento del Nilo, porque, en aquella memorable jornada del 58, Speke era simplemente su teniente; y, cuando llegaron a Ujiji, en la orilla oriental del Lago Tanganica, Burton fue el primero en proclamar lo obvio: sin embargo, cuando Speke regresó a Inglaterra y reclamó para sí el honor del descubrimiento, Burton no dijo nada. Siempre hubo en él verdadera necesidad.

¿Quién puede olvidar los versos en los cuales expresó su credo inconmovible?

> Haz lo que tu virilidad te lleve a hacer,
> no esperes más aplauso que el propio:
> vive y muere más noblemente
> aquel que se hace y respeta sus propias leyes[16].

Cuando Burton murió, Swinburne escribió para mí una larga elegía sobre él en la «Saturday Review», que termina con este pareado que me gustó enormemente:

> Velamos al corazón real, al amigo sin tacha
> Burton… un nombre que vivirá hasta que muera la fama.

Como Burton, también Bismarck emitía pequeños mensajes para mí. En ocasión de sus setenta y dos años, dijo algo que me hizo sentirlo cerca de mí, porque coincide con la experiencia de toda mi vida: «De entre las ocho mil cartas de congratulación que he recibido», dijo, «una cuarta parte fue escrita por mujeres… Eso me ha complacido enormemente. Lo considero un buen signo, porque mi experiencia me indica que no se alcanza la simpatía femenina tan fácilmente como la masculina. Además, jamás le he gustado a las mujeres, no sé por qué. Tal vez no he sido lo bastante amable». Sin embargo, si hemos de creer en los rumores, fue más que amable con Pauline Lucca —la gran cantante judía— cuando ella visitó Berlín.

Bismarck me causó una impresión profunda. Siempre lo veo como lo vi por primera vez en el Reichstag. Con frecuencia se quedaba sentado horas enteras sin hablar o se levantaba de pronto en la mitad de un debate y salía, y uno sentía de inmediato que había desaparecido de la atmósfera toda posibilidad de algo extraordinario, que la cámara se había vuelto vulgar.

Un día —jamás lo olvidaré, aunque han pasado ya cerca de cincuenta años— se le había hostigado en la Cámara y finalmente un socialista, creo que fue el pequeño y orgulloso Bebel, utilizó la palabra *wagt* (osar) con respecto a su reticencia.

El Canciller imperial no nos dice si el edicto proviene de él o del Emperador, *er wagt es nicht zu sagen* —agregó. [No se atreve a decirlo].

Bismarck se puso de pie de un salto, con sus tres pelos erizados sobre la cabeza calva, y se dirigió majestuosamente a su perseguidor.

—¿Quién le dice *wagt* a Bismarck? —articuló apasionadamente.

La Cámara comenzó a aplaudir mientras el pequeño socialista se acurrucaba en su asiento mientras el gran hombre proseguía:

—Puede usted pensar que el proyecto es de Su Majestad y ha sido aprobado por su Canciller o que el proyecto es del Canciller y ha sido aprobado por Su Majestad el Emperador. Y cualquiera de estas cosas que crea más probable, puede usted acomodarla a lo que crea que es constitucional, exactamente como le convenga: *wie Sie wollen*.

El desprecio del estudiante de cuerpo voluntario por el pequeño

judío era evidente en el desdén de su voz, sus modales y sus palabras. Volvió a su lugar y salió de la Cámara.

Esta escena me enseñó que Bismarck era la persona más impresionante que había visto hasta entonces… impresionante, por supuesto, sobre todo por su coraje, pero también por su intuición. Poco a poco, comprendí que era totalmente inescrupuloso y estaba decidido a hacer de Alemania el primer país de Europa.

¡Si su voz hubiera sido tan notable como su gran estructura y su manera imperiosa, hubiera resultado sencillamente arrasador! Tal como era, resultaba imposible estar en su presencia y escucharlo hablar sin quedar impresionado por su grandeza de carácter.

La única vez que pude hablar con Bismarck fue para mí un acontecimiento. En Gotinga, su antigua universidad, teníamos una sociedad literaria. La casa en la que había vivido se veía al borde de las fortificaciones. Como estudiante voluntario, se había batido en media docena de duelos, siempre con éxito gracias a su altura y alcance. Por una u otra razón, las autoridades civiles de mi época habían ordenado cerrar todos los lugares donde se expendían bebidas, y hasta todos los *Kneipen* [los lugares donde bebían los estudiantes] a la una de la mañana. Los estudiantes voluntarios se opusieron a esto, desafiaron la ordenanza y se hizo salir a los soldados para que cerraran las expendedurías de bebida. De inmediato, los estudiantes voluntarios enviaron una diputación al Canciller, rogándole que defendiera sus libertades.

Al enterarme de esto, propuse a la sociedad literaria que hiciéramos lo mismo, señalé que nosotros no bebíamos ni alborotábamos por la noche, y finalmente fuimos elegidos tres de nosotros para ir a Berlín y ver a Bismarck, procurando ganarlo para la causa de la libertad. Al día siguiente, mi amigo von H…, un hombre cuyo nombre he olvidado por completo y yo, partimos hacia Berlín. Quedamos de acuerdo en que von H… sería nuestro portavoz y nos recitó un excelente discurso.

Al comienzo, todo fue muy bien. Yo esbocé una carta dirigida al príncipe Bismarck, rogándole que nos escuchara durante unos minutos como estudiantes de su universidad. Recibimos una carta de su secretario: el Canciller nos vería al día siguiente, a las once de la mañana, en la Wilhelm Strasse. Es innecesario decir que fuimos puntuales, pero cuando se abrió la puerta y apareció frente a

nosotros Bismarck, detrás de su escritorio, el coraje de mis compañeros se esfumó. Se quedaron ambos inmóviles, inclinándose como autómatas, con los talones juntos y como si tuvieran goznes en la espalda.

—¡Comienza! —le susurré a von H…, pero él volvió a inclinarse una y otra vez y no dijo nada. Vi que tendría que hablar o pasar vergüenza, de modo que me adelanté y dije simplemente que nos presentábamos como miembros de una sociedad literaria. No éramos haraganes, sino estudiantes, empeñados en mejorarnos; no bebíamos ni molestábamos a los pacíficos ciudadanos aullando canciones a la madrugada, de modo que esperábamos que él ordenaría a las autoridades de Gotinga que nos dejaran tranquilos.

—La hora de cierre parece razonable —replicó secamente Bismarck.

—Pero ¿por qué no podríamos hablar toda la noche, en la medida en que no molestemos a nadie? —dije.

—Entráis en la categoría de sociedades estudiantiles (*Verbindungen*) —dijo—. Es difícil diferenciar.

—Las buenas leyes no deberían oprimir a quienes se comportan bien —objeté—. ¡Estoy seguro de que hay un estudiante detrás del Canciller!

—*Richtig!* —exclamó, con el rostro iluminado—. Pero —y se impuso la reflexión— quienes se comportan bien no sienten las leyes como opresoras. ¡Sin duda podéis decir todo lo que tenéis que decir antes de la una de la mañana!

—Pero ¿por qué no podríamos hablar toda la noche si deseamos hacerlo y no fastidiamos a nadie? Como estudiante, al príncipe Bismarck no le hubiera gustado ser obligado por soldados que nos dijeron que dispararían si nos resistíamos.

—*Richtig!* —rugió otra vez—. Los soldados tenían sus órdenes… *Scharf geladen!*

—Es puro despotismo —exclamé—, tiranía indefendible e intolerable; algo como el sombrero de Gessler[17].

Él se encogió de hombros, sonriendo, y yo, inclinándome, me volví y fui hacia la puerta, porque temía haber sido demasiado audaz. Mis compañeros seguían inclinándose como autómatas. Cuando llegué junto a la puerta, Bismarck me llamó.

—¿Es usted alemán? —preguntó.

—Norteamericano —contesté.

—Ah… —interrumpió, sonriendo como si por fin hubiera comprendido mi osadía—. ¡Ah! La Declaración de la Independencia termina en la frontera —y rió cordialmente.

Cuando salimos, mis compañeros me felicitaron, pero yo me volví hacia von H…, enojado:

—Si me hubieras dicho que no ibas a soltar una palabra, hubiera preparado algo. Tal como fue, he sido derrotado.

—Nunca lo hubiera creído —dijo von H…—, pero no hubiera podido hablar ni por salvar mi vida: ¡la disciplina, la naturaleza de coleta, *zopfwesen*, que tenemos los alemanes desde que Federico el Grande se nos metió en la sangre! Pero lo hiciste muy bien.

—¡Lo hice muy mal! —dije.

Si fuerzo mi memoria y relato este incidente sin importancia, es para subrayar el hecho de que hasta entonces nunca había visto una personalidad con mayor magia que la de Bismarck… auténticamente un gran hombre.

En su momento, nadie comprendió en Europa las consecuencias desastrosas de la caída de Bismarck. Todos sabían que, en el 79, había hecho una alianza austro-alemana, dirigida prácticamente contra Rusia. También fue el inspirador de la ocupación francesa de Túnez en 1881. Su propósito era crear enemistad entre Francia e Italia, y tuvo éxito.

En 1882, se ganó la adhesión de Italia a la alianza, fortaleciendo de este modo a Alemania contra Francia, así como contra Rusia. Pero ni siquiera esta triple alianza lo satisfizo. Sabía cómo jugar con los gobernantes imperiales. En 1884, firmó con Rusia un tratado secreto a espaldas de sus dos aliados… un tratado mediante el cual se acordaba que si Alemania o Rusia eran atacadas, la otra ayudaría a su aliado.

El emperador Guillermo y su Canciller, el conde von Caprivi, fracasaron en 1890 en la renovación de este tratado secreto, lo que debilitó la posición alemana en Europa.

En 1891, el Gobierno ruso invitó a Kronstadt a un escuadrón francés… lo que hubiera debido advertir de su error hasta al emperador Guillermo. Y, en 1893, los rusos enviaron al almirante Avellane a Tolón, a devolver la visita. Así comenzó a perfilarse la alianza franco-rusa, aunque no se hiciera efectiva de inmediato.

La diplomacia de Bismarck era incluso más astuta que la imaginada por Maquiavelo. La diplomacia alemana favoreció la empresa colonial francesa en todas partes, y especialmente en África, con el objeto de separar a Francia e Inglaterra. Y con respecto a esto, la diplomacia de Bismarck siguió siendo eficaz incluso después de su caída, de hecho durante la mayor parte de la última década del siglo diecinueve. En 1896, Fashoda estuvo a punto de provocar la guerra entre los dos países.

Inmediatamente después de la caída de Bismarck, se abandonó su política, que había hecho de Alemania la primera potencia de Europa. La extraordinaria prosperidad comercial que había sido su resultado, continuó, evitando que el pueblo alemán viera los peligros de la nueva diplomacia, que en verdad no era más que los impulsos erráticos de Guillermo II. No puedo pensar en él sin recordar la gran frase de Vauvenargues: *Les prospérités des mauvais rois sont fatales aux peuples*.

En cuanto me enteré de que el Emperador había destituido a Bismarck, comprendí que Guillermo II era un pobre tipo.

Bismarck dijo después: «Nosotros, los alemanes, sólo tememos a Dios». Hubiera sido mucho más grande si le hubiera temido lo bastante como para jugar limpiamente el juego de la vida. Hizo lo que pudo por sembrar la discordia entre Inglaterra y Francia. Su pecado más notable fue su carencia de escrúpulos morales.

Pero, si bien se pueden encontrar fallos en el propósito inflexible y egoísta de Bismarck, la política que le sucedió estaba desprovista de toda virtud. Guillermo II no sólo provocó la estrecha alianza de Francia y Rusia, sino que, con inconcebible estupidez, alejó a Italia y exasperó a Inglaterra sin ganarse un solo amigo, a menos que Turquía pueda llamarse una amiga.

A su debido tiempo hablaré de mi juicio personal sobre él, que se basó principalmente en la opinión del príncipe de Gales y en un encuentro casual con el Señor de la Guerra, como le gustaba que le llamasen; pero, por el momento, puedo decir que su famoso discurso, pronunciado en la Dieta de Brandenburgo en ese año de 1892, me llenó de inexpresable desprecio. Habló de Dios como del «Supremo Señor» y expresó «su inquebrantable convicción de que Él, nuestro antiguo Aliado en Rossbach y Dennewitz, no me dejará en la estacada. Se ha tomado tantos trabajos por nuestro antiguo

Brandenburgo y nuestra Casa, que no podemos suponer que lo haya hecho sin ningún motivo. No, por el contrario, hombres de Brandenburgo, tenemos frente a nosotros un gran futuro y os estoy conduciendo a días de gloria».

Un hombre llamado Maximilian Harden previó en Alemania la ruina del país tan pronto como Guillermo II abandonó a Bismarck y su exitosa política internacional. Tal vez debiera hablar un poco de él.

Cuando Harden llegó a Berlín durante la era de Bismarck, como ardiente admirador suyo, de él y de sus teorías nacionalizadoras, era un muchacho de diecinueve años que acababa de salir del colegio.

Entonces, su nombre era Max Witkovski… un chico judío. En aquellos días, un judío lo pasaba mal en Alemania. El reconocimiento público parecía imposible. Su carrera periodística le demostró que un nombre alemán sería más ventajoso. Los periódicos ingleses de los últimos años de la década del ochenta y los primeros de la del noventa, con su franqueza y amor por la verdad, eran su ideal. Procuró en vano persuadir a los directores de que siguieran el camino inglés, tratando a la realeza y a la aristocracia con tanta audacia como los británicos.

Nadie comprendía dónde estaba la ventaja de pelearse abiertamente con los que detentaban el poder. Harden se transformó en el pionero del nuevo periodismo. Fundó un periódico, «Die Zukunft» («El futuro»). Provocó una tormenta de oposición y se transformó en el hombre más discutido de Alemania. Su periódico se leía en todas partes. Atraía a la juventud alemana. Los modernistas se pusieron en bloque de su parte; su periódico se transformó en el portavoz de la Alemania joven y rebelde. Hasta entonces, jamás se había usado en un diario alemán un lenguaje tan libre.

Se hizo de una enorme cantidad de enemigos. Sin piedad, destrozó supersticiones y mostró la debilidad inherente a una monarquía absoluta. Hasta sus enemigos leían el periódico… Su circulación llegó a ser extraordinaria para tratarse de la publicación de un solo hombre.

Apenas pasaba una semana sin que algún noble influyente o alguna organización poderosa no le hicieran juicio por difamación.

Harden se retractó muy pocas veces. Jamás publicó un artículo sin tener pruebas de su veracidad. «Muy bien», era su eterna respuesta, «probaré en la corte la verdad de lo que he escrito». Muchos de sus oponentes creían que no se atrevería a llegar a la corte. Pero se atrevía. Unos pocos casos sensacionales, que ganó, le dejaron las manos libres para hacer lo que quisiera.

Se transformó en el publicista más temido de Alemania. Esto es lo que Harden escribió en 1896 sobre Guillermo II:

> A la vista de los resultados de estos seis años transcurridos desde la destitución de Bismarck, Alemania no puede dejar de preguntar a su Emperador si era realmente necesario descartar, con mano cruel, al hombre que llevó a su pináculo a la Casa de los Hohenzollern, que dio base segura al poder militar de Prusia y que fundó el imperio alemán, preparando un futuro a la influencia alemana…
>
> Sería criminal ignorar las oscuras nubes que lenta y amenazadoramente oscurecen el horizonte alemán. También sería criminal guardar silencio al ver que la tormenta que aglutinó a esas nubes sopla desde el más alto punto de observación, en el cual debería prevalecer la mayor serenidad.

Se atrevió a publicar su famosa carta abierta a Guillermo Hohenzollern. El escándalo Eulenburg fue su resultado. La exposición sobre la mesa redonda de los «Más Altos» produjo como resultado algunos suicidios entre la nobleza. Todos predijeron el arresto de Harden, su juicio por *lèse majesté*. No sucedió nada. Era incluso más fuerte que la Corte de su Imperial Majestad, y todos sabían que mostraría poco respeto y aún menos consideración por la sagrada persona del Kaiser. El escándalo de la amistad del Kaiser con el notorio Krupp, que se produjo unos años después, fue la completa justificación de Harden.

El «Evening News»

Durante el período 1883-1887, trabajé dieciséis horas diarias en el «Evening News». Poco a poco fui descubriendo el secreto del éxito periodístico en Londres, y me parece oportuno relatarlo aquí. En primer lugar, descubrí que al público le importaban un comino los artículos eruditos o incluso los editoriales originales. Arthur Walter elogiaba este aspecto del «Evening News» con gran cordialidad, pero yo descubrí que no tenía absolutamente ninguna influencia sobre la circulación. Lo primero que me dio la clave del éxito fue el caso de divorcio de lady Colin Campbell. Yo había conocido a lady Colin en París y admirado, como todo el mundo, su cuerpo alto y soberbio y su notable belleza morena. Fui a la Corte sobre todo por curiosidad y escuché su declaración y el interrogatorio. Entonces, le rogué al corresponsal del «Evening News» que me hiciera un informe literal, porque comprendí que ningún otro periódico trataría el caso como se merecía. Estaba lleno de detalles escabrosos. En las sucesivas ediciones de esa tarde, dediqué la página central derecha al asunto y prometí a mis lectores hacerles el relato más completo posible del juicio. El asunto era hasta dónde podría llegar en la revelación de las declaraciones de la dama.

Por la noche, vi a Arthur Walter y le sorprendí contándole detalles del caso; estuvo de acuerdo conmigo con respecto a cuáles eran las cosas que debían publicarse. A la mañana siguiente, vi en el artículo de «The Times» que se habían fijado el mismo límite que yo, aunque yo había contado más extensamente la historia, haciéndola más interesante con el agregado de dibujos detallados de los personajes principales. Me atuve al mismo plan durante todos los días del juicio, consiguiendo una arrebatadora historia humana, tan humana como me atreví a hacerla considerando las convenciones inglesas.

En esa semana, la circulación del periódico llegó casi a

duplicarse y el relato despertó tanta atención, que Edmund Yates me invitó a cenar, instándome durante la comida a que le dijera cómo había conseguido un éxito tan extraordinario. Declaró que todo el mundo leía el «Evening News» para enterarse de la *cause scandaleuse*. Había un hombre sentado casi frente a mí que se pasó la velada mirándome despreciativamente mientras yo hacía mi divertido relato. Después me enteré de que era George Lewis, el famoso abogado.

Al día siguiente, tuve la prueba de cómo la envidia y la malevolencia se vengan del éxito. George Lewis encausó al «Evening News» por libelo obsceno y, casi de inmediato, el caso pasó al juez Denman. George Denman leyó algunos de los informes que yo había publicado y pidió que se me castigara. Como no deseaba hacer gastar dinero al periódico, defendí yo mismo el caso, y mi respuesta a la acusación consistió simplemente en demostrar que había seguido casi con absoluta exactitud el ejemplo dado por «The Times», eliminando todos los detalles escabrosos de la misma manera en que los había eliminado este periódico.

—El patrón de lo que puede decirse —dije— varía según el país y la época. Con un periódico de a medio penique, no podía hacer cosa mejor que mantenerme en los límites establecidos por «The Times». Y esto es lo que he hecho —y mostré mi artículo junto con el de «The Times», demostrando que a menudo nos deteníamos en la misma palabra.

—¿Qué tiene que decir a eso? —preguntó el juez Denman.

Mi acusador, George Lewis, se levantó rápidamente.

—Señalo —dijo— que ésa no es respuesta apropiada al caso. Yo afirmo que el «Evening News» es culpable de libelo obsceno y solicito un veredicto basado en estos informes.

—Pero —dijo el juez Denman—, si es usted movido por un respeto a la moralidad pública, señor Lewis, ¿por qué no elige «The Times» en lugar del «Evening News», que es mucho menos importante?

—Vuelvo a señalar que no se ha contestado a mi acusación —dijo Lewis.

Denman sonrió y replicó:

—Me inclino por el acusado y deseo expresar mi opinión de que jamás debería haberse presentado el caso a los tribunales.

Pero yo había aprendido la lección. El hecho de que el «Evening News» publicara los informes más largos y detallados, había duplicado la circulación y puesto el periódico bajo las candilejas. ¿No podía continuar y hacer más interesantes las páginas de noticias? En seguida me puse al trabajo para conseguir un par de periódicos de París, otro par de periódicos alemanes y acostumbraba a echarles una ojeada todas las tardes, cuando se suponía que había terminado el trabajo diario.

En cuanto descubría un caso interesante en Berlín, Roma, Madrid o París, lo reescribía para el «Evening News», y pronto supe que había encontrado el camino del éxito. La circulación del periódico aumentó velozmente y la gente de alguna importancia en el mundo del periodismo comenzó a invitarme y darme muestras de favor, en especial Labouchère y Yates, a quienes yo consideraba los hombres más importantes de la profesión.

Una noche, después de cenar, los hice reír a carcajadas contándoles mi progreso descendente hacia el éxito. Expliqué que, al comienzo, había dirigido el «Evening News» empleando a tope mi pensamiento de erudito y de hombre de mundo de veintiocho años. Nadie se interesaba por mis opiniones, pero, a medida que comencé a descender y a dirigirlo como si tuviera veinte, después dieciocho y finalmente dieciséis, fui teniendo cada vez más éxito. Cuando llegué a lo que habían sido mis gustos a los catorce años, recibí una respuesta instantánea.

—Besarse y pelear —dije— eran las únicas cosas que me interesaban cuando tenía trece o catorce años, y ésas son las cosas que el público inglés de hoy desea y con las que disfruta.

Hasta ahora es la verdadera lectura del periodismo popular de éxito. ¿Por qué el «News of the World» tiene una circulación de más de tres millones de ejemplares? Simplemente porque en él se pueden encontrar las historias más sugestivas o sensacionales de la semana. Todavía no han encontrado la manera apropiada de aumentar sus reservas, de modo que a menudo se quedan sin historias buenas, pero las buenas están siempre allí y yo descubrí pronto que mis pies habían acertado con el sendero correcto.

Por supuesto, era un trabajo durísimo para mí leer una docena de periódicos extranjeros todas las noches para encontrar tal vez dos artículos, y además, en el mejor de los casos, se trataba de

noticias extranjeras… que para el público inglés no resultaban tan interesantes como las inglesas. Pero ¿cómo hacer para procurarme historias inglesas?

Un día, mientras me hallaba en el despacho del redactor, descubrí que los periodistas de tribunales enviaban billetes con relatos breves de lo que sucedía en las cortes durante el día, hasta las doce. Una de las historias hablaba de un asesinato en Clerkenwell. No había ningún intento de descripción: el periodista había reducido el incidente a unas ocho o diez líneas, pero yo sentí que ahí había una historia de interés humano. Salté de inmediato a un coche de alquiler, fui a Clerkenwell, encontré al periodista e hice que me llevase a la escena de la tragedia. La historia era espantosa y muy interesante.

Un matrimonio había vivido con armonía hasta la madurez, sacando adelante una familia de tres hijos. A través de una pequeña tabacalera, habían conseguido un éxito relativo y con el éxito vino la tentación. El padre, de cuarenta y cinco años, se había enamorado de una chica de quince o diecisiete años que había ido a la tienda a comprar tabaco. Le hizo insinuaciones y se la ganó sin el conocimiento de su esposa, que estaba totalmente ocupada por sus deberes de ama de casa. Pero la hija mayor, una chica de catorce años, era astuta y había observado que su padre iba detrás de la muchacha. Cuando lo vio besándola, se lo dijo a su madre, ardiendo de curiosidad y de celos femeninos. De inmediato, la madre cayó sobre la chica. La golpeó y la insultó en la calle, hasta que finalmente el padre se puso del lado de su amante y le dio a su mujer un puñetazo. Desafortunadamente, la cabeza de la mujer fue a dar contra la rueda de un carro y murió esa misma noche.

En el tribunal se narró toda la historia, pero, cuando la reescribí en el «Evening News», con los principales detalles —una descripción de la hija celosa y su relato de cómo había descubierto a su padre y la confesión de éste—, se puso de moda, y la circulación del «Evening News» se acrecentó en consecuencia.

Había encontrado el camino del éxito. Todos los días, los juzgados y tribunales de Londres rebosan de historias de amor y tragedias sensacionales de todo tipo. El único problema era cómo conseguirlas. Como núcleo, escogí seis juzgados y puse a cargo de ellos a un hombre capaz, con las instrucciones siguientes: «Cuando

sepa de una historia que promete, vaya de inmediato al juzgado en cuestión, vea al reportero, consiga los hechos. Si el incidente tiene interés real, trabájelo, entreviste a los implicados, haga con eso una historia y envíela al periódico».

Aconsejé a mi hombre que diera una guinea a todo reportero que lo pusiera sobre la pista de un buen caso. En un mes el problema estaba resuelto. Con gran facilidad, pude llenar las seis o siete columnas del «Evening News» con historias sensacionalistas de Londres.

Después de unos tres años de trabajo, la circulación del periódico se había decuplicado y éste empezaba a ser rentable. Como había trabajado sin respiro mañana, tarde y noche, conseguí que los directores me concedieran unas vacaciones de tres meses y me fui derecho a Italia. En Roma, leí mucho en italiano, estudié las ruinas romanas y trabé amistad con el príncipe Doria. Allí tuvo lugar lo que he denominado como el incidente más extraño que me sucedió en la vida y que ahora puedo contar.

El país inexplorado del cual nadie regresa siempre había ejercido gran fascinación sobre mí, como imagino que le sucede a todos. Mucho antes de que el descubrimiento de los rayos-X nos demostrara que es posible ver a través de las casas y los cuerpos, yo estaba persuadido de que había más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña cualquier filosofía.

La extraña atracción que sienten los seres humanos el uno por el otro; el hecho de que los elementos químicos sólo se unen de acuerdo a ciertos pesos definidos; de que los gases se mezclan pero no son uno hasta tanto una chispa eléctrica no pasa entre ellos; la miríada de analogías que en la naturaleza sugieren semejanza dentro de la disparidad eterna; la unidad en la infinita diferencia; todas éstas eran cosas que atormentaron mi curiosidad desde los veinte años. Pero cada vez que intenté saber más de todo ello, me encontré con un muro en blanco.

Durante seis u ocho meses, estudié espiritismo y me mostré tan elocuente que la médium me puso en el secreto y me mostró todos los trucos de su inmundo comercio. Más tarde me divirtió descubrir que Browning había tenido una experiencia igualmente extraña con «Sludge», el médium en quien su esposa había comenzado a creer.

Posteriormente, quedé sorprendido al enterarme de que Alfred

Russel Wallace, un gran científico y precursor de Darwin, hombre de una honestidad transparente, creía a pies juntillas en todo tipo de comunicación con lo que él llamaba «el mundo del espíritu». Pero mi incredulidad persistió y dura todavía. ¿Dónde está la gran luz?

Sin embargo, tuve una experiencia que fortaleció enormemente la influencia de Wallace sobre mí a este respecto. Como deseaba un cambio completo y recreación, me hice con unos caballos irlandeses y salía regularmente a cazar *in campagna*. Me parecía delicioso cazar zorros por donde César y Pompeyo habían marchado a la cabeza de sus legiones; saltar altas cercas de madera en una campiña poblada por los fantasmas de olvidados notables. Todas las tardes pasaba algunas horas estudiando las antigüedades y por la mañana galopaba por el campo.

Era esa doble vida la que me seducía y me deparaba una perfecta salud de cuerpo y de espíritu. Como es natural, en el campo conocí a casi todos los romanos de buena posición y mis tardes me permitieron relacionarme con los eruditos y poetas.

Como sucede a veces, tuvimos un día de caza frustrante. El sol brillaba con fuerza y los perros no pudieron olfatear nada. La partida fue de un lado a otro, sin encontrar nada en ningún soto. En un momento, descansé junto a un arbusto de acacia.

Había prometido ir a almorzar a casa de los Doria y hablar después a sus invitados del famoso cuadro de la galería, el llamado «Amor sagrado y amor profano», del Tiziano. Todo aquel interesado en el arte lo conoce. A la izquierda, en el más encantador paisaje italiano, hay una hermosa mujer vestida con el esplendor propio de aquellos grandes días venecianos; y sentada sobre una fuente redonda de mármol, hay otra mujer, completamente desnuda, bellamente dibujada y pintada y muy realista. Algún idiota ha bautizado al cuadro «Amor sagrado y amor profano». Yo lo interpretaba de otra manera. Me parecía evidente que era una característica historia renacentista: un aristócrata veneciano, orgulloso de la belleza de su esposa, pidió al Tiziano que la pintara en todo el esplendor de sus vestidos y al mismo tiempo también en su belleza desnuda. Era claramente la misma mujer… cuerpo, ojos y cabellos.

Pensando en el almuerzo y en la charla y cansado de mis fútiles

esfuerzos por encontrar un zorro, me separé de la partida antes del mediodía y cabalgué hacia la ciudad, hada la Porta Pía, por el hermoso camino sacralizado por los sufrimientos de Pablo. Al entrar en la ciudad, creo que por la puerta sur, tuve que ir más lentamente y con mayor cuidado a causa de una multitud de trescientas o cuatrocientas personas. Al atravesar la puerta, vi desde mi caballo que el centro de atracción era una mujer velada que se hallaba sentada frente a una sencilla mesa colocada contra el muro. La mesa estaba cubierta con un sencillo paño marrón. Pregunté de qué se trataba a un hombre que había cerca.

—Es una famosa hechicera y adivina —dijo— que predice el futuro —y se santiguó.

En ese momento, una muchacha se acercó a la mujer, puso algo de plata sobre la mesa y le mostró las manos. Me reí. Me parecía extraño que allí, en Roma, la ciudad de los mil milagros, el corazón de una docena de civilizaciones, esta pobre estafa hubiera prevalecido sobre siglos de escepticismo.

—Es una buena manera de deshacerse de las moneditas —observé sonriendo y algunos italianos rieron.

De pronto, la hechicera habló.

—Si ese extranjero a caballo quiere venir y atreverse a probar, descubrirá que puedo decirle verdades nuevas. Puedo desplegar ante él su futuro.

—Es sobre el pasado que quiero saber —ˆrespondí—. Si puedes hablarme del pasado, creeré en tus predicciones.

—Venga —dijo—, le hablaré del pasado y también del futuro.

Miré mi reloj y vi que tenía media hora. Un chico italiano sujetaba ya la cabeza de mi caballo y prometía cuidarlo, de modo que desmonté y atravesé la multitud en dirección a la hechicera. Le ofrecí una moneda de oro, pero ella la apartó.

—No pague hasta que no esté convencido.

—Por favor, comprende que quiero saber cosas del pasado —dije.

—¿Qué quiere saber del pasado? —preguntó.

—Oh, lo más importante que me haya ocurrido.

—Es fácil —contestó—. Deme sus manos, por favor. La izquierda indica cuáles son sus tendencias naturales y la derecha cómo las experiencias de la vida las han modificado.

Le tendí las manos y me quedé allí, sintiéndome más bien tonto por estar perdiendo el tiempo en semejante estupidez.

—Lo más notable de su vida hasta este momento —dijo—, es el amor y la admiración que sintió por un hombre, un norteamericano.

—Tal vez puedas decirme su nombre —sugerí.

—Lo deletrearé para usted —dijo—; empiece usted.

—Empieza tú… —dije, y ella contestó:

—S-m-i-t-h… Smith.

Quedé aturdido. ¿Cómo podía saber algo sobre mi vida en la universidad de Kansas?

—¿Y cómo era? —pregunté.

Para mi estupefacción, lo describió.

—Tenía gran influencia sobre usted —continuó—, e hizo de usted un estudiante y un escritor. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —contesté—, pero no sé cómo ha conseguido la información. Pensaré y consideraré todo lo que me diga sobre mi futuro.

—El movimiento de su vida —dijo— es ascendente y realizará todas sus ambiciones. Ganará dinero y fama y tendrá una vida plena y muy feliz. Pero, en la vejez, la curva comienza a descender y no puedo ver el final. Hay un mar de sangre.

—¿Qué quiere decir? —exclamé—. ¿Sangre vertida por mí?

—Oh, no, sangre sobre la mitad del mundo… un mar de sangre.

—¿Estoy yo en él? —pregunté.

—No diré nada más —replicó—. No debería decirle nada más.

Me reí.

—Es un final muy dramático. Por supuesto, si piensas que no debes decírmelo, no lo harás.

—¿Sigue sin creerme? —preguntó, mirándome entristecida.

—Exacto —dije—, no creo en absoluto ni en mi éxito ni en el mar de sangre.

Asintió varias veces con la cabeza, como si reflexionara, y después, con un suspiro, dijo:

—Puedo hacer que crea en todo ello.

—Me temo que no —reí—, creo que no lo creería, aunque sucediera; si en los próximos años, todo lo que has dicho resulta cierto, seguiré sin creerte.

—Esta noche abandonará Roma y cruzará el mar hacia

Inglaterra —exclamó de pronto.

—Vaya, es una mala predicción —contesté—. Tengo alquiladas habitaciones en Roma para meses. Tengo caballos aquí y ninguna intención de irme hasta comienzos del verano. Me quedaré por lo menos tres meses.

—Abandonará Roma esta noche —repitió— e irá a Londres. Y en el tren comprenderá que la adivina tenía razón.

Para abreviar, le pregunté cuánto le debía.

—Lo que desee —contestó—. Nada, si no me cree.

Saqué un par de monedas de oro.

—Creo en la primera parte de lo que has dicho —le dije—. Fue extraordinario. Pero nada de lo que has dicho para el futuro va a sucederme.

—Esta noche sabrá más —replicó.

Me incliné y atravesé la multitud hasta donde estaba mi caballo. Me fui a almorzar. Hice mi pequeña charla frente a unas cien personas en la galería Doria. Acababa de terminar y estaba siendo felicitado por el embajador británico y Doria, cuando se acercó un sirviente.

—Un telegrama para el señor Harris —le informó a Doria.

Con el permiso de mis interlocutores, lo abrí y descubrí que se me llamaba a Londres con urgencia. «¡Importante!». La firma era la de un amigo, lord Folkstone, que no me hubiera enviado ese telegrama de no haber sido estrictamente necesario. Mostré el telegrama a Doria y, absorto en mis especulaciones sobre lo que podría haber sucedido, me apresuré a ir a mi hotel, envié un mensajero a conseguirme un pasaje, empaqué, pagué la cuenta y cogí el expreso nocturno a Londres, en un coche-cama que no tuve que compartir con nadie. Una hora más tarde, fui al comedor. Al mirar por la ventanilla, vi que estábamos saliendo de la campiña romana.

La escena del mediodía se me apareció en un relámpago. Aquí estaba, yendo a Londres contra toda probabilidad, tal como había predicho la adivina.

¿Cómo hubiera podido saberlo ella? ¿Cuánto de verdad había en todo eso? ¿Qué había querido decir con eso de «mar de sangre» al final? «Un mar de sangre», había dicho, «un mar de sangre sobre la mitad del mundo».

Un par de meses más tarde volvía a ser libre. Regresé a Roma e hice todo lo que pude por encontrar a mi adivina, pero fue en vano. Cuando pregunté a la policía, me contestaron que había en Roma una legión de adivinas. ¿Podía darles una descripción?

No volví a saber de ella. Dejo esta historia como problema para mis lectores. Es el único episodio de mi vida al que soy incapaz de dar de alguna manera una explicación.

Ahora debo contar cómo perdí la dirección del «Evening News». Durante todo el tiempo en que estuve en Roma, recibí informes semanales sobre la marcha del «Evening News», y sabía que iba bien pero no mejoraba bajo la dirección del asistente que había elegido, un irlandés llamado Rubie.

Cuando llegué a Inglaterra, lord Folkstone me dijo que el señor Kennard, el banquero y director que proporcionaba la mayor parte del dinero, había llegado a tener una excelente opinión de Rubie, mi asistente; pensaba que podía hacer el trabajo tan bien como yo y, de hecho, tenía intención de armar una bronca por lo prolongado de mis vacaciones, poniendo a Rubie en mi lugar como director gerente. Yo estaba sorprendido y divertido. Sabía que Rubie no podía hacer el periódico y yo había trabajado con todas mis fuerzas sin tomarme vacaciones o un momento de respiro durante tres años.

Tenía intención de organizar a lo grande el trabajo periodístico cuando regresara. Quería organizar todos los juzgados en grupos de seis, poniendo cada grupo a cargo de un hombre capaz, con el objeto de llenar el periódico de sorprendentes historias de la vida londinense. Soñaba también con un matutino y con una circulación de un millón de ejemplares para los dos periódicos. Y lo hubiera conseguido, pero, cuando regresé, descubrí que el éxito había mareado a Kennard. Hubiera tenido que darme un porcentaje de los beneficios; hubiera tenido que mantenerme a la cabeza de su periódico, pero, al prolongar mis vacaciones, le di la oportunidad que necesitaba. Tenía que despedirme —decentemente, por consideración a lord Folkstone—, pero debía irme.

Tuvimos una reunión de dirección en el «Evening News» y Kennard dijo que deseaba ser justo: pensaba que yo había hecho un éxito del periódico y estaba dispuesto a darme mil libras como indemnización.

Tal vez merezca la pena relatar aquí un incidente. Reuní algunos

amigos que le ofrecieron a Coleridge Kennard unas cuarenta mil libras por el periódico… más dinero del que había gastado durante el tiempo de mi dirección. Rehusó la oferta. Entonces, acepté la oferta de mil libras y me puse de pie para abandonar la sala de reunión. En eso, lord Folkstone también se puso de pie, recordó a Coleridge Kennard que había puesto unos cuantos miles en el periódico, que me había elegido a mí como director, y declaró estar totalmente satisfecho con mi trabajo. Dijo que prefería abandonar el periódico conmigo y perder el dinero que había puesto. Y añadió con un gesto encantador:

—Vamos, Frank, aquí no nos quieren —y me condujo a su faetón.

Tres meses más tarde, encontré a Kennard en la esquina de la calle Grosvenor y me rogó que volviera a mi antiguo puesto en el «Evening News». Me dijo que la circulación del periódico había bajado de la manera más sorprendente. Le sonreí.

—Se lo advertí, Kennard —dije—. Las cosas que se construyen rápidamente, se derrumban con la misma rapidez, pero estoy muy satisfecho con la dirección de la «Fortnightly Review» y no volveré.

Dos meses más tarde, Kennard me confesó que había vendido el «Evening News» por dos mil quinientas miserables libras, a Harmsworth; había perdido treinta y ocho mil libras con mi despido.

Mis placeres: cabalgar, comer y beber, música y ciencia

Durante todo este período londinense, tuve una pasión: el deseo de comprender y apreciar a todos los hombres capaces en el campo del arte y la literatura. Sin embargo, disfrutaba de múltiples placeres, entre los cuales debo poner en primer término mi amor por los caballos. Me refiero a cabalgar y conducir coches. Seguía practicando otra docena de diversiones atléticas: corría y caminaba con regularidad y boxeaba por lo menos media hora todas las mañanas, para mantenerme en perfecto estado físico, como explicaré luego.

Una vez un periódico de Londres afirmó que yo era el único editor que conducía por Fleet Street un tándem de excelentes caballos. Entre 1885 y 1895 tuve, creo, algunos de los mejores caballos de Londres. Al final de este capítulo me gustaría incluir la fotografía de uno de ellos[18]; la yegua en cuestión ganó el primer premio en el Richmond Horse Show y era una criatura bellísima… bien formada, entusiasta y extraordinaria en su ligero *buggy* americano. Pero, ay, no hay fotografía que pueda hacerle justicia.

Durante estos diez o doce años londinenses, tuve siempre de tres a seis caballos para cabalgar y conducir y me procuraba los coches construidos en América por su ligereza y perfecta suspensión. Los coches ingleses son por lo general muy pesados y fuertes, a causa de los malos caminos antiguos, pero los buenos caminos modernos permiten el uso de carruajes más ligeros que son mejores para los caballos. Tenía un faetón construido en Nueva York, que me había hecho enviar y pesaba menos de cuatrocientas libras, de modo que dos caballos podían llevarlo sin sentir y por lo tanto lo hacían con elegancia. A menudo me sucedió ser detenido en Hyde Park por ingleses que deseaban saber dónde había conseguido los caballos y el etéreo faetón.

En una pequeña semblanza de Cunninghame Graham, hablé de una carrera que hicimos en Hyde Park una mañana, en la cual vencí

a su *pony* argentino con un caballo inglés. Graham ha dicho después que no recuerda en absoluta esa carrera; tal vez, si hubiese ganado la recordaría.

Cada vez que pienso en caballos, no puedo dejar de pensar en Blue Devil, la yegua de la que he hablado al referirme a mi vida de vaquero en Texas. Era una compañera maravillosa. Podía dejar caer mi sombrero y enviarla a buscarlo. Después de hacer cinco millas o más, iba derecha al lugar donde estaba y me lo traía en la boca. Cuando estaba en la universidad de Lawrence, Kansas, que se encuentra sobre una colina en las afueras de la ciudad, solía montar a Blue Devil sin riendas ni silla. Al desmontar la dejaba suelta y ella vagabundeaba por ahí, comiendo de vez en cuando un poco de hierba. Tan pronto como le silbaba, venía corriendo hacia mí.

Debo decir en su honor que, una vez, en Lawrence, aposté que podía cabalgar cien millas sobre este caballo y luego caminar cincuenta, todo en veinticuatro horas. Cuando llegó el día, resultó una sofocante jornada de julio y yo temí haber sobrestimado lo que Blue Devil podía hacer, de modo que escogí la fresca noche y la monté sin silla. Pero cuando ya habíamos hecho cincuenta millas, se puso a correr como para demostrarme que podía hacer lo que se le pedía. Y, en la milla número cien, a la que llegó en menos de once horas, me mordió juguetonamente un hombro y empezó a comer su avena como si acabara de salir del establo. Tenía un corazón casi tan grande como su cuerpo. En cambio, estuve a punto de perder en el paseo de cincuenta millas, porque una de mis botas se rompió más o menos a mitad del camino y tuve que cubrir el resto en calcetines. Sin embargo, la cabalgata está registrada. ¡Nada despreciable para un muchacho de diecisiete años!

Los ingleses sabían más sobre caballos que cualquier otro pueblo europeo, pero hasta en esto fueron superados por los americanos, que les enseñaron que los *jockeys* deben sentarse lo más cerca posible de la cruz y no al final del lomo. Ni siquiera Fred Archer, bueno como era, llegó a ser tan excelente como algunos *jockeys* americanos que le sucedieron y mostraron su destreza en las carreras inglesas.

De la misma manera, el boxeo profesional se desarrolló más en América en diez años que en Inglaterra en un siglo.

Me gustaría que los ingleses comprendieran cómo los limita en

casi todo su amor por la tradición.

No puedo dejar esta disquisición sobre caballos sin mencionar el advenimiento del automóvil. En el invierno de
1895-96
fui, como de costumbre, a la Riviera, y allí vi por primera vez un automóvil. Lo había llevado un hombre a Montecarlo y, como había perdido su dinero, lo había puesto en venta. Era un George Richard de siete caballos, con correas de transmisión. Lo probé en seguida y me enamoré de la velocidad y suavidad de su andar. Finalmente lo compré, pagando algo así como quince mil francos, unas seiscientas libras.

Lo usé durante casi un mes para visitar todos los lugares bellos de la Riviera, que son numerosos y magníficos. Cuando hube obtenido mi ración de bellezas naturales, partí hacia París por Grasse y Digne. Recuerdo que cené tarde en Grasse y seguí conduciendo por la noche. Perdimos primero una correa y luego otra y tuve que tantear en la oscuridad para encontrarlas y poder seguir. Sin embargo, me parecía evidente que el automóvil desbancaría rápidamente a los caballos. Era la mejor manera de viajar que había descubierto el hombre hasta entonces.

Me llevó más de una semana llegar a París, y tres días más de París a Calais. Y cuando salí de Dover en dirección a Londres comenzaron mis dificultades. El primer policía que encontré me detuvo y me llevó al cuartelillo, donde decidieron que debía conseguir a un hombre que caminara frente al coche agitando una bandera roja. Yo me mostré en apariencia de acuerdo, pero declaré al inspector de policía que no pasaría de cuatro millas por hora y conduciría con gran cuidado; al final me dejaron ir. En el camino me crucé con un caballero que iba con un par de caballos, que dio la vuelta de inmediato y comenzó a seguir a mi automóvil. Me hizo numerosas preguntas y el resultado de todo ello fue que me pagó para que lo llevara a su parque y le dejara probarlo. Lo hice y finalmente le vendí el coche y me fui a Londres enriquecido con nuevas experiencias: la divina belleza de la Riviera y el nuevo poder del que disfrutamos gracias al automóvil.

El automóvil enriqueció la vida como el descubrimiento de dos o tres nuevos poetas. Siempre doy un ejemplo de su poder casi magnífico. Creo que he sido la primera persona que vio en un solo

día las cuatro grandes catedrales de Francia. Estaba en Amiens y después de echar una última mirada a la puerta oeste de la catedral, hacia las siete de la mañana me fui a Beauvais y pasé allí algunas horas, disfrutando de sus bellezas; de allí me fui a París. Allí contemplé la Sainte-Chapelle y seguí hacia Chartres, donde almorcé tarde; después del almuerzo volví a recrearme con la catedral y me fui a Reims, donde tuve otra gran impresión.

Supongo que llegará el día en que veamos las cuatro en una mañana y volemos a Monreale, cerca de Palermo, para almorzar, y de allí a Palermo o al Partenón de Atenas, y así hasta llegar a Santa Sofía, en Constantinopla, cuyo interior es una de las maravillas del mundo.

En los últimos años del siglo tuve otra experiencia que deseo registrar porque me enseñó que una máquina más pesada que el aire puede volar. Por supuesto, fue un norteamericano quien me la proporcionó. He olvidado su nombre, aunque lo conocí bien. Me habló de una máquina voladora. Me dijo que el motor del automóvil seguía siendo demasiado pesado pero que estaba seguro de que, si podía conseguir suficiente fuerza ascensional, sería posible volar en un aeroplano más pesado que el aire. Un día me llevó a su casa en el campo. Allí había montado una especie de aeroplano con un motor de automóvil y unos largos raíles que descendían una colina muy empinada. Me dijo que estaban allí para obtener velocidad suficiente como para que el aeroplano pudiera volar, y me preguntó si me arriesgaría a intentar un vuelo en su compañía. Dije que estaría encantado. Subimos; encendió el motor; nos deslizamos pendiente abajo y, para maravilla mía, nos levantamos en el aire y recorrimos unas trescientas yardas, cruzando una cerca antes de descender en un prado. No fue nada demasiado brillante, pero me enseñó sin lugar a dudas que el hombre había conquistado el aire y conseguiría una máquina para cruzar el éter como un pájaro.

Menos de veinte años más tarde, subí a un aeroplano en Niza, pero de eso me ocuparé en otro volumen.

Ya que estoy hablando de los placeres de la vida, quiero hablar de la comida y la bebida. Creo que en un volumen anterior he dicho ya que el ideal inglés de la cocina es el mejor del mundo; es el ideal aristocrático y consiste en el deseo de dar a cada alimento su sabor

específico, mientras que la cocina francesa tiende a obliterar las distinciones con una salsa democrática.

La desventaja de la cocina inglesa es que Inglaterra apenas tiene cocineros, de modo que rara vez se satisfacen esos ideales. Sin embargo, hay un aspecto de la cocina inglesa con el cual siempre estuve en desacuerdo. En Inglaterra puede encontrarse la mejor carne de caza del mundo, pero, ay, los ingleses siempre la guardan hasta que está «manida», o si prefieren la verdad, hasta que está casi podrida. Recuerdo que un inglés de gran posición me dijo una vez que siempre colgaba a los urogallos hasta que el pájaro caía por su propio eso, perdiendo las patas en la operación. En Dublín, el profesor Mahaffy me confió una vez con gran satisfacción que no le gustaba la becada más que cuando estaba representada en el plato por una salsa verde. Y según me han dicho, todo esto se hace para hacer más tierna la carne. Pero una vez descubrí en Escocia que, si se cuece la caza el mismo día en que se ha matado, antes de que haya aparecido el *rigor mortis*, queda tan tierna como si se la ha guardado durante un mes. Yo solía tomarme grandes trabajos para que me cocieran el urogallo antes del *rigor mortis* y lo enviaran desde Yorkshire.

Creo que fueron las damas inglesas las primeras en decirme que mis almuerzos eran los mejores de Londres porque la caza era deliciosa… no «olorosa», como ellas decían.

En Londres, es posible conseguir la mejor carne de vaca y de cordero del mundo, y cualquiera que vaya al restaurante Simpson, en el Strand, se convencerá rápidamente de la verdad de esta afirmación. Sin embargo, la ternera no llega a ser tan buena como en Francia y por supuesto el nivel medio de la cocina francesa es incomparablemente mejor que el inglés, pero repito que las mejores cenas de mi vida las he comido en Inglaterra.

Aquí, en Francia, por lo general, y en la costa, en los mejores restaurantes, sirven pescado que no está fresco y, cuando uno se queja al *maitre d'hôtel*, éste nos asegura que está estupendo, que por la mañana estaba vivo. Ahora bien, la carne de caza «manida» no es perjudicial para la salud. También la carne de vaca y de carnero puede guardarse durante mucho tiempo sin resultar dañina, pero el pescado pasado

es con frecuencia mortal. En consecuencia, quiero explicar a mis lectores cómo distinguir el pescado fresco del pasado a la primera ojeada. Cuando se tiene el pescado delante, naturalmente se lo abre, se retira la carne del espinazo. Si éste ha marcado la carne aunque sólo sea un poco, el pescado lleva dos o tres días muerto y, si las marcas son de color castaño oscuro, tiene probablemente dos semanas. No obstante, en el mejor hotel me sucedió pedir pescado del Mediterráneo, cuya *arête*, o espinazo, había dejado una marca negra en la carne. Ninguna garantía del *maitre d'hôtel* pudo inducirme a comer ese pescado. El pan francés, que solía ser el mejor del mundo, es ahora de ínfima categoría, aunque es posible conseguir grisines de gluten que tienen el aspecto y el sabor del mejor pan y son muy fáciles de digerir.

La mayor parte de la comida enlatada se hace mejor en Inglaterra que en cualquier otro sitio, pero hay un alimento en especial —los *petits pois de Rodel*— que en Francia se preparan de dos o tres maneras distintas, que son los mejores guisantes que he comido.

Hace mucho tiempo propuse abrir un restaurante que tuviera diferentes salas dedicadas a diferentes escuelas culinarias: la sala inglesa, por supuesto, y la francesa y también la rusa, porqué éstas son las tres mejores escuelas de cocina moderna. Y en mi opinión la mejor es la inglesa, por lo menos en lo que se refiere al ideal de cocina. Nueva York, sin embargo, está acercándose mucho a Londres. Allí se puede obtener carne de vaca y de carnero casi tan buena como la de Londres, y mejor ternera; también el pescado es igualmente bueno, sólo que no tienen trucha asalmonada y el lenguado no es tan bueno como el de Dover. Pero, en Nueva York, se consigue mejor langosta que en cualquier otra parte y también ostras de mar profundo… mejores que las de Carlingfords, pese a la opinión británica. Y en lo que se refiere a vegetales y frutas, no hay comparación posible; los americanos son los mejores.

Pero hay algo en lo que los franceses se llevan la palma de la perfección, y es en la variedad de vinos, que me parecen los mejores del mundo. Casi en cualquier lugar de Francia, consigo *vin du pays* ligero y de excelente sabor, a veces incluso con verdadero *bouquet*, y es tan barato como el agua mineral: un franco y medio la botella,

digamos, dos o tres peniques en moneda inglesa o cinco céntimos. Por supuesto, los mejores vinos, el Burdeos y el Borgoña, son mucho más caros: medio dólar o un dólar la botella, según la calidad y la cosecha. Pero esos lujos pueden omitirse cuando el vino ordinario del país es tan absolutamente sabroso y bueno. En mi época de Londres, la principal bebida era el champán, y los ingleses de clase alta sabían más de esta bebida que los franceses. Fueron los primeros en modificar el hábito francés de agregar azúcar y *brandy* al champán… siempre han querido beber el vino *nature* o *brut*[19]; y en Londres el gusto por el champán seco es mayor que en París. Pero el Borgoña, el Burdeos y todas las variedades de vinos tintos y blancos, son mejor comprendidos en Francia.

Mi reputación como anfitrión de buenos almuerzos en Londres se basaba en el hecho de que sabía más que la mayoría de la gente de las calidades y cosechas de los vinos franceses. Además, siempre he sentido apasionada admiración por los vinos del Rin y del Mosela. Hace ahora ya mucho tiempo, me gané la vida en Londres catando vinos. Solíamos hacer un excelente almuerzo, tres o cuatro de nosotros, y las seis u ocho botellas de vino que teníamos que catar eran traídas después de que habíamos disfrutado de un excelente bistec y habíamos limpiado nuestros paladares con pan, sal y olivas. Entonces, cada uno de nosotros tenía que dar su opinión sobre los diversos vinos y en especial decir cuál de ellos ganaría con el tiempo y por lo tanto valía la pena comprar. La mayoría de nosotros podía dar el año de cualquier cosecha especial. Había en Londres un hombre que sabía incluso más que yo de vinos blancos, pero yo era un buen segundo, de modo que se me permitía hablar por lo menos de los vinos franceses con cierta autoridad.

Recuerdo que una vez hice reír a los comensales comparando el vino y las mujeres como las dos mejores cosas del mundo.

—El Burdeos tinto —dije— es como la esposa legal: una bebida excelente, que va con todos los platos y nos permite disfrutar de la comida, ayudándonos a vivir. Pero, de vez en cuando, el hombre quiere un cambio, y el champán es la alternativa más completa y deliciosa al Burdeos: es como la mujer de la calle: todo el que puede permitírselo la prueba alguna vez, pero no tiene atractivo real. Debe tomarse con moderación. Si se bebe demasiado, produce dolor de cabeza o algo peor. Como la mujer de la calle, siempre está a

nuestro alcance y el precio no guarda proporción con sus merecimientos. El Mosela es la muchacha de catorce a dieciocho años: ligero, picante en la lengua con un perfume exquisito, evanescente, pero poco cuerpo; puede usarse constantemente y en cantidad, pero hay que tomarlo joven. Si se prefiere real fragancia o *bouquet*, hay que recurrir a un vino con más cuerpo, como el Borgoña, el Chambertin o el Musigny. Siempre pienso en el Borgoña como en una mujer de treinta años. Tiene más cuerpo que el clarete, es más rico, más generoso, con perfume más fino, pero es muy embriagante y hay que tomarlo con moderación. El Oporto es la mujer de cuarenta años: más fuerte, más rico, más dulce que el Borgoña. Tiene mucho más cuerpo, pero menos *bouquet*. Se conserva de manera excelente y madura con la edad y sólo la juventud puede beberlo con tranquilidad. En la madurez, tomar más de un trago puede resultar pesado y, si se hace todos los días, es casi seguro que provocará gota. Pero si se es vigoroso y no se temen las consecuencias, el mejor vino del mundo es el Oporto con depósito, de cincuenta años. Es fuerte, con una fragancia divina, embriagador, intoxicante, pero no es recomendable beberlo constantemente. Afecta la salud hasta de sus admiradores más fuertes y más apasionados y los conduce a una muerte prematura. Yo prefiero el vino común de Francia dorado o ligeramente rosado, con un sabor perfecto, una fragancia ligera y que no intoxica aunque se beba media docena de botellas. ¡Ay! ¡Suspiro de pena por los amados días muertos y los deseables amores! Es extraño —continué—, las enfermedades del vino también corroboran mi comparación. El clarete, o la esposa legal, sufren de lo que los franceses llaman *tourné*; si uno se separa de ella, la esposa pierde con mucha facilidad su atracción sutil, y, si es ella quien se aparta, cuidado con las tormentas. El Borgoña, por otra parte, se vuelve amargo con facilidad *Amer*, como dicen los franceses. Si su cuerpo se mantiene demasiado caldeado y no se trata bien se amarga, y el champán se arruina con el *graisse*, una especie de viscosidad. En lo bueno y en lo malo, los vinos tienen curiosas afinidades con las mujeres. Los hombres jóvenes prefieren el Borgoña a causa de su dulzura y su fuego, mientras que los viejos eligen siempre el Mosela porque es inofensivo, ligero, tiene un perfume delicioso y no produce resaca.

En aquellos años dorados que fueron de 1890 a 1900, disfruté de otros muchos placeres en mi vida cotidiana en Park Lane.

No he dicho nada de la música en Londres en los ochenta y los noventa, pero lo principal estaba contenido en las operetas de Gilbert y Sullivan, que se representaban en el Savoy. Su popularidad era extraordinaria: desde *Pinafore, Patience* y *The Pirates* a *Iolanthe, The Mikado* y *The Yeomen of the Guard*. Creo que fue en el 81 cuando D'Oyly Carte abrió el Savoy a este tipo de óperas y su éxito fue sensacional.

No sé cuándo escribió Gilbert *Bab Ballads* pero ya antes de mi tiempo había hecho famoso el nombre Bab en el semanario cómico *Fun*. Realmente, tenía un extraordinario ingenio irónico.

Beerbohm Tree fue quien me lo presentó. Tenía veinte años más que yo, y yo, por supuesto, como todos en Londres, había escuchado ya una docena de ejemplos de su humor mordaz. Recuerdo una ocasión en que Tree había estado representando por primera vez a Falstaff en *Las alegres casadas*. Gilbert estaba en el teatro y, después, pasó entre bastidores para asistir al triunfo de Tree. Una y otra vez, éste procuró arrancarle una alabanza, pero Gilbert lo descolocaba con frases como: «Su maquillaje, Tree, es sorprendente»; y lo era, porque Tree era un gran artista del maquillaje… un verdadero artista. Todavía poseo el gran espejo de su camerino en el cual se pintó a sí mismo como Svengali y Bardolph con cosméticos… una maravilla de similitud artística.

Finalmente, fastidiado por el reiterado elogio que Gilbert hacía de su maquillaje, Tree dijo:

—Pero, mi estimado Gilbert, ¿qué piensa usted de mi actuación?, —al tiempo que se secaba la frente, porque estaba enormemente acolchado para conseguir la rotundidad de Falstaff.

Gilbert no pudo dejar pasar la oportunidad de decir algo ingenioso.

—Creo que su piel ha hecho una actuación soberbia, Tree —fue la cáustica respuesta.

En otra ocasión, cuando estábamos criticando el Hamlet de Tree, que era realmente absurdo, Gilbert dijo:

—Su Hamlet no me parece tan malo: es gracioso, pero no vulgar.

Se decía que había sido un amigo amable y bueno y por cierto

escribió estupendos libretos humorísticos para Sullivan.

Por primera vez, comprendí que los honores dispensados a la pareja eran justificados. En el 83, Sullivan fue hecho baronet, mientras que Gilbert no fue hecho caballero hasta 1907. Estos honores representaban débilmente los verdaderos valores de ambos hombres. Sullivan era un hombre pequeño y encantador. Nunca fue muy fuerte y creo que murió con el siglo. Se suponía que las óperas del Savoy eran su contribución a la música popular, pero yo fui uno de los pocos que pensaron que su gran popularidad había dañado su genio. *The Mikado* fue la mejor y la más popular de toda la serie. Todavía se representa con frecuencia en América e Inglaterra, pero *Patience* y *Pinafore* eran buenas también y tenían claras resonancias de las *Bab Ballads*; por supuesto, en *Patience* Gilbert ridiculizó a la «Grosvenor Gallery, al invernadero, al *je ne sais quoi*, joven amigo», que se suponía era un ataque a Oscar Wilde. Puede ser verdad o no, pero el ingenio de Gilbert no era profundo, mientras que la música de Sullivan era de primera línea. Hoy olvidamos la espléndida *Golden Legend* para recordar que la música de *Adelante, soldados cristianos* es suya; pero también escribió *The Martyr of Antioch* y *The Light of the World*, y es sin duda el primer músico inglés… mayor aún que Purcell.

Además, era extraordinariamente amable y generoso. Recuerdo que una vez, en Montecarlo, en el 84 o el 85, lo encontré y lo invité a cenar. Sé que hacía poco que le habían dado el título de baronet. Vino a cenar conmigo en el Hotel de París y cuando entró y vio la mesa puesta con siete u ocho cubiertos, me dijo:

—Hágame un favor, Harris. Preséntеme como sir Edward Sullivan. Por supuesto, después puede llamarme Sullivan, sin el título, pero deseo que esta gente que voy a conocer sepa que soy baronet.

Por supuesto, hice lo que me pedía.

No tengo palabras para explicar a mis lectores la extraordinaria dulzura juvenil y amabilidad de este hombre, pero en mí perdura su recuerdo como el de un gran músico que hasta el final conservó su corazón de niño.

Las óperas cómicas del Savoy fueron las representaciones teatrales más extraordinarias que he visto, excepción hecha de Wagner en Bayreuth. Todos aquellos relacionados con el teatro eran

de primera línea. Barrington era tan divertido como Grossmith. Era un hombre alto y grande, mientras que Grossmith era muy pequeño, en realidad diminuto. Barrington era un gigante y formaba una pareja perfecta con Grossmith, que parecía un mosquito. Fue a comienzos de los noventa que comenzó a hacer giras con recitales humorísticos y musicales. Grossmith era una especie de duende que podía cantar a extraordinaria velocidad… precisamente la cualidad necesaria para darle todo su valor a la jerga de Gilbert. Las chicas también estaban muy bien servidas y cantaban maravillosamente. ¿Quién que lo haya escuchado podrá olvidar *Three little Maids from School are we*?

Fue Dolmetsch, el músico belga, quien me enseñó cuán gran músico era Sullivan. Hasta entonces, no sabía nada de él, excepto que escribía óperas cómicas. Pero Dolmetsch me enseñó a apreciar el esplendor de *The Golden Legend* y la belleza de algunas de sus canciones, como *Oh Mistress Mine* y *Orpheus with his lute*.

Dolmetsch me explicó muchos problemas musicales. Por supuesto, todo el mundo sabe que fue el primero en dar su primitivo valor al clave y el clavicordio, pero escucharlo tocar Bach en el instrumento para el cual éste había escrito su música, fue una experiencia inolvidable. Era como escuchar un gran soneto de Shakespeare perfectamente recitado por primera vez.

No se puede hablar de la música posterior en Londres sin pensar en Sir Henry Wood y su dirección de óperas. En mi opinión, era tan grande como Toscanini.

Me pregunto si alguien podrá adivinar cuál fue la mejor experiencia que tuve en Inglaterra en un cuarto de siglo, la mayor altura espiritual que alcancé en aquellos coloridos días de madurez.

Una vez, había ido a Oxford para ver a Jowett y un amigo me preguntó si había escuchado alguna vez cantar a los muchachos en la capilla del Magdalen College. Me explicó que alguien había legado una fuerte suma para que los muchachos recibieran entrenamiento perfecto y, como yo sabía que las voces de los chicos son las más bellas del mundo, hicimos una cita y a su debido tiempo ocupamos nuestros asientos.

Desde el primer momento, caí en un trance. Los muchachos no sólo cantaban divinamente, sino que la propia música era extraordinariamente hermosa y después me enteré de que era la

mejor música que había producido Inglaterra en tres siglos: una cantata, creo que de Purcell, que me hizo llorar… pasé una hora divina, inolvidable, con esos juglares de Dios.

Entonces, me fue dado por primera vez tener una visión de la superior belleza del alma inglesa. No la hay más alta en esta tierra. Para mí constituye un verdadero acertijo cómo la misma gente que puede entrenar a esos muchachos para cantar una música tan absolutamente celestial, es capaz de luchar contra los mineros y condenar a sus trabajadores a la indigencia. Siguen teniendo, en el siglo XX, prisiones y hospitales unos junto a otros. Después de que un Casement los ha servido lealmente durante veinticinco años y ha sido ennoblecido por sus servicios, pueden asesinarlo a sangre fría por obedecer a sus más altos instintos. Las pobres, enceguecidas criaturas, no pudieron ver que «el perdón es la palabra» y es más noble que el castigo. ¡Y sin embargo, sigo escuchando aquellas voces que suenan como un coro de querubines!

Por extraño que parezca, cuando la música está presente, siempre pienso mucho en la ciencia. Son dos de mis mayores alegrías, aunque no pretendo saber mucho de ellas. Sin embargo, para mí, Wagner tenía un rival en Alfred Russel Wallace, uno de los hombres mejores y más sabios. Y no puedo hablar de Sullivan como músico sin pensar en William Thomson, otra alma grande, amable y sincera que puede compararse con el propio Newton y está curiosamente relacionado con él en su prodigioso dominio de las matemáticas.

Tal vez el más grande científico del siglo diecinueve —y el veinte todavía no ha producido otro igual— haya sido William Thomson, después lord Kelvin. Su único rival, Helmholtz, se encargó de poner a Kelvin en un pedestal. Todos sabemos cómo logró un éxito con el primer cable Atlántico; era un instrumento que había descubierto que envió el primer telegrama de Inglaterra a América en el 58. También fue el primero en alumbrar su casa con electricidad.

En los últimos días del siglo me fue presentado por Alfred Russell Wallace, y quedé muy sorprendido al ver que era cojo, como resultado de un accidente de esquí en su juventud. Pero pese a su cojera tenía una hermosa presencia. Nadie podría olvidar su cabeza redondeada, los ojos francos y amables y la barba gris. Lo recuerdo

especialmente por dos cosas: habló de Joule llamándolo maestro, porque fue el primero en probar que el calor era una forma de movimiento; y luego dijo que en todo pasaje de la energía de una forma a otra, una cierta proporción se vuelve calor y el calor así producido se difunde por radiación. Esta gradual transformación de la energía en calor es permanente y más pronto o más tarde terminará con toda vida.

Casi inmediatamente antes de su muerte, su teoría se derrumbó. Sus melancólicas predicciones de una degeneración de la energía que terminaría en estancamiento, ya no se justifican. Su concepción de los átomos y la energía atómica ha sido superada por el aspecto electrónico del asunto y ahora contemplamos un desarrollo eterno e ilimitado, no de la energía y el poder solamente, sino de la propia vida.

Supongo que Kelvin fue el primero en señalar que la cantidad de tiempo asumida como cierta por los seguidores de la teoría de Darwin y partidarios del proceso de la evolución, no podía admitirse sin asumir la existencia de una serie de leyes naturales diferente a aquellas que conocemos. Lo oí hablar más o menos despreciativamente del darwinismo. Parecía decir: «No sabemos nada de la creación. Hablan de que la vida ha comenzado en las hormigueantes marismas y dicen que esta tierra se ha ido enfriando gradualmente y que sigue enfriándose». Kelvin declaró decididamente que, si alguna vez la superficie de la tierra tuvo una temperatura cincuenta grados Farenheit mayor que la de ahora, toda vida hubiera sido imposible.

Nunca conocí a trabajador más infatigable. Si tenía que esperar cinco minutos en cualquier circunstancia, sacaba un pequeño cuaderno de notas y comenzaba a escribir o resolver algún problema.

La única vez en que conseguí emocionarlo fue cuando hablé del «peso agobiante de este mundo ininteligible»[20].

—Oh, qué gran verdad —dijo— quiero anotarlo —y sacó a relucir el cuaderno—. No sabemos nada —continuó—, y temo mucho que nunca sabremos nada más que apariencias. El significado de todo, el propósito, si es que existe, permanece oculto para nosotros. No sabemos nada de lo esencial.

Kelvin siempre me pareció sencillo y natural. Hizo una gran

fortuna. Todo cuanto tocaba parecía tener éxito. Vivió más de ochenta años y atravesó la vida con simplicidad perfecta, sin trazas de pose o esnobismo. Probablemente haya sido, entre 1890 y 1910, el hombre más sabio que hubo en el mundo.

Gradualmente, nos apartamos de la actitud mental engendrada por la religión hacia la relacionada con la conciencia. Antes, aceptábamos las afirmaciones y creíamos; ahora, cuestionamos todo y dudamos.

¿Producirá el hábito mental científico obras maestras del arte y la literatura como lo hizo el hábito religioso? No hay mesías de la ciencia. Un Kelvin es superado casi durante el lapso de su propia vida. No obstante, las obras maestras del arte se construirán seguramente sobre nuestras emociones y deseos sexuales, que crecen en fortaleza a medida que logramos mayor salud y conocimiento de la vida.

Creo que Kelvin no supo nada de los maravillosos descubrimientos de J. C. Bose en Calcuta. Bose ha probado que las plantas viven y sienten como nosotros, son excitadas por la cafeína y aniquiladas por el cloroformo. También ha demostrado que los metales responden a los estímulos, son proclives a la fatiga y reaccionan ante los venenos. En realidad, ha extendido el reino de la vida y el sentimiento al infinito.

Un resultado de todo esto es que tememos y temblamos menos, y esperamos, nos maravillamos y gozamos más.

Tennyson y Thomson

En 1892 murieron dos hombres. Tennyson, el poeta, en Inglaterra; y Renán, el gran prosista, en Francia. La sensación causada en Inglaterra por la muerte de Tennyson no tuvo parangón. Era tratado como un semidiós. Por todas partes se escuchaba decir que era el mayor poeta inglés del siglo diecinueve. La «Quarterly Review» afirmó: «Ningún poeta inglés ha poseído un dominio más completo de su genio en su forma más alta. No hay crudeza de imágenes como en Byron, ni nebulosos fantasmas como en Shelley, ni afectaciones extravagantes como en Keats, ni tampoco prosa versificada como la de Wordsworth. Nada estropea la igualdad de tratamiento». Un escritor muy conocido declaró que «la isla maravillosa no tenía nada más glorioso que este hombre, nada más sagrado, espléndido y querido». Swinbume publicó un canto fúnebre de adoración lírica[21] y en la prensa muchos lo compararon con Shakespeare. También los franceses alabaron extravagantemente a Renán, pero no hasta ese extremo. Reconocieron que era un maestro de la prosa, un gran escritor, pero a ningún francés se le ocurrió colocarlo junto a Montaigne.

Tomemos, si no, a Hugo, cuya vida tiene más puntos de contacto con la de Tennyson. Era sin duda mayor y su genio recibió una apreciación más extendida. Era tan peculiarmente francés como Tennyson lo era inglés. Él también vivió hasta muy anciano y se le rindieron honores fúnebres estatales que se manifestaron en una gran ceremonia. Pero en la prensa francesa no hubo ditirambos semejantes. Había mucha más medida, más razón. Las mejores cabezas no vacilaron en cualificar su admiración por un gran poeta y maestro del francés musical.

Un periodista de la «Pall Mall Gazette» describió el último día de Tennyson con un fervor admirativo que lo transformó en recuerdo sagrado para miles de personas que jamás lo habían visto, ni leído uno solo de sus versos. Cito el hecho porque es característico del sentimiento inglés.

> La mañana de ayer se alzó en un esplendor casi ultraterrenal sobre los valles y colinas que contemplan las ventanas de Aldworth House, donde lord Tennyson yace moribundo. Desde la ventana con parteluces de la habitación donde yace el poeta, éste podía contemplar los apacibles campos, las silenciosas colinas lejanas y el cielo, que tenía un azul tan profundo y puro como raramente se ve en este país.
>
> Lord Tennyson despertó una y otra vez del estado sin dolor, del sueño en el cual había caído, y contempló el silencio y la luz del sol.
>
> Por la tarde, durante uno de esos momentos, durante cuyo transcurso estaba perfectamente consciente, pidió su Shakespeare y con sus propias manos volvió las páginas hasta que encontró el *Cymbeline*. Sus ojos estaban clavados en las páginas, pero jamás sabremos si leyó o cuánto leyó, porque otra vez volvía a yacer en el sueño o la somnolencia o dejaba que su mirada descansara en la escena exterior.
>
> A medida que avanzaba el día, se produjo un cambio en esa escena, un cambio casi sobrecogedor para quienes vigilaban el lecho de muerte. Lentamente, el sol desapareció, se fue el azul del cielo y sobre el valle cayó una bruma perfectamente blanca. Según explicaron a nuestro representante, las colinas se visten sus trajes purpúreos para contemplar esta extraña calma blanca. Ni había un solo sonido y muy arriba el cielo claro y sin nubes brillaba como una pálida cúpula resplandeciente. La naturaleza entera parecía vigilar, esperar.
>
> Luego aparecieron las estrellas reflejándose en la gran ventana y quienes estábamos en la habitación las vimos hacerse cada vez más brillantes, hasta que por fin una luna —una luna de tiempo de cosecha por su esplendor, aunque era una luna de octubre— navegó lentamente hacia arriba e inundó el cuarto con su luz dorada. La cama en la cual yacía lord Tennyson, ahora muy próximo a las puertas de la muerte, con su mano izquierda descansando todavía sobre su Shakespeare, se hallaba en la más profunda oscuridad. El resto de la habitación estaba encendido con la gloria de la noche que se derramaba dentro a través de las ventanas sin cortinas. Y así, sin dolor, sin lucha, murió el más grande de los poetas ingleses.

La idea de las estrellas haciéndose más brillantes a medida que se alzaba la luna y las colinas volviéndose purpúreas mientras moría el lord es puramente inglesa, o tal vez debería decir puro periodismo inglés. Sin embargo, todo el mundo elogió la descripción y nadie se ocupó de criticarla.

También apareció en todos los periódicos el retrato del poeta, hecho por Carlyle, que es excelente y no excesivamente halagador:

> Tennyson es uno de los hombres más guapos del mundo. Una gran presencia de cabello áspero, empolvado. Ojos color de avellana, vivaces y sonrientes. Macizo rostro aquilino, muy macizo y sin embargo delicado. Piel ligeramente morena, de aspecto casi indio. Su ropa es cínicamente suelta, libre y cómoda. Puma una increíble cantidad de tabaco. Su voz es musical, metálica… apropiada para la carcajada y el gemido, y todo eso puede producirse entre la charla y una especulación libre y plena. En las últimas décadas, no he encontrado compañía mejor para fumarse una pipa. Ya veremos hasta dónde llegará. Con frecuencia se siente indispuesto… su camino discurre entre el Caos, el Vacío y lo Inexplorado; no es útil para recorrer muchas millas.

Carlyle ni siquiera nota que Tennyson era alto y bien formado, pero vio claramente que le faltaba inteligencia, porque de otro modo no hubiera subrayado lo de «caótico» ni mostrado desprecio por sus actividades especulativas. Gran parte de la popularidad de Tennyson se debió indudablemente a su sentimiento religioso Victoriano, porque era un aristócrata por naturaleza y jamás consideró la posibilidad de hacer una edición barata de sus obras. Mencionarlo junto a Shakespeare, el mayor intelecto que ha producido Inglaterra, me parece un crimen de *lèse majesté*. Ni siquiera era un pensador, sino un sentimental.

Vi dos veces a Tennyson. Primero en una casa de Londres en la cual se le había entronizado como a un dios, rodeado de adoradores de ambos sexos. Pese al incienso del elogio desmesurado, no dijo nada de valor, pero escuché una o dos frases que tal vez merezca la pena registrar. Hablando de moralidad, dijo; «El bien moral es la corona de la vida. Pero ¿qué valor tiene, agregó, sin la inmortalidad? Si supiera que mi vida va a terminar dentro de una hora, ¿le daría algo a un mendigo famélico? Ni un penique, si no me creyera inmortal… Al mismo tiempo, no consigo creer en el Infierno. El castigo eterno me parece estúpido».

La cháchara me pareció descabellada, pero era muy guapo y, a pedido de su anfitriona, recitó varias estrofas de «Maude» con una hermosa voz de bajo que destacó toda la música del verso. En realidad, no me formé una opinión definida sobre él hasta que John Addington Symonds me llevó con él a Haslemere en ese año de 1892. Allí, Tennyson habló de *El Renacimiento en Italia* de Symonds y ambos discutieron largamente sobre Giordano Bruno. En el

transcurso de esa conversación, Tennyson declaró que el convencimiento de Huxley de que descendíamos del mono no le resultaba en absoluto chocante.

—Tal vez sea el camino de creación elegido por Dios —dijo.

Pronto se cebó en Gladstone, a quien consideraba una mala influencia. No podía entender por qué, hasta que mencionó la ley de Autonomía irlandesa y afirmó que los irlandeses eran más capaces de autogobierno que cualquier otro pueblo del mundo.

—Realmente —dije—; ¡tal vez incluso mejor que los negros!

Se volvió rápidamente hacia mí.

—Los negros apenas son algo más que animales. De hecho, yo prefiero a los perros… con mucho.

No había nada más que decir. Durante todo ese tiempo tuve la sensación de estar escuchando a un simple temperamento, no a un intelectual y mucho menos a un genio, que es la inteligencia del corazón. En la última década del siglo diecinueve hubo media docena de hombres superiores a él mentalmente. En Inglaterra, Matthew Arnold, Browning, Russel Wallace, Huxley y, por supuesto, Kelvin; y, en Francia, Hugo, Renán Flaubert y Taine. Todos ellos estaban en un nivel más alto que el suyo. Y sin embargo, fue incensado en vida, antes de alcanzar la madurez. Su sentimentalismo semireligioso y su patrioterismo estrecho fueron el origen de la sorprendente popularidad que logró en Inglaterra.

«Se entiende», escribió sobre él un crítico muy informado, «que él creía que muchas de las cosas mejores y más verdaderas que publicó habían sido escritas bajo la influencia directa de inteligencias superiores, de cuya presencia era totalmente consciente». En una carta del 7 de marzo de 1874, escrita a un caballero que le había comunicado una extraña experiencia que había tenido bajo anestesia, Tennyson informa: «Jamás he tenido ninguna revelación bajo anestesia, pero sí he padecido frecuentemente desde la niñez, cuando me hallaba solo, una especie de trance vigilante (digo esto por falta de un nombre mejor). Esto me ha sucedido a menudo repitiendo para mis adentros mi propio nombre hasta que de pronto, como a causa de la intensidad de la consciencia individual, la propia individualidad parecía disolverse y desvanecerse en un ser ilimitado. Y no era un estado confuso sino el más claro, el más seguro, totalmente más allá de las palabras, un

estado en el cual la muerte era una imposibilidad casi irrisoria y la pérdida de la personalidad no parecía extinción, sino la única vida verdadera». Como si fuera consciente de la significación de esta declaración detallada, agrega: «Me siento avergonzado por la frágil descripción. ¿No he dicho acaso que ese estado está totalmente más allá de las palabras?».

El poeta repitiendo su nombre con el objeto de pasar de la conciencia de la individualidad al «ser ilimitado, la única vida verdadera», es algo seguramente pensado para hacemos sonreír. Y, sin embargo, esta carta es una explicación en prosa de uno de los pasajes misteriosos de *In Memoriam*.

Y así, palabra a palabra y verso a verso,
El hombre muerto me rozó desde el pasado,
Y de pronto pareció que por fin
El alma viviente relampagueaba en la mía.

Y la mía en ella quedó sujeta y giró
Por alturas empíreas de pensamiento,
Y llegó lo que es y captó
Los profundos latidos del mundo.

Música eolia midiendo
Los pasos del Tiempo, las sacudidas de la Suerte,
Los golpes de la muerte. Por fin mi trance
Quedó aniquilado, sacudido por la duda.

¡Vagas palabras! Pero ¡ay!, qué difícil formular
O alcanzar hasta para el intelecto
En formas de lenguaje ceñidas al asunto
En qué me transformé mediante la memoria.

Hay muchas alusiones, en los *Idylls of the King* y en otros muchos trabajos, a estas mismas visiones nocturnas o diurnas, pero que confirman su creencia en su propia inmortalidad, que finalmente ratifica en versos magníficos:

… ¿Y él, él,
el Hombre, su último trabajo, que parecía tan hermoso,
tan espléndida intención a sus ojos,
que elevó el salmo a los cielos glaciales,
que le construyó templos de infructuosa plegaria,

que amó, que sufrió enfermedades incontables,

que peleó por la Verdad, lo Justo,
va a ser barrido en el polvo del desierto
o encerrado en las colinas de hierro?

Es extraño, pero Hugo, por lo que sabemos por su propio *Journal de l'exile*, era aún más supersticioso que Tennyson. Creía en las mesas que se mueven y en un espíritu que llama «La Dama Blanca», que hacía conocer su presencia de las maneras más triviales. Esa superstición parece ser cosa de la época. Ya en su madurez, Hugo declara que jamás se acuesta «sin cierto terror», y que «¡Cuando despierto por la noche, despierto estremecido! Escucho en mi habitación golpear a los espíritus», y llama «maldito horror» a «La Dama Blanca». Sin embargo, escribe sobre todo esto de manera mucho más racional que Tennyson. Dice: «El mundo está todavía en su infancia. Necesitamos caminos y religiones. Es dudoso que el ser humano medio haya llegado siquiera a un grado moderado de razón. El hombre sigue necesitando la revelación escrita». Y entonces nos enteramos de la verdadera razón de su superstición. «Todos los grandes hombres han tenido revelaciones… todos los cerebros superiores. Sócrates tenía su genio familiar, Zoroastro también y Shakespeare veía fantasmas». Y, como para ponerse a tono con esta tontería, añade: «En este siglo he sido el primero en hablar, no sólo de las almas de los animales, sino también del alma de las cosas. Durante toda mi vida he dicho, cuando veía una rama rota o una hoja arrancada: "Dejad esa rama o esa hoja. ¡No perturbéis la armonía de la naturaleza!"».

Otra cosa interesante sobre Hugo es que siempre se negó a publicar como suya la poesía que, según creía, le había sido dictada por algún espíritu. He aquí dos versos que, se supone, le fueron dictados por Moliere, aunque me parecen curiosamente característicos del propio Hugo:

Quand Molière te dit: Femme, prends tes aiguilles,
Fière pensée, apprends que je te jais honneur,
Toute main qui recoud, dans l'ombre, des guenilles
Brode le mantean du Seigneur.

Ton autre fonction, pensée, est la science,
Pour elle, ríen
n'est
vil et rien
n'est
importun,
L'homme matériel est le vase; elle est
l'anse
,
La poésie est le parfum.

El gran movimiento social a favor del pobre y desheredado, que es la gloria del siglo diecinueve, jamás tocó a Tennyson. En esto, y, de hecho, en todo otro dominio del pensamiento, era muy inferior a Hugo, aunque en el francés el don de la lengua musical no podía tampoco ocultar la pobreza de ideas nuevas y la falta de poder creador.

Cuando pensamos en los constantes llamamientos de Hugo a la razón y la justicia en todas las disputas internacionales, y los contrastamos con las vanas furias de Tennyson contra Rusia o Francia o Irlanda, nos sentimos casi obligados a admitir que el hábito intelectual francés es superior al inglés.

Las anécdotas sobre Víctor Hugo forman legión, y algunas de ellas son muy interesantes. Durante los peores días del asedio de París, el poeta entregó una gran cantidad de dinero, utilizando como limosnera a la esposa de Paul Meurice, que no sobrevivió demasiado a esa época terrible. Un día, ella le habló de una pobre mujer que no tenía ropas ni alimento ni combustible y a quien creía merecedora de todo ello. Víctor Hugo le dio cien francos, que fueron gozosamente aceptados. Dos días después, Madame Meurice encontró a la mujer en el mismo estado de miseria y le preguntó qué había hecho con el dinero. Ella contestó que lo había distribuido entre madres y niños hambrientos a quienes conocía. Y como las averiguaciones hechas probaron que cuanto decía era cierto. Víctor Hugo le envió otros cien francos con la condición de que los gastara en solventar sus necesidades. Pero ella se negó, diciendo que prefería no tenerlos, de modo que Madame Meurice le dio *carte blanche* para que hiciera lo que mejor le pareciese con ellos. Esta mujer obstinada no era otra que Louise Michel, la comunista[22], que ya había sufrido prisión y expatriación por su

credo generoso.

No he hablado de la vida sexual de Hugo o de Tennyson. La de Hugo es bastante bien conocida, mientras que la de Tennyson es un misterio. Hasta sus amigos íntimos aseguran que no sabían nada de cierto. No me parece que haya profundizado mucho en la vida, en ningún sentido. Lo pusieron demasiado pronto en un pedestal; fue demasiado afortunado en todo sentido, demasiado recompensado. Nunca se recibe tan bien a los guías sagrados. Como recompensa obtienen prisión y cicuta o la cruz.

Siempre que recuerdo la muerte de Tennyson y su desmesurada glorificación por la prensa inglesa, me siento obligado a pensar en el pobre James Thomson y su fin.

El poeta de *The City of Dreadful Night* murió diez años antes que Tennyson en la pobreza más absoluta y casi desconocido; y, sin embargo, en mi opinión, era un poeta tan dotado como Tennysson y mucho más sabio. En realidad, intelectualmente era uno de los mayores, un maestro de la prosa tanto como del verso. Su vida y su destino arrojan una luz siniestra sobre las condiciones inglesas.

En todos los aspectos se acerca más a la sabiduría ideal que cualquier otro poeta inglés moderno.

Mientras Tennyson elogia la guerra de Crimea, Thomson la condena como «un regateo meramente egoísta, mal empezado y peor terminado». Se refiere a las hazañas más recientes del patrioterismo inglés como «matanzas inicuas contra tribus de salvajes mal armados». Manifestó simpatía por las luchas nacionalistas de su tiempo, por Italia, Polonia y hasta por los vascos, que en el 73 apoyaron la causa carlista. Éstas son sus palabras: «Así era la lealtad de este pueblo, mucho más noble que el nuestro; porque gastaban libremente su sustancia y su vida mientras que nosotros damos, sobre todo, servilismo esnob y adulación hipócrita y nuestros ricos entregan el dinero arrebatado a los pobres». A diferencia de Tennyson, era devoto a la causa del pueblo y luchó contra toda forma de privilegio y capitalismo.

Todos los ingleses deberían leer su ensayo satírico sobre Bumbledom. Señala que, aunque en Inglaterra hay más libertad que en el continente en lo que se refiere a la discusión política, «sucede lo contrario en lo que se refiere a cuestiones morales y sociológicas, porque aquí el poder del bolsillo de Bumble gobierna las llamadas

prensa e instituciones libres, con una mano más pesada que la de cualquier déspota continental».

Thomson sabía que «se cometían peores faltas democráticas que desigualdades políticas». «Bumble», dice, «impone la muerte por inanición».

En una carta, nos dice que acostumbraba a leer «y admiraba inmensamente a Byron a los quince años, pero, cuando cumplí los dieciséis, caí bajo el imperio de Shelley, a quien he sido fiel desde entonces». ¡De Byron a Shelley en un año!

Realmente, Thomson es el único inglés que está a la altura de Heine y de Leopardi como gran maestro moderno y las traducciones de sus poemas son las mejores que existen en inglés. Y, en sus relaciones personales, era más dulce y más generoso que cualquiera de ellos. Hasta Heine nos trastorna un poco a veces por el desprecio que manifiesta por los más grandes, como Goethe. En el caso de Thomson, no es preciso disculparse en este sentido. Fue el más dotado de sus contemporáneos ingleses y elogia a los mejores con entusiasmo. Casi llegó a alcanzar la perfección, pero ay, a veces bebía demasiado. Ésta es la acusación que le hacen precisamente los ingleses.

Hay una respuesta famosa a una acusación similar hecha contra el general Grant en la guerra civil.

—Díganme qué bebe —dijo Lincoln—, se lo mandaré al resto de los generales y entonces tal vez ellos también consigan victorias como Grant.

No es sorprendente que Thomson se haya dado a la bebida. En Inglaterra no conseguía mercado para su trabajo; nada más que pobreza y desdén. Con esa rara capacidad que tenía de reírse de sí mismo, que sólo poseen los genios, me dijo que fracasaba pese a sus buenas resoluciones.

—Ya ves —dijo—, tomé estas resoluciones cuando estaba sobrio, pero después del primer vaso uno ya no es exactamente el mismo que tomó esas decisiones y, después del segundo, todavía menos. Si has sido mal alimentado, se necesita un trago o dos o tres para alcanzar el vigor y después otro, por solidaridad, y estás perdido.

Un hombre que conoció a Thomson y lo frecuentó hasta el fin, viendo este aspecto suyo con mayor claridad, escribió lo siguiente: «No quiero decir que Thomson no haya disfrutado de felicidad en su

vida. Su ingenio y su capacidad de diversión, junto con su información diversa y el don de la conversación, contribuían a hacerlo un príncipe; y de él menos que de nadie podría sospecharse de albergar un gusano en su corazón jovial.

»Pero éstos eran los rayos de sol que hacían tolerable la vida; el fuego siempre ardiente del dolor y la desesperación inextinguibles quemaban el núcleo de ese gran corazón cuando la cortina de la noche ocultaba las escenas teatrales del día».

Cuando ya lo conocía bastante bien, encontré una vez casualmente a Thomson, saliendo de una casa pública, y comprendí que estaba más allá del lenguaje inteligente. Me volví demasiado rápidamente. Y, sin embargo, atesoro más que cualquier otro el recuerdo de nuestros encuentros casuales.

Los ensayos de Thomson[23], en especial sobre poetas, son los mejores que se han escrito en inglés. Su opinión sobre Tennyson muestra la seguridad de su juicio y el alcance de su imparcialidad: «Apenas hay otro artista del verso de su mismo rango que haya vivido con tan magros ingresos de pensamiento (puro, aplicado o combinado), como Tennyson… Siempre es mezquino… Está desapareciendo una gran escuela de poetas. Morirá decentemente, con elegancia, en pleno olor de respetabilidad, con nuestro Laureado».

Thomson escribió mejor sobre Meredith de lo que Meredith hubiera podido hacerlo: «Su nombre y varios pasajes de sus trabajos revelan la sangre galesa, más rápida, orgullosa e imaginativa que la inglesa… Lo mismo sucede con su conversación. Las palabras no se siguen mecánicamente la una a la otra, ajustadas como un pavimento impecable; saltan y se fracturan, elásticas y renacientes, como corrientes olas coronadas de espuma, impelidas, repelidas, entrecruzadas por corrientes subterráneas, grandes mareas y amplias brisas; en su inquieto agitarse, se adivina la vida inmensa que abunda por debajo de ellas, a su alrededor y por encima».

He aquí lo que dice de Browning: «Robert Browning, un gran pensador, un genio verdadero y espléndido, aunque sus talentos vigorosos e inquietos superan a menudo y aventan su genio, de modo que algunas de sus creaciones quedan rescatadas del caos».

Y entonces elige como cumbre el Lázaro de la *Epistle of Karshish, an Arab Physician*[24].

El retrato de Heine hecho por Thomson es una mejor representación de sí mismo que la que haya dado cualquier otro:

> En todos los ánimos, tierno, imaginativo, fantástico, humorístico, irónico, cínico; en la angustia y el horror, en la fatiga y la rebelión, ansiando regresar al goce y anhelando el descanso sin dolor; a través de los días de aflicción y las espantosas, inconmensurables noches sin sueño, este espíritu intenso y luminoso estaba encadenado y obligado a contemplar el vasto vacío negro que corroe nuestra existencia aparentemente sólida… y el poder que ese embrujo tenía sobre él, así como el poder con que él nos embruja, es acrecentado por el hecho de que, pese a que ese muerto en vida pensaba constantemente en la Muerte y en la Vida, no era un espiritualista ascético, ni un eremita atormentado ni un monje hipocondríaco, sino por naturaleza un pagano gozoso de rica sangre, un griego, un persa, como proclamaba orgullosamente a menudo, un lascivo amante de este mundo y esta vida, un apóstol entusiasta de la rehabilitación de la carne.

Quiero finalmente poner a Thomson junto a los grandes maestros del siglo diecinueve. Siempre pienso primero en Blake, como el primer profeta, después en Wordsworth y en Shelley y en Keats; pero Thomson y Browning están a su lado. Su amigo y biógrafo, Bertrand Dobell, el poeta, dice noblemente de Thomson que «era uno de los espíritus más hermosos y raros que hayan llevado alguna vez los vestidos de la mortalidad». Es preciso recordar la última frase de Thomson, que yo inscribiría en la primera página de todas las Biblias inglesas, si pudiera: «Inglaterra y Francia se sientan tan orgullosamente en la vanguardia de la civilización, que para un gran poeta es imposible llegar a viejo en cualquiera de ellas».

No estoy seguro de que esto sea cierto en lo que concierne a Francia, pero sí de que es profundamente verdadero en lo que se refiere a Inglaterra.

Tennyson y Thomson: entre estos dos polos es posible encontrar a Inglaterra. Uno, magníficamente dotado con el genio de las palabras pero con la mentalidad de un escolar, arruinado por un exceso de adulación y recompensas; el otro, de superior capacidad mental, criado como un huérfano de caridad, fue gradualmente desalentado por la negligencia y finalmente quebrado por la indiferencia general, que lo condenó a la pobreza.

Sé que este juicio no será aceptado fácilmente en Inglaterra. Los ingleses prefieren con mucho culpar a un gran hombre que llevar sobre sí la culpa de haberlo maltratado. Pero hay una prueba que me viene a la memoria: en la década de los noventa, más de quince años después de la muerte de Thomson, H. D. Traill, uno de los principales periodistas y hombres de letras del momento, escribió un artículo sobre poetas ingleses de la era victoriana en la «Nineteenth Century». Dio una lista de sesenta y seis de entre ellos capaces de hablar «el verdadero y auténtico lenguaje del poeta». Pone a Tennyson como el primero, menciona incluso a una tal señora de Graham Thomson, pero omite a James Thomson. Y, sin embargo, entre los dos, Tennyson y Thomson —el noble y el marginado—, fue el huérfano marginado, y sólo él, quien alcanzó las cumbres. Para el genio, no hay desventaja mayor que la alabanza y el dinero.

¡Oh, Tierra desdichada! Una y otra vez Dios te envía,
compadecido de tu perpetua queja salvaje,
Al santo, al bardo, al héroe y al sabio:
Pero se sigue abandonando a la vida elevada,
El cantor canta en una lengua desconocida,
La sabiduría del sabio ilumina su urna.
Tú no escuchas ni imitas ni aprendes.

Amigos

¡Londres en la década de los noventa! Qué remoto y antiguo parece todo. ¿Cómo podré describirlo? Para mí, Londres es como una mujer con faldas mojadas, arrugadas y sucias (en Londres llueve siempre) de la que, al principio, se aparta uno con disgusto. Pero pronto se descubre que tiene ojos gloriosos que iluminan su rostro pálido y mojado. Las casas históricas, como Malborough House, Landsdowne House, Devonshire House y Cadogan House y otras cien, son sus ojos; y son simplemente maravillosos albergues de tesoros de siglos pasados, con ejemplos de cada época en forma de cuadros y libros deslumbrantes, de tapices y servicios de plata… todos los accesorios del buen gusto y la vida confortable.

Y, si se admiran sus ojos y se le dice así, apasionadamente, en un atardecer de estío en el que el sol es una bruma dorada, ella nos entregará sus labios y nos dará cobijo en su corazón. Y encontraremos en su espíritu profundidades con las que no soñamos, devociones apasionadas, autoinmolación sonriente y refugio gentil, de modo que su dulce memoria nos arranca lágrimas. Y, a partir de ahí, el extranjero, el marginado, el paria de este mundo aborrecible, amará a Londres. En sus nieblas encontrará magia y misterio, como le sucedió a Whistler; y cualquier mañana de junio, en sus jardines, despertará y descubrirá que su temperatura cálida de deseo es más encantadora que cualquier calor tropical. Londres me atrae más que cualquier otra capital —y he estado en la mayor parte de ellas—, pero la semejanza de sus plazas, la miseria de sus muelles y, sobre todo, su horrible clima, me espantan. A medida que envejezco prefiero París, Berlín o Viena, donde los contrastes no son tan odiosos.

Para mí, el matrimonio no significó tanto como otros aspectos de mi vida, y mi esposa no era, de ningún modo, tan importante para mí o mi desarrollo intelectual como algunos de mis amigos, sobre todo John Addington Symonds, Francis Adams, Grant Allen y Harold Frederic. Durante los primeros diez años de mi vida

londinense, los amigos significaron más para mí que cualquier otra influencia, y en especial los que he mencionado, quienes me estimulaban intelectualmente.

Jamás pude comprender por qué estos hombres no hicieron un trabajo grande, memorable. Symonds era un clásico de los mejores y escribía una prosa excelente; también sabía italiano y francés, y era un estudioso nato. No tenía prejuicios ingleses que lo obstaculizaran, miraba el sexo con tanta ligereza como el propio Anatole France y, sin embargo, no escribió una sola obra maestra. ¿Por qué? Por lo demás, estaba en posición desahogada y se entregaba a la literatura con devoción exclusiva, pero nunca alcanzó ni siquiera el lugar de Tennyson o Swinburne.

Grant Allen estaba aún en mayor consonancia con su época. Instruido tanto en ciencias como en literatura y de mentalidad más libre que la de Symonds, porque había nacido en Canadá. Y, sin embargo, no pudo ir más allá de *The Woman who did it*. ¿Por qué? Es preciso preguntárselo porque como mensaje vital era un libro ridículo. Y Francis Adams era un hombre superior quizás a ambos, aunque no tan instruido. Pero tampoco él realizó un trabajo de mérito duradero.

Este hecho fue haciéndome gradualmente evidente que la inteligencia y la cultura no cuentan para la fama en la misma medida que cuenta un don extraordinario. Como dice Goethe, es «sólo lo extraordinario lo que vive». Swinburne no se podía comparar a Symonds en sabiduría o comprensión o dulzura de carácter; y, sin embargo, como había escrito diez páginas de maravillosa y nueva música poética, fue puesto en un lugar más alto y es universalmente admirado. La comprensión de este hecho disminuyó en mí por primera vez ese deseo de fama que, hasta entonces, había sido mi anhelo dominante.

Durante unos años, importantes, estuve en constante contacto con estos amigos, sin que hubiera la sombra de un malentendido o desacuerdo entre nosotros. Francis Adams fue realmente mi primer buen amigo inglés. Lo conocí en Hyde Park. Había estado hablando allí de socialismo y de la necesidad de introducir algunas medidas socialistas en la vida inglesa, cuando se acercó a mí, comenzó a hablarme y pronto nos hicimos amigos. Sin embargo, poco después, se fue a Australia y no volví a verle durante unos cinco años.

Cuando regresó, nuestra amistad se reanudó rápidamente y conseguí que escribiera para mí en la «Fortnightly Review». Aunque yo era mucho mayor que él, significaba mucho para mí, porque era franco y comprensivo.

Cuando regresó de Australia, trajo consigo a una esposa que no me pareció particularmente interesante. Pero también trajo cierta debilidad pulmonar. Me las arreglé para ayudarle a ir a Egipto. Le dije que debía vivir en el desierto, por encima de Asuán o en algún lugar alto como Davos, en Suiza, pero no siguió mi consejo y fue poniéndose peor. Un verano, vino conmigo río arriba y durante el invierno se quedó conmigo en Londres. Vi que iba perdiendo la esperanza. Habló de suicidio. Le rogué que no permitiera que sus pensamientos tomaran ese rumbo; le aseguré que la vida sería más sombría para mí sin él y le recordé a su esposa. Me confesó que había tratado de matarse, pero le había faltado coraje. Le dije que el coraje, como cualquier otra virtud, requiere práctica para ser eficaz; y, cuando me dejó esa noche, escribí el cuento titulado «Eatin' Crow» para demostrarle lo que quería decir. Por la mañana, leyó el manuscrito y dijo:

—Es posible que hagas cosas más grandes, Frank, pero jamás harás nada tan perfecto.

Regresó a sus habitaciones en Margate y, de pronto, me enteré de que se había pegado un tiro, dejando un mensaje para mí. También me escribió su esposa, diciéndome que había sido arrestada, de modo que me fui de inmediato a Margate, donde me contó la historia.

Estaba a punto de salir con ella cuando se produjo una hemorragia. Cuando iba a subir al carruaje, se volvió, regresó a su habitación y le dijo que la sangre era de sus pulmones y que estaba muriéndose. Le transmitió un mensaje para mí y después le pidió su revólver. Como le salía sangre por la boca, ella pensó que estaba moribundo y, con gran coraje, le entregó el arma. Él se la metió en la boca y se disparó un tiro; la bala atravesó su cabeza y fue a incrustarse en el techo. Vi el orificio que había dejado.

En los tribunales, la señora Adams dijo toda la verdad, de modo que las autoridades pensaron que debía ser arrestada como cómplice antes del acto. Pero yo argumenté con el magistrado, le aseguré que conocía su gran afecto por su esposo y la dejaron libre.

No puedo explicar aquí qué perdí con Francis Adams… una especie de conciencia y estímulo intelectual, el mejor y más sabio de los amigos.

Después, apareció Symonds. Había ido a Davos con un pulmón destrozado y padeciendo tuberculosis, pero en la montaña vivificante recuperó velozmente una salud relativa y dos o tres veces, durante el verano, fue a Londres. Una vez se alojó en mi casa de Kensington Gore, donde pasamos días memorables. Todas las noches nos reuníamos y hablábamos hasta que las estrellas desaparecían del cielo. En el aspecto sexual, consideraba la pederastia con la misma tolerancia que la indulgencia normal, y me dijo lo sorprendido que había quedado ante el apasionado repudio de Whitman del deseo anormal.

Manifestaba cierta simpatía por este vicio que me sorprendía y explicó, aunque no justificó, la posterior burla que de él hizo Swinburne, atribuyéndosela a su supuesto gusto por los «gondoleros». Pero la simpatía de Symonds era puramente intelectual y siempre pensé que era un hombre de los mejores… lleno de la leche de la generosidad humana y mucho más cerca de la virilidad ideal que Swinburne o Tennyson.

He hablado ya de Grant Allen. Su influencia sobre mí sólo comenzó cuando empezó a escribir relatos y perduró durante un tiempo más largo.

Lo mismo puedo decir de Harold Frederic, que era, si mal no recuerdo, corresponsal del «New York Times». Conocí a Harold Frederic en casa de sir Charles Dilke y pronto nos hicimos amigos íntimos. En la misma casa y para la misma época, conocí a sir Edward Grey. Frederic ya había escrito varios libros, pero todavía ninguno que correspondiera a su capacidad, que permitiera medirlo en su estatura real.

Nunca olvidaré un pequeño incidente que se produjo en los primeros tiempos de nuestra amistad. Sucedió durante una cena en casa de Dilke en la que Harold Frederic se sentó junto a Cecil Rhodes, que por entonces era poco conocido en Inglaterra.

Cuando hubieron partido la mayoría de los invitados, Dilke, Frederic y yo nos pusimos a hablar sobre la cena, como solíamos.

—Bueno, Dilke —comentó Frederic—, ésta ha sido la primera cena aburrida a la que he asistido en su casa. ¿Quién era el maldito

idiota que me puso al lado? Le hablé sobre una docena de temas, pero no pude sacarle nada.

Dilke y yo reímos y, camino de casa, le dije a Frederic lo bastante sobre Rhodes como para que modificara su condena pero siempre se negó a creer en la inteligencia de Rhodes y, con el tiempo, llegué a creer que probablemente estaba más acertado en su despreciativa apreciación que Dilke o yo en la nuestra.

Durante esos años de la década del noventa, Frederic evolucionó a toda velocidad, pero básicamente lo que me atrajo de él al principio fue el norteamericano que había en él… la capacidad de juzgar sucesos y personas por sus méritos, sin prestar atención a su posición o importancia aparentes.

Esto me quedó muy claro por su actitud hacia la guerra de Venezuela[25]. Frederic me había enseñado a respetar al presidente Grover Cleveland que, según pensaba, era el más capaz de los presidentes americanos en casi cien años. Pero Richard Olney era secretario de Estado para Asuntos Exteriores y se impuso en la cuestión de las fronteras de Venezuela. Estoy dispuesto a admitir que el Gobierno inglés tenía razón en la actitud que adoptó. Lord Salisbury estaba a punto de imponer demandas a Venezuela por la fuerza de las armas y el señor Richard Olney le informó claramente que cualquier acción en ese sentido sería una violación de la doctrina Monroe. Lord Salisbury no tuvo dificultad en señalar que esto constituía una extensión de la doctrina Monroe que el propio Monroe no había imaginado. El señor Olney respondió que los Estados Unidos se consideraban mejores jueces con respecto al significado a la doctrina Monroe y, casi como el estallido de un trueno, sobre esto llegó una declaración de Grover Cleveland, respaldando al señor Olney y afirmando claramente que la intervención armada de Inglaterra sería considerada como «un acto hostil» por los Estados Unidos de América.

Por esa época, yo era dueño y director de la «Saturday Review». Llamé a Harold Frederic y ambos estuvimos de acuerdo en que la guerra era inminente. Escribí un artículo declarando que, en caso de guerra, Inglaterra dejaría de existir como poder entre las naciones y que correr semejante riesgo por una miserable frontera en Venezuela era tan absurdo que rozaba la estupidez criminal. Lord Salisbury me mandó llamar. Me pidió que fuera a verle a Arlington

Street, porque deseaba discutir conmigo el artículo. Por supuesto, fui al día siguiente y descubrí que se había protegido instalando a lord Henry Manners, su secretario, casi entre él y yo. Me preguntó cómo había llegado al convencimiento del enorme poder de Estados Unidos en caso de guerra.

—No parece usted tener una gran opinión de los norteamericanos, salvo como guerreros —dijo—, pero sin duda hace una estimación extravagante de su poder combativo. Nuestras autoridades navales piensan que podrían tomar Washington como lo hicieron antes y bombardear Nueva York de una sola sentada.

—¡Dios mío! —exclamé—. Cuando habla usted así, temo por Inglaterra.

—Explíquese —dijo—. ¿Por qué está tan convencido del poder de América?

—Considere ante todo una cosa —dije—. En la guerra civil, había unos dieciséis millones de personas sólo del lado del Sur. Y, sin embargo, en menos de dos años, la marina sureña fue barrida y la marina norteña era más fuerte que todas las marinas del mundo juntas. En menos de dos años, los federales habían inventado todas las mejoras en la lucha por mar que existen hasta el momento. Usaron arietes, cañones, armas blindadas, navíos cortados a nivel del agua con el fin de no constituir una diana y hasta torpedos.

—¿Torpedos? —exclamó lord Salisbury—. Seguramente se equivoca usted.

—En el 62 o el 63 —contesté—, el teniente Cushing voló en el puerto de Mobile un barco de guerra sureño, con un torpedo. Los norteamericanos están locos con el sentimiento de la grandeza de su país y la velocidad de su crecimiento. En mi opinión, actualmente serían capaces de vencer al mundo entero en lo que se refiere a armamento. Son los mejores organizadores del trabajo que existen y eso es equivalente a ser capaces de producir los mejores ejércitos de tierra y mar.

—Es usted persuasivo —dijo lord Salisbury—. Su opinión es muy original, pero comprendo sus razones.

La charla continuó durante un rato y me preguntó cuándo podría ir a Hatfield para sostener una conversación más larga. El resultado fue que fui a Hatfield y hablé con gran franqueza. Le dije que lo que esperaba para Inglaterra era una unión estrecha con sus

colonias, con el objeto de allanar el camino a una confederación de todos los pueblos de habla inglesa que en el futuro podría, junto con el inmenso poder de los Estados Unidos, poner punto final a la guerra. A mí me parecía tan fácil terminar con la guerra como con los duelos.

—Una pelea entre Inglaterra y América —agregué— es para mí lo peor que puede imaginarse, totalmente horrible.

De pronto, recordé que había escuchado describir a lord Salisbury como severo cristiano, así que continué:

—No se me alcanza cómo un cristiano puede pensar en la posibilidad de una guerra entre estos dos pueblos. Sería un pecado contra la humanidad para el cual no habría perdón.

Súbitamente, lord Salisbury me dio la espalda, puso la mano bajo su escritorio y sacó una especie de bandeja sobre la cual había un vaso, creo que de *whisky* con soda. Bebió un trago.

—¡Perdóneme, por favor! —exclamó luego—. ¿Desearía beber algo?

—¡No, gracias! —contesté riendo.

Me miró y dijo gravemente:

—Creo que, en lo esencial, tiene usted razón. Sería un crimen contra la humanidad, contra nuestras esperanzas para el hombre. Es algo difícil —agregó después de una pausa— dejar que el señor Olney se salga con la suya. Es un poco autoritario e irracional.

—Siendo usted el hombre más grande —dije—, espero que encontrará razones suficientes para ambos.

Me sonrió, asintiendo con la cabeza.

La charla me hizo comprender, como nada antes, que mis simpatías estaban con Norteamérica, incluso contra razón. El argumento de lord Salisbury era razonable. Dick Olney estaba equivocado y sin embargo yo estaba de su parte. No podía comprender por qué hasta que conseguí que Frederic Harold viniera a verme y una noche le confié, rogándole secreto, todo lo que había sucedido con lord Salisbury. Descubrí que estábamos de acuerdo en todo.

De los treinta a los cuarenta años, Frederic evolucionó a la par conmigo, pero debiendo menos a las influencias extrañas, porque al principio yo había sido muy influenciado por la lectura de lenguas extranjeras y por la llamada erudición. En realidad, fue Frederic el

primero en demostrarme cómo los libros y el aprendizaje literario mínimo pueden contribuir a la propia estatura y aunque siempre estaba allí George Moore para reforzar la lección, yo no podía decir honestamente que era capaz de apartarme gustoso de cualquier fragmento de saber. La familiaridad de Moore con la literatura francesa moderna lo ayudó a tener una visión más sana del arte literario de la que hubiera poseído en otras condiciones. Moore fue siempre una agradable relación y un compañero interesante más que un amigo. Apenas sé por qué.

También a comienzos de la década de los noventa, conocí a Lionel Johnson y al joven Crackanthorpe. Desde el principio, me sentí atraído por ellos. Por Crackanthorpe, por su don para escribir relatos, pero en especial por Johnson, cuya erudición era digna de su capacidad poética. A comienzos de nuestra relación, Lionel se ganó mi corazón porque me demostró que conocía a James Thomson y su poesía y era capaz de apreciar ese raro genio. Un día me dijo que el poema de Thomson sobre Shelley era la más pura muestra de «shelleyismo» de la lengua. No conocía la obra en prosa de Thomson, pero sí cada verso de su obra poética, atesorándolo en su corazón. Pobre y querido Lionel Johnson, cuya vida literaria fue incluso más corta que la de Thomson, porque apenas había cumplido los treinta años cuando llegó el fin. Como en el caso de Thomson, se habló de bebida, pero yo tengo la impresión de que cuando una nave tiene gran poder necesita un casco fuerte para durar mucho. Como Thomson, el pobre Lionel Johnson tenía un gran corazón, así como un cerebro de primer orden y el pequeño cuerpo no era lo bastante fuerte como para albergar durante muchos años fuerzas semejantes.

> Solitario voy a solas
> Divino a la Divinidad[26].

Cuando pienso en Lionel Johnson y Crackanthorpe, no puedo dejar de recordar todos los poetas y hombres de genio que conocí en Londres y el destino miserable de muchos de ellos. He hablado de Burton, de Thomson, de Dowson, de Davidson y de Middleton, pero hubo muchos otros, como Henry Harland, algunos merecidamente famosos; otros, herederos de un renombre injusto.

Pero sin duda la aparición más importante de los primeros años

noventa fue la de Aubrey Beardsley. No conozco en toda la historia del arte otro que, tan joven, haya causado semejante impresión, haya adquirido un lugar tan independiente y peculiar.

Le conocí en los últimos años de la década anterior a través de su hermana Mabel, una muchacha encantadora y muy bonita. Ella me contó que había sido una especie de niño-prodigio que había interpretado en público, a los diez o doce años, a Bach y Beethoven.

Beardsley era agradable en sus maneras y en su trato. También su aspecto era interesante: estatura un poco por encima de la media, pero muy liviano; perfecto dominio de sí mismo, aunque extrañamente juvenil; sin afectación, pero curiosamente burlón de la afectación de los otros. Cuando era todavía un adolescente, acostumbraba a burlarse de las poses de Oscar Wilde en su propia cara, aunque en cierta medida creía en su genio. Por supuesto, Oscar era quince años mayor, más culto y ya tenía una alta posición.

Después de su éxito, Oscar trató de protegerlo, pero Beardsley no quiso aceptarlo.

—¡Con la marea del mediodía —dijo despectivamente—, Oscar sabrá que el sol ha salido ya!

Si la apreciación de Oscar se hubiera producido uno o dos años antes, hubiera hecho toda la diferencia, porque, en un año o menos, Beardsley pasó del aprendizaje a la maestría. Hoy, imitaba a Mantegna; seis meses después, era Beardsley… uno de los grandes maestros modernos del diseño.

Yo se lo presenté a Whistler. Al comienzo, éste parecía aburrido y miraba sin atención los dibujos de Beardsley. De pronto, se detuvo y comenzó a estudiarlos. Momentos después, levantó la vista.

—Magnífico —dijo—. Ya es usted un maestro.

Beardsley rompió a llorar. Pobre muchacho, en ese momento, apenas había salido de la infancia.

Pero ¿cuál es la palabra de su misterio, el «ábrete, Sésamo» de su corazón? Más que cualquiera que haya conocido, Beardsley deseaba la fama inmediata, el reconocimiento a su genio *ya*, como aguijoneado por el instinto de que no viviría mucho. Y ese deseo dominante, demoníaco, le hizo hacer sacrificios a la sensación, forzar la nota, por decirlo así, siempre confiado en que cuando lo deseara podía hacer un gran trabajo como debe hacerse…

sobriamente y con reverencia.

A Beardsley le faltaba algo de reverencia, ese «ángel del mundo», como la llama Shakespeare en *Cymbeline*; pero para mí la explicación de sus faltas es siempre el deseo intenso de reconocimiento inmediato, de fama allí y entonces. He contado ya en otra parte cómo consiguió el dominio de la escritura en cosa de un mes; realmente parecía como si toda manera de autoexpresión le resultara fácil. Su hermana Mabel siempre insistió en que era más dotado como músico que como dibujante, y es posible que tuviera razón. Fue la maestría de Beardsley sobre todas las formas del arte la que me explicó el logro extraordinario de los Keats y los Rimbaud.

Ciertas pinturas suyas siguen siendo parte de mi conciencia intelectual. ¿Quién puede olvidar su Hamlet… la figura liviana, infantil, con ojos curiosos, ansiosos, asustados, tratando de encontrar su camino a través de las profundidades de un bosque inexplorado? Y esto fue hecho en 1892. Nunca consigo pensar en la Réjane más que como se le apareció a Beardsley, y su Tannháuser retrocediendo ansiosamente, sin aliento, al Venusberg… y éstas eran las concepciones de un muchacho inculto de unos veinte años, decidido a leer la vida por sí mismo. Sólo cuatro años más tarde, nos entregó los «Portadores de frutos», el pesado sátiro al frente con su increíble compañera femenina. Y finalmente la serie de «Volpone», en su madurez… Inolvidable. Nunca hubo una evolución más sorprendente ni una individualidad de talento como ésa.

Y Beardsley, maravilloso como era, no era sino uno entre doce. Piensen en Charles Conder o en Augustus John, el dibujante prodigioso, o en el pintor Walter Sickert o en Phil May como caricaturista. Para no hablar de Davidson y William Watson, ambos maestros cantores, y otra docena de escritores. Todos estos hombres de genio parecían agruparse en torno a Oscar Wilde como en torno a una suerte de modelo. Durante años, fue el representante del arte en la vida, que para los intelectuales es ahora más importante que la religión, porque nadie puede negar que en el tiempo nuevo el artista y el hombre de letras han tomado el lugar del predicador y el profeta.

Debo confesar que la principal influencia de mi vida en los primeros años de la década del noventa fue, en un principio, Oscar

Wilde y, en segundo lugar, Whistler.

Antes, Whistler había caído en desgracia. Ruskin había hablado de uno de sus cuadros como de un desvergonzado intento de arrojar la caja de colores en la cara del público inglés, y Whistler le había puesto un pleito, reclamando daños y perjuicios. Obtuvo un cuarto de penique y los costos lo arruinaron. Con coraje, alegremente, se fue a Yenecia con sus pinturas para recuperar su perdida fortuna. Lo hizo pasada ya la mediana edad y con brío.

Personalmente, siempre coloco a Whistler junto a Rodin y a Degas entre los mayores artistas de mi tiempo. Siempre junté mentalmente a Degas y Whistler. Aunque no había dos talentos más distintos, no obstante en cierto sentido la semejanza entre ellos era extraordinaria. Ambos eran ingeniosos y de lengua afilada que no perdonaba a amigos ni enemigos; ambos hicieron más dinero del que necesitaban en el momento en que el dinero ya no podía traerles la felicidad.

En mi esbozo de su personalidad, he presentado veinte ejemplos de la lengua venenosa de Whistler. Oscar decía de él que era una avispa con un aguijón en la cola, y los versos de Swinburne abundan en esta misma cualidad:

> Vuela, mariposa, de regreso a Japón,
> No intentes herir la mano de un hombre,
> Y procura no picar, porque puedes morir.
> Tan altanera y pintada, tan orgullosa y bella,
> Sería una lástima quitarle brillo a tus alas…
> ¡Vuela, mariposa, vuela[27]!

Deseo relatar una o dos historias de Degas. Un día estaba yo elogiando a Puvis de Chavannes. Acababa de ver tres o cuatro de sus grandes cartones preparados para un edificio público, y quedé impresionado por la belleza suave, idílica, de los paisajes y la inocencia arcádica de hombres y mujeres, vestidos sólo con la gracia.

—Realmente es otro Rafael —dije—, nacido fuera de época.

—En eso hay algo de cierto —replicó Degas con un gesto desdeñoso de la boca—, *un Rafael de village* (un Rafael de pueblo).

No pude evitar una sonrisa, porque el escalpelo había tocado el punto más débil. La Arcadia tiene algo provinciano. Está demasiado

lejos de nuestra lucha actual, que es poderosamente interesante. Degas, con sus caballos de carreras y sus *jockeys*, sus bailarinas y sus cantantes de ópera, estaba más cerca de nosotros, pertenecía a nuestra época y nuestro momento.

Recuerdo otra historia de Degas. Había ido a una exposición de cuadros y de pronto distinguió uno.

—¡Un Rembrandt pobre! —ˆexclamó, y se acercó para examinarlo más de cerca, porque era miope—. Estoy equivocado —dijo al acercarse—. Es un Forain de primer orden.

Sin embargo, Forain, el caricaturista, siempre había sido admirado y hasta discípulo suyo.

Hacia el final de su vida, Degas estaba casi ciego y apenas trabajaba. Era un solitario y cuando aceptaba una invitación lo hacía siempre con condiciones, una de las cuales era que no habría perfumes, porque detestaba los olores de todas clases. Decía a menudo que «el amor no era una cuestión de piel», como pretenden los franceses, «sino de olor».

Era un escéptico despiadado.

—Creo en eso —dijo un día señalando un cuadro que tenía en el caballete— y en nada más.

Tenía un temperamento extraño, desdichado. Llevaba su amargura a su trabajo mientras que el trabajo de Whistler siempre está dedicado a la belleza pura. Degas era un realista y un dibujante soberbio; Whistler odiaba la realidad y era un maestro colorista. Es extraño, pero no hubiera supuesto que Degas, con su sentido de la línea, hubiera tenido que ser el gran acuafortista; pero fue Whistler quien dominó ese campo sin comparación posible, salvo con Rembrandt.

Desde 1885 hasta la catástrofe de 1895, vi a Oscar Wilde muy a menudo. Acostumbraba a almorzar conmigo un par de veces al mes y, cuando sacaba un nuevo libro o se sentía atraído por algún artículo de la «Fortnightly», también cenábamos juntos y hablábamos toda la noche. Como ya he dicho era, con mucho, el mejor conversador que he conocido, con el más sorprendente sentido del humor que impregnaba sus demás cualidades. En primer lugar, había nacido narrador, mejor narrador oral incluso que Kipling, y tocaba temas más altos, más sugestivos, más poéticos y simbólicos. A menudo, después de contar una pequeña historia

exquisita, se dedicaba a retratar a uno u otro hombre que había conocido. Al tiempo que hacía un retrato amable del sujeto, lo iluminaba de pronto con una frase humorística, inolvidable.

La derrota de Oscar Wilde llegó como una especie de resultado de las alturas a las que había ascendido. Cuando se representó su primera obra, *El abanico de lady Windermere*, saboreó el verdadero éxito. Estaba admirablemente construida y fue esta cualidad la que excitó mi curiosidad. Le pregunté cómo había logrado semejante sabiduría escénica y me confesó con toda franqueza que se había ido solo durante una quincena a un lugar retirado y había estudiado la estructura de media docena de las mejores obras francesas e inglesas, de donde lo había aprendido todo. Pero aquella porción de la obra que se ganó al público eran los admirables aforismos y las frases ingeniosas que esparcía en cada escena. Yo ya las había escuchado antes. Se le habían ocurrido durante la conversación, pero el efecto que provocaban en el escenario sobre aquellos que jamás las habían escuchado, era increíble.

He hablado de él con tanta minucia, que ahora podría dejarlo a los lectores de mi *Vida* sobre él, pero una y otra vez me siento tentado a recordar los ojos sonrientes, la elocuente voz de tenor y las frases encantadoras.

Hablando del joven Raffalovich, dije que aparentemente había ido a Londres para fundar un salón.

—Y estuvo a punto de conseguirlo —replicó Oscar, sonriendo—. Ha puesto un *saloon*.

En otra ocasión, a propósito de una noticia en el periódico, observé:

—Es curioso ver cómo pensadores de la talla de Matthew Arnold y Herbert Spencer, gustan de visitar a las personas con título, las princesas y duquesas. ¡Me parece tan inapropiado!

—¿Inapropiado, Frank? —exclamó Oscar—. Sin duda, es de esperar. Los médicos deben visitar a los moribundos.

Ninguna reflexión posterior, ningún arte, pueden dar idea de la sorprendente riqueza de su humor verbal. Un día, pasando junto al Parlamento, dimos con una concentración de parados, reforzada con la presencia de un grupo de *suffragettes*.

—Característico —dije con mi manera habitualmente seria—, uno de estos días los parados se harán oír en Westminster. Estamos

presenciando los comienzos de una revolución social.

—Lo llamas «característico» —dijo Oscar—. A mí, querido Frank, también me parece característico encontrar a las desdeñadas unidas en protesta con los desempleados[28].

Nadie poseyó nunca tanto humor, verbal o reflexivo. Su magnífico don había conquistado incluso al aburrimiento inglés y estaba transformándose en un favorito social cuando Némesis puso su dedo sobre él. Un día, me enteré de que el marqués de Queensbury lo había insultado. Entonces, Oscar vino a verme, como ya he narrado en mi *Vida* sobre él, y empezó la tragedia.

Grace

Desde que llegué a la madurez, he catalogado siempre a las mujeres en tres grupos: las que aman con la cabeza, las que aman con el corazón y las que, tanto en el amor como en la vida, son dominadas por sus sentidos. Afortunadamente para nosotros, los hombres, la mayoría de las mujeres ama con las tres cosas: cabeza, corazón y cuerpo; sin embargo, un estudiante aplicado puede por lo general distinguir cuál de estos tres poderes predomina.

Las que aman con la cabeza son las más peligrosas y menos atractivas. Tan pronto como descubren que su amante o su marido tiene defectos o comete infidelidades, hacen lo posible por vengarse y castigarlo. Por lo general, su capacidad de invención es grande, y pobre del desdichado que tiene que padecer su venganza. Las peores tragedias de la vida provienen de su malevolencia.

Las mujeres que aman con el corazón, por otra parte, son como perlas de gran precio y felizmente forman la clase más numerosa. Casi toda mujer tiene en sí algo de madre, y en ella son innatas la compasión por la debilidad y la amorosa gentileza, más allá de la razón.

Finalmente, vienen las mujeres que aman con los sentidos, pero los hombres pueden detectarlas perfectamente. Los sentidos siempre son egoístas y buscan la gratificación egoísta, de modo que a veces las sensuales, si se sienten ofendidas o desilusionadas, pueden llegar a ser tan urticantes y desagradables como aquellas que tienen cerebro pero no corazón. Pero, como he dicho ya, la mayoría de las mujeres poseen las tres capacidades y, mediante el halago juicioso, podemos desarrollar en ellas los afectos que más necesitamos.

En mi experiencia, las muchachas, por regla general, jamás ceden gustosas al deseo sensual, a menos que vaya acompañado de alguna demanda a su corazón o sus emociones. Aun aquellas que, después, resultan ser muy apasionadas no se entregan fácilmente al impulso sexual.

Quiero relatar aquí algunas experiencias de esta época que

demuestran cómo con la mujer intervienen en el asunto todo tipo de motivos, mientras que, por lo general, para el hombre hay un motivo único, que es más que suficiente. Durante los años de 1890 a 1895, pensé principalmente en Laura y en arreglar encuentros con ella, pero en el aspecto sexual siempre fui inconstante.

No sé cómo sucedió, pero, desde los primeros meses que pasé en París, tuve la sensación de que las francesas se entregaban más fácilmente a la pasión que las mujeres de otras nacionalidades. Parecían saber más del asunto y darle en sus vidas más lugar que las otras muchachas. Y, por sobre todo, eran tan francas en este aspecto como los chicos ingleses, y yo, como galés-celta, sentía especial simpatía por los franceses en ese sentido. Cuando las jóvenes inglesas o norteamericanas son criadas en Francia, también muestran mayor comprensión de la sensualidad que aquellas criadas en Inglaterra o los Estados Unidos: el asunto es contagioso.

Durante esos años, yo iba con cierta regularidad a Francia todos los inviernos. Mi salud era mejor en Niza que en ninguna otra parte. Allí jamás sufrí con mi bronquitis. Y, por supuesto, de camino a la Riviera, siempre me quedaba unos días en París. Un día, cruzando el Canal, que estaba verdaderamente picado, vi en cubierta a una dama norteamericana y a una chica que parecían sentirse muy mal, por lo menos la mayor. Llamé a la camarera y le di una buena propina para que se ocupara de la enferma. Momentos después, la dama dijo que deseaba bajar a su camarote, pero la chica prefirió quedarse en cubierta. La camarera y yo ayudamos a bajar a la señora Sterling a su camarote, y regresé junto a la joven. Parecía tener unos quince o dieciséis años. Se había inclinado sobre la borda para vomitar y todavía estaba muy pálida. Le llevé un vaso de Oporto que trajo color a sus mejillas. Junto con el color, volvió su coraje natural.

—¿Le agradaría caminar —pregunté—, o preferiría tenderse en la silla?

—Tan pronto como me pongo de pie —replicó—, me mareo. Creo que es mejor tenderme.

De modo que le conseguí otra silla, coloqué sus piernas en el asiento y las cubrí con la manta.

—Qué hermosas piernas tienes —empecé.

Hizo una mueca.

—Supongo que son como todas las demás —dijo.

Su gesto me divirtió.

—Por supuesto que no —dije. Aquéllos no eran tiempos de falda corta, pero su traje era corto y tenía piernas bellamente modeladas —. Creo que usas el traje corto —dije— sólo para mostrar tus adorables piernas.

Se incorporó en la silla de inmediato y dijo, bastante enojada:

—No es verdad; detesto los trajes cortos. Mi tía insiste en que los use, pero sé que, cuando regrese con mamá a Nueva York, tendré vestidos largos. Soy una mujer, no una niña.

—Una mujer muy joven —observé, para fastidiarla.

—Esto es todo lo que usted sabe —dijo—. ¿Qué edad piensa que tengo?

—Unos trece años —dije.

—Cerdo —exclamó—. Tengo casi quince.

Yo sólo había dicho trece para sacarle la verdad y así se lo confesé, y luego pregunté:

—Pero ¿cómo de largos quieres que sean tus trajes?

—Hasta los tobillos.

—Pero ¿por qué no usas trajes largos? —pregunté.

—Mi tía no me deja —contestó—. Ya la hago parecer vieja. Dice que todos la toman por mi madre. Es la hermana más joven de mi madre. Me quiere y es buena conmigo, pero quiere vestirme como a una colegiala tanto tiempo como pueda, porque, si llevo trajes largos, a ella le harán parecer vieja. Y ahora saque la mano.

—No te está haciendo ningún daño, ¿no?

—Sí —dijo—. Me pone nerviosa y ha subido ya por en cima de mi rodilla. Vamos, por favor.

Obedecí a su imperioso deseo y retiré la mano, diciendo:

—Debes dejarme ver si eres una mujer o una niña.

—Tendrá que creer en mi palabra —dijo, riéndose de mí.

—No es necesario —dije, y puse una mano sobre su pecho. Era más maduro de lo que había pensado, redondo y firme, aunque todavía pequeño.

—Si es usted grosero —dijo—, me iré.

—No lo harás —repliqué—, porque tú y yo vamos a conspirar para conseguirte trajes largos.

—Oh —exclamó, incorporándose—, ¿y cómo lo hará?

—Nada más fácil —dije—, si me das tu dirección en París. Estaré en el Hotel Meurice en la Rue Rivoli; o bien vienes a verme tú, o bien iré a verte a ti. Probablemente sería mejor que vinieses tú alguna mañana, porque la Rue de la Paix está bastante cerca de mi hotel y puedo llevarte a Worth, o a alguno de los modistos famosos, y te haré hacer bonitos vestidos. Después, los probaremos y, si están bien, un día aparecerás con ellos frente a tu tía, sin darle oportunidad de negarse. Después, no podrá volver a hacerte usar vestidos cortos.

—Oh —exclamó Grace, volviendo a incorporarse en su excitación—, eso sería espléndido. ¿No costaría mucho? ¿Lo haría usted realmente?

—Por supuesto que sí —dije—. Te conseguiremos los mejores trajes y sombreros, y todos los complementos.

—Y una capa —dijo ella—, que da aspecto de persona mayor. ¿Sabe?, ya soy más alta que mi tía.

—Claro —dije—, y mucho más guapa. ¿Sabes dónde viviréis en París?

—Mi tía quiere que vaya a la escuela a otro curso más —dijo, enfurruñada—, pero no quiero ir. Aprendo más francés en una noche en el teatro que en una semana en la escuela, y ya sé mucho más que ella. En realidad, dicen que lo hablo bastante bien.

—Muy bien —dije, comenzando a hablar en francés—, entonces hablaremos francés, y tú deberás ser como una chica francesa y no decir «no» a cada momento —y mi mano volvió a deslizarse por debajo de la manta.

Ella arrugó la nariz, pero no me detuvo. Evidentemente, la tentación del vestido hacía su obra, aunque tan pronto como mi mano alcanzó el punto de peligro, dijo:

—Por favor, sé bueno. Quiero que me gustes, de modo que sé bueno.

—Sólo un toque y te dejo —respondí.

—Oh, no, por favor, no —dijo.

—Sólo un toque para asegurarme de que no me engañas.

Sonrió y, al minuto siguiente, me había asegurado. Pero, cuando su rostro se ensombreció y se echó hacia atrás con expresión dolida, saqué la mano, me besé los dedos y le di las gracias, lo cual volvió a iluminar con una sonrisa su rostro encantador.

Si no he intentado transmitir la impresión de su coraje y su encanto, es porque estas cualidades, en su punto más alto, son indescriptibles. Dependen de los ojos y de la boca, así como de las diversas entonaciones de la voz y hasta de los innumerables cambios de actitud.

Innecesario es decir que, durante todo el trayecto hacia París, cuidé de tía y sobrina. En Calais llevé comida y vino al vagón e insistí en que comieran. Hicimos una comida muy agradable. La dama me dijo que iban a alojarse en un apartamento de la Rue Copernic, que, según descubrí, estaba cerca del Bois, y arreglé para ir a buscarlas unos días más tarde para llevarlas al teatro.

Era un lunes. Dije que me ocuparía de ver cuál era el mejor espectáculo e iría a buscarlas el viernes. Nos hicimos grandes amigos y, por lo tanto, cuando llegamos a París envié mi equipaje por mensajero al Hotel Meurice y llevé a tía y sobrina en coche a la Rue Copernic. Cuando la tía entró, aproveché la oportunidad para decirle a Grace que viniera a verme el martes o el miércoles, y ella contestó que iría seguro a las once cualquiera de esos días.

A la mañana siguiente, recibí una esquela donde ponía que iría el miércoles, de modo que ese día, a las once, apareció en el hotel. Yo tenía todo preparado y la llevé en seguida a Worth. Creo que pasó allí una de las horas más agradables de su vida. La mujer que la atendía la felicitó por su cuerpo, la llamó «madame» para su vivo deleite y le dijo que era ridículo usar vestidos cortos con su hermoso cuerpo, midiéndola con gran detalle y mostrando al mismo tiempo sus caderas, echándome una mirada de soslayo en la que se reflejaba la comprensión más completa. Hizo lo mismo cuando medía su busto y recomendó una nueva corsetera.

—¿Cuándo habría que probar el traje de noche? —pregunté, porque además había ordenado un traje de mañana y otro de tarde.

—Todos estarán listos esta semana. Si Madame viene el jueves por la mañana —dijo—, podré entregarlos el viernes a última hora. Pero Madame tendrá que comprar corsés nuevos inmediatamente.

Como es natural, la llevé a la corsetera, pero, ay, ésta no fue tan complaciente. Se llevó a Grace a una habitación privada para desvestirla y no me permitieron entrar hasta que tuvo puesto el corsé, por suerte para Grace y por desgracia para mí. Pero el modelo era muy tentador, y Grace estaba fascinada con la idea de ir

al teatro vestida como una mujer y no como una niña. Cuando entré en el coche de alquiler para llevarla a su casa, me besó por su propio impulso y, cuando mi mano volvió a ponerse traviesa, no dijo nada y dejó sus labios sobre los míos.

—Tienes bragas cerradas —dije—, traidora.

Rompió a reír.

—De no haberlo sabido, no hubiera dejado que pusieras la mano tan arriba.

—Bueno —dije—, en todo caso, cuando lleguen los trajes nuevos, debes usar de las otras. ¿Conoces mi chiste sobre ellas?

—¿Un chiste? —preguntó—. ¡No!

—Los ingleses —dije— hablan mucho del comercio libre y de la libertad de comercio con todos los países del mundo, mientras que los norteamericanos creen en la protección y en las tarifas de protección para favorecer a sus propios fabricantes.

—He oído eso ya —dijo—, pero no lo entiendo muy bien. ¡Detesto la política!

—Una vez hubo en Londres un joven —continué— que hacía dinero vendiendo fotografías que mostraban gran parte de los cuerpos femeninos, de modo que le propuse que hiciera dos fotografías en una y las vendiera juntas como «Libre Comercio» y «Protección». La chica del Libre Comercio llevaría bragas abiertas; la de Protección tendría bragas cerradas, como las que usas tú. El chiste prendió e hizo fortuna. Recibí mil libras por la idea. En un mes, vendió más de un millón de postales. «Libre Comercio» y «Protección», ¿comprendes?

Grace rió a carcajadas y me besó.

Nos separamos habiendo acordado que yo pasaría temprano a buscarlas, porque teníamos intención de cenar antes de ir al teatro. Grace me aseguró que estaría preparada cuando yo llegara.

Fui a la Rue Copernic hacia las seis de la tarde y, cuando subí al segundo piso, me recibió la propia Grace totalmente vestida y arrebatadoramente hermosa. Cuando entramos en la sala y se cerró la puerta, ,mi mano derecha se metió bajo sus ropas para asegurarme, y descubrí que había adoptado el Libre Comercio y era sin duda una mujer apasionada y muy bella. Uno o dos minutos después, me pidió que me detuviera, pero, cuando me besó con los labios calientes, sentí que podía pedirle que volviera al Hotel

Meurice a la mañana siguiente. Mi sala estaba en la planta baja, a la izquierda y junto a la puerta, de modo que podría entrar sin que la vieran, y yo la estaría esperando. Me prometió ir.

Pasamos una gran noche en el teatro. Las llevé a ver a la Réjane y las dos se enamoraron de ella. Cuando las invité a un refrigerio, la tía me dijo que había hecho ya bastante.

—Estoy segura de que lo del vestido largo ha sido idea suya —dijo.

Yo acepté toda la responsabilidad y dije que así parecerían hermanas, lo cual me ganó su corazón.

A la mañana siguiente, Grace fue a mi hotel.

¿Cómo voy a describir esas primeras horas pasadas en su compañía? Cuando entró en la sala, empecé a quitarle la capa mientras ella dejaba a un lado el sombrero, pero, cuando quise desabrochar su vestido, se resistió. En vano rogué y supliqué. Evidentemente, había tomado su decisión antes de entrar, de modo que finalmente me rendí y la besé.

—Quería ver tus pechos —dije—. Sé que son adorables, pero tú no me dejas.

—Verlos no te haría ningún bien —dijo sonriendo—. Qué hermosas habitaciones tienes.

—Siempre tengo las mismas —dije—, pero nunca recibí una visita tan hermosa como tú.

Luego abrí la puerta que daba al dormitorio y la hice entrar. Mientras ella miraba con curiosidad, abracé sus piernas y, levantándola, la llevé a la cama. Un instante después, le había levantado las ropas, enterrando la cara entre sus muslos.

—¿Qué haces? —exclamó, pero, cuando comencé a besar el hogar, dulce hogar y el pequeño botón rojo, abrió involuntariamente los muslos y se entregó a las sensaciones nuevas. Cuando sentí que respondía, la acerqué aún más a mí con cierta brusquedad y abrí por completo sus muslos. Nunca hubo sexo más delicioso; ya los pequeños labios internos estaban congestionados y pronto llegaron a mi boca amorosas gotas como perlas.

Seguí, sabiendo que una primera experiencia como ésa es inolvidable, y ella se abandonó totalmente, poniendo la mano sobre mi cabeza y guiándome más arriba o más abajo, según su deseo.

Cuando el juego amoroso se completó cuatro o cinco veces, y yo

me incorporé para descansar, dijo gravemente:

—Eres un encanto y me has dado gran placer, pero ¿te gusta a ti?

—Por supuesto —dije—. Hasta el viejo Montaigne sabía que el placer que proporcionamos al ser amado es mayor que el que obtenemos.

—Oh, eso es lo que siento —dijo—, pero ¿cómo voy a darte placer?

Como respuesta, saqué mi sexo. Ella lo tocó, curiosa, retirando el prepucio y volviendo a llevarlo hacia adelante.

—¿Esto te da placer?

Asentí.

—Pero esto —y puse mi mano en su sexo— podría darme mucho más, sólo que no quiero lastimarte.

—¿Por qué no? —preguntó—. No tengo miedo y me gustaría darte placer.

—Es sólo la primera vez la que duele —dije—; después, ambos tendremos placer sin dolor.

—¿No hay peligro de quedar embarazada? —preguntó—. Me avergüenza decir que esto no me detendría, pero me gustaría saber.

—Ningún peligro —dije—, si tengo cuidado.

—Confío en ti, querido —dijo, y me entregó sus labios.

—Desnúdate, amor —dije—. Quiero ver toda tu belleza desvelada. Yo también me desnudaré.

Grace se puso de pie sin una palabra y, cuando terminé de desnudarme, ella estaba ya en camisa y medias.

—Estúpida camisa —exclamé, levantándola y recreándome en uno de los cuerpos más bellos que había visto, con pequeños senos de niña y las curvas de las caderas, los muslos y el trasero, destacados por la pequeñez de la cintura y el sexo mínimo y perfecto, apenas carnoso. ¡Una criatura hecha para el amor!

La puse al borde de la cama y traté de penetrarla. Era diminuta. Sólo con dificultad pude introducir un dedo, y aun esto la hizo sangrar. Pero, para entonces, mi deseo era soberano y ella vino a mi encuentro colocando sus piernas a mi alrededor y dándome todas las facilidades. Pronto, la cabeza de mi sexo estuvo dentro de ella.

—¿Duele? —pregunté, y la respuesta de Grace consistió en rodearme con sus brazos y piernas y atraerme aún más.

—Un cuerpo —dijo— y un alma.

Un instante después, nos corríamos juntos, temblando.

Hubo una pequeña pausa y luego la levanté y la enseñé a usar la jeringa con agua templada, que prácticamente anula el peligro. Cuando se lo hube explicado, rió encantada. Después de otros dos o tres abrazos, exclamó que se hacía tarde y debía irse. Cuando se puso el nuevo corsé y el traje largo, exclamó con picardía:

—Ahora me merezco el traje largo, ¿no crees?

—Te mereces una docena, amor —fue todo lo que pude contestar.

Todo el trayecto hasta la Rue Copernic, lo hicimos el uno en brazos del otro. Cuando entrábamos a la casa, se volvió gravemente hacia mí.

—Una tarde inolvidable. Eres un amante adorable y estoy orgullosa de haberte conquistado.

—Y yo —exclamé— me siento humilde por primera vez en mi vida… humilde con el sentimiento de una dulzura mayor de la que he merecido. Adiós, querida, hasta mañana.

—¿No quieres ver a mi tía?

—¡No, no! —dije—. Quiero recordarte a ti sola y revivir cada momento dorado.

Me miró intensamente y se fue, dejándome recuerdos imperecederos e imágenes de exquisita belleza que nunca se desvanecerán.

¿Por qué soy capaz de describirla después de treinta años? He olvidado a nueve de cada diez muchachas que he poseído. ¿Por qué recuerdo a la décima? Por algo extraordinario en su cuerpo o en su espíritu, y Grace es memorable por ambas cosas. La exquisita figura adolescente, el abandono audaz y las divinas palabras de afecto apasionado. Ella me enseñó a no generalizar nunca la declaración que hace Tennyson en «Locksley Hall»:

… Todas sus pasiones acordes con la mía
Son como un rayo de luna en un rayo de sol, como agua en el vino.

No necesito contar con detalles cómo llegué a conocer más íntimamente a la tía de Grace, la señora Sterling. Comenzó cuando me pidió que comiera con ellas y fuéramos después al Théâtre Français. Comimos en el Grand Hotel y fuimos al teatro, donde

ambas quedaron sorprendidas al ver que podía pasar detrás de los bastidores y visitar los camerinos.

Me extendí hablando de Niza y sus bellezas, hasta que la señora Sterling dijo que le agradaría pasar un mes allí, si yo me ofrecía a hacerles de guía. Declaré con total honestidad que nada podría resultarme más placentero, y un par de días después estábamos alojados en el Hotel d’Angleterre de Niza, que desde entonces ha pasado a ser el Hotel Ruhl.

Me las arreglé para que nuestras habitaciones se comunicaran, y tomé la del medio, para protegerlas, según dije. La primera noche, hacia la una de la madrugada, entré en la habitación en la que dormía Grace. Encendí la luz, retiré las mantas y levanté su camisa. Era idealmente bella, y el pequeño triángulo sedoso absorbió toda mi atención. Apenas había comenzado a besarla, cuando despertó.

—Frank —susurró—, estaba soñando contigo.

Cinco minutos después, la había llevado a espasmos de placer y, como sus labios estaban cremosos, me quité el pijama y la abracé. No sé por qué, pero nunca experimenté sensaciones más intensas. Grace era ya una amante incomparable, deleitándose en todo movimiento que pudiera aumentar el placer y sin miedo a tomar la iniciativa.

Después, estudié su sexo para descubrir, si era posible, cómo se las arreglaba para producir ese último golpe de placer. Era muy pequeño y bien hecho. Especialmente los labios interiores eran diminutos y solían ponerse muy rojos con la excitación, pero la magia consistía en la naturaleza apasionada de la joven y en su intenso deseo de hacer lo que yo deseara.

Al día siguiente, las llevé a Montecarlo y les mostré el casino y el juego, pero no les agradó el vicio por distintas razones.

—Viejas ávidas y viejos necios —dijo Grace, mientras que su tía observó el favoritismo de los *croupiers* y los *chefs de partie*.

Regresamos por La Turbie y la Corniche, el famoso camino hecho por Augusto.

Esa noche, durante la cena, la señora Sterling permitió que su pie se apoyara contra el mío. Por supuesto, yo había visto ya que era guapa, bien hecha y todavía joven. Pero los cuarenta años nunca me han atraído tanto como los catorce y no tenía deseo de

cambiar a Grace por su tía. Pero ¿qué iba a hacer? Esa noche, cuando me estaba metiendo en la cama, la señora Sterling golpeó suavemente mi puerta. Apagué la luz, me deslicé en la cama y fingí dormir. ¡Otra vez los golpecitos! Salté del lecho.

—¿Quién es? —pregunté, mientras corría el cerrojo de la puerta que daba a la habitación de Grace.

Luego me adelanté y entreabrí la puerta de la señora Sterling. Ella estaba de pie, en bata, a medio camino entre la puerta y su cama.

—¿Sucede algo? —pregunté.

—Hay unos ruidos tan extraños en este hotel —contestó ella—. Alguien golpeó mi puerta, me asusté y golpeé la suya.

—¡De primer orden! —exclamé, rodeándola con mis brazos—. ¿Me deseas? —dije, y la llevé a la cama.

Ella se sacudió la bata y en un santiamén le había levantado el camisón y la depositaba sobre el lecho. Se había cuidado y no estaba demasiado gorda, pero su cuerpo no podía compararse con la figura adorable de Grace. De todos modos, tenía que ganármela y me incliné de inmediato para conquistarla, besando su sexo. Dos minutos después, se había corrido ya tres o cuatro veces, con cientos de ¡Oh!, y ¡Ah!, y exclamaciones entrecortadas.

—¿Tu esposo te besó ahí alguna vez? —pregunté.

—Nunca, nunca —dijo—. Me poseía con frecuencia, pero siempre había terminado antes de que yo comenzara a sentir. Tú me excitas muchísimo y, además, me das un placer inmenso. Él solía decir que las mujeres altas son mucho mejores que las bajas, porque lo tienen más pequeño. ¿Piensas que eso es verdad?

—No lo sé realmente —dije—. Me temo que no creo en las generalizaciones.

—Pero ¿te gusto un poco? —preguntó—. Ya sé que te gusta Grace, pero ella es demasiado joven, ¿no te parece? El amor sólo se comprende en la madurez.

¿Qué podía decir? Como respuesta, comencé a besarla una y otra vez y, cuando estuvo loca de excitación, la penetré y descubrí que era una buena compañera de juego. Pero me fatigaba, tanto con su pasión como con sus elogios. Me dijo que esperaba que me quedara siempre con ella y, cuando respondí que pronto tendría que regresar a Londres para retomar mi trabajo periodístico, me suplicó

que lo dejara. Ella era rica, ¿qué necesidad tenía de trabajar? Deseaba un hijo mío. Siempre había deseado un hijo… y un diluvio de esperanzas y deseos por el estilo.

Finalmente, regresé a mi habitación totalmente desilusionado y apenas había cerrado la puerta y llegado a la cama, cuando escuché un tímido golpecito del lado de Grace. Me apresuré a abrir la puerta.

—¿No ibas a venir? —preguntó haciendo un puchero.

—Pensé que estabas cansada y con sueño —dije—, pero me alegro de que hayas golpeado —y la llevé a la cama.

Grace era ya una amante maravillosa. Desde el comienzo, se había dedicado a darme todo el placer posible y no tenía reparos en preguntar si tal maniobra o respuesta era la correcta. En consecuencia, sus progresos en el arte eran sorprendentemente rápidos. Era ya una compañera de lecho de aquellas que se encuentran sólo dos o tres veces en la vida. Sé que quienquiera se haya casado con ella después se habrá considerado afortunado, y que cuanto más experimentada fuese ella, más la apreciaría. He visto que las mujeres que se quejan de sus maridos son las que no saben cómo intensificar el deleite hasta el éxtasis.

Un mes después, recibí un telegrama que me llamaba a Londres, pero volví a encontrar más tarde a Grace, como tal vez relate a su debido tiempo. ¡Todo lo que puedo decir ahora es que nadie tuvo nunca una amante más perfecta!

Parnell y Gladstone

En abril de 1886, Gladstone presentó su Proyecto de Gobierno Autónomo. La Cámara estaba tan atestada, que los miembros se sentaban en los escalones, en los brazos de los asientos y hasta en las rodillas de otros miembros, mientras que yo tuve que abandonar mi lugar habitual en el pequeño compartimiento de la planta baja y contentarme con un sitio en la primera fila de la galería de visitantes distinguidos. A mi izquierda se sentaba Herbert Bismarck y a mi derecha el marqués de Breteuil, pero los visitantes de esa noche eran tan famosos que éstos ni siquiera fueron mencionados por los periódicos del día siguiente. No había un sitio vacío en ninguna galería. Hasta los de los pares estaban llenos. Parecían hallarse presentes todos los diplomáticos de Londres. Y frente a frente de los negros uniformes de los obispos, había una docena de príncipes indios resplandecientes de diamantes, que daban un color oriental a la escena.

Yo había oído antes ya a menudo al señor Gladstone, en especial durante la guerra del Sudán de unos años atrás, cuando se había elevado en la vida política, para mí, a grandes alturas, aunque esta representación del Viejo no fue menos notable. Su cabeza se parecía a la de una vieja águila: ojos luminosos, pico rapaz y mandíbulas huesudas. Su alto cuello blanco parecía separar su cabeza de ave de presa de la pequeña y delgada figura con su traje de noche negro, convencional. Tenía una alta y clara voz de tenor; gesticulaba poco, pero en el momento apropiado; su discurso era fluido como el agua, pero de vez en cuando se hacía impresionante mediante una pausa dramática y una enunciación más lenta que subrayaba, por decirlo así, la elección y la música de las palabras rítmicas.

Aunque no creía en absoluto en él y, de hecho, me repelía el convencional sentimentalismo cristiano que vertía sobre nosotros cuando se sentía muy conmovido, no podía dejar de admitir que el viejo era singularmente elocuente y el mejor ejemplo de retórica griega de los tiempos modernos. Todos sabíamos que sus propuestas

eran el resultado de una docena de fuerzas opuestas; sin embargo, parecía tan apasionadamente sincero y serio, que una y otra vez se le ocurría a uno que estaba exponiendo la ley de Dios, que le había sido transmitida en el Sinai. Era un gran actor y, como dijo una vez el señor Foster, era capaz de convencerse a sí mismo de cualquier cosa y a la Cámara de absurdos trágicos.

Herbert Bismarck, un gigante de unos treinta años con un largo bigote vikingo y ojos azules, declaró al final que jamás había escuchado un mejor discurso. Y el efecto fue prodigioso. Durante cinco minutos, toda la Cámara dio vivas y las galerías quedaron enmudecidas en sus asientos.

Unas noches después habló Parnell. La Cámara no estaba llena; las galerías raleadas; los dignatarios indios brillaban por su ausencia; no se veía ni un obispo ni un arzobispo. Sin embargo, a mí la escena me resultó más imponente. Allí estaba, una figura alta, delgada, erguida. Ningún periodista había dicho jamás que fuera guapo y sin embargo, para mi sorpresa, era de lejos el hombre más apuesto que había visto en la Cámara de los Comunes… magníficamente apuesto. Tenía cuarenta años y su barba comenzaba a encanecer, pero lo que atraía era el perfil noble, la gran estatura y los ojos extraños, resplandecientes en el rostro blanco y delgado. Yo no conseguía explicarme el efecto de color y luz de sus ojos hasta que más tarde observé que el color avellana oscuro que tenían estaba punteado, por decirlo así, por doradas cabezas de alfileres que parecían arder cuando se entusiasmaba: los ojos más bellos que he visto en una cabeza humana, con excepción de los de Richard Burton.

Comenzó a hablar entre vítores irlandeses, pero lo hizo con gran tranquilidad y en su tono de voz ordinario. Pronto noté que las manos que sujetaban el cuello de su chaqueta estaban tensas, con los nudillos blancos. No usaba ni un solo truco oratorio; hablaba con naturalidad, pero lentamente, como buscando las palabras, y comencé a sentir que para este hombre las palabras eran hechos. Cuando hablo de los crímenes y la coerción de los cinco años anteriores, sus palabras parecían las de un ángel justiciero. La ausencia de inflexión o pasión producían una impresión de verdad inmutable. Recuerdo sus palabras; eran proféticas. Hubieran podido usarse para describir los acontecimientos de treinta años después:

> Durante estos cinco años —y no lo digo para inflamar la pasión— habéis soportado la suspensión del *habeas corpus*; habéis visto a mil irlandeses aprisionados sin cargo específico, muchos de ellos durante largos períodos de tiempo, algunos durante veinte meses, sin juicio y sin intención de llevarlos a juicio (creo que de estas mil personas arrestadas según el Acto de Coerción del difunto señor Foster, apenas una docena gozaron de juicio); habéis aceptado el Acta del Ejército; habéis aceptado la suspensión de un juicio por el jurado… Todo esto durante los últimos cinco años.
>
> Habéis autorizado a vuestra policía a entrar en el domicilio de cualquier ciudadano súbdito de Irlanda, a cualquier hora del día o de la noche y a registrar ese domicilio incluyendo en ese registro las camas de las mujeres, sin orden de allanamiento. Habéis multado al inocente por las ofensas cometidas por el culpable; habéis resucitado la ley del toque de queda y el dinero ensangrentado de vuestros conquistadores normandos; habéis inventado nuevos crímenes y ofensas y aplicado para ellos penas nuevas que vuestra ley desconoce. Esto es lo que habéis hecho durante cinco años y esto y mucho más tendréis que volver a hacer.

La helada atmósfera de odio en medio de la cual había comenzado su discurso había cambiado; una buena cantidad de ingleses escuchaban ahora con gran atención. Yo me sentía como me había sentido cinco años antes al escuchar el gran discurso de Bismarck en el Reichstag: que estaba hablando un gran hombre, y sus palabras eran proféticas y el lugar sagrado.

Después, habló de Trevelyan y de sí mismo, y temblé.

> El señor Trevelyan ha dicho que no hay camino intermedio entre la separación y el mantenimiento de la ley y el orden en Irlanda a cargo de la autoridad imperial. Y yo digo, con tanta sinceridad y tanta experiencia como la de este honorable caballero, que a mi juicio no hay camino intermedio entre la concesión de la autonomía legislativa a Irlanda y el sometimiento del país y su gobierno como colonia de la Corona.

Allí estaba todo el problema, expuesto en pocas palabras, y yo no abrigaba dudas sobre quién tenía razón.

Sin embargo, cuando se sentó la ovación fue exclusivamente irlandesa y el líder ni siquiera notó el entusiasmo de sus partidarios.

Un día, poco antes de que consiguiera yo la dirección de la «Fortnightly Reviewe», recibí una carta de un hombre de Dublín,

llena de afirmaciones curiosas que despertaron mi curiosidad. Le contesté y, en el transcurso de nuestra correspondencia, comprendí que era una mina de información sobre el Partido Irlandés y sus actividades en Irlanda. Afirmaba con la mayor osadía que este partido era responsable del asesinato de lord Frederick Cavendish en Phoenix Park y de la mayor parte de los sucesivos actos de violencia en Irlanda. No vaciló en implicar a Parnell en el conocimiento de estos hechos, de modo que le escribí pidiéndole que viniera a Londres y pasara una semana conmigo. Ya me había dicho que era pobre, de modo que le envié dinero y le pedí que fuera mi huésped. A su debido tiempo, llegó Richard Pigott y se alojó en mi casa de Kensington Gore.

La primera noche me dijo cómo los puñales que se habían utilizado en el asesinato de Phoenix Park habían sido sustraídos de las oficinas en Westminster del Partido Parlamentario Irlandés, llevados a Irlanda y distribuidos en Dublín entre los asesinos. Yo estaba dispuesto a creerle, y mi manifiesto interés pareció entusiasmarlo, porque fue ampliando la historia. Después de dos o tres días, comencé a dudar de lo que me decía y, al final de la semana, sabía que era de su imaginación de donde sacaba los datos y que no era en absoluto digno de confianza. Finalmente, le dije que consideraría el asunto y le diría algo. Uno o dos días después, le informé que no estaba dispuesto a publicar sus historias.

Poco después, «The Times» comenzó a publicar sus descubrimientos sobre Parnell y finalmente publicó una carta que se suponía de puño y letra de éste que lo implicaba claramente en el asesinato de Phoenix Park. Yo conseguí una copia y reproduje la carta en el «Evening News». Al día siguiente, salí a cabalgar hacia Richmond con Arthur Walter, el hijo del dueño de «The Times». Me dijo sin ningún circunloquio que estaba contento de que yo hubiera publicado la carta.

—¿Por qué? —pregunté—. La publiqué simplemente como noticia.

—Seguramente no la hubiera publicado de no haber creído en ella —contestó.

—No creo ni una palabra —exclamé—. La publiqué como noticia, basándome en la autoridad de «The Times».

—Pero es evidente que se trata de la letra de Parnell —dijo

Walter.

—En la actualidad —repliqué—, la letra puede fotografiarse y reproducirse con toda precisión. Es absurdo basar la autenticidad de una carta en la semejanza de letra.

No recuerdo si fue entonces, o algo después, cuando le conté cómo había conocido a Pigott, pero más o menos por entonces me confesó que Pigott era la principal fuente de información de «The Times» y lo alerté.

Todo el mundo sabe cómo Parnell demandó a «The Times» y cómo Pigott se derrumbó en el banquillo de los testigos y, poco después, se disparó un tiro en Madrid, pero en Inglaterra era tan profundo el odio a Parnell que, a su debido tiempo, sus enemigos indujeron a O'Shea a iniciar su juicio de divorcio, haciendo responsable a Parnell. Parnell creía, y lo dijo abiertamente, que el resultado de todo ello sería la demostración de que no era culpable de haber sembrado la discordia entre marido y mujer; se sabía perfectamente bien que los O'Shea estaban casi separados antes de que Parnell apareciera, pero cualquier arma es buena para golpear a un perro, de modo que la prensa inglesa dio al asunto una envergadura exagerada. Gladstone levantó las manos al cielo y fingió estar escandalizado por el pecado de Parnell. Yo llamé «viejo hipócrita» a Gladstone y declaré que, en más de una ocasión, había recurrido a la señora O'Shea para obtener información confidencial sobre Parnell y sus opiniones. En su libro sobre Parnell y su mutuo amor, la señora O'Shea dice la verdad escueta.

> Durante diez años, Gladstone había conocido las relaciones que existían entre Parnell y yo y se había aprovechado de la facilidad que le ofrecía esta intimidad para mantenerse en contacto con el líder irlandés. ¡Durante diez años! Pero esto era privado. De pronto era de conocimiento público y un estadista inglés siempre debe estar del lado de los ángeles.
>
> De modo que el señor Gladstone descubrió que su religión podía finalmente ser útil a su país. Parnell no sentía resentimiento hacia Gladstone. Me dijo simplemente, con su sonrisa grave: «Esa vieja Araña

tiene en su red a la mayor parte de mis moscas», y a mi indignación opuso las siguientes palabras: «No tienes en cuenta el arte de gobernar. Tiene que considerar la conciencia disidente y sabes tan bien como yo que siempre me ha detestado. Pero estos imbéciles que me apartan porque él lo pide, me pone un poco triste»[29].

En la página siguiente, habla de la traición de ciertos miembros del Partido Irlandés, cuando aquellos que se io debían todo a su jefe se volvieron de pronto contra él. La señora O'Shea agrega: «No es necesario discutir aquí cuánto tiempo hacía que el Partido Irlandés conocía nuestras relaciones. Años antes, ciertos miembros del partido abrieron una de mis cartas a Parnell».

Como escribí en su momento, esta traición firmó la sentencia de muerte del Proyecto de Gobierno Autónomo, al menos por una generación.

En diciembre de 1890, se produjo una vacante en Kilkenny, y Parnell se fue a presentar su candidatura. La novelista Katherine Tynan hace un excelente relato de la escena anterior a su discurso en la rotonda de Dublín.

Eran casi las ocho y media cuando escuchamos llegar las bandas. Entonces, se iluminaron las ventanas con el resplandor lívido de miles de antorchas que se encendieron en la calle. Había un rugido distante, como el del océano. La gran asamblea esperaba en un silencio de expectación. Entonces se inició una gran ovación y nos estiramos ansiosamente para ver la figura alta, esbelta, distinguida del líder irlandés, que se abría paso hacia la plataforma. Creo que no hay palabras que puedan hacer justicia a su recepción. La asamblea toda se puso de pie. Alrededor de nosotros sólo veíamos un mar de rostros apasionados, amantes, admirativos, adorando casi a ese hombre pálido y silencioso. La ovación se elevó una y otra vez; no había nada que la detuviera. El señor Parnell se inclinó a uno y otro lado, contemplando a la asamblea con su mirada de águila. La gente estaba loca de excitación. No creo que nadie fuera de Irlanda pueda comprender el encanto que tiene el señor Parnell para el corazón irlandés: su bella personalidad, su porte orgulloso, su apuesta cara enérgica, la distinción del aspecto que lo distingue más que a nadie que haya conocido. Todo esto resulta irresistible para el artístico irlandés.

Dije al doctor Kenny, que estaba de pie a mi lado: «Es el único hombre tranquilo que hay aquí». «Sólo en apariencia», contestó el

> agudo doctor, enfáticamente. Al mirarlo otra vez, vi las narinas dilatadas, los ojos relampagueantes, el rostro apasionado. Cuando el señor Parnell comenzó a hablar, su pasión encontró un cauce apropiado. Fue un discurso maravilloso. Ninguna de sus palabras buscaba un efecto de oratoria. Todas estaban cargadas con un mensaje impregnante al pueblo que lo escuchaba y a los millones de personas que lo leerían. Fue un discurso largo, que duró casi una hora, pero al que se escuchó con vivo interés, puntuado por duros gritos contra aquellos hombres a quienes esta crisis ha hecho odiosos; subrayado de vez en cuando, en las pausas, con un profundo gemido de deleite. Fue un gran discurso: simple, directo, suave, sin trucos ni artificios. Hace tiempo, en un discurso pronunciado ante la Cámara de los comunes, el señor Parnell dijo que no le interesaba la opinión del pueblo inglés. Recordábamos esto ahora al observar las apasionadas seguridades que daba a su propio pueblo, que lo amaba demasiado como para hacerle preguntas[30].

Me fui a Irlanda para la elección de Kilkenny. Parnell se alojaba en el hotel. En público, usaba un parche sobre el ojo derecho, diciendo que alguien le había arrojado cal viva, hiriéndolo, pero, cuando nos recibió a Harold Frederic y a mí en la posada, había dejado de lado el vendaje y su ojo parecía perfectamente sano.

En esa ocasión, sucedió algo que nunca olvidaré. Frederic, el periodista norteamericano, era gran amigo y partidario leal de Parnell, y por lo tanto el jefe nos habló con naturalidad y sin ningún objetivo definido. Pero quedé impresionado por sus profundas ojeras y la mirada de fatiga… casi diría de miedo salvaje. ¡Había atravesado aguas profundas!

De pronto, mientras conversábamos, se oyó un ruido afuera y, antes de que pudiéramos interferir, Parnell había abierto la ventana y estaba en el balcón. Pasaba un funeral calle abajo, en medio de un solemne silencio. Todos saben con cuánta seriedad se considera la muerte en Irlanda. De pronto, Parnell gritó a todo lo que le daba la voz:

—¡Allí va el cuerpo de Pope Hennessy! —que era su oponente en la lucha electoral.

Un minuto después, entraron algunos amigos y ayudaron a Frederic a arrastrarlo dentro de la habitación, recordándole que había olvidado su vendaje, que una semana después seguía usando. La pérdida de autocontrol, tan notable en un hombre orgulloso y

autoritario, me causó una profunda impresión. Esa noche le dije a Frederic que Parnell tenía serios trastornos nerviosos y que si no tenía cuidado, se volvería loco.

El destino fue misericordioso con él. Regresó a Brighton, junto a su adorada esposa, pero, pese a sus cuidados y devoción, murió en sus brazos en octubre de 1891, a los cuarenta y cinco años. Habían sido amantes durante once años.

Parnell era un gran carácter, si no un gran intelecto. Pero era natural que Inglaterra, que no supo aprovecharse de un hombre más grande, Burton, tampoco supiera usar a Charles Parnell. Y la miseria y desunión de la Irlanda actual proviene de esto. Parnell hubiera debido ser un héroe inglés. Su amor por la señora O'Shea fue el amor de su vida y se entregó a ella con la misma devoción exclusiva con que dedicó su vida política a la causa de Irlanda.

Casi todos daban por sentado que Gladstone era el mayor inglés de su siglo, pero yo siempre lo he considerado despreciable. Sus logros políticos fueron meramente locales.

Este juicio, erróneo hasta la demencia, que se hacía sobre Gladstone, me recuerda una cena a la que me invitaron en Londres, donde apareció por primera vez el señor Chauncey Depew. Todos ansiaban escuchar al hombre que llegó a Londres precedido por la reputación de ser el mejor orador de sobremesa de América.

Después de la cena, el señor Depew se puso de pie, precedido por fantásticos aplausos y alabanzas, e inició una larga serie de estupideces puntuadas con anécdotas caducas, tonterías que me eran conocidas desde la infancia. Habló interminablemente mientras el aplauso iba disminuyendo en intensidad. Finalmente, pregunté a un juez muy conocido que tenía enfrente:

—¿Ya no tiene bastante?

—Como para que me dure de por vida —replicó, y ambos nos pusimos de pie y abandonamos la habitación.

Años más tarde, le conté esto a un joven amigo de Nueva York, un tal Allan Dowling.

—Una vez escuché decir a Depew —contestó—, en Nueva York, las estupideces más inconcebibles que he oído en mi vida. El americano más grande que he conocido —dijo— fue indudablemente Abraham Lincoln; pero el hombre superior a todos

ha sido William Gladstone.

Hablando de estupidez monumental, sería difícil superar esta observación.

Cuando le conté a lord Wolverton, gran amigo mío, cómo me había desechado Chamberlain a mí y a la «Fortnightly Review» a causa de mi opinión opuesta al Libre comercio, me propuso inmediatamente que viera a Gladstone y lo pusiera en lugar de Chamberlain.

—Entonces —dijo el banquero—, tendrá todo el dinero que quiera y creo que con el respaldo de Gladstone tendrá mucho más éxito que con el de Chamberlain.

Esto me pareció evidente, de modo que convinimos en que iría a Combe, vería a Gladstone y tendría una charla con él.

A su debido tiempo, fui, pero no quedé muy impresionado con la charla de Gladstone durante la cena. Opinaba sobre todos los temas que se suscitaban, y hablaba bien, pero su rostro de águila y sus ojos luminosos eran más bellos que todo cuanto decía. Comprendí que había leído mucho, pero me pareció que, en cambio, había pensado poco.

Al terminar la cena, se apartó con un muchacho de Eton y juegaron a «Beggar My Neighbour»[31]. Hacia las diez, el joven de Eton subió a acostarse y Gladstone se acercó a una media docena de nosotros, que estábamos reunidos frente al hogar.

—¿Sacó algo del juego? —preguntó su huésped, lord Wolverton.

—Mucho —dijo Gladstone—. El muchacho me enseñó que cuatro *valets* pueden derrotar a todo el mazo.

Yo no pude contenerme.

—¡Buen Dios! —dije—. Hubiera creído que su experiencia, señor, le habría indicado ya que eso puede hacerlo uno solo.

Me miró y no dijo nada. Es evidente que tomó mi chiste como algo personal, aunque no había sido ésa mi intención.

Más tarde, lord Wolverton me dijo que había estropeado mis posibilidades con Gladstone. Le dije que creía que podría sobrevivir a ello, aunque no me disculpé por mi estúpida intervención.

Hace poco tiempo (escribo en 1926), un capitán llamado Peter Wright se metió en un lío al afirmar que Gladstone siempre estaba corriendo de la manera más lúbrica detrás de las mujeres. Por supuesto, la historia fue rechazada por su hijo, Herbert Gladstone,

hoy lord Gladstone. Pero no se puede tomar en serio la negativa de Herbert Gladstone.

En la Cámara de los Comunes era asunto sabido que Gladstone estaba siempre persiguiendo a las mujeres. También se decía que las muchachas acostumbraban a escribirle cartas de amor y que esas cartas eran llevadas a la señora Gladstone, quien, después de leerlas, las rompía, poniendo cuidado en que no llegaran al Gran Viejo.

Recuerdo con toda claridad a sir Charles Di’ke diciéndome que Gladstone no podía hacerle oposición, porque se sabía que era todavía más libertino que él. Pero mi creencia en el libertinaje de Gladstone estaba mejor fundada.

Aunque, ¿por qué habría de probarlo ahora? Un jurado inglés ha declarado su convicción sobre la bondad del señor Gladstone. ¿Qué más puede desearse? También un miembro irlandés del Parlamento, el señor T. P. O’Connor, ha afirmado que, en su opinión, el señor Gladstone no sabía nada de la intriga de Parnell con la señora O’Shea hasta que se enteró por el pleito, aunque la señora O’Shea, en su libro, ha declarado decisivamente que Gladstone lo sabía todo años antes de que estallara el escándalo. Tengo excelentes razones para estar de acuerdo con la señora O’Shea y sólo puedo lamentar que la memoria del señor T. P. O’Connor sea tan extrañamente sumisa al prejuicio inglés.

Pero, después de todo, ¿qué importan los O’Connor de este mundo cuando los Avory son jueces del asunto? La parte más graciosa de toda la broma llegó cuando el juez Avory aseguró, basándose en sus conocimientos del Inglés y del italiano, que la alusión de lord Millner a «Gladstone, gobernado por su Serrallo», era totalmente inocente y no constituía «una insinuación de que semejante hombre fuese un vulgar sensualista». ¡Qué lástima que el

juez Avory no haya fortalecido sus conocimientos con una mirada al diccionario del doctor Johnson! Gracias a este fenómeno judicial, Gladstone ha recibido, a la correcta manera inglesa, la absolución plenaria, y así queda justificada la hipocresía de quienes la profesan, y la sepulcral vida inglesa ha recibido un nuevo barniz.

No tengo la pretensión de que mi opinión tenga validez objetiva; no obstante, la doy para corroborar la osadía del capitán Wright. Pero nunca hubiera debido cuestionar a Gladstone sin mencionar sus juicios, que revelan la esencial mediocridad del hombre. Sus héroes eran Washington y Burke; para él, los más interesantes estadistas modernos eran lord Randolph Churchill y Parnell. Después de Gran Bretaña, su país favorito era, por supuesto, Estados Unidos. Aun en su campo predilecto de las palabras y el arte literario, sus opiniones eran mediocres. El autor moderno que más alta opinión le merecía era sir Walter Scott; para él, los grandes maestros de la prosa inglesa moderna eran Ruskin y el cardenal Newman, y la mejor biografía era la *Vida de Scott* de Lockhart. Pensaba que Homero, Dante, Shakespeare y Goethe eran los escritores más grandes, pero omitía a Cervantes y no parecía haber oído hablar de Turgueniev. Imaginen, poner a Newman como prosista por encima de Swift o de Pater, e imaginen a un primer ministro que era capaz de escribir una reseña sobre el genio de Marie Bashkirtseff.

Mi pelea con Gladstone no fue tan mala como otro error que debo relatar ahora. En su momento, descubrí que mi relación con Pigott había impresionado mucho a Arthur Walter. Su padre y el señor MacDonald, el gerente de «The Times», habían juzgado mal a Pigott, mientras que yo había llegado a conocerlo y lo había juzgado bien. La primera consecuencia del fiasco de «The Times» fue que John Walter prácticamente se retiró de la dirección del periódico y pidió a su hijo Walter que ocupara su lugar. Parece que Arthur, después de hablar conmigo, le dijo a su padre que pensaba que Pigott no era digno de confianza. Tan pronto como Arthur Walter tuvo poder en «The Times», me mandó llamar. Recuerdo que había ido al Hotel Metropole de Brighton con la señora Walter. Yo fui, tomé una habitación, acomodé mis cosas y subí a verlo. Lo encontré lavándose las manos para almorzar.

—Lo he mandado a buscar —dijo—, porque pienso que ahora

puedo ofrecerle ser jefe de redacción de «The Times». Creo que lo haría muy bien, pero primero quería saber qué piensa de Buckle, el actual redactor, y qué haría con él.

—Lo mantendría como redactor político —repliqué—. Parece abrigar la creencia conservadora de que ésa es la columna vertebral de «The Times» y tengo tantas cosas nuevas que hacer que no deseo hacer más rupturas con el pasado que las absolutamente indispensables.

—¡Eso está muy bien de su parte! —dijo Arthur Walter—. Supongo que sabe que, si por él fuera, el señor Buckle no le daría ningún puesto.

—Nadie, Walter —contesté—, ve por encima de su propia cabeza, de modo que debemos perdonar a Buckle, pero yo veo con toda claridad al pequeño señor Buckle, aunque tiene seis pies de altura. Mi idea es hacer una especie de cuartel general de gente que haga el periódico; conseguir redactores especializados en los grandes temas, por lo menos una docena, y después cincuenta corresponsales, los mejores hombres de todos los países de Europa.

—¡Buen Dios! —dijo Walter—. Me asusta. ¿Cuánto costaría eso?

—A los colaboradores extranjeros —dije— les daría unas doscientas libras al año, haciéndoles prometer que contestarán de inmediato a cualquier pregunta que se les haga; por supuesto, pagaríamos las colaboraciones aparte. Y, a la docena de redactores de Inglaterra, les daría mil libras al año, más el prestigio.

—Eso —dijo— sería un gasto adicional de veinte o treinta mil libras anuales. ¿Cómo cubriría la pérdida?

—Procuraría conseguir para cada página —dije, riendo— tres columnas de publicidad en América y Sudáfrica, lo cual triplicaría las veinticinco mil al año. Haría de la página editorial de «The Times» la mejor que se haya visto. Cada línea debe estar a la altura del más alto nivel de pensamiento, y agregaría una columna financiera que nos procuraría más efectivo.

Fuimos a almorzar y le hablé de mis ideas. Estaba muy impresionado hasta que declaré que transformaría al «Times» en un periódico de un penique, para conseguir una circulación de más de un millón de ejemplares.

—Mi padre y MacDonald han estudiado eso —dijo—, y dicen que es absolutamente imposible.

—Esa palabra no debería figurar en el vocabulario de «The Times» —dije.

Pero él prosiguió con toda seriedad.

—No tiene usted idea de con cuánto cuidado han estudiado el asunto, y el cabello de mi padre se volvería blanco si pensara que alguien va a hacer semejante cosa.

—Usted no puede permitirse —le dije— que el «Daily Telegraph» tenga una circulación diez veces mayor que «The Times». Le aseguro que es una medida necesaria, pero no presionaré hasta que el éxito de otras innovaciones le haya demostrado que tengo razón.

Meneó la cabeza y me rogó que me lo sacara de la cabeza. Por extraño que parezca, descubrí que la señora Walter compartía mi punto de vista.

—Si el señor Harris pudiera obtener una circulación de un millón para «The Times» —dijo—, seguramente la publicidad tendría mucho más valor. Y haciendo, como él dice, tu propio periódico, podrías tener un papel casi tan bueno como el actual, pero mucho más barato.

Me enteré entonces de que el suministro de papel de «The Times» estaba en manos de otra rama de la familia, que no consentiría fácilmente en ningún cambio importante.

Pero, cuando Walter comenzó a hablar de Oscar Wilde, cometí el gran error.

—Espero —dijo— que no lo emplearía bajo ninguna circunstancia en «The Times».

Repliqué que no me parecía que necesitara ningún empleo periodístico. Todo cuanto hacía era comprado velozmente por las revistas y las editoriales grandes.

—Me asombra que usted salga con él —dijo Walter—. Por su causa se está creando usted mala reputación.

—Realmente —dije—, nunca había oído decir que su enfermedad fuera contagiosa. El genio no es infeccioso.

—En los últimos seis meses —continuó Walter—, he recibido cientos de cartas, firmadas y anónimas, hablando de su relación con él y de la permanente defensa que de él hace.

Esto me sorprendió extraordinariamente. Por entonces, no tenía idea de la cantidad de corresponsales anónimos que hay en Londres.

Me costó mucho tiempo asimilar los efectos abyectos de la envidia, porque jamás en mi vida he envidiado a nadie.

—Defiendo a todo hombre capaz que conozco —dije con ligereza—. Todos ellos lo pasan mal en la vida, y apoyarlos es una especie de deber.

—En la medida en que no le dé trabajo —dijo Walter— no me importa, pero pensé que debía decirle que no hay nada más impopular que defenderlo.

—Siempre defiendo a mis amigos.

Walter pareció algo escandalizado, algo malhumorado también, por no decir fastidiado.

Unos quince días más tarde, Walter me dijo que había pedido a Moberly Bell, su corresponsal en Egipto, que fuera a Londres a ayudarlo.

—No podía enfrentar sus innovaciones, Harris, en especial en lo que se refiere al precio del periódico.

Supongo que me mostré demasiado seguro y esto lo asustó.

Registro aquí mis fracasos tanto como mis éxitos. Si hubiera sido un poco más diplomático, me hubiera ganado fácilmente a Arthur Walter porque era inteligente, tenía buen corazón y sólo deseaba lo mejor. Siempre me he culpado a mí mismo por este fracaso.

La «Fortnightly Review»

Cuando, en 1887, perdí el «Evening News», me entrevisté con Arthur Walter para hablar del asunto y, poco después, tuve una conversación con Frederic Chapman, de Chapman & Hall, editores de la «Fortnightly Review». Chapman me había dicho que Escott, el director en funciones, había tenido problemas con «The Times» al darles un artículo que, aseguró, era de Gladstone. Cuando le pidieron la prueba de lo que decía, porque Gladstone lo negaba, Escott pretendió no haber hecho jamás esa afirmación. En consecuencia, durante meses, «The Times» se negó a mencionar a la «Fortnightly Review». Chapman deseaba saber si eso cambiaría en caso de nombrarme director a mí. Arthur Walter le aseguró que sí.

He contado ya cómo conocí a Arthur Walter, de «The Times»; nuestra relación duró desde 1885 a 1895 o 96. Todos los veranos, acostumbraba a ir tres o cuatro veces a su casa de campo cerca de Finchampstead, y durante el invierno nos encontrábamos una o dos veces por semana para almorzar o cenar. A menudo pasábamos la velada jugando al ajedrez. Yo acostumbraba a dejarlo ganar bastantes veces, porque esto le complacía muchísimo. Siempre pensé que era con ese espíritu que Gattie, el campeón *amateur*, me dejaba ganar de vez en cuando, aunque no con frecuencia, porque su prestigio se lo impedía.

Arthur Walter era mayor que yo y quedó muy sorprendido cuando descubrió que era un buen helenista. Él había obtenido honores en Oxford. Recuerdo que probaba mi erudición de mil maneras extrañas. Por ejemplo, una vez citó una frase de Tucídides, donde afirmaba que el mundo era la tumba de los hombres famosos, y le agradó mi sencilla traducción. En otra ocasión me mostró el final de un capítulo de Tácito en el cual el historiador romano dice: «Por esa época, llegó a Roma la noticia de que cincuenta mil judíos, hombres, mujeres y niños, habían sido muertos en las calles de Siracusa».

—Su comentario es *Vili damnum*. ¿Cómo lo traduciría usted? —

quiso saber Arthur Walter—. ¿Cómo una pérdida sin importancia?

—Como «menudo alivio» —propuse, y quedó encantado.

—La valoración exacta —declaró.

Cuando Arthur Walter dijo que me creía apto para cualquier dirección de publicación, incluyendo la de «The Times», Chapman me pidió que fuera a verle al día siguiente y me dijo que podía encargarme cuando quisiera de la «Fortnightly Review». Por entonces, Escott estaba enfermo; su salud se había quebrantado. Dije que me haría cargo de la «Review» con la condición de que los salarios del primer año se le entregaran a Escott, porque sabía que su posición económica no era buena. Se arregló así y me instalé formalmente como director de la «Fortnightly Review».

Poco después, Chapman me dijo que John Morley deseaba verme y lo llevó a mi despacho. Morley había sido director de la «Review» durante unos quince años y era una especie de enlace con los fundadores, Lewes, George Elliot y Herbert Spencer. Según la opinión popular, su período como director se resumía en el hecho de que siempre había escrito Dios con «d» minúscula. Charlamos agradablemente durante algunos minutos y entonces dijo:

—¿Sabe?, me siento muy culpable. Últimamente, me he dedicado mucho a la política y poco a la edición. En esas dos capas que hay ahí —y señaló dos capas que había en un rincón de la habitación— están las pruebas de mi ociosidad. En ésta —y señaló una de las cajas— pongo los artículos que no voy a aceptar; y en aquella otra, los artículos que podría utilizar en cualquier momento, si lo deseara.

En esa época, Morley debía tener unos cuarenta y cinco años. Figura escueta de unos cinco pies diez pulgadas de altura; labios apretados como los de quien está acostumbrado a controlarse; ojos fríos y grises, reflexivos y una gran frente. «Una cara triste», me dije, tratando de encontrar una palabra expresiva. Era evidente que yo no le gustaba mucho. Yo era tan franco y extrovertido como él reservado y, mientras que él ya había ascendido un buen tramo de las escaleras, para mí eso no significaba nada y despreciaba la ascensión. Además, sus dioses no eran los míos y estaba tan evidentemente orgulloso de su educación en Oxford, como yo desdeñoso de toda erudición.

Realmente, a los hombres les resulta muy difícil medir a la gente

más joven que está ocupando su lugar. Todos vemos sus limitaciones, pero resulta infinitamente más difícil estimar lo que prometen con mayor precisión que lo que hacen. Tal vez, podríamos juzgarlos mejor por sus admiraciones no eruditas y académicas y, por lo tanto, en alguna medida originales. Morley no se tomó el trabajo de ser justo conmigo. ¿Y por qué hubiera debido hacerlo? No había por entonces muchas razones que me hicieran digno de conocimiento, y él fue cortés.

Recuerdo que me enseñó un artículo donde había una cita griega.

—No lo he corregido, señor Harris —dijo—, ni he mirado los acentos. Supongo que lo hará usted —dándome cortésmente crédito de conocimiento suficiente.

Yo dije algo sobre que los acentos me resultaban más fáciles después de haber aprendido griego moderno en Atenas.

—¿De veras? —dijo, aparentemente sorprendido—. Debe de haber sido una experiencia interesante. ¿No ha cambiado la pronunciación con los cambios en el lenguaje?

—Los eruditos procuran pronunciarlo a la antigua —repliqué—. Actualmente, en la universidad de Atenas, muchos profesores y alumnos se vanaglorian de hablar griego clásico.

—Sorprendente —exclamó—. Algún día tiene que hablarme de eso. Muy interesante.

Pero ese día no llegó nunca, porque, si la política lo absorbía a él, a mí me absorbían la vida y la literatura.

Tenía curiosidad por ver el trabajo de dirección de Morley, de modo que revisé las dos cajas, devolviendo casi todos los manuscritos a sus autores y excusándome por la tardanza, que apenas podía imputárseme; pero, en la caja de los rechazados, descubrí dos artículos que me interesaron. Uno era de Lyn Linton, la novelista y periodista, sobre «La muchacha moderna» y estaba muy graciosamente escrito. Por supuesto, escribí a Lyn Linton, lamentando la tardanza. Vino a verme y de inmediato nos hicimos amigos. Yo hubiera debido conocer su obra previa, pero no la conocía. Se había casado con Linton, un grabador de verdadero talento, y él la había abandonado. Ella trabajó con su talento como escritora, y esto la puso en primera fila entre las mujeres de la época. Era encantadora y seguimos siendo amigos durante años,

hasta que tomé la costumbre de irme al extranjero todos los inviernos y gradualmente nos perdimos de vista.

El otro manuscrito, que me pareció excelente, llevaba un título curioso, «El redescubrimiento del Único», y estaba firmado por quien para mí era un perfecto desconocido: H. G. Wells. He hablado ya de esto en mi retrato de Wells, y también de nuestra posterior conexión, cuando conseguí que hiciera críticas literarias para mí en la «Saturday Review».

Morley, mediante su elevación a un puesto de poder como político, nos permite juzgar cuán más alto es el nivel medio del intelecto en el campo de la literatura que en el de la política. Porque Morley estaba en el primer puesto, políticamente hablando. Ministro de Irlanda y después de la India, siempre una figura considerable, aunque entró tarde a la arena y sin la riqueza necesaria para el éxito supremo. Por otra parte, en literatura Morley jamás desempeñó un papel distinguido. Ni siquiera podía brillar con el lustre reflejo. En vano, escribió las vidas de Cobden y dé Gladstone, con todas las ventajas que da el conocimiento de primera mano y la ayuda alegremente prestada por la familia y por distinguidos contemporáneos. Su trabajo sigue siendo estéril, académico, árido, divorciado de la vida, desasistido de genio, desatendido por el arte. ¡Una cara triste y un triste intelecto!

La verdad es que el político, como el banquero o el abogado, sólo necesitan superar a sus competidores vivos, los mejores del día y la hora, para alcanzar la supremacía. No podemos comparar a los Gladstone con los Canning, de la misma manera que tampoco podemos comparar a Washington con Lincoln. Sin embargo, los literatos y artistas se enfrentan con una competencia superior y más severa. Shaw escribe una obra; Kipling un cuento. Pero la mejor obra de Shaw es comparada de inmediato con la mejor de Molière o de Ibsen y Kipling tiene que padecer la comparación con lo mejor de Turgueniev o de Mauppasant, el más grande, no de una generación, sino de toda época.

Expuesto a esta prueba superior como literato, Morley fracasó ruidosamente, pese a su éxito como político.

Sin embargo, se entiende que en su vida abundaban los elementos nobles. Su carácter era mucho mejor que su intelecto, y sus asociados políticos confiaban en él y lo estimaban de manera

singular, pese a cierta vena doctrinaria de pedantería y franqueza. Si no hubiera sido por su cultura, que espantaba a los ministros, probablemente lo hubieran llamado el Honesto John.

Cuando me hice cargo de la «Fortnightly Review», Chapman y Hall iban a pagarme quinientas libras anuales y el diez por ciento del beneficio neto. Si duplicaba la circulación me darían el quince por ciento del beneficio neto. Le dije a Chapman que la duplicaría en el primer año y prácticamente lo hice, pero no saqué nada de la «Fortnightly Review». Acostumbraba a gastar mi sueldo en pagar más a los colaboradores, en especial a los poetas. Era costumbre no pagar más de dos libras la página de cualquier poema, pero a Matthew Arnold y también a Swinburne les pagué veinticinco libras la página, que salían de mi salario.

Como editor de la «Fortnightly», me resultó muy fácil al comienzo llevarme bien con Frederic Chapman, pero sus directores eran en su mayor parte hombres de negocios estúpidos, sin cerebro. Recuerdo que, cuando escribí mis primeros cuentos, «Montes the Matador» y «The Modern Idyll», se los llevé a Chapman y le pedí que los leyera. Lo hizo y me dijo que estaban bien, pero, cuando publiqué «The Modern Idyll» en la «Review», hubo un gran revuelo en la prensa. El «Spectator» criticó apasionadamente el cuento. Yo pensé que quien lo había condenado era Hutton, el dueño principal, con sus grandes prejuicios clericales, pero, cuando fui a verlo, descubrí que había sido su socio, Townsend, un ateo convencido, que había jugado a ser crítico. Me dijo que pensaba que el cuento era terrible. Un dignatario disidente, el reverendo Newman Hall, creo, escribió destrozando el cuento y haciendo un gran lío. El resultado de esto fue que los directores de la «Fortnightly» se reunieron y me pidieron que no insertara ningún otro cuento mío en la «Review». De inmediato, rompí mi acuerdo con ellos y les dije que se encontraran a otro director literario tan pronto como pudieran.

Al mismo tiempo, Frederic Chapman le contó a Meredith, quien era por entonces lector de Chapman & Hall, la manera en que los directores me habían condenado y Meredith viajó a Londres para protestar. Lo vi por primera vez en el despacho de Chapman. Para mí fue una experiencia inolvidable. Era uno de los hombres más apuestos que había conocido, de estatura algo por encima de la

media, enjuto y nervioso. Una cabeza espléndida, enmarcada por cabellos de plata, pero tal vez porque era sordo, hablaba en voz muy alta.

—No debemos permitir que estos directores nos aplasten —gritó —. Les hablaré y les diré que nunca vi en la «Fortnightly Review» un cuento mejor que «Montes».

Y lo hizo, porque retiraron su condena de mis historias y me rogaron que reconsiderara mi renuncia, cosa que hice.

Unos meses después de haberme encargado de la «Review», tuve una disputa con Henry James que tal vez merezca la pena relatar. Entre 1890 y 1905, solía verlo de vez en cuando en Londres. Creo que fue lady Brooke, esposa del segundo Rajá de Sarawak, quien me lo presentó en un *garden-party*. La *ranee* era una de sus más devotas admiradoras. Tenía un sentido peculiar de ciertos valores literarios, o tal vez debería decir de ciertos literatos. Para mí, James era sólo un nombre. No había leído ninguna de sus obras, excepto algunos ensayos o apuntes de viajes por Francia que me resultaban medianamente interesantes a causa del tema, aunque totalmente vulgares en su tratamiento. El libro me recordaba un par de volúmenes de Tauchnitz sobre los viajes por Italia de W. Dean Howells, y a partir de entonces siempre puse a ambos hombres en mi estimación como absolutamente prescindibles.

No tengo intención de adelantar este juicio sumario como crítica justa, ni siquiera como opinión ponderada. Lo doy simplemente como ejemplo de mi rechazo de cualquier valor literario que no me parezca superior.

Casi de inmediato, Henry James confirmó mi opinión algo desdeñosa sobre su inteligencia al elogiar excesivamente a mi predecesor en la «Fortnightly Review».

—Debe haber sido un privilegio —me dijo— suceder a semejante director literario. Considero al señor Morley y a Leslie Stephen casi los primeros hombres de letras de Inglaterra. Supongo que estará de acuerdo conmigo.

—¡Por supuesto que no! —exclamé—. ¡Cómo! ¡Con Browning, Swinburne, Tennyson y Arnold todavía vivos, para no hablar de Meredith!

—Por supuesto —me interrumpió—, estos poetas vienen primero. Yo me refería a los prosistas, a esos hombres a quienes los

franceses llamarían «hombres de letras».

—Es ridículo —insistí— mencionar a hombres como Morley y Stephen en primera fila; no son más que mediocridades académicas. Ninguno de los dos ha escrito nunca una letra que perdure.

—Me temo no estar de acuerdo con usted —dijo con desagrado cortés.

—Sólo los creadores están en primera fila —insistí—. Morley y Stephen son sólo peones, incapaces de crear.

Después de esto, James pareció evitarme y yo no tenía deseo de llevar adelante la relación. No me atraían ni su apariencia ni su personalidad. Era algo más alto que la media y bastante fornido. Un rostro pesado con el contorno difuminado por la grasa. Los ojos, ventanas medianas, tal vez más observadores que reflexivos; la voz, descolorida, convencional y sus modales también convencionales. Además, James siempre estaba bien vestido a la manera convencional. Recuerdo que después pensé, con cierta impertinencia, que su nariz bien formada, prominente, algo judía, era la verdadera clave de su carácter. Siempre llamo a la nariz el timón de la cara y en la máscara de James había manifiestamente más poder de control que poder motivado en la pasión o el entusiasmo. No era hombre que me interesara de ninguna manera.

La llamada oscuridad de James nunca me pareció ofensiva. En realidad, esta acusación hecha contra un autor constituye más bien un aguijón para mí. Después de haberme obligado una vez a leer y a comprender a Kant, me creo capaz de encontrar un significado en cualquier libro en el que haya un significado que descubrir, de modo que me puse a desentrañar varias de las oscuridades de James. Pronto deshice los nudos, pero, ay, mis esfuerzos no se vieron recompensados. «Mucho ruido para nada», me dije, y dejé el libro a un lado para no reabrirlo nunca más.

Descubrí también que los admiradores de James eran gente sin importancia como jueces literarios. Proyectos de genios, en su mayor parte, o mujeres de la sociedad. En consecuencia, pronto quedó definitivamente clasificado en mi estimación… otro Howells sin rastro de talento, dedicado a la pintura esforzadamente industriosa de los vulgares americanos. Pero estaba destinado a ser conmovido en ésta creencia tan cómoda.

Un día, almorzó con nosotros Max Beerbohm y después fuimos a

dar un paseo por Richmond Park. De pronto, mencionó un libro de Henry James y me preguntó si lo había leído.

—Gracias a Dios —repliqué— siempre tengo algo mejor que hacer que perder el tiempo con James.

—Creo que se equivoca —dijo Max—. A mí me parece interesante. Con esas frases elaboradas consigue efectos que sería difícil conseguir de otro modo.

—No querrá decir que tiene verdadero mérito —exclamé—. No puedo creerlo, pero, si usted lo dice, lo leeré otra vez. ¿Cuál de sus libros le gusta en especial?

Max mencionó dos. He olvidado cuáles eran. Ni siquiera su alabanza podía superar mi disgusto y repugnancia establecidos. No obstante, no olvidé su opinión y la registro aquí, aunque jamás conseguí cambiar mi sensación de que el hombre que admira a los peones no puede estar entre los maestros.

Un día alguien me envió un librillo de James rogándome que lo leyera e hiciera alguna reseña de lo que él pensaba una obra maestra. Recordando la apreciación de Max, me senté y devoré el libro. Era la historia de dos niños, un varón y una mujer, que habían sido corrompidos, si no recuerdo mal, por alguna maestra o gobernanta. Eran una parejita vil, muy bien presentada. Parecidos a la vida, pero no vivos. Un estudio de la perversidad infantil… peor que inútil, porque ni siquiera es natural. Nunca volví a leer otra línea de Henry James.

Pero una noche me lo encontré, sentado frente a mí en alguna gran cena pública. Después de los primeros saludos, no le presté atención y hablé principalmente con el hombre que estaba a mi lado, que demostraba cierto gusto por las letras. No sé cómo fue, pero el hecho es que la charla recayó en Sainte-Beuve. Mi compañero de mesa daba por sentado que era un gran crítico.

—No es crítico de valía —declaré—. Sería difícil encontrar a un hombre más sobreestimado.

—¿Y cómo explica usted —preguntó Henry James desde el otro lado de la mesa— que Arnold y otros hablen de sus juicios con tanto respeto? ¿A quién pondría usted por encima de él, como crítico?

—A todos los creadores —repliqué—, pero, por supuesto, a Goethe y a Balzac, los únicos críticos que me interesan.

—Jamás había escuchado desdeñar a Saint-Beuve —respondió James—. Todos los escritores franceses lo admiran.

—Le pido perdón —repliqué—, pero Balzac lo llamaba «Sainte-Beuve, el pequeño» y está destinado a ser conocido como «el mezquino Sainte-Beuve». El honor de un crítico consiste en elegir a los grandes entre sus contemporáneos y ayudarlos a obtener reconocimiento y fama. ¿Qué hizo Sainte-Beuve? Le negó genio a Víctor Hugo y le dijo a Balzac que la abundancia de impurezas en sus libros los transformaba en alcantarillas. De *La cousine Bette*, dijo: «Esos infames Marneffes infectan la obra con sus olores metafísicos». Comparó a Flaubert con Eugenio Sue y declaró que era una lástima que no escribiera tan bien como George Sand. También despreció y les negó su favor a los Goncourt, a Teófilo Gautier y a Baudelaire. Condenó a los grandes de su tiempo. La verdad es que era un hombre pequeño y sólo podía juzgar imparcialmente a los que eran más pequeños que él; nadie puede ver más allá de su propia nariz.

—Ésta es *su* opinión —dijo James con bastante rudeza.

—Es la mía hoy —salté—, pero será la de todos mañana. La verdad hace conversos.

En este año de 1926 ha aparecido el libro póstumo de Sainte-Beuve, *Mes poisons*, cincuenta años después de su muerte, y hasta sus admiradores franceses han quedado escandalizados por sus equivocaciones venenosas.

Después de que Meredith acudió en mi ayuda en la «Review», todo funcionó estupendamente durante mucho tiempo. Yo sentía más respeto por Meredith que por doce James juntos.

Cinco o seis años después, Londres y París fueron conmovidas por las bombas arrojadas en París por Henri y Ravachol. Publiqué en la «Fortnightly Review» un artículo sobre ambos hombres escrito por un amigo personal de ellos, donde elogiaba a Henri como uno de los seres humanos más dulces y nobles. Chapman me dijo que se sentía escandalizado y al mismo tiempo me hice consciente de que Oswald Crawfurd, quien había estado en la embajada inglesa en Lisboa y ahora estaba de regreso, transformado en un gran hombre, estaba intrigando contra mí. Pero yo había duplicado la circulación de la «Review», y Walter y otros admitían que la editaba con gran capacidad. En consecuencia, no temía por mi posición.

Se había vuelto algo difícil trabajar con Chapman. Por naturaleza, era un hombre de negocios conservador del anticuado tipo inglés. Odiaba la poesía y pensaba que debía pagarse de manera ordinaria. Cuando descubrió que yo estaba dando mi salario para pagar a sus colaboradores, quedé disminuido en su estima. Le parecía monstruoso darle a Swinburne cincuenta libras por un poema. Y, a veces, cuando yo compraba un artículo que me parecía maravilloso, él se negaba a aceptarlo a ningún precio. Y así como le desagradaban el arte y la literatura, odiaba el movimiento social de la época con un odio específicamente inglés. Miraba a un socialista como a una especie de ratero y hablaba de un comunista como de alguien que siempre tiene la mano dentro del bolsillo de su vecino. Mi defensa de Henri y Ravachol le conmovió profundamente. Y, sin la simpatía de Chapman, yo no podía hacer de la «Review» lo que deseaba que fuese. Chapman no quiso aceptar la «Balada para una monja», de Davidson; la retiró cuando vio las pruebas, pese a que estaba pagada, y Bernard Shaw era anatema para él. Gradualmente, a medida que evolucionaba, mi posición como director literario de la «Fortnightly Review» se me fue haciendo desagradable. Era como un niño cuyo crecimiento es estorbado por trajes demasiado estrechos.

Un día, Chapman quiso saber por qué nunca había pedido los porcentajes atrasados de los beneficios que se habían ido acumulando durante cinco o seis años o más. Le dije que no me importaba nada el dinero y él me contestó que los directores opinaban que debía haber un arreglo de cuentas. ¿Cuánto quería yo?

—Si es para librarse de mí —dije—, quiero el total. Si está satisfecho conmigo, deme lo que quiera, no me importa. No hago la «Fortnightly Review» por dinero.

Según esto me ofreció, me parece, alrededor de un tercio de lo que me correspondía, unas quinientas libras, diciéndome que no tenía intención de librarse de mí. Acepté su oferta, le di un recibo por el total, y dos meses más tarde los directores me anunciaron el despido. Seis meses después, tendrían a otro director literario. ¡Quedé estupefacto! Pronto supe que se esperaba que ese director sería Crawfurd. Un día lo encontré en las oficinas y le dije con toda claridad que, si lo nombraban director, yo expondría toda la intriga

y demostraría que me habían estafado en mil libras.

—No me importa quién sea mi sucesor —dije—, pero usted no se aprovechará de su traición —y le dije lo mismo a Chapman.

Nunca había recibido en mi vida un golpe como ése. Antes, no me había sucedido perder una posición que me importara y, al comienzo, me sentí desesperado ante la idea de ser suplantado en la «Fortnightly». Ese verano me fui río arriba, a Maidenhead, para disfrutar de una especie de vacación, pero no podía dejar de pensar en mi humillación. Tenía insomnios nocturnos y días de miseria y dolor. Estaba realmente enfermando y había llegado al borde de un desequilibrio nervioso, cuando Willie Grenfell, hoy lord Desborough, sin saber nada de mis problemas, se compadeció de mí y comenzó a enseñarme a navegar en batea. Su compañerismo y amabilidad me sacaron del pozo de desaliento y pospusieron el día fatal.

Ésta fue la ocasión de mi primer encuentro con Stead, el famoso editor de la «Pall Mall Gazette». Hacía poco tiempo que había creado la «Review of Reviews». Me pidió que lo visitara y quiso saber la razón de mi abandono de la «Fortnightly». Le expuse los hechos, haciéndole prometer que no diría nada especial sobre Oswald Crawfurd, quien prácticamente me había desposeído. Lo prometió y, dos o tres días después, me envió un artículo detallado sobre todo lo que le había dicho y más. Me negué a permitir que se publicara y finalmente insertó una declaración descolorida.

Stead era un ejemplo extraordinario del tipo de inglés de clase media baja. Sin educación clásica, sin comprensión de ninguna lengua o pueblo que no fueran los propios. No obstante, tenía una gran energía y una comprensión acabada de las fuerzas actuantes en Inglaterra, en especial de la mojigatería religiosa y la disidencia. En la «Pall Mall Gazette» inició una cruzada contra la lujuria de lo que llamaba «la moderna Babilonia» y, por una estúpida exageración, se las arregló para pasar seis u ocho semanas en prisión. Tenía una pésima opinión de Sir Charle Dilke. Declaraba que nadie que fuera infiel a su esposa era merecedor de estar en la Cámara de los Comunes. Por supuesto, en este asunto, me enfrenté a él y dije que Dilke era uno de nuestros políticos más capaces. Quería saber por qué Stead privaría a Inglaterra de sus indudables servicios públicos con el objeto de conducirlo a la vida privada, en la cual había

fracasado lamentablemente. Pero Stead se aferró a su maldición y arrastró consigo el poder de los disidentes para echar a Dilke de la vida pública.

Hay un incidente que creo que debo relatar aquí como ejemplo ilustrativo de la vida pública inglesa y del efecto de la ignorante opinión democrática incluso sobre los estadistas más eminentes. Dilke vino a yerme un día y me dijo que al comienzo de la pelea por el juicio de divorcio, se había puesto enteramente en manos de Gladstone mediante una carta. «Si usted cree que sería bueno para el partido», escribió, «renunciaré al Parlamento y a la vida política. Comuníqueme sus deseos y le aseguro que los respetaré».

—Gladstone —dijo— me escribió una respuesta encantadora, diciendo que sentiría muchísimo perder mis grandes capacidades y que como líder del partido no pensaba que tuviera derecho a jugar a censor. «En todo momento, ponía, me siento orgulloso de su apoyo».

Poco después, Stead se consiguió una delegación de mujeres que acudieron a Gladstone para pedirle que se librara de Dilke. En consecuencia, el Gran Viejo escribió a Dilke pidiéndole que le devolviera su carta y Dilke me dijo que pensaba hacerlo.

—Si lo hace —le dije—, lo arrojarán por la borda. Por favor, diga usted que la tiene en tan gran estima que no puede de ninguna manera devolverla, pero envíele una copia.

La respuesta de Gladstone a las mujeres fue totalmente característica.

He perdido las notas que tomé entonces, pero recuerdo gran cantidad de inanidades y su significativa negativa a emprender una acción contra un colega. Pero, si Gladstone hubiera podido rescatar su carta, creo que hubiera entregado a Dilke a los lobos.

En mi fuero interno siempre he comparado a Stead en Inglaterra con Bryan en América, y quedé más bien aliviado cuando se perdió en algún naufragio y nos libramos de él… así como me alegré cuando Bryan murió durante el juicio Dayton, una desgracia para la civilización americana.

Hay un recuerdo de Stead que brilla en mi memoria. Una vez estaba hablando de él con la señora Frankau, una de las mujeres más ingeniosas de Londres y una de las más encantadoras. Me contó, riendo, cómo se había insinuado a Stead y lo había alentado,

hasta que un día él cayó de rodillas a sus pies y la rodeó con sus brazos. «¡Por fin!», se dijo ella… cuando de pronto él anunció que iba a rezar para que siempre pudiera serle fiel a su marido. Reí hasta las lágrimas ante la inesperada estupidez del asunto.

El periodismo inglés consideraba a Stead un gran poder para mejor, aunque en realidad era una influencia oscura, atrasada, miope en su patrioterismo, como se verá cuando llegue al asunto Jameson y su persistente defensa de Rhodes.

Pero, en ese momento, yo estaba en un callejón sin salida y sufría de los nervios por primera vez en mi vida. Con frecuencia me sentaba en un rincón y lloraba. Era incapaz de controlarme, no conseguía mejorar y estaba muy cerca del derrumbe nervioso. Se acercaba el día fatal en el que quedaría sin trabajo. A veces, sentía que iba a volverme loco. Ni el ejercicio al aire libre con Willie Greenfell ni la vida regular y tranquila me hacían ningún bien. Finalmente, casi desesperado, me fui de Maidenhead y regresé a Londres.

Me sucedió una pequeñez que puede tener algún valor para los neurópatas. Había estado trabajando mucho todo el tiempo y, una noche, tarde, tuve que regresar a casa en tren. Fui a la estación de Waterloo. El mozo me abrió la puerta y me instalé en el vagón de costumbre. No le había preguntado si era o no mi tren, pero deseaba preguntárselo y de pronto descubrí que no recordaba el nombre de mi estación. Me aterroricé y la espantosa comprobación me dejó en blanco. No podía recordar siquiera mi nombre. Durante un momento, descendí al abismo de la desesperación. ¡La vida sería imposible sin memoria! Decidí dormir y me instalé en mi rincón. Cuando el tren se ponía en marcha, un hombre saltó dentro.

—¿Es éste el tren de Richmond? —preguntó—. Me dijeron que sí, pero no estoy seguro.

—Pregúntele al mozo —ladré— y déjeme solo.

—¡Buen Dios! —exclamó y se bajó en la estación siguiente, pensando evidentemente que estaba en el vagón en compañía de un lunático.

Esta diversión me dio sueño, me parece, porque me desperté tres estaciones más allá de mi destino. En Richmond conseguí un coche de alquiler y le dije al conductor que me llevara de regreso a Putney, tocara la campanilla y me depositara frente a mi puerta, y

en ese caso le pagaría doble. Me acurruqué en el rincón del coche y volví a quedarme dormido, y cuando llegué a casa estaba en mis cabales, con mi memoria intacta. Pero siempre me ha acompañado el miedo. El sueño es el mejor sedante nervioso.

Durante algún tiempo, nada parecía salirme bien, pero pronto llegó un cambio inesperado en mi suerte que tuvo la más saludable influencia sobre mi salud. En otro capítulo hablaré de esto.

Fue precisamente cuando perdí la «Fortnightly», a mediados de 1895, cuando la tragedia de Oscar Wilde llegó a su punto culminante.

He contado ya la historia en mi *Vida de Wilde*, tan cuidadosamente como pude y en plena posesión de los hechos y notas tomadas en ese momento. Bernard Shaw ha dicho que, durante un almuerzo con Oscar en el cual estaba presente, en el Café Royal, yo le predije a Oscar los resultados de su juicio con tal exactitud que Shaw se maravilló de ello después. Realmente, pienso que mis años de periodismo, el juicio Dilke y mi conocimiento de jueces y políticos, me habían enseñado a conocer Inglaterra y la opinión inglesa dominante muy íntimamente. Oscar, aunque nutrido y criado en ella, no la comprendía. Siempre estuvo seguro de que se libraría con una sentencia mínima. Yo sabía que le darían la pena máxima, que lo insultarían y ofenderían, tanto los jueces como la prensa. El sistema judicial inglés me es odioso por su bárbara severidad, pero lo que nunca comprendí hasta que llegó este juicio fue que el caballero inglés común era tan vil como el juez. Durante el tiempo anterior al juicio, hasta los ingleses de clase alta le negaron el saludo a Wilde en público e incluso antes de que lo condenaran. George Alexander borró su nombre de la propaganda de su obra, mientras seguía aprovechándose y manteniendo la obra de teatro en cartel. El odio manifestado a Oscar Wilde me hizo comprender por primera vez lo que quería decir Shakespeare cuando hablaba de «este mundo odioso». Las damas y los caballeros se avergüenzan de mostrar respeto y afecto en público, pero ninguno de ellos se avergüenza de mostrar desdén, desprecio y odio… por vanidad; el pequeño animal humano se siente siempre orgulloso de exhibir lo peor de sí mismo.

Cuando Oscar fue condenado, yo ya no tenía poder en la «Fortnightly Review» y su juicio tuvo lugar antes de que consiguiera

la «Saturday Review», de modo que no disponía de un órgano de poder. Traté de escribir algo sugiriendo una sentencia más moderada, pero no conseguí que nadie me lo publicara. Había allí un hombre brillante, uno de los mejores conversadores del mundo, que había dado horas de deliciosa diversión a cientos de personas y, sin embargo, todos parecían alegrarse de manifestarle su desprecio, y el juez, que olvidó su posición y lo insultó, fue aplaudido con entusiasmo.

Ruggles-Brise, el director de la Comisión de Prisión, me dijo que, si podía conseguir que media docena de literatos rogaran al secretario del Interior que hiciera menos dura la prisión de Oscar permitiéndole leer y tener luz en la celda por la noche, se les concedería lo que solicitaran. Escribí una petición tan descolorida como me fue posible y pedí a Meredith que la firmara, pero no quiso. Nunca pude entender por qué. También Shaw pidió que se lo excusara. Pero la negativa de Meredith realmente me chocó, porque yo había llegado a pensar que era uno de los Inmortales. La verdad es que todos se pusieron contra Oscar de la manera más sorprendente.

Un par de incidentes que se produjeron cuando salió de prisión, después de haber cumplido su pena mediante terribles sufrimientos, ilustrará lo que quiero decir.

Una noche, en París, me encontraba cenando con Oscar Wilde en el Café Durand y cierto lord inglés a quien conocía se acercó sonriente a mí, pero, en cuanto vio a quién me acompañaba, se detuvo en seco, dijo «¡Dios todopoderoso!», se volvió y abandonó el lugar. Uno o dos días después, estaba yo subiendo en ascensor en el Hotel Ritz y el mismo caballero subió en el segundo piso. De inmediato me saludó, diciendo:

—Siento tanto lo del otro día, Harris, pero, cuando vi con quién estaba, no pude hablarle. Qué idea, presentarse en público con ese hombre.

—Ya sé —dije— que no hay muchos Inmortales. No me sorprende que no desee conocerlos, pero ¿por qué no olvidarme a mí también? Sería lo mejor, ¿no le parece? —y me volví y me puse a hablar con el botones.

En Niza, nos sucedió algo peor. Había llevado a Oscar al Café de La Régence y estábamos cenando cuando entró un inglés con una

dama. Se detuvo cerca de la mesa miró a Oscar y se sentó en la mesa contigua, detrás de nosotros, diciendo en voz alta a su compañera:

—¿Sabes?, ahí está ese infame de Oscar Wilde; imagínate, se atreve a presentarse en público.

La cara de Oscar se puso lívida. Yo había visto ya que tenía al alcance de la mano una pesada jarra de agua. Si el hombre hubiera dicho una sola palabra más, se la hubiera estrellado en la cara. Me volví hacia él y dije:

—Su grosería es demasiado audible. Un poco más y lo lamentará. Y ahora, lo mejor que puede hacer es irse a otro salón.

Afortunadamente, en ese momento, entró el gerente y acudí a él. Me conocía bien y le dijo al hombre que no podían atenderlo, pidiéndole que abandonara el lugar. La pareja tuvo que irse. Oscar temblaba de pies a cabeza.

—¡Por Dios, Frank! —exclamó—. Qué horrible. ¿Por qué me odian así? ¿Qué daño les he hecho?

—Piensa en la niebla de Londres —repliqué—. Les impide ver claro. No te preocupes por ellos. ¿Acaso Shakespeare no dijo que éste era «un mundo odioso»?

¡Muchos años más tarde, me tocaría a mí descubrir lo que podía hacer «este mundo odioso» para manifestarme su disgusto!

Boxeo profesional

En mi segundo volumen, hice un largo relato sobre la glotonería en los banquetes londinenses del alcalde y en especial de la conducta bestial del alcalde más celebrado de la ciudad: sir Robert Fowler. En el último capítulo de este volumen, contaré las objeciones que hicieron a este relato los ingleses y cómo procuraron que la policía secuestrara mis libros en Francia.

No deseo denigrar a los ingleses. Cuando regresé a Londres en el 80 u 81, fueron más amables conmigo de lo que fueron los norteamericanos cuando fui a Nueva York en 1914, con una reputación bien establecida. En los treinta y pico de años que pasé en Londres, muchos ingleses se hicieron muy amigos míos y en especial uno, Ernest Beckett, lord Grimthorpe, de quien tendré mucho que decir más adelante. Fue, con excepción del profesor Smith de Lawrence, el mejor amigo que he encontrado en este peregrinaje terrestre, pero aún hoy muchos ingleses e inglesas siguen siendo amigos míos. Sin embargo, estoy decidido, como uno de los espías de Dios, a decir la verdad sobre ellos tal como la veo.

No sé cómo llegué a ser miembro del National Sporting Club, pero siempre me interesó mucho el atletismo. Puedo decir algo sobre la perfecta condición física para convencer a los atletas de que sé de qué estoy hablando. Entre los treinta y los cuarenta años, todas las mañanas me entrenaba media hora con un boxeador profesional. Cuando estaba en perfecto estado, mi mano acostumbraba a golpear antes de ver la apertura; si la veía antes de golpear, sabía que estaba desentrenado. La acción inconsciente debería ser más rápida que la consciente.

En los últimos años de la década del ochenta y los primeros de la del noventa, acostumbraba a ir dos veces por semana al Sporting Club. De la misma manera que descubrí que mi idea de una buena cena no era la sustentada por los participantes en los banquetes del alcalde, descubrí también que mi idea de *fair-play*

no era la de la mayoría de los miembros del Sporting Club de Londres.

Recuerdo muy bien una tarde en que boxeaban dos pesos ligeros, muchachos de unos veinte o veintitrés años. En el tercero o cuarto *round*, uno de ellos encajó un fuerte golpe en la mandíbula y dio unos pasos vacilantes por el cuadrilátero, procurando cogerse a las cuerdas. Como no pudo, cayó al suelo. El *referee* inició el solemne «uno… dos… tres…», pero, antes de llegar al diez fatal, el muchacho se puso de pie, vacilante, para volver a caer de inmediato de otro golpe. Yo estaba sentado justo debajo del juez. En mi excitación, me puse de pie.

—Oh, por favor —dije—, ¿no puede parar la pelea? No tiene posibilidades. El próximo golpe puede dañarlo gravemente. ¡Por favor, deténgala!

—No tengo derecho a hacerlo —contestó el juez, y un momento después se alzaron gritos de «¡noquéalo!, ¡noquéalo!».

El ganador lanzó un fuerte golpe al muchacho y lo tendió en el suelo durante mucho más tiempo que el necesario para contar hasta diez. Yo no pude evitar gritar.

—Es una crueldad, una vergüenza —dije:

Cierto lord que estaba junto a mí, se paró de un salto y exclamó:

—No le conozco a usted, señor, y tampoco deseo conocerle, pero guárdese sus opiniones para usted mismo. Aquí queremos ver una pelea hasta el final y no ser interrumpidos en la mitad por sus infantiles opiniones.

No pude evitar reír. ¡Su indignación era tan intensa y tan sincera!

—*Vae victis* —dije—, «desdicha para el vencido, desdicha para el fracasado»; ése debería ser el lema de los ingleses.

—Y además es un lema condenadamente bueno —exclamó otro hombre.

Era evidente que difería del sentimiento de todo el club. Hablé con el secretario y conseguí que me presentara al vencido. Estaba muy mal herido, pero lleno de coraje.

—¿Cómo demonios se puso en el camino de ese puñetazo en la mandíbula? —pregunté.

—Hace tiempo que no tengo trabajo —me dijo—, y tengo que mantener a una madre y a una hermana. Esta última semana no he

comido muy bien, de modo que esta pelea ha sido una bendición, porque me procurará diez chelines, aun vencido; si ganaba, hubiera sacado diez libras. Cuando no se ha comido nada en dos días —continuó—, uno se siente ligero y mareado, y así fue cómo me la dieron… una buena sacudida. Después de eso, no me enteré mucho de lo que pasaba hasta que me trajeron aquí y me dieron un *whisky* con soda. Pero ahora me iré con diez chelines. Uno de ellos me pagará un bistec y, después, me sentiré mejor.

Yo estaba encantado con las agallas del chico, de modo que dije:

—Toma un billete de diez libras y convéncete de que vas a ganar la próxima pelea si mantienes la barbilla contra el pecho. No es bueno adelantarla demasiado.

—Gracias, señor —dijo, riendo—. Haré lo que pueda.

Relato este incidente sólo para exponer la espantosa crueldad del inglés medio. En ellos hay una curiosa necesidad de caballerosidad y al mismo tiempo no tienen compasión por el caído. A propósito de esto, recuerdo dos casos notables que sirven como ejemplo de lo que digo.

Yo era uno de esos que se fueron Sena abajo para ver el combate entre Sullivan y Charlie Mitchell, que tuvo lugar en una isla del río. Mientras estaban poniendo las cuerdas, los combatientes se quitaron las ropas y me pareció que las posibilidades eran de mil a uno para Sullivan. Debía tener unos cinco pies once pulgadas de altura y un cuerpo estupendo. Era el modelo de boxeador profesional, aunque había engordado demasiado y tenía una verdadera panza. Sin embargo, su potencia quitaba el aliento. Durante años había hecho giras por América, ofreciendo quinientos dólares a quien le aguantara cuatro *rounds*. Pero ya estaba gordo y tenía poco aliento, como Hamlet.

Charlie Mitchell, a quien yo conocía bien, era un excelente boxeador profesional en lo que hoy llamaríamos el peso pesado ligero. Tenía unos cinco pies seis pulgadas de altura y buen cuerpo; estaba muy bien entrenado y pesaba ciento sesenta libras o ciento sesenta y cinco contra las doscientas de Sullivan.

Había estado lloviendo mucho y a los diez minutos de estar en el cuadrilátero, éste parecía un chiquero y estaba tan resbaladizo como mantequilla. Durante los primeros *rounds*, Charlie Mitchell, seguro de su estado físico superior, se mantuvo alejado, obligando a

Sullivan a correr detrás de él. Hacia el cuarto *round*, Sullivan se detuvo. Jadeaba y resoplaba como una orea.

—Hey, Charlie —le dijo con su voz profunda—, ¿esto es una pelea o una carrera?

Todos rieron, Sullivan había hablado sin necesidad. En el *round* siguiente, Charlie lo enfrentó y tuvieron un encuentro en el centro del *ring*. Terminó evitando el derechazo de Sullivan y golpeándolo viciosamente en el estómago con la izquierda, luego lanzó un derechazo a la mandíbula y tiró al campeón.

—A mí me parece que es una pelea profesional —dijo fríamente Mitchell.

Pero el golpe le había enseñado la lección a Sullivan y durante la media hora siguiente peleó con mayores precauciones hasta que el *referee* dijo que la pelea terminaba con un empate.

Fue curioso observar cómo de inmediato los espectadores ingleses cambiaron de actitud y empezaron a cortejar a Mitchell.

En el camino de regreso a París, todos parecían disgustados, menos yo. Decían que la pelea hubiera debido seguir hasta el final. Qué maldición estropear el día con un empate. Habíamos visto buen boxeo y a mí no me pareció que el día se hubiera malgastado, porque me había enseñado que la estrella de Sullivan se había apagado.

Poco después, cuando nos enteramos que había sido derrotado por Jim Corbett en Nueva Orleans, en septiembre del 92, no quedé sorprendido. Por todo lo que se sabía, había sido una réplica de la pelea con Charlie Mitchell. Durante los primeros *rounds*, Corbett se mantuvo fuera de su alcance y la gente lo silbó, mientras Sullivan decía con su profunda voz de bajo: «Ven y pelea». Hacia el tercer *round*, Corbett se puso a pelear y hacia el final del cuarto *round* fue evidente que el gran Sullivan estaba derrotado. ¡Es incomprensible cómo se las arregló para durar veinticinco *rounds*! Al comienzo del vigesimoprimer *round*, Sullivan hizo un último intento por cambiar las cosas y se lanzó sobre Corbett, pero éste era demasiado rápido y se las arregló para esquivar casi todos los golpes. Este fue el último esfuerzo de Sullivan. A partir de ese momento, Corbett lo golpeó como quiso y finalmente le envió un terrible directo a la mandíbula que dio con Sullivan en el suelo durante toda la cuenta. Al volver a ponerse de pie, se dirigió vacilante hacia las cuerdas y dijo:

—Es el viejo cuento. Soy como el cántaro que fue a la fuente una vez más de lo debido —y con las lágrimas corriendo por su rostro, agregó—: He sido derrotado por un hombre mejor y más joven, pero doy gracias a Dios de que sea un americano.

John Sullivan era todo un carácter, porque, cuando volvió a casa, vencido y quebrado, y recibió el trato que habitualmente se le reserva al vencido en este mundo, abandonó la bebida y se transformó en un predicador de la temperancia. En este nuevo papel, también hizo bien las cosas y murió en posición bastante desahogada. En mi pobre opinión, con la sola excepción de Fitzsimmons, fue el mejor boxeador que he visto y, sin duda, en su mejor momento fue el mejor de la historia.

Tiempo después, fui a Brujas a ver la pelea entre Slavin y Jim Smith. Al comienzo, estaba de lado de Smith y recibí a sus seguidores en el hotel de Brujas. El hidalgo Baird, como lo llamaban, era el principal respaldo de Smith. Era un millonario, el resultado de tres generaciones de fabricantes de hierro escoceses (*sic*). A mí me parecía uno de los peores ejemplares humanos que he visto: boca sucia, analfabeto. Alardeaba todo el tiempo, pero el grupo lo honraba a causa de su riqueza.

Al día siguiente, después de algunas dificultades, se levantó el cuadrilátero y comenzó la pelea. Los dos hombres parecían parejos. Slavin era algo más alto y delgado, pero estaba bien entrenado; Smith era muy fuerte y un buen boxeador, pero sufría evidentemente los efectos de algunos años de buena vida londinense. En los dos primeros *rounds* Slavin tomó precauciones aunque sin demostrar miedo; pero después del tercero, la pelea quedó definida. Terminó con Slavin noqueando a Smith, lo que sorprendió a la multitud de sus seguidores y sobre todo a Baird, que se la pasó insultando a gritos a Slavin desde el rincón de Smith.

Poco después, los partidarios de éste, aflojando las cuerdas, se abrieron paso hacia su rincón, formando una especie de camino. Smith estaba junto a su banquillo esperando el ataque de Slavin quien, con raro coraje, fue hacia él. Cuando comenzó a abrirse paso, los partidarios de Smith comenzaron a darle golpes. No obstante, llegó hasta él y lo noqueó en su rincón.

La pelea había terminado y el triunfo era de Slavin, pero Baird y su banda no habían terminado con (él). Gritaron «policía», sacaron

a Smith del cuadrilátero y comenzaron a pasarle la esponja y atenderlo, dándole tiempo para recobrarse, si eso era posible. Slavin esperó tranquilamente en su rincón. Cuando Smith volvió a subir al cuadrilátero, Slavin tuvo que volver a su rincón para pelear y uno de los de la banda de Baird usó una manopla con la cual lo golpeó en la oreja, cortándolo de modo que la sangre cubrió su cuello y su hombro. Pero él siguió caminando hacia el rincón de Smith, pese a la lluvia de golpes que le daban los espectadores, y volvió a noquearlo. En esto el *referee*, ante la estupefacción de todos, terminó la pelea como empate.

Volviéndose hacia él, Slavin exclamó:

—He recorrido trece mil millas para librar una pelea justa, y usted la da como empate cuando durante tres *rounds* el hombre no se ha atrevido a dejar su rincón. Mire cómo me han golpeado sus seguidores. En el primer *round*, me encajó los clavos de sus botines en las piernas —y se levantó los pantalones cortos para mostrar el muslo sangrante—. Ni siquiera protesté —continuó—. Podía vencerle con una sola mano. ¿Cómo se atreve a llamarlo empate? ¡En este *ring* sólo hay un hombre!

—Lo hice para salvarlo de los brutos del otro lado —dijo el *referee*.

—¡Tonterías! —exclamó Slavin—. Hágalos venir. Me ocuparé de todos ellos.

Nunca vi mejor ejemplo del espléndido coraje irlandés.

A una palabra de Baird, su grupo corrió hacia el rincón de Slavin como si fuera a atacarlo, pero éste caminó hacia su banquillo sin prestarles más atención que la que hubiera prestado a un grupo de niños de la escuela dominical y ninguno se atrevió a ponerle la mano encima.

¡El dinero de Baird había comprado la pelea!

Pero incluso antes de que Slavin hubiera hablado, yo había abandonado el lado de Smith, yéndome hacia el rincón de Slavin y, cuando Baird se me acercó después, no le presté atención y me negué a hablarle.

Regresé al Sporting Club, conté la historia e insistí en la expulsión del hidalgo Baird, diciendo que era una desgracia, no sólo para el deporte inglés, sino para la humanidad. Creo que lo echaron. Hay algo que dije sobre él que me parece que perduró.

Recordando que era producto de fabricantes de hierro y puritanos escoceses, dije que el hierro se le había metido en el alma.

Poco después, circuló por Londres una historia que no le hacía ningún honor sobre su conducta con su amante, una mujer de buena crianza. Según parece, la había comprado y una noche fue a su casa con el acostumbrado grupo de boxeadores borrachos y conductores de coches de alquiler. Cuando estaban todos ebrios, tocó la campanilla y envió a la doncella en busca de la señora L… La muchacha regresó y dijo que su ama estaba acostada. «Si no baja», dijo Baird, «subiré yo y la bajaré en camisón». Be modo que la dama tuvo que obedecer y fue testigo de parte de la orgía de borrachos. A la mañana siguiente, hizo las maletas y le dijo a Baird que iba a dejarlo. Él salió y, media hora después, estaba de vuelta, tratando, con sus rudas maneras, de conseguir que se quedara. Como ella se negó, él sacó del bolsillo una pelota de papel y se la tiró a la cara. Ella le dijo que era un canalla al pegar a una mujer, pero él gritó: «Mira lo que es antes de hablar, idiota». Cuando ella levantó la bola de papel, descubrió que estaba hecha con cincuenta billetes de mil libras cada uno.

Supe la historia por uno que había oído contarla al propio Baird. Creo que poco más tarde Baird murió, todavía joven. Terrible ejemplo del gran mal que pueden hacer a una naturaleza vulgar las grandes riquezas.

Tiempo después, iba a conocer un boxeador mejor que Slavin; sin duda, el mejor carácter que vi en un cuadrilátero. Un día llegaron al Sporting Club noticias de que Peter Jackson, el hombre de color, venía a Londres y tenía ganas de librar una pelea. El secretario me dijo que Slavin estaba ansioso por enfrentársele y se preparó un encuentro.

Pronto conocí personalmente a Peter Jackson y me gustaron sus modales tranquilos y modestos. Un día le pregunté quién ganaría.

—Este es un juego complicado —dijo—, pero no tengo intención de permitir que Slavin me venza, si puedo evitarlo. Es más bien un bruto. ¿Sabe?, yo le enseñé a boxear en Australia. Un día, algo que dije lo ofendió y me golpeó en la cara. Tuvimos una riña, pero nos separaron en seguida. No tengo miedo de Slavin y no me gusta, y francamente, no creo que tenga posibilidades de vencerme.

Charlie Mitchell previo muy bien la pelea de antemano.

—Slavin —dijo—, es un verdadero luchador y si empieza en seguida a golpearlo, es posible que consiga vencerlo. Pero si boxea con él los primeros *rounds*, seguro que pierde. Jackson es casi el mejor boxeador que he visto… realmente estupendo, tanto en la defensa como en el ataque.

La pelea dio la razón a Mitchell. Slavin boxeó tres o cuatro *rounds* y Jackson lo superaba de manera evidente. Hacia el cuarto *round*, Slavin se le tiró encima y golpeó duramente a Jackson en el corazón. El *round* era de Slavin, pero la campana salvó a Jackson.

Cuando volvieron a salir, Slavin intentó hacer lo mismo, pero Jackson lo evitó y se pasó todo el tiempo golpeándole en la cara y en la mandíbula. Esto debilitó palpablemente a Slavin. A partir de ese momento, Jackson lo golpeó casi como quiso y la pelea terminó pronto con la derrota de Slavin.

Después, Peter Jackson me dijo que el puñetazo que le había dado Slavin sobre el corazón había sido el más duro que había recibido en su vida.

Como Corbett, Peter Jackson, el hombre de color, tenía mucho de caballero. Siempre me dijo que detestaba noquear a alguien y pensaba que el *referee* debía detener la pelea una vez establecida la completa superioridad de uno de los boxeadores. No he mencionado en estas memorias a Corbett, pero era un hombre espléndido y siempre creí que su derrota ante Fitzsimmons, bueno como era éste, fue más un golpe de suerte, que encajó en el bazo, que cualquier otra cosa. Sin embargo, Fitzsimmons era un luchador maravilloso y si consideramos que jamás pesó más de ciento sesenta libras, puede decirse que fue el luchador más extraordinario que se haya visto. Sin embargo, no hay que olvidar que tenía más alcance que la mayor parte de los grandes y los puños de un herrero coronando unos brazos enormes. Parecía hecho para el *ring*.

Tal vez debería explicar aquí ciertas derrotas de boxeo que no se han comprendido bien. Un hombre joven —y los boxeadores profesionales deberían ser muy jóvenes—, después de entrenarse un tiempo y alcanzar perfectas condiciones físicas, suelen abandonar todo ejercicio cuando ha pasado la pelea y de ese modo acumulan grasa a gran velocidad. Ha estado manteniéndose mediante una ejercitación extenuante que ha desarrollado su apetito tanto como sus músculos. Cuando deja de entrenarse, el apetito continúa e

inmediatamente acumula grasa y no sólo alrededor de los intestinos y el abdomen, sino también alrededor de todos los músculos y en especial en torno al principal: el corazón.

Es comparativamente fácil eliminar la grasa abdominal, pero es extremadamente difícil y penoso eliminar la grasa que se ha acumulado alrededor del corazón. De hecho, en el momento en que un hombre comienza a entrenarse seriamente con este objeto, cualquier ejercicio prolongado le agota y se siente enfermo. El corazón, desprovisto de su apoyo acostumbrado, cuelga, trabaja y el hombre se siente mareado y con náuseas. En todo caso, durante un par de meses el atleta debe seguir ejercitándose bajo una permanente sensación de náuseas y debilidad que puede llegar a desesperarlo. Pero, si continúa, la grasa se disolverá y en cierto tiempo, digamos seis meses, comenzará a sentirse bien y fuerte otra vez y cada vez mejor a medida que pasa el tiempo, aunque en mi opinión nunca llegará a estar otra vez tan bien como antes de que la grasa se acumulara alrededor del corazón.

Recuerdo el caso de Paget Tomlinson, el famoso corredor de vallas. Como era un gran corredor natural, había dejado de ejercitarse durante un año o así, pero lo llamaron cuando Oxford y Cambridge tenían que enfrentarse a Harvard y Yale. Y aunque él creía que seguía estando en perfectas condiciones físicas, el reloj le dijo, al comienzo del entrenamiento, que no era tan bueno como uno o dos años antes. Pero se entrenó como se entrena un hombre inteligente, con perfecto método y desesperada resolución. Adelgazó hasta pesar menos de lo que había pesado jamás en la universidad y perseveró pese a la sensación de enfermedad y náuseas, pero el reloj seguía sin dejarse convencer. Llegó a quedar a medio segundo de su mejor tiempo, pero no pudo mejorar esa marca y, en la carrera, fue derrotado por un hombre más joven que nunca había dejado de entrenarse.

Ahora bien, el boxeo es una prueba mucho más severa que la impuesta a los corredores de vallas por un *sprint* de ciento veinte yardas. Una frase sola basta para explicar lo severo de la prueba. Sharkey y Jeffries tuvieron una memorable pelea que duró una hora. Se descubrió que en el transcurso de esa hora Sharkey había perdido trece libras y Jeffries once y media. Estos hombres habían estado entrenándose hasta la hora anterior a su entrada al *ring* y la

pérdida de peso sola demuestra lo tremendo del ejercicio y el esfuerzo.

Por supuesto, lo mejor para el boxeador es no dejar nunca de entrenarse, limitar estrictamente lo que bebe en las comidas y evitar engordar más de una o dos libras. Pero, si ha engordado, la mejor manera de perder peso es no iniciar de inmediato el enfrentamiento físico, sino comenzar a limitar la bebida en las comidas. Media hora antes de una comida y dos horas después de la misma, no debería beber nada. En un mes, estará más liviano de lo que nunca estuvo, probablemente más de lo que estaba en su primer entrenamiento y entonces puede empezar, mediante prudentes ejercicios y alimentación muy controlada, a aumentar una vez más su fuerza para lograr las condiciones físicas perfectas.

Tal vez debería decir aquí que, por desdicha, el boxeo se ha puesto tan de moda en las dos o tres últimas décadas, que la influencia del dinero ha corrompido el deporte. Nadie puede ser campeón y al mismo tiempo honesto; es casi impensable. El dinero quiere apostar a una certeza. Un hombre no puede estar tan seguro de su éxito como de su derrota; de allí que será un mejor instrumento para ganar dinero si consiente en perder en lugar de insistir en ganar. Este es un hecho patente, obvio, corroborado en todas partes por la experiencia. ¿Es honesto el *baseball*? ¿Son honestas las carreras de caballos? Pregúntesele a un boxeador profesional si el boxeo es honesto y se le reirá en la cara.

Sólo he registrado estos recuerdos para justificar mi opinión de que el boxeo es un mal y la forma más vil del atletismo. Siento mucho que franceses y alemanes lo hayan adoptado, pero afortunadamente, en los últimos treinta años los franceses se han dedicado con apasionado entusiasmo a toda forma de atletismo. Recuerdo que hace treinta años vi cerca de Tolón a un regimiento haciendo instrucción. Alguien había puesto una barra a dos pies seis pulgadas de altura, para que los hombres tomaran carrera y la saltaran. Era comiquísimo ver cómo la mayor parte de los soldados saltaban con los pies juntos. A petición del coronel, me adelanté y les mostré cómo debían saltar, salvándola de una zancada. Hoy, treinta años más tarde, cualquier chico francés sabe saltar y correr mientras que en la bicicleta es probablemente tan bueno como cualquiera.

Los peores males del boxeo provinieron de su creciente popularidad. Tan pronto como se adoptó en los Estados Unidos, los rápidos irlandeses norteamericanos descubrieron que hay dos golpes que tienen posibilidad de ser decisivos. El primero es un gancho a la mandíbula, que produce un *choc* en las vértebras y a menudo provoca parálisis parcial; el otro es el golpe en el bazo, del cual se habla como del «golpe en la boca del estómago». Pero, cuando se ha golpeado realmente el bazo, el hombre siente náuseas y durante los diez o quince minutos siguientes tiene poca fuerza, pese al entrenamiento.

Recuerdo a un chico de Londres que se había aprendido muy bien el gancho a la mandíbula. Acostumbraba a darlo más o menos en el tercer *round*, a media distancia y aceptando con una sonrisa el castigo del contrario, y, de pronto, adelantaba como un relámpago la izquierda o la derecha hacia la mandíbula y aun si el golpe no era perfecto resultaba, por lo general, suficiente para decidir la pelea.

Es este conocimiento de las partes débiles de nuestra estructura el que ha hecho tan intolerablemente brutal al boxeo. En mi época del National Sporting Club de Londres había dos o tres boxeadores veteranos que continuaban dando vueltas por allí y cuyas cabezas estaban golpeadas a un lado y sus rostros distorsionados por la parálisis parcial: restos terribles del salvajismo humano. La lucha es mucho mejor ejercicio que el boxeo y tiene muchas menos probabilidades de dañar de modo permanente a los contendientes.

No debe interpretarse que lo que quiero decir es que la brutalidad es principal o únicamente inglesa o alemana; también se encuentra, aunque en grado menor, en Francia y los países latinos, así como en el norte de Europa. Recuerdo que una vez quedé horrorizado al ver *Salambó*[32] en Francia. Recordaba que Flaubert representaba al pobre personaje siendo golpeado casi hasta la muerte por la multitud, mujeres incluidas. La brutal exhibición se hizo con intenso realismo, y el público se deleitó con el feo espectáculo. Dejé el teatro pensando que se necesitarían mil años para civilizar al público francés; y el italiano no es mejor. En cuanto al español, es exactamente igual.

Creo que estoy lleno de tolerancia para con las debilidades de los mortales. Puedo perdonar fácilmente todas las fragilidades de la carne y todos los pecados del espíritu, con la única excepción de la

crueldad. La crueldad para con un hombre o una bestia, aunque sea una rata o una víbora, me parece el pecado imperdonable, el único crimen aborrecible y condenable que evidencia la total degradación, que muestra al diablo en el hombre.

Por supuesto, hasta esta villanía tiene sus grados. La crueldad para con los animales agrega la cobardía a lo diabólico.

Una vez, en Roma, detuve a un campesino que estaba golpeando despiadadamente a un caballo. Y, cuando le dije que debía sentirse avergonzado, declaró que golpearía a esa criatura todo lo que se le antojara, porque carecía de alma. Y esta excusa se ha dado no una, sino veinte veces, para justificar las crueldades sádicas (*sic*) cometidas contra perros y gatos. ¿Es falta de reflexión, de imaginación o algo brutal inherente a la naturaleza del hombre? Siempre me lo he preguntado, pero no he hallado la respuesta.

Durante un invierno que pasé en España, conocí al Premier, Cánovas del Castillo, y le tomé simpatía. Le hice una propuesta que me pareció interesante: que enviara veinte o treinta de las obras maestras de El Prado a Londres, para la temporada, en especial una docena de Velázquez, quien, por entonces, era muy poco conocido en Inglaterra. Dijo de inmediato que, si el Gobierno británico estaba dispuesto a hacer lo propio, lo haría gustoso. Las pinturas podrían enviarse fácilmente en un tren especial o en un buque de guerra o en dos o tres envíos para disminuir el riesgo de pérdida. Estuvo de acuerdo conmigo en que el efecto internacional de este intercambio sólo podía ser bueno.

Cuando regresé a Inglaterra, me entrevisté con lord Salisbury para hablarle de esto, pero, ante mi estupefacción, levantó las manos al cielo y no quiso oír hablar del asunto.

—Me alegro de no tener poder para eso —dijo—, está fuera del alcance de mis atribuciones. Tendría que acudir a los administradores de la National Gallery para obtener el permiso, pero no creo que acepten.

Sondeé a uno o dos de ellos, pero descubrí que todos querían garantías que iban más allá de lo posible.

Menciono esto aquí porque fue de las muchas charlas agradables que me hicieron apreciar la inteligencia y el carácter del Premier español. Una vez, hablando con él de las corridas de toros, me sorprendió al manifestar su acuerdo en que la matanza de los

caballos era vergonzosamente brutal y simple tortura.

—¿Por qué no detenerla? —pregunté—. El juego de los chulos[33] al comienzo y el clavar las banderillas[34] es hermoso e interesante, con el peligro suficiente como para hacerlo fascinante; y la matanza del toro de una estocada es una hazaña tan extraordinaria que todo el mundo desea verla, pero esos lanceros a caballo[35] que torturan al animal para que ataque a los pobres caballos y los destroce, constituyen una exhibición espantosa.

Por fin, Cánovas dijo que procuraría eliminar esa parte de la corrida. Y mantuvo su palabra. Todos recuerdan los resultados: la turba abandonó la plaza gritando y silbando y se fue en busca del Premier, quien tuvo que refugiarse en el Palacio Real y luego escapar por la puerta trasera y salir de Madrid. Lo que más apreciaba el populacho español era la horrible crueldad y el tormento de los pobres caballos.

Antes de terminar este capítulo sobre el boxeo y la crueldad, deseo relatar la historia más trágica que conozco. Cuándo se piensa en una tragedia, se recuerda inconscientemente la tragedia de Sócrates y la tragedia aún más terrible de Jesús en la cruz. Pero, una vez, hace muchos años, estando de vacaciones en Venecia, un viejo veneciano me contó una historia que me pareció más espantosa que éstas. A menudo he deseado narrarla y me ha dado miedo hacerlo, y con el transcurrir de los años el recuerdo se ha vuelto algo impreciso. Pero el otro día volví a encontrar el cuento, narrado en toda su extensión y en su marco histórico real.

Sucedió hace un siglo y medio, durante los cinco meses del sitio de Venecia por los austríacos. La historia está cayendo ya en el olvido, incluso entre los venecianos, pero indudablemente merece ser recordada. Aquí está, palabra por palabra:

«Los generales venecianos decidieron cortar el único lazo con la tierra firme y volar las dos millas y media de camino uniforme —obra de los opresores— que hacía un puente en la laguna.

»Por alguna razón, la mina no explotó; en consecuencia, cierto Agostino Stefani se ofreció voluntario para acercarse en su *sandolo* y arreglar las cosas.

»El general Cosenza aceptó la oferta y, enfrentando una doble línea de fuego proveniente de los fuertes de Malghera y San Giuliano, Agostino partió en su ligera embarcación.

»Cumplió su tarea sin sufrir daño, pero, en el camino de regreso por el amplio espacio desprotegido, el *sandolo* fue tocado y hundido.

»Agostino era un buen nadador, pero nadaba contra corriente y, cuando por fin fue recogido por una barca patrullera, estaba agotado y era incapaz de hablar.

»En la ribera, una multitud excitada observaba su rescate y de pronto se oyeron gritos de: "¡un espía, un espía! ¡Un traidor!". Corrió el rumor de que se había capturado a un austríaco. Arrojaron piedras y maldiciones contra la barca y la sospecha se infiltró también entre la tripulación, que volvió a arrojar al hombre al agua golpeándolo con remos y piedras. Se hundió un momento antes de que el ayuda de campo del general Cosenza revelara su identidad y hablara de su heroísmo».

¡Qué habrá pensado el pobre Agostino antes de hundirse, con aquellos gritos de «*Spione, spione, traditore!*» sonando en sus oídos!

El benefactor de sus compatriotas, un bravo soldado, si alguna vez lo hubo, asesinado por aquellos por quienes había luchado y asesinado como espía y traidor, con aquellas palabras de *Spione, traditore* sonando como una maldición en su agonía.

La reina Victoria y el príncipe Eduardo

Es imposible dar una idea completa de mi tiempo sin hablar de la reina Victoria y el príncipe Eduardo, después rey Eduardo VII. He narrado ya, en el anterior volumen, algunas anécdotas personales suyas y he dicho cómo la introducción del cigarrillo después del almuerzo y la cena puso fin a la costumbre de beber en exceso que había sido antes su norma. Tan pronto como las clases altas dejaron de darle a la botella, las clases medias siguieron su ejemplo y, desde entonces, el consumo de bebidas ha disminuido en Inglaterra en proporción al aumento de población.

El príncipe Eduardo sólo recogió una pequeña parte de los beneficios derivados de este cambio. Tenía reputación de libertino y nadie pensaba en él como reformador. Unos pocos sabían que tenía frente a sí todos los deberes sociales de un soberano (un) ceremonial que mantener con un ingreso pequeño y sin poder verdadero.

Fue Eduardo quien cambió la política tradicional de Gran Bretaña, que era de alianza amistosa con Alemania, pasando a una política de antagonismo con Alemania y alianza con Francia. Fue el promotor de la *Entente Cordiale* entre Inglaterra y Francia y en consecuencia la causa primera, por decirlo así, de la guerra mundial. Pero para poner este cambio de política en la perspectiva correcta, debo hablar primero de su madre, la reina Victoria, y describir su influencia.

Es difícil hacer un retrato de la reina Victoria. En primer lugar, porque hay que hacerlo básicamente desde afuera y, en segundo lugar, porque ella cambió extraordinariamente con los años. Lord Melbourne, el Primer Ministro de sus comienzos, el guía y mentor de sus primeras decisiones como monarca —de hecho, el hombre que la formó— siempre dijo que era eminentemente dócil y perceptiva.

Después de su matrimonio con Alberto de Sax Gotha, tomó a su marido como mentor. Su primera educación inglesa quedó

neutralizada por la educación alemana. Cuando niña había aprendido alemán, pero, en esa época, a causa de su apasionado amor por su esposo, en su hogar sólo hablaba alemán, leía prácticamente todo en alemán, tomaba prestadas las ideas de su marido, veía la vida y los hombres por sus ojos. No lo amaba; lo idolatraba.

Una historia de sus primeros tiempos de casada ilustra su devoción. No sé de dónde salió ni quién la contó primero, pero se transformó en una tradición, una de esas historias que son más verdaderas que la verdad: símbolo y hecho.

Marido y mujer estaban en desacuerdo con respecto a un asunto político. Victoria, todavía inglesa, era respaldada por su ministro, en quien estaba acostumbrada a confiar. Por fin, dijo dulcemente a su esposo:

—No discutamos, querido. Soy la reina, con lo que quiero decir que la responsabilidad es mía. Lo comprendes, ¿no?

—Sí, lo comprendo —dijo Alberto y salió silenciosamente de la habitación.

Media hora después, ella quiso verlo y quedó sorprendida al enterarse de que había salido. Una hora después, volvió a hacerlo llamar. Seguía ausente.

No apareció a la hora de cenar, y la reina ni siquiera pudo fingir que comía. Muy tarde, le dijeron por fin que él había regresado y ella lo esperó ansiosa. Pero él se encerró en sus habitaciones.

Finalmente, la reina ya no pudo soportar más. Fue a la habitación de él, pero la puerta estaba cerrada. Golpeó y golpeó.

—¡Alberto, Alberto!

—¿Qué sucede?

—Oh, déjame entrar. Quiero entrar.

—Lo siento, estoy escribiendo cartas.

—Déjame entrar, digo. Puedes escribirlas después.

—Quiero escribirlas ahora. Por favor, déjame solo.

Después de suplicar y suplicar en vano, la reina rompió a llorar.

—Oh, perdóname, soy tan desdichada. No puedo soportar estar peleada contigo; no puedo soportarlo.

Era la verdad absoluta. No podía soportar la frialdad momentánea del hombre que adoraba. Cuando dos se aman, el amo es aquel que ama menos, de modo que la reina se transformó en la

esclava y el eco de su esposo.

La muerte del príncipe Alberto dejó viuda a Victoria; la dejó baldada. Durante años le resultó imposible enfrentar la vida sin él. Ni siquiera su deber para con sus hijos y la corona podían arrancarla de la angustia absorbente de su dolor; su razón vacilaba, porque su amor estaba basado en la referencia. Alberto era su divinidad. Hasta el fin de su vida se sometió a su autoridad.

Y cuando, después de muchos años, volvió a iniciar la vida sin él, estaba muy cambiada. Se enfrentaba a sus ministros y consejeros ingleses desde otro punto de vista. Se sentía superior a ellos. No sólo conocía la opinión inglesa, sino también la alemana y esto le daba una singular autoridad. Su confianza en sí misma, su dignidad, su sentimiento de la propia importancia, crecieron con los años, haciéndola autoritaria. Ante cualquier dificultad, estaba acostumbrada a preguntarse: «¿Qué hubiera hecho él?». Se sabe que, en más de una ocasión, dejó plantado a su ministro para aproximarse a un busto de su marido, preguntándole a la efigie qué tenía que hacer. A ella esa devoción no le parecía ridícula, porque el amor nunca es despreciable.

Además, había en ella mucho de naturaleza humana ordinaria y tal vez sea apropiado destacar primero sus cualidades vulgares.

Era gran amiga de la anciana lady Hardwicke, y acostumbraba a ir a tomar el té con ella con mucha frecuencia. Lord Hardwicke, me dijo una vez que cuando era niño sentía gran curiosidad por saber de qué hablaban las dos damas y una vez escuchó detrás de la puerta durante una visita desacostumbradamente larga de la reina.

Parece que habían pedido té por segunda vez y habían comido gran cantidad de panecillos. Habían estado hablando de sus esposos muertos y, cuando la reina describió el aspecto de su amado Alberto en traje de gala, rompió a llorar.

—¡Era tan hermoso —sollozó— y tenía una figura tan elegante!

Y lady Hardwicke la acompañaba en su llanto por pura simpatía.

—Lloraron abrazadas —me dijo él— y seguían llorando y tomando té mientras ventilaban historias de sus maridos muertos.

Cuando la reina se puso de pie, se secó los ojos.

—Querida —dijo sollozando—, nunca en mi vida me he divertido tanto; realmente un rato delicioso…, —y lady Hardwicke se enjugó los ojos al unísono.

—Un rato realmente delicioso, querida.

Cuando llegó la vejez, en mala salud a causa de la obesidad, se volvió irascible e impaciente. Incluso siendo una muchacha resultaba demasiado gorda para su altura y tenía un cuello especialmente corto. En su vejez era muy fornida, tanto que, en los diez años anteriores a su muerte, la vigilaban continuamente mientras dormía, sus damas de compañía por miedo a que su cabeza cayera a un lado y se ahogara.

En los últimos años de su madurez, hubo gran escándalo por sus relaciones con su ayudante y servidor escocés, John Brown. Incluso entre los funcionarios de su Corte había algunos que creían en su intimidad con el sirviente, mientras que otros igualmente bien informados, no abrigaban siquiera una duda sobre su virtud.

Recuerdo que, una vez, se lo pregunté a lord Radnor, que había estado en su casa durante veinte años y cuya hija se había criado con las hijas del príncipe Eduardo, pero él no quiso admitir la sospecha, aunque me contó una historia curiosa sobre los privilegios que se atribuía John Brown con el permiso de la reina.

Con ocasión de una visita del emperador alemán, le correspondió a lord Radnor organizar la recepción. Formó a las damas y caballeros de la Corte en dos filas, una especie de camino que atravesarían la reina y el emperador para pasar al comedor. Cuando había puesto a todos en su lugar, apareció John Brown y comenzó a hacer retroceder las dos filas de personas. Lord Radnor le dijo cortésmente que él ya había arreglado la Corte y todo estaba bien. John Brown le contestó que no sabía de qué estaba hablando y también lo empujó a él para que se pusiera en fila.

En ese momento, lord Radnor no pudo hacer otra cosa que someterse.

Esa noche, lord Radnor le dijo a la reina que tenía quejas contra su servidor. Esta lo escuchó con impaciencia y contestó que «eran los modales de John; que no había tenido intención de ser grosero».

Cuando lord Radnor insistió en que sí lo había sido, ella contestó:

—Debe perdonar a John. Son sus modales —y agregó, con curiosa ingenuidad—: con frecuencia es seco conmigo.

Las habitaciones de Brown siempre estaban cerca de las de la reina.

A veces, ella lo mandaba llamar dos o tres veces durante la noche. Él siempre se presentaba, pero a veces la hacía esperar e incluso descuidaba dirigirse a ella llamándola «Señora». Se limitaba en asomar la cabeza por la puerta y a decir:

—¡Bueno!

—Sólo quería saber si todo va bien —decía la reina.

Brown no se dignaba siquiera contestar y regresaba en silencio a sus habitaciones.

Hacia el final de la vida del servidor, ella le dio casa y algo de tierra en su propio parque de Balmoral y, cuando el hombre murió, hizo erigir su estatua en el terreno.

Una de las primeras cosas que hizo el príncipe de Gales cuando accedió al trono, fue solicitar a los parientes del señor Brown que sacaran esa estatua. Creo que el clan Brown sigue conservándola como herencia preciosa.

Al final de su vida, Victoria dejó en manos del príncipe Eduardo todas las ceremonias de la realeza. Él tenía que recibir en su nombre y cumplir con todas las obligaciones sociales del monarca, pero allí terminaba su poder; era un figurón y nada más. Ella apenas se mostraba en la Corte y daba poquísimas cenas, excepto las ocasionales a personajes reales, en especial a su sobrino, H emperador alemán y de vez en cuando a algún príncipe alemán; pero mantuvo las riendas del gobierno en sus manos hasta el fin. Ni siquiera consultaba a su hijo para nada, ni le permitía tener conocimiento de primera mano de los asuntos.

Lo juzgaba con casi tanta severidad como lo juzgó después el emperador alemán. Se enteraba de escándalos —historia sobre sus relaciones con mujeres— y pensaba que era *leicht-lebend*, relajado, si no disoluto, y no había debilidad que ella condenara con mayor amargura. Nunca recibió en su Corte a una mujer divorciada y, si recibía a alguien que después se veía mezclado en un escándalo, borraba su nombre sin pensarlo, aun cuando la persona le hubiera resultado agradable. La relajación moral era para ella el pecado imperdonable.

La reina Victoria tenía toda la intolerancia de la perfecta virtud. Personas que ella conocía, estimaba y por las cuales sentía simpatía, trataron de conseguir que perdonara al coronel Valentine Baker; le señalaron su nobleza al negarse a defenderse contra la mujer que lo

acusaba; cómo había redimido su falta con años de esfuerzo; cómo había derramado su sangre por Inglaterra en Egipto. Nada pudo conmoverla. Su credo era que el hombre debe ser tan puro como la mujer y no toleraba infracciones. El flexible código moral de su hijo mayor fue para ella una ofensa continua.

Hasta el mismo final, Victoria fue reina y no permitió interferencia o consejo. Durante los últimos treinta años de su vida, su relación con sus ministros siempre fue muy especial. Con los años, no sólo era más imperiosa sino también más sabia. Una y otra vez había comparado su inteligencia con la de sus ministros, y una mujer aprende rápido a través del intercambio con hombres capaces. Pero fue su esposo alemán quien le había enseñado la amplitud de criterio, dándole su fe en sí misma.

Esta autoconfianza fue en aumento hasta notas absurdas en la década de los años noventa. Escribió a su pueblo varios mensajes que eran evidentes traducciones del alemán.

Una noche, en una gran recepción, seguía yo a Arthur Balfour escaleras arriba, y una dama, creo que la por entonces duquesa de Sutherland, iba reprendiéndolo por el último mensaje real.

—Su inglés —dijo la dama— no es tan puro como solía ser, mi querido Arthur.

—No tuve nada que ver con eso —replicó el primer ministro—. ¡La buena anciana no me mostró el mensaje! Desearía que lo hubiera hecho, pero ahora es difícil hasta insinuar una crítica. De modo que me quedo quieto; después de todo, no es tan importante…

—¿Le agradaría que cesara esa práctica? —le preguntó algo más tarde.

—Sin duda —contestó—. En cualquier momento puede provocar una situación incómoda. Se supone que son sus ministros quienes hacen estas cosas.

A la semana siguiente, escribí en la «Saturday Review» un artículo llamado «El inglés de la reina», en el cual explicaba cómo se había puesto de moda esta expresión como manifestación de lo cuidadosos que habían sido sus ministros al verter a un buen inglés cualquier documento que iba a firmar la reina. Continuaba diciendo que este hábito se iba descuidando y cité algunas frases de los últimos mensajes, demostrando que el mal inglés provenía del

hecho de que eran traducciones literarias del alemán.

No obstante, Arthur Balfour no sabía alemán y era además un maestro de la lengua inglesa; era evidente que era la propia reina la que había escrito esos mensajes, costumbre que, de continuar, arruinaría su reputación como escritora en inglés. «De hecho», resumía, «el inglés de la reina está escrito ahora en alemán».

El artículo puso fin a la práctica. A partir de entonces, la reina siempre llamó a consejo a sus ministros.

A la reina Victoria llegó a disgustarle el radicalismo a causa de su antipatía por Gladstone.

—Me habla —decía— como si yo fuera un mitin público.

Adoraba la deferencia y cortesía de Disraeli y, cuando él la hizo emperatriz de la India, se ganó su corazón.

Durante la guerra sudafricana, se tomó muy a pecho el punto de vista inglés oficial, deplorando la necesidad de la guerra, según decía; y, cuando su sobrino, el emperador alemán, envió su famoso telegrama a Krueger, le escribió de propia mano declarando que había actuado de manera injustificable. En realidad, lo reprendió como a un escolar. Y, cuando él arguyó que pensaba que los ministros de su majestad habían dirigido la maniobra Jameson, la anciana dama replicó declarando que ninguno de sus ministros sabía nada sobre eso y reprendiéndolo por haberlo creído.

«Has debilitado el principio de la realeza», escribió.

Conviene decir a favor del Kaiser que se disculpó humildemente y prometió no volver a ofenderla de esa manera.

Es evidente, que hacia el final de su vida, la influencia personal de la reina Victoria en las Cortes de Europa era extraordinaria. Era la más anciana cabeza reinante, con excepción del emperador de Austria, y la más segura. Fuera de Inglaterra, era visible que manejaba un inmenso poder y, sin embargo, se suponía que era un monarca constitucional.

Los políticos más capaces de Inglaterra estaban estupefactos ante su capacidad. Es difícil encontrar a dos hombres más distintos que lord Randolph Churchill y sir Charles Dilke; sin embargo, ambos hablaban de Victoria como de la mujer más capaz que habían conocido. Sin embargo, su influencia era dañina. Fortaleció el conservadurismo inglés, que ya era demasiado; hizo más que cualquier otra persona por detener las ruedas del progreso. Durante

los últimos veinte años de su vida, utilizó toda su influencia para detener la reforma; amaba el orden establecido y las reglas de conducta tradicionales.

Su política exterior quedó limitada por la idea de trabajar en perfecta armonía con Alemania. Desconfiaba de Francia y despreciaba a los franceses. Después de Fashoda, siguió yendo a pasar un par de meses de invierno en la Riviera francesa, pero sus relaciones con los franceses habían sido tan superficiales y formales que la diferencia de sentimiento entre los dos pueblos apenas le causaba impresión. Fue la guerra sudafricana la que volvió antipáticos a los ingleses en Francia. Y la manera despótica, por no decir brutal, en que actuaron los ingleses en el asunto de Fashoda, humilló el orgullo francés y llevó a los dos pueblos al borde de la guerra. Ya he contado cómo Rochefort, el más grande periodista francés, formuló en el «Intransigeant» el ataque más duro que se le ha hecho a la reina Victoria. La llamó incluso «*cette vieille calêche qui à Victoria*
s'obstine
s'appeler
» (esa vieja calesa que se obstina en llamarse una Victoria).

El príncipe Eduardo acostumbraba a decir que hasta que su madre murió nunca tuvo conciencia de su posición y que, ante su lecho de muerte, lord Salisbury le habló.

—Siempre había sido frío conmigo —dijo dolido—, pero, cuando los médicos dijeron «la Reina ha muerto», lord Salisbury cambió repentinamente de tono, de modales, de todo. Vino respetuosamente hacia mí; se inclinó para besarme la mano y dijo que esperaba que yo creyera que estaba dispuesto a servirme tan fielmente como había servido a mi madre. Quedé realmente conmovido. En ese momento comprendí, por su deferencia, lo que significaba ser rey de Inglaterra.

Cuando Eduardo subió al trono, llevó al poder una nueva política. Mientras vivió Victoria, Inglaterra favoreció a Alemania y le dio la espalda a Francia, y el signo visible de la buena voluntad de Inglaterra fue la cesión de Heligoland a Alemania.

Por supuesto, lord Salisbury no sabía nada del valor de esa isla; jamás soñó con que podía ser un buen lugar de ataque a Inglaterra mediante dirigibles y una fortaleza que protegiera a la marina

alemana. Era absolutamente ignorante de la geografía y quedó alelado cuando se enteró de que Zanzíbar era una isla. Pero había servido lealmente a Victoria y hasta el final de su reinado parecía como si el entendimiento entre los dos pueblos teutones fuera a durar por lo menos otro siglo.

En 1889, cuando le conocí, el príncipe Eduardo tenía un aspecto típicamente alemán: cinco pies ocho pulgadas de altura, fornido, con cabello castaño oscuro y grandes patillas, barba y bigotes. Ya era gordo, pero, en lugar de tratar de librarse de la grasa o de mantenerla dentro de ciertos límites, estaba mucho más interesado en ocultarla. El rasgo es característico. Se vestía con gran cuidado y siempre con la idea de que tenía buen cuerpo. En consecuencia, sus ropas eran siempre algo estrechas, llamando la atención sobre su rotundidad. Como suele suceder, lo perjudicaba la vanidad.

Sus características más evidentes eran su amor por la buena vida y una autoestima infantil; iban de la mano con el buen humor y cierta *bonhomie* que todos notaban. Cuando llegó la vejez, trató de vez en cuando de reducir la bebida, creyendo que el exceso de líquido era la causa de su obesidad; pero jamás pudieron convencerle de que debía comer menos. Creía, o fingía creer para justificarse, proverbios estúpidos que ensalzaban la tontería del pasado, tales como: «El pan es el sostén de la vida… la buena comida nunca hace daño a nadie», lugares comunes que lo atraían irresistiblemente.

El príncipe había disfrutado de todas las ventajas de la educación alemana e inglesa. Sin embargo, hablaba un inglés con fuerte acento alemán, y cometía errores que provenían de la traducción literal del alemán. De la misma manera, su francés era bastante fluido en la medida en que mantuviera una conversación vulgar, pero, en cuanto trataba de expresar una idea poco habitual, quedaba en blanco y, entonces, su *baragouinage* era la de un alemán del sur. Es curioso, pero, cuando hablaba en francés o en inglés, su acento era bávaro con un indefinible toque judío. No voy a ofrecer la habitual explicación escandalosa. Me limito a anotar el hecho.

La sensualidad del príncipe era tan redonda como su cuerpo, tan sanguínea como él. Jugaba siempre que tenía ocasión porque eso le daba placer; fumaba sin cesar pese a que padecía tos de fumador; pero hasta que Némesis llegó con los años —mala salud e

indigestión por falta de ejercicio o exceso de comida, como sea—, era por lo general una persona de buen humor y amable disposición: *un bou vivant*, como dicen los franceses.

Como al hombre medio, le encantaba la popularidad. No podía evitar pensar que todos la deseaban y la buscaban y que, si fracasaban, era porque tenían algún defecto. No podía imaginar que alguien pudiera ponerse por encima de las artes que conducen al aplauso popular. Cuando atravesaba Londres, .inclinándose y sonriendo a las multitudes que vitoreaban, lo tomaba como el triunfo de un logro personal, una apoteosis completa y final.

Eduardo tenía todos los gustos aristocráticos. Amaba las carreras de caballos, era gregario, detestaba la soledad, prefería un juego de cartas a cualquier conversación; en realidad, sólo hablaba libremente cuando iba a la ópera, donde, tal vez, hubiera tenido que guardar silencio. Era un jugador, como lo son todos los aristócratas ingleses, y su amor por las cartas lo metió en líos más de una vez. Un observador amargado pero agudo ha dicho: «Los ingleses amaban al rey Eduardo porque tenía todos los vicios de la aristocracia y detestan al rey Jorge porque tiene todas las virtudes de la clase media».

A comienzos de la década del noventa, quedé impresionado por la historia del padre Damien. En su autoinmolación había ecos del heroico sacrificio de san Paplo y los primeros mártires cristianos.

Simple monje belga, había solicitado ser enviado a los leprosarios de los mares del Sur. Hizo su elección en la primavera de la lujuriosa virilidad, sabiendo que no volvería a ver su hogar ni sus seres amados, convencido de que él también padecería la terrible enfermedad y moriría destrozado, pudriéndose durante años y rezando al final para que llegara la liberación de la muerte.

Un día recibí a almorzar a los Vyner. La señora Vyner, amiga íntima del príncipe de Gales, era una mujer extraordinaria. Bob Vyner, su marido era sólo un caballero de Yorkshire muy acaudalado. Sin ser guapa, la señora Vyner tenía un encanto excepcional. Recuerdo que, una vez, le dije a su hija, lady Alwynne Compton:

—Sabe usted, lady Alwynne, después de estar hablando un rato con su madre, uno siente una especie de simpatía íntima con ella casi como si fuera amor.

—Lo curioso —dijo lady Alwynne— es que, en ese momento, ella está enamorada de usted; es increíblemente solidaria.

Durante ese almuerzo dije que la ciencia moderna debía transformar el sacrificio del padre Damien en un triunfo, estableciendo una fundación para estudiar la lepra y descubrir una cura.

—El único monumento funerario válido para él —dije—, sería volver útil su sacrificio eliminando la horrible enfermedad del mundo.

Después del almuerzo, la señora Vyner me interrogó y después me convenció de que debía ir a hablar con el príncipe Eduardo y pedirle que tomara la iniciativa:

—Yo hablaré al príncipe —dijo— y ya verá cómo se entusiasma con su idea; es realmente un buen hombre y está ansioso por ayudar a las causas nobles.

Uno o dos días después, recibí una carta del príncipe Eduardo, donde me pedía que fuera a Marlborough House y le explicara mi idea sobre Damien. Fui y vi a sir Francis Knollys, el secretario del príncipe. Le dije que deseaba formar un comité y establecer un fondo, que se llamaría Fondo Damien, para terminar con la lepra en memoria del hombre generoso que había dado su vida por los leprosos.

—En seis meses —dije—, los médicos modernos podrán aislar el microbio de la lepra y curar la enfermedad.

Finalmente, Knollys estuvo de acuerdo conmigo y fijó una cita con el príncipe para esa tarde. Cuando Eduardo me vio, dijo:

—¡No podía creer que fuese usted, Harris! Sus chistes picantes son encantadores, pero ¿qué tiene usted que ver con la lepra y un fondo para curarla?

—Podría hacerse tan fácilmente, Sir —comencé—. Estoy seguro de que si dedica usted su gran influencia a la causa, podemos lograr el éxito en un año y deshacernos de una de las peores enfermedades que afligen a la humanidad.

—Muy bien —exclamó el príncipe—. Lo respaldaré; vea a Knollys y decidan un plan de campaña. Estoy con usted de todo corazón. Tendremos las reuniones aquí.

Le agradecí cordialmente su apoyo.

Las principales personas del reino formaron parte del comité. Sir

Francis Knollys y yo nos ocupamos de los preliminares y se consiguió una buena suma. Pero ¡ay!, pese a mis esfuerzos por mantener aunque sólo fuese a un solo lego en el comité ejecutivo, todo el poder fue a parar a manos de los médicos, que tenían sus manías y su personalidad para publicitar.

Nuestra primera reunión en Marlborough House fue un gran éxito. Asistieron los primeros nombres de Inglaterra y, en la primera media hora, se suscribieron unas veinte mil libras.

—¿Cuánto debería poner? —preguntó el duque de Norfolk.

—Debe recordar —dije— que, como primer católico del reino, su donación no debe ser superada; cuanto más dé usted, más darán los otros.

Creo que dio dos mil libras.

Mientras los doctores disputaban en privado, llegaron a Londres, provenientes del leprosario de Hawai, extraños rumores. Se dijo que la lepra del padre Damien había sido contraída a través de su contacto carnal con algunas leprosas. La desdichada historia fue desmentida, pero la calumnia era demasiado sabrosa como para ser rechazada. El príncipe me mandó llamar a toda prisa. Lo encontré en Marlborough House en estado de gran excitación.

—¡Bonito berenjenal! —exclamó—. Por supuesto, no es culpa suya, pero este padre Damien debe haber sido un tipo curioso. Imagínese, elegir a leprosas… ¿no? Es algo estremecedor. Supongo que es la naturaleza humana; afinidades, ¿no?, —y rió—. Debemos cambiar el nombre del fondo. ¿Cómo lo llamaremos?

—¿Por qué cambiarlo, señor? —pregunté—. Eso sería condenar a Damien sin juicio. No creo ni una palabra de esa sucia historia.

—Lo crea usted o no —exclamó el príncipe, impaciente—, todos los demás lo creen, y eso es lo que tengo que considerar. Esas historias siempre se creen, y no puedo permitir que se rían de mí como se ríen de Damien. No quiero que me tomen por tonto. Usted comprenderá eso. Podemos creer lo que nos plazca, pero yo tengo que considerar la opinión pública.

—Como usted prefiera, señor —dije, comprendiendo por primera vez que, en estos tiempos democráticos, hasta los príncipes están bajo la pata del déspota ignorante llamado opinión—. El nombre puede cambiarse. El «Fondo para la Lepra» es tan claro como «Fondo del padre Damien», pero lamento su decisión.

—Oh, vamos —exclamó otra vez de buen humor a causa de mi sumisión—. «Fondo para la Lepra» es excelente. ¡Por favor, dígale a Knollys que hemos cambiado el nombre y tome todas las precauciones necesarias para que esto se sepa! Debemos ser hombres de mundo, aceptar la opinión y no ser extravagantes. Siempre es tonto ser extravagante; se ríen de uno —y así siguió, exponiendo su filosofía barata, la filosofía del hombre medio de la calle.

Imaginen a un príncipe que teme ser extravagante. No es sorprendente que Eduardo fuera popular; siempre estuvo ansioso por pagar el precio que la popularidad exige.

Los médicos elegidos para realizar la investigación fueron nombrados por el presidente del Colegio de Cirujanos, sir Jonathan Hutchinson y el presidente del Colegio Médico, cuyo nombre no recuerdo. Pero sir Jonathan Hutchinson desempeñó el papel principal en los nombramientos y era notorio por su vocación de que la lepra provenía de comer pescado podrido. Esta era la teoría cuando él era un joven estudiante de medicina. Ya había sido totalmente desmentida por los experimentos de los noruegos, quienes habían establecido la mejor escuela y hospital de leprosos de la Europa moderna, pero sir Jonathan no sabía nada de la moderna investigación en la materia e insistió en nombrar a aquellos que creyeran o fingieran creer en la teoría del pescado podrido. En consecuencia, los comisionados fueron a la India y regresaron sin haber hecho nada. Hubieran estado mucho mejor asesorados si hubieran ido a Noruega y aprovechado las experiencias hechas por los investigadores noruegos.

Yo quería utilizar el fondo enviando a dos hombres jóvenes a Noruega, otros dos al leprosario del Cabo de Buena Esperanza y dos más a Calcuta para estudiar la lepra en todas sus fases y tratar de encontrar un remedio. Pero cada uno de los grandes doctores tenía una nueva teoría y un nuevo método. Uno declaró que era puramente contagiosa; otro creía que, como la sífilis, sólo podía propagarse a través de una abrasión en la cutícula externa. Ninguno de ellos sabía nada de las investigaciones modernas. Todos estaban imbuidos por las conclusiones que se habían formado sobre el tema después de leer sobre él durante media hora cuando eran estudiantes… Casi podía decirse qué libro de texto había leído cada

uno.

Yo había observado ya que sir Andrew Clarke y las otras notables autoridades médicas se oponían a mí y mis ideas. Pero no me molestaba mucho, porque no había dos que estuvieran de acuerdo en el camino a seguir. Sin embargo, en un punto, eran todos uno: como yo no era un médico cualificado, no podía saber nada de la lepra, aunque en verdad yo había pasado más tiempo ocupándome de la enfermedad que todos ellos juntos, estudiando los últimos trabajos publicados en tres o cuatro idiomas. Me pareció inútil discutir con los médicos y tan pronto como se cambió el nombre del fondo, renuncié a mi posición de secretario y me lavé las manos, aunque el príncipe y Knollys me pidieron con mucha gentileza que reconsiderara mi decisión.

La experiencia me había enseñado varias lecciones útiles. En primer lugar, comencé a percibir la fragilidad de la oposición de patrocinio en Inglaterra. El príncipe sólo podía actuar mediante aquellos nombres de la profesión que estaban mezclados en el asunto y los grandes médicos de Londres no sabían nada sobre la lepra y se interesaban todavía menos. Estaba convencido de que de esa investigación no saldría nada válido. En ciencia, el progreso lo consiguen sólo los investigadores interesados y capaces. Una cosa era segura: si ese dinero se hubiera reunido en Alemania o en Francia, se lo hubiera utilizado mucho mejor.

Pese al fracaso relativo del proyecto, el príncipe de Gales me tomó más simpatía y transformó a sir Francis Knollys —que era nominalmente la cabeza de la casa del príncipe y su consejero de confianza— en un buen amigo mío. Cuando llegué a conocerlo, descubrí que era descendiente directo de Francis Knollys, que había sido chambelán de la corte de la reina Elizabeth y que en su avanzada edad se puso un poco en ridículo al enamorarse de Mary Fitton, el amor de Shakespeare, «la oscura dama de los sonetos» y amante del joven lord Pembroke, mecenas y amigo de Shakespeare.

Yo estaba seguro de que este viejo sir Francis Knollys había sido el modelo del Polonio de Shakespeare y podía adelantar una docena de razones para sustentar esta convicción.

Un día le hablé de estas razones a sir Francis Knollys, que me sorprendió un poco al mostrarse encantado con la identificación, porque Polonio no es precisamente una figura heroica. Aprendí a

apreciar a Knollys con la cabeza y el corazón. No sólo era afectuoso y justo, sino también absolutamente leal a sus amigos y en Londres yo apreciaba la lealtad más que cualquier otra cosa, porque allí todos parecen inclinados a desdeñar a los amigos y hasta las buenas ideas y el esfuerzo generoso.

El esnobismo es la religión de Inglaterra. Siempre había considerado amigo mío a Edmund Yates, el dueño y director del semanario «The World», y me había ocupado de que fuese invitado a las reuniones del Comité Damien, pero de pronto escribió un largo artículo en «The World» declarando que yo me había trepado en los hombros del padre Damien para entrar por la ventana de Marlborough House. El artículo destilaba envidia. Jamás subrayé el hecho de que el príncipe Eduardo era amable conmigo. Pero, para Edmund Yates, que pretendía ser mi amigo, mi pequeño éxito social era mucho más importante que mi escritura o mi amistad. El incidente sirvió para ratificar mi creciente convicción de que los hombres se entregan mucho más rápidamente al odio que al amor.

Todavía no se han dado a conocer nunca las razones por las cuales al príncipe no le gustaba Alemania pese a su educación alemana. Sin embargo, son interesantes y demuestran cómo las pequeñeces y los malentendidos tontos pueden contribuir a provocar las mayores guerras y a hundir a Europa en sangre.

Durante muchos años, el príncipe Eduardo había sido un ardiente admirador de Alemania y las instituciones alemanas.

Poco después de que el emperador alemán comenzara a dedicarse a las regatas, hubo una cena en Cowes, a comienzos de los noventa, durante la cual el príncipe Eduardo declaró que no había en el mundo posición más envidiable que la de emperador alemán.

«Es la más poderosa influencia del mundo» dijo, «para bien o para mal. Todo lo que hace es aceptado e imitado. Ahora, sus súbditos se dedican a las regatas porque él lo desea y todavía hará grandes cosas, ya lo veréis. Ser emperador alemán es ser un dios en la tierra».

Pero, cuando el Kaiser comenzó a hacer frecuentes visitas a Inglaterra, el encanto desapareció y se hizo evidente la verdadera diferencia de naturaleza entre los dos hombres.

El tío estaba preparado para respetar al sobrino coronado, pero

no se contentaba con ser tratado con desdén. Por otro lado, era perfectamente claro que el emperador alemán consideraba al príncipe Eduardo una persona anciana y gorda que sacrificaba la dignidad y las altas miras de la madurez a los vicios y diversiones de la juventud.

Una vez, hacia el final del reinado de Victoria, estuvo en una cena en Osborne, donde las cosas se vieron muy claras.

Por deseo expreso de Victoria, se trataba con especial respeto al emperador. Para honrarlo se llevó, incluso, desde Windsor el famoso servicio de oro. La reina hubiera sido capaz incluso de modificar la temperatura según la conveniencia de su amado nieto.

La afinidad y simpatía entre abuela y nieto eran extraordinarias. Ambos tenían la misma visión seria de la vida y el mismo punto de vista convencional sobre moralidad. Durante toda la cena, la reina sólo habló con el emperador, que estaba colocado a su derecha. Apenas hubo conversación entre los otros comensales.

En ocasiones, el príncipe Eduardo, que estaba sentado frente al Kaiser, aventuraba una observación, pero ninguno de los soberanos le prestaba demasiada atención.

Abuela y nieto, en la cabecera de la mesa, hablaban en voz baja en excelente alemán y era necesaria mucha audacia para que un huésped se atreviera a susurrarle algo a su vecino. El príncipe, sentado frente al emperador, estaba evidentemente molesto. Su habitual *bonhomie* brillaba por su ausencia. A medida que se iba llegando al fin de la comida, iba pareciendo cada vez más incómodo.

De pronto, la reina se puso de pie para retirarse. Todos la imitaron, y el emperador y el príncipe la escoltaron hasta la puerta. Cuando la reina desapareció, se oyó un suspiro de alivio. Se había roto el hielo. Desapareció el aire de rigidez y todos empezaron a hablar. El príncipe Eduardo era todo sonrisas. El emperador alemán volvió a la mesa todavía sumido en profundos pensamientos. Al sentarse, el príncipe Eduardo pidió al emperador que hiciera lo propio a la cabecera de la mesa. El Kaiser no pareció escucharlo. Con el ceño fruncido, se veía perdido en una profunda reflexión. De pronto, empujó su silla, se puso de pie y se fue de prisa detrás de la reina, sin decir ni una palabra al príncipe y dejando a toda la reunión con la boca abierta.

El príncipe Eduardo se ruborizó; el desdén era obvio. Llegó incluso a olvidarse de sí mismo por un momento y exclamó: «Modales alemanes, supongo» y siguió hablando como de costumbre. Pero la mesa permaneció a la expectativa. Había cierto embarazo en el aire; la cena era un fracaso.

A partir de ese momento, el príncipe Eduardo no estuvo con el emperador alemán, sino contra él y en privado no vacilaba en criticar sus modales y su falta de consideración para con los demás. En resumen, comenzó a destacar las faltas de su sobrino en lugar de sus cualidades.

Un ingenio de la época resumió el asunto en una frase que contenía más verdad que humor: «La moral y los modales están siempre como perro y gato». Indudablemente, fue la torpe rudeza del emperador alemán la que inició la ruptura.

Cuando Eduardo ascendió al trono, esta ruptura fue evidente. No se cortejó al emperador alemán ni se solicitaron sus visitas. Cuando iba a Inglaterra, se alojaba con lord Lonsdale o cualquier otro amigo, pero no había recepción pública. Iba y venía sin ser anunciado ni bienvenido en lo que se refería a la Corte.

Las primeras experiencias de Eduardo como rey casi lo obligaron a adoptar una nueva actitud ante los asuntos. La reina había muerto al comienzo de la guerra sudafricana. El rey Eduardo odiaba la guerra, era lo bastante liberal como para comprender que la guerra en una de sus colonias no le hacía ningún bien a Inglaterra. Además, compartía la común convicción de que el emperador alemán estaba dando a los boers, aunque más no fuera, apoyo moral. Cada revés en el campo de batalla servía para confirmar al príncipe en su decisión de terminar esa guerra y cuando se tomó Pretoria y el presidente Krueger huyó del país, utilizó toda su influencia para conseguir la paz, la paz casi a cualquier precio.

Se recordará que, finalmente, la paz fue posible a causa de la promesa de Inglaterra de entregar a los boers tres millones de libras para reconstruir sus granjas incendiadas por lord Kitchener. La intervención personal del rey Eduardo consiguió que esta propuesta de Botha fuera aceptada. Con el sentido común de un hombre de mundo, él comprendió que quince millones de dólares eran una insignificancia de la cual no valía la pena hablar. Como él decía, más se gastaba en una semana de guerra. Era absurdo preocuparse

por semejante suma.

Tan pronto como se firmó la paz, todos se sintieron agradecidos al rey por haber adivinado el deseo inconsciente de su pueblo. Fue colocado en un pedestal. Muchos recordaron que había sido él quien había eliminado el hábito de la bebida en Inglaterra, y ahora pacificaba Sudáfrica. Casi todos comenzaron a abrigar la esperanza de que el amable y bonachón hombre de mundo resultara mejor gobernante que su madre, demasiado severa y moralista.

Si había algo que el rey Eduardo apreciaba y conocía era la opinión pública. Pronto vio que había ganado la confianza de personas sesudas y serias y de inmediato comenzó a tomarse en serio. Todo lo que había hecho había resultado bien. ¿Por qué no tomar la iniciativa en cuestiones políticas? No sólo no invitó al Kaiser, sino que hizo una visita a París —una visita de Estado—, complaciendo a la opinión liberal inglesa que, naturalmente, prefería la Francia democrática a la Alemania imperial. Entonces, en 1905, invitó a la flota francesa a Cowes y ofreció al almirante francés y a sus oficiales un gran banquete en el Royal Yacht-Squadron Club, durante el cual se ratificó la *Entente Cordiale*.

El banquete que siguió en el Guildhall reafirmó el acuerdo y, cuando el Almirante Caillard, atravesando Londres, se quitó el sombrero ante la estatua de Nelson en Trafalgar Square, entre una multitud entusiasmada, todos sintieron que por fin ambos pueblos se unían en afecto e intenciones.

En 1906, oficiales franceses del Estado Mayor General viajaron a Londres y, en consulta con las autoridades militares británicas, decidieron el lugar del norte de Francia en el cual se reuniría el ejército británico en caso de que los alemanes invadieran Francia. A partir de ese momento, hubo total acuerdo militar entre los dos países.

Hay algo que todavía no se ha contado y que sirvió para que la antipatía del rey Eduardo por el Kaiser se transformara en desprecio. En Londres corrió el rumor de que el Kaiser se había enamorado de una encantadora italiana. Pronto se supieron cosas en detalles: la dama era una veneciana rubia, aunque no demasiado sutil, la condesa M…

Cada vez que el Kaiser iba a Italia, se encontraba con ella y pasaba un tiempo en su compañía.

El escándalo deleitó al rey Eduardo. Preguntaba ansiosamente a quien pudiera saberlo:

—¿Es verdad? ¿La conoce usted? ¿Es realmente bonita? ¿Son devotos el uno del otro?

Pregunta sobre pregunta.

—Bueno, señor —llegaba la respuesta—, al menos es verdad que el Kaiser la visita siempre que puede y pasa todo su tiempo libre con ella; es verdad que, en sus habitaciones, ella tiene innumerables fotografías autografiadas de él y…

—Dígame —exclamaba el rey Eduardo—. ¿En las fotografías aparece en uniforme o vestido de paisano?

—En ambos trajes, señor —era la respuesta.

—Entonces, la ama —decía el rey—. Es verdad. Ah, estos moralistas. Son siempre los peores…, —y reía con deleite.

Este descubrimiento fortaleció su seguridad en sí mismo. Comenzó a considerarse un diplomático, y los nobles franceses, como el marqués de Breteuil, así como políticos franceses de toda laya, lo halagaron y alabaron con entusiasmo.

Muchas fuentes fueron a engrosar la gran corriente principal: la fuerza más obvia era la preferencia del rey por los franceses; después, vino la influencia de la Inglaterra liberal. Pero lo más importante era la rivalidad individual de Alemania que desafiaba a Inglaterra en lo más vital.

A comienzos del reinado de Eduardo, la gente comenzó a notar que la producción de acero alemana estaba superando a la de acero inglés, que las industrias alemanas estaban compitiendo con las industrias inglesas en los mercados neutrales, en un pie de igualdad… que en realidad estaban comenzando a desbancar los productos ingleses en todos los mercados.

Los expertos visitaron Alemania y regresaron elogiando los métodos y la educación alemanes; los trabajadores regresaban haciendo el panegírico del socialismo de estado alemán. La capa gobernante, tal como se comprendía en Inglaterra, no podía aprobar la creciente rivalidad. La *Entente Cordiale* fue normalizada, y los políticos británicos acababan de llegar a un entendimiento con Delcassé, cuando surgió la posibilidad de una guerra con Alemania.

Cada año que pasaba estrechaba los vínculos entre Inglaterra y Francia. La visita del Kaiser a Marruecos puso al rojo vivo las

sospechas, antipatías y celos comerciales. ¿Qué tenían que hacer los alemanes en Marruecos? ¿Por qué lo soportaban los franceses? La prensa inglesa comenzó a preguntarse si no era tiempo ya de mostrar a los alemanes cuál era su lugar.

Soplaban vientos de tormenta, pero uno o dos años más tarde, el crucero alemán «Panther» visitó Agadir, y todos vieron que la catástrofe se acercaba. El primer ministro francés, M. Caillaux, dijo a sir Edward Grey que rompería las negociaciones con Alemania sin ceremonias si éste le aseguraba el apoyo británico en caso de guerra. Sir Edward Grey le aconsejó esperar, declaró que Inglaterra apoyaría a Francia si ésta era atacada, pero le rogó que esperara a que se diera el caso de una agresión alemana.

—Debemos tener de nuestro lado a las naciones neutrales —le dijo una y otra vez, y finalmente—. Espere, el tiempo no ha llegado todavía.

Cuando M. Caillaux consultó con sus aliados rusos, ellos contestaron con total claridad que Rusia no estaba preparada… Todavía no se había recuperado de la guerra con Japón. Pero, durante todo ese tiempo, se acumulaban las nubes de tormenta y la mala voluntad entre los pueblos se hacía más evidente.

El rey Eduardo nunca vio desatarse la tormenta que tanto había hecho por convocar, pero, después de su muerte, se pusieron en movimiento la fuerza que él había conjurado y, cuando Rusia estuvo preparada, llegó la catástrofe.

El príncipe Eduardo

En el capítulo dedicado al príncipe Eduardo, he omitido uno o dos incidentes que creo que debo narrar aquí. Cuando yo estaba renunciando a mi posición en el Comité de la fundación Damien, que se había transformado en el Fondo para la Lepra, el príncipe dijo:

—Lo veo demasiado serio, Harris. Lo que deseo son algunos de sus chistes picantes. ¿Por qué no viene a cenar mañana por la noche y me cuenta algunos?

Por supuesto fui y le conté una buena docena de historias que él no conocía y que le divirtieron muchísimo, fueran nuevas o viejas. Sólo recuerdo una o dos. Le conté el viejo chiste sobre la primera vez que el príncipe Joinville vio a la famosa actriz Rachel: le pasó su tarjeta, en la que había escrito: *Quand? Oü? Combien?* (¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cuánto?).

Rachel contestó: *Ce soir. Chez moi. Rien*. (Esta noche. En mi casa. Nada).

Me sorprendió que al príncipe Eduardo le gustara tanto esta historia que trató de memorizarla.

La segunda era mejor. En Nueva York circula una historia sobre la amistad entre un inglés y un norteamericano que, un día, fueron a hacer una excursión a Long Island. Encontraron a una muchacha muy bonita pescando en un riachuelo con poquísima agua.

—¿Qué tratas de pescar ahí? —preguntó el inglés—. No hay peces en ese riachuelo. ¿Qué esperas atrapar?

Ella giró en redondo sobre la roca en la cual estaba sentada y dijo con gran descaro:

—Tal vez a un hombre.

—En ese caso —dijo riendo el norteamericano—, no deberías sentarte sobre la carnada.

La chica volvió la cabeza, sin comprender la libertad que el otro se había tomado, y los dos hombres se fueron. Media hora más tarde, el inglés rompió a reír.

—Al comienzo, no comprendí tu chiste —dijo.

—¿Chiste? —preguntó el norteamericano—. ¡Pero si era clarísimo!

—No me lo pareció así —dijo el inglés—. ¿Cómo podías saber que tenía lombrices[36]?

Recuerdo que hablé al príncipe de los hábitos glotones de la gente del Ayuntamiento y de los olores que corrompían la atmósfera en el banquete del alcalde. Rió, pero dijo que era penoso hablar en contra del propio país y que prefería olvidar esas cosas. Y la historia de Fowler, el famoso alcalde que impidió a lady Marriot sentarse a cenar en su propia mesa, le pareció incomodísima. Esperaba que yo jamás lo mencionaría. «Deberíamos olvidar las cosas desagradables de la vida»: éste era su lema.

—Pero, señor —dije—, en Francia suceden cosas similares, sólo que no se las toman tan en serio.

—¿De veras? —preguntó algo excitado—. Cuénteme algo.

—Se cuenta una historia —dije— de monseñor Dupanlou, obispo de Orleans, quien se suponía era uno de los hombres más ingeniosos de su tiempo. Una vez, estaba cenando con una dama que hacía un ruidito curioso y luego movía los pies sobre el *parquet* como para cubrir la indiscreción con sonidos similares.

—Oh, madame —dijo el ingenioso obispo—, por favor, no se moleste en encontrar la rima; no es importante.

El príncipe rió, pero no valoró la ingeniosa frase como debía.

Hay dos historias sobre el propio príncipe que son realmente más divertidas.

Durante varios años, estuvo realmente enamorado de una dama noble, extremadamente bonita y realmente a su altura en lo que se refería a su amor por la vida y su sentido del humor. Una noche, le pidió que se encontrara con él después del teatro. Había tomado prestada la casa de su ayuda de campo, un tal T. W., quien, al darle la llave, le dijo que encontraría la mesa puesta y que todos los sirvientes saldrían para que se sintiera perfectamente a sus anchas. La dama había dicho que sólo después de la ópera quedaría libre. En consecuencia, cuando ésta terminó, fue a la casa del señor T. W., y encontró al príncipe paseando en la alcantarilla. Se le había caído la llave y no podía encontrarla.

La dama había llegado en un coche de alquiler y finalmente

convenció al príncipe de que subiera al coche y dieran un paseo de una hora o así. Transcurrido ese tiempo, él la llevó a su casa. Bajaron ambos, y el príncipe tendió un chelín al conductor. En un instante, éste saltó del pescante furioso, gritando:

—¿Qué es esto? ¿Para qué demonios es la monedita?

—Su tarifa, buen hombre —dijo el príncipe.

—¡Tarifa! —gritó el conductor—. ¿Por un viaje de dos horas y diez millas?

La dama, comprendiendo lo que sucedía, sacó de prisa su bolsillo y le dio dos soberanos.

Cuando vio que las piezas eran de oro, sus modales cambiaron.

—Gracias, señora —dijo—, muchas gracias. Sabía que era una dama en cuanto la vi. Pero ¿de dónde diablos sacó a éste?

Nadie quedó más deleitado con la anécdota que el príncipe, y la relataba con gran gusto. La historia ejemplifica la extraordinaria ignorancia de las cosas vulgares que muestran algunos de los privilegiados. El príncipe me explicó que siempre había oído decir que a los cocheros se les pagaba un chelín y que pensó que era la tarifa por dos horas de trabajo.

La otra historia es tal vez un poco más atrevida. Un amor posterior del príncipe, de cuando ya era rey, tenía una preciosa hija de unos trece años. Un día, el príncipe la vio al ir de visita y habló con entusiasmo de ella a su madre. Esta dijo que iría a buscarla. Salió y explicó a su hija que iba a presentarla al rey y debía ser muy cuidadosa para no ofenderlo de ninguna manera.

—Si desea besarte, déjalo —le dijo—. ¿Qué importa?

Momentos después volvió con su aleccionada hija y la presentó al rey, quien comenzó a hablar con ella. La madre inventó una excusa y salió de la habitación. Un cuarto de hora después, regresó y encontró sola a la niña. El rey se había ido.

—Bueno, ¿qué ha sucedido? —preguntó.

—Nada —dijo la chica—. No me gusta mucho; mete mucha mano.

—¿Te besó? —preguntó la madre.

—Oh, sí —contestó la niña—, me besó. Me puso las manos encima y me hizo sentar en sus rodillas. Dijo que era hermosa y encantadora. Traté de sonreír, pero no me gusta mucho ese viejo gordo… Me miraba de una manera rara.

—Pero ¿por qué se fue? —preguntó la madre.

—No lo sé —contestó la niña—. De pronto me sacó de sus rodillas, se puso de pie diciendo «ya vengo» y salió de la habitación. ¡Pero no ha vuelto[37]!

—Está bien —dijo la dama—. Buena chica.

Se supone que este incidente fue la razón por la cual la dama recibió del rey, como presente, más de cien mil libras.

Debo narrar otra historia que lo muestra bajo una luz mejor. Cierta esposa de un banquero que había sido gran amiga del príncipe, se metió en líos. El banco de su marido estaba a punto de quebrar, y su marido le dijo que debía pedir al príncipe las quinientas mil libras que le habían adelantado. De modo que ella le escribió rogándole que fuera a verla. Él fue, y ella le contó lo que había sucedido y la terrible dificultad en que se encontraba.

—No te angusties —dijo él—. Por supuesto que conseguiré el dinero en seguida. Si viene mi amigo el barón Hirsch[38], por favor, recíbelo. Creo que él lo solucionará.

Al día siguiente, llegó el barón Hirsch, vio a la dama y le dijo que deseaba darle un cheque por quinientas mil libras más intereses. Cuando ella le dio las gracias, él dijo:

—Si deseara usted recibirme algunas veces y considerarme su amigo, haría el cheque por un millón, sólo por manejar números redondos, como dicen ustedes los ingleses.

Toda mujer prefiere los números redondos, de modo que la dama sonrió y quedó encantada, y el cheque se hizo por un millón.

Cuando la dama me contó la historia, agregó:

—El príncipe, sabe usted, es realmente bueno y amable. Dos o tres días después, vino a pedirme que preguntara a mi esposo en qué medida le había ayudado el préstamo y para asegurarme que, si podía hacer algo por mí en cualquier momento, estaría encantado. Es todo un caballero.

En los años noventa, había en Londres un tal señor X., persona de buena posición, quien se hizo conspicuo por su devoción a la esposa del príncipe. La gente decía de todo e insinuaba lo peor, pero la asociación era estrictamente platónica. Todos sabían que la princesa era impecable, una heroína según el modelo Tennyson:

> Imperfectamente perfecta, absolutamente regular, glacialmente bella[39].

Aquellos enterados aseguraban que, como señalado favor, se le permitía de vez en cuando tomar la mano de la princesa mientras disertaba sobre la belleza de la naturaleza.

Pero, por una u otra razón, tal vez a causa del inquieto sentimiento de dignidad que todos le atribuían, al príncipe más bien le desagradaba la forma en que el nombre de su esposa se mencionaba junto al señor X.

Una vez, en Wadhurst, durante una reunión en los jardines, se encontraron el príncipe y el señor X. El día era perfecto; el parque, encantador. En la tienda verde, equipada con pequeñas mesas, se había servido un almuerzo magnífico. Después bailó una muchacha española como sólo los españoles pueden bailar, con vigor e impudicia satánicos, condimentada con la mirada provocativa y el gesto audaz. Fue aplaudida y se le pidió que repitiera la danza una y otra vez, y después siguió una bailarina hindú, cuyo desafío no era de espíritu y gesto osado, sino de entrega y languidez y exhibición deliberada de miembros redondeados y figura esbelta y graciosa.

Ese día todo parecía perfecto. Era difícil imaginar mejor almuerzo o lugar más encantador, y la anfitriona había invitado exactamente a las personas apropiadas. La bailarina española rompió el hielo de la reserva inglesa y la hindú profundizó esa sensación. Como es habitual en Inglaterra, la relajación condujo a la diversión inocente. Una bonita muchacha cogió una bufanda e hizo una extraordinaria imitación de Alma[40]; otra, creo que una hija de la casa, derrotó a la *gitana*[41], danzando con gran espíritu; se habían formado grupos en los que se hablaba y se reía. Los lacayos se habían llevado las mesas casi tan silenciosos como fantasmas. El príncipe era centro de un alegre círculo.

De pronto, alguien le arrojó una naranja a un amigo. Fue cogida y devuelta con la velocidad del relámpago, vuelta a arrojar y vuelta a recoger, pero, esta vez, mal calculada porque le dio al príncipe en el hombro. Él se volvió, serio, cogió la naranja y se la arrojó al señor X., que estaba de pie frente a él y por lo tanto, no hubiera podido ser el culpable.

El insulto era tan claramente intencional, que el señor X dio un paso adelante como para responder, cuando uno de los hombres que había por allí lo cogió del brazo, le hizo darse la vuelta y lo condujo

fuera de la tienda.

Pero el príncipe había observado el gesto y estaba tan furioso que exclamó:

—Ese hombre debe abandonar la casa o lo haré yo —y fue en busca de su anfitriona.

La marquesa trató de calmarlo, pero él se empeñó, y a la anfitriona no le quedó más remedio que hablarle al señor X de la decisión del príncipe. Él se comportó a la perfección.

—Lo siento tanto, marquesa —exclamó—, pero realmente, si he ofendido, ha sido involuntariamente. Espero que sepa usted que no haría en su casa, y menos deliberadamente, algo que usted pudiese objetar. Ya he empacado y me iré a Londres en el tren de la noche. Por favor, no se turbe usted. Todo ha terminado y yo estoy, como siempre, infinitamente agradecido porque me ha permitido venir.

Era tan guapo y tan humilde que se ganó a su anfitriona y después ella siempre se puso de su parte.

No tengo intención de demostrar que el príncipe fuera celoso. No tenía razones para serlo, y lo sabía, aunque como la mayor parte de los disolutos se inclinaba a la sospecha y no creía mucho en la virtud de nadie. Sin embargo, se sentía totalmente seguro de su esposa. Acostumbraba a decir que ella era perfecta, salvo por un defecto que lo fastidiaba desmedidamente.

La princesa siempre llegaba tarde, era incurablemente poco puntual, y el príncipe, que creía que «la puntualidad es la cortesía de los príncipes», gustaba de ser exacto hasta la manía. Solía alardear de que jamás había llegado tarde a lugar alguno.

Cuando iban a algún espectáculo, siempre estaba listo antes de hora y diez minutos; antes de la partida mandaba avisar a la princesa.

La respuesta volvía de inmediato: «Estaré lista, querido». Pero nunca lo estaba. Daba la hora. Los gentilhombres de cámara estaban con el *qui vive*. El príncipe se impacientaba y volvía a hacerla llamar. Volvían respuestas tranquilizadoras, pero nada de la princesa. El príncipe bufaba, se enfurecía y amenazaba con irse solo y finalmente, veinte minutos después de la hora fijada, la princesa descendía con su sonrisa estereotipada y sus amables maneras, como si no fuera consciente de nada malo. Él solía decir que era como tener un guisante en la bota: intolerable. Y, cuando estaba

fastidiado de tanto esperar, solía criticarla amargamente. Un día le dijeron que estaba peinándose y bajaría pronto. Cuando la doncella desapareció, él exclamó:

—¡Peinándose! No tiene más pelo que su hermano, y él es calvo como una ostra.

En otra ocasión, yo alabé la sonrisa de la princesa.

—Sí —contestó él—, la sonrisa es lo mejor que tiene. La ha hecho popular y para ella es fácil sonreír porque no oye nada; es sorda como una tapia.

Algunos aristócratas ingleses jamás le perdonaron a Eduardo su vida disipada. Cierto duque se negaba a encontrarse con el príncipe, aun en las ocasiones en que éste se invitaba a cenar con la duquesa.

—¿Está el duque realmente enfermo? —preguntó a su esposa én una de esas ocasiones.

—¡Qué va! —contestó ella—. Está encerrado en el lavabo del tercer piso con una novela y no vendrá hasta que el príncipe se haya ido. Decimos que está enfermo.

Cuando estaba en la Riviera, Eduardo vivía por lo general en Cannes. La señora Vyner, que era la reina de la colonia inglesa, había sido siempre una de sus favoritas. Y nadie se asombraba de ello, porque la señora Vyner tenía el genio de los modales encantadores y comprensivos. El príncipe sentía antipatía por el príncipe de Mónaco, que era serio y amigo del emperador alemán, a quien Eduardo detestaba. Sin embargo, iba con frecuencia a Montecarlo para probar suerte en las mesas y, en una de esas visitas, encontró en una de las salas de juego a lady Brougham. Como todos saben, ella tenía una preciosa villa en Cannes y, en realidad, el padre de su marido fue la persona que puso Cannes de moda y la transformó en el balneario de invierno de la clase alta inglesa.

Lady Brougham era una mujer deliciosamente hermosa y vivaz, siempre muy bien vestida y a la moda en el sentido de que usaba lo que se usaría al día siguiente en lugar de lo que se había usado el día anterior. Su marido era una persona enorme, pesada, pomposa, con inocultable reverencia por lo que llamaba principios, que por lo general eran simples convenciones. Se tomaba en serio. Siempre me pareció que era una especie de Chadband inglés. Cuando el príncipe encontró a lady Brougham, le dijo después de unos momentos de

charla:

—Querida lady Brougham, me gustaría cenar con ustedes el domingo por la noche. ¿Es posible?

—¡Qué amabilidad la suya! —exclamó la dama—. Estaremos encantados.

—Muy bien —dijo él—, le escribiré —con lo que quiso decir que le enviaría la lista de las personas que le gustaría ver— y después haremos una partidita de *baccarat*, ¿no?

Lady Brougham juró que estaba encantada y se separaron. En cuanto lo encontró, la dama dijo a lord Brougham que el príncipe iría a cenar con ellos el domingo siguiente, pero, cuando mencionó la partidita de *baccarat* posterior, lord Brougham se plantó decidido sobre sus grandes pies chatos.

—No admito ningún juego en mi casa en domingo; va en contra de mis principios.

—Tonterías —exclamó su esposa—, no seas desagradable. Tus principios no son más que ataques de malhumor.

—No, no —dijo él apretando su largo labio superior y las mandíbulas en un gesto que ella había aprendido a detestar—. Mi límite es eso. Nada de juego en domingo. No puedo permitirlo.

Él se mantuvo en sus trece hasta que por fin su mujer, nerviosa y disgustada, gritó:

—Entonces, tú mismo se lo dirás al príncipe, porque yo no lo haré, y después nunca más figuraremos en su «lista». Creo que es asqueroso de tu parte.

La pomposa persona se fue a gruñirle al príncipe. Cuando éste lo vio, exclamó con su acento alemán:

—Oh, lord Brougham. Acabo de encontrar a su encantadora esposa, que fue lo bastante amable como para decirme que puedo cenar con ustedes el próximo domingo.

—Indudablemente, Sir —replicó lord Brougham, inclinándose—, estaríamos encantados, pero mi esposa me dice que después desea usted jugar al *baccarat*. Será domingo, Sir.

—¿Y eso establece alguna diferencia? —preguntó el príncipe.

—Sí —dijo lord Brougham, formulando la desagradable verdad—. Va en contra de mis principios el juego en domingo.

El príncipe lo miró tranquilamente.

—Lo siento muchísimo, lord Brougham. En ese caso, no habrá

baccarat. Le escribiré a lady Brougham. Por nada del mundo desearía ofender sus principios.

—Espero, Sir… —comenzó a decir lord Brougham, siempre pomposo, pero el príncipe se inclinó ligeramente y se volvió. Había tenido bastante de los grandes principios del caballero.

A la mañana siguiente, lady Brougham recibió una nota que ponía lo siguiente:

> Querida lady Brougham:
>
> Lo siento, pero no podré cenar con ustedes el domingo próximo, porque debo ir a Mentón a devolver una visita de cortesía. Espero no haberle causado inconvenientes. Detestaría que así fuese, porque *usted* siempre ha sido encantadora conmigo. Sinceramente suyo,
>
> Eduardo.

—Ahí tienes —dijo la dama, irrumpiendo en la habitación de su esposo alrededor de las doce del día siguiente—, esto es el resultado de tus estúpidos principios. Desearía que todos tus principios estuvieran en el fondo del mar. Arruinan la vida.

Pero lord Brougham estaba lleno de satisfacción hasta que descubrió que mucha gente que le prestaba interés a la vida no se ocupaba de verlo después de haber escuchado la historia; en realidad, comenzó a desear que sus principios no hubieran sido tan rígidos cuando era demasiado tarde, porque una de las peculiaridades de Eduardo es la de que jamás olvidaba ni perdonaba un menoscabo a su dignidad. Su vanidad era por lo menos tan imperiosa como los principios de lord Brougham. A partir de entonces, nunca más cenó en Villa Eleonore.

Eduardo era infinitamente generoso y amable en la medida en que las cosas iban según sus deseos. Una noche, en una recepción ofrecida por los Vyner, el príncipe se paseaba conmigo arriba y abajo en la sala, escuchando uno o dos chistes nuevos. De pronto, le dije:

—¿Sabe, señor? Ya no debo aceptar estas invitaciones suyas como si fueran órdenes, porque debo ponerme a trabajar. Debo retirarme de esta vida londinense y tratar de convertirme en escritor.

—Un poco de alegría de vez en cuando le hará bien —contestó.

—No, señor —dije—. Por favor, crea en lo que digo. Debo

ponerme a trabajar.

Pareció sofocado, muy descolocado.

—Es usted el primero —dijo—, que me ha hablado de esta manera.

—Es la necesidad, señor —dije—, la que me lleva a trabajar. Siempre estaré orgulloso de la gentileza que me ha demostrado.

—Extraña manera de expresarlo —dijo, y me volvió la espalda.

Tiempo después, en Montecarlo, me encontraba hablando con madame Tosti, la esposa del conocido músico londinense, cuando el príncipe atravesó la habitación para hablar con nosotros. No sé por qué, pero estuve seguro de que pretendía ser grosero conmigo, de modo que tomé el toro por los cuernos y copié la famosa frase del *Beau* Brummel al rey Jorge.

—Ahora la dejo —ríe dije a la dama— con su fornido amigo.

Y me fui, pero advertí que el príncipe estaba furioso.

Debo terminar estos relatos sobre el príncipe con la cosa más ingeniosa que he dicho en mi vida. Una noche, fue a casa de la duquesa de Buccleuch, cuyo marido lo detestaba porque pensaba que era un libertino. El príncipe estaba en forma y conquistó a todos. Realmente encontró una palabra amable y apropiada para veinte o treinta personas, una tras otra. Le dije que su éxito había sido tan grande como el de César en la batalla de Zela, a la que aludía al escribir a su amigo Amantius «*Veni, vidi, vici*».

—Por supuesto —continuó—, eso no es realmente lo que dijo César. Lo que dijo fue: «Vi, conquisté y… me corrí».

El príncipe rió mucho.

—Es usted incorregible —dijo.

De modo que me atreví a contarle la famosa frase de Degas cuando alguien criticó la *minette* o *mimi*, como se llama en Francia a la costumbre de besar el sexo femenino. Degas replicó lo siguiente: «*Quele triste viellesse vous vous préparez!*».

El príncipe fingió no comprender de qué hablaba y, cuando se lo expliqué, dijo que la práctica le parecía poco viril.

De modo que le conté otra historia que le gustó un poco más. Una mujer casada llevó por primera vez al teatro a su hermana menor, una niña de doce años. La niña estaba en trance, pese a que la obra era un mal melodrama. Y así permaneció hasta el tercer acto, cuando el héroe pidió a la heroína que se casara con él. Ella

no quiere. Se lo pide otra vez y ella se niega.

—Si vuelves a negarte —ría amenaza—, te haré mi amante.

De inmediato, la pequeña *cockney* exclamó:

—¡Pégale al cerdo!

Entonces, le conté otro cuento que le gustó todavía más.

—Cuando llegaba al final de una de mis conferencias en Nueva York —dije—, un hombre entre el público se puso de pie y, evidentemente queriendo hacer una broma, dijo: «El conferenciante ha hablado de “virgen” una o dos veces. ¿Sería tan amable como para decimos qué quiere decir exactamente?». «Claro», repliqué; «el significado es evidente: *vir*, como todos saben, es hombre en latín y *gin* es una vieja palabra inglesa que significa trampa. En consecuencia, una virgen es una trampa para hombres»[42]. Todos rieron y una dama se puso de pie y siguió con el juego. «Yo creía», dijo, «que las trampas habitualmente se abrían primero y se cerraban después, pero parece que, con ésta, sucede al revés». Las risas aumentaron y finalmente un hombre se puso de pie: «Tengo otra objeción», dijo. «Siempre es fácil meterse en una trampa y difícil salir de ella, mientras que, en esta trampa, es difícil entrar y fácil salir».

—Usted se ha inventado esas respuestas, Harris. Estoy seguro —dijo riendo el príncipe.

—Le doy mi palabra —contesté—, de que lo único que he inventado es la definición.

Notas

[1] *Conspiracie and Tragedie of Charles, Duke of Byron*, III, iii, 102-112, por George Chapman (1559-1634). (*N. de T.*). <<

[2] Personaje de *Mucho ruido y pocas cueces*. (*N. de T.*). < <

[3] Ensayo de economía, escrito en 1925. (*N. de T.*). <<

[4] Poema 79 del ciclo *Die Helmkehr, 1823-1824*. (*N. de T.*). <<

[5] Jueves 12 de mayo de 1825, *Conversations with Goethe*. (*N. de T.*).
<<

[6] Alice Heine, sobrina nieta de Heine, el poeta alemán y primera princesa norteamericana de Mónaco. A los dieciocho años, Alice casó con el duque de Richelieu, quien murió cinco años después. Volvió a casar, esta vez con Albert, príncipe de Mónaco, bisabuelo de Rainiero. (*N. del E.*). <<

[7] De *Rabbi Ben Ezra*. (*N. de T.*). < <

[8] *The Man Shakespeare*, Londres, 1909. (*N. del E.*). < <

[9] Poema 67 de *Nachlese, Book II*, «Vermischte Gedichte»: El que tiene un corazón y en él / alberga al amor ya ha triunfado a medias, / y así yazgo ahora / sujeto y amordazado. // Cuando muera, mi lengua / será separada del cuerpo, / porque temen que hablando pudiera / volver de las sombras. // Mudo, el muerto se desmoronará / en la tumba y jamás revelaré / los crímenes ridículos / que contra mí se han cometido. (*N. de T.*). < <

[10] Del Poema XX del ciclo *Lazarus*: Durante treinta años he ocupado lealmente / la primera avanzada en la guerra de liberación. / Luché sin esperanzas de victoria, / sabía que no regresaría salvo. // En esas noches, fui asaltado por el aburrimiento / y también por el miedo —sólo los tontos no tienen miedo—. / Para disiparlo, silbé entonces / los versos insolentes de un poema burlón. // Queda un puesto vacante: el que deja el herido. / Uno cae, los otros se adelantan. / Pero yo caigo invicto y mis armas / no están rotas… Sólo mi corazón. (*N. de T.*). < <

[11] Juego de palabras intraducible, en el cual se descompone la palabra *ideal* en dos: *deal* («trato», «convenio») y *I* («yo»). (*N. de T.*).
< <

[12] De *Songs of Experience*, «A Little Boy lost». (*N. de T*.). <<

[13] Juego de palabras en que se hace alusión a la obra de Shakespeare: *well that ends well*
All’s
(Bien está lo que bien acaba) y a la expresión *to be unwell* (estar indispuesta, estar menstruando). (*N. de T.*). <<

[14] Cuarta y quinta estrofa de «Le balcon», de *Les fleurs du mal*. (*N. de T*.). < <

[15] La traducción de ambas estrofas pertenece a la realizada por Ana María Moix. (*N. de T.*). < <

[16] De *The Kasidah of Hafi Abdu El-Yazdi*, VIII, 9. (*N. de T*.). < <

[17] Cuando Alberto II de Austria estaba luchando por anexarse los Cantones forestales de Suiza, uno de sus oficiales, hombre llamado Gessler, colocó el sombrero del duque en el extremo de un palo e insistió en que los suizos lo honraran como debían honrar a su poseedor. (*N. de E.*). < <

[18] La mencionada fotografía se refiere a las incluidas en la edición original, junto con otras. (*N. de E.*). < <

[19] Recordarán que, en el segundo volumen, Harris habla ya del champán en el mismo sentido. (*N. de E.*). < <

[20] De *Lines composed a few miles above Tintern Abbey*: «en la cual se ilumina / el peso enorme y agobiante / de este mundo ininteligible». (*N. de E.*). <<

[21] *Threnody*, publicado en 1893 por «The Nineteenth Century». (*N. de T.*). < <

[22] Más bien anarquista. (*N. de E.*). <<

[23] *Biographical and Critical Studies* (1896). (*N. de E.*). < <

[24] *An Epistle, containing the Strange Medical Experience of Karshish, the Arab Physician*, título exacto. (*N. de T.*). <<

[25] El conflicto fronterizo venezolano se produjo a causa de las reclamaciones británicas por la frontera común con la Guayana británica. (*N. de E.*). <<

[26] De *The Dark Angel*, de Lionel Johnson. (*N. de T.*). < <

[27] «To James McNeill Whistler» (1888). (*N. de T.*). <<

[28] Juego de palabras entre *unenjoyed*: no gozadas, no disfrutadas sexualmente, y *unemployed*: desempleados. (*N. de T.*). < <

[29] De *Charles Stewart Parnell*, de Katherine O’Shea, Londres, 1914, (*N. de E.*). < <

[30] De *Twenty-five Years Reminiscences*, Londres, 1913. (*N. de E.*). <<

[31] Juego de naipes infantil parecido a la guerrilla. (*N. de T.*). <<

[32] Obra histórica de Flaubert sobre Cartago, en la cual el líder de los mercenarios rebeldes padece una muerte brutal corriendo baquetas. (*N. de E.*). <<

[33] En castellano en el original. (*N. de T.*). <<

[34] En castellano en el original. (*N. de T.*). < <

[35] Es evidente que se refiere a los picadores. (*N. de T.*). < <

[36] Es evidente que el inglés sigue sin comprender que por «carnada» su amigo se refería al sexo de la muchacha. (*N. de T.*). < <

[37] Juego de palabras difícil de dar bien en castellano. *coming* *I’m*, que es lo que dijo el rey, puede utilizarse en inglés tanto para decir «ya vuelvo» como para decir «me vengo» (me corro), que es lo que realmente dijo. (*N. de T.*). <<

[38] Barón Meurice de Hirsch, financiero y filántropo que hizo su fortuna con el ferrocarril de los Balcanes. Contribuyó con millones de dólares a la instalación, en la Argentina, de colonos judíos rusos. (*N. de T.*). < <

[39] De *Maud* de Tennyson. (*N. de T.*). <<

[40] Tadema, el pintor. (*N. de E.*). <<

[41] En castellano en el original. (*N. de T.*). < <

[42] Virgen se escribe *Virgin* en inglés. (*N. de T.*). <<